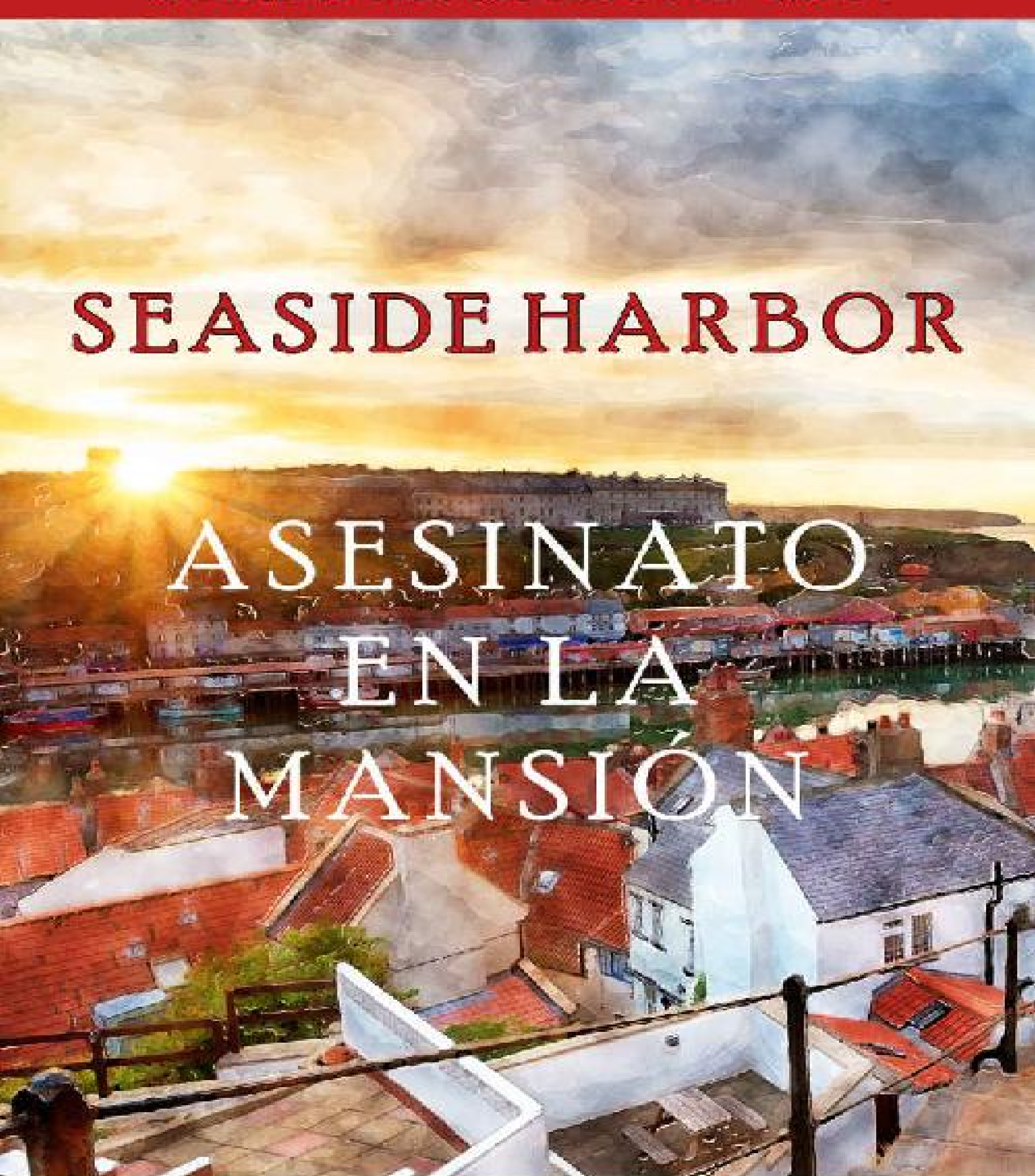
UN MISTERIO COZY DE LACEY DOYLE – LIBRO 1



FIONA GRACE

ASESINATO EN LA MANSIÓN

tl,

(Un misterio cozy de Lacey Doyle — Libro uno)

FIONA GRACE

Fiona Grace

La escritora debutante Fiona Grace es la autora de la serie UN MISTERIO COZY DE LACEY DOYLE, que incluye ASESINATO EN LA MANSIÓN (Libro uno), MUERTE Y UN PERRO (Libro dos) y CRIMEN EN LA CAFETERÍA (Libro tres). A Fiona le encantaría saber tu opinión, así que por favor visita www.fionagraceauthor.com para recibir ebooks gratis, oír las últimas noticias y permanecer en contacto.



LIBROS ESCRITOS POR FIONA GRACE

MISTERIOS COZY DE LACEY DOYLE
ASESINATO EN LA MANSIÓN (Libro #1)
MUERTE Y UN PERRO (Libro #2)
CRIMEN EN LA CAFETERÍA (Libro #3)

ÍNDICE

tl,

CAPÍTULO UNO

De mutuo acuerdo.

Eso era lo que afirmaban los papeles del divorcio, escrito con tinta negra y en negrita, haciendo que resaltase sobre la blancura del papel.

De mutuo acuerdo.

Lacey suspiró mientras miraba los documentos. Un adolescente con la cara llena de granos y actitud indiferente, como si aquello no fuera más importante que una caja de pizza, le había entregado en mano aquel sobre color manila de aspecto tan inocente en la misma puerta de su casa. Y aunque Lacey había sabido al instante por qué estaba recibiendo una carta certificada, en un primer momento no había sentido nada. La magnitud de lo ocurrido no la había alcanzado hasta que se había dejado caer en el sofá del salón, junto a la mesita del café donde había abandonado su cappuccino todavía caliente al oír cómo llamaban a la puerta, y había sacado los documentos de su interior.

Los papeles del divorcio.

Divorcio.

Su reacción había sido gritar y tirarlos al suelo, como si tuviera fobia a las arañas y acabasen de enviarle una tarántula viva.

Y allí era donde estaban ahora, diseminados sobre la extremadamente cara alfombra impuesta por las últimas tendencias que le había regalado Saskia, su jefa en la empresa de diseño de interiores en la que trabajaba. La frase *David Bishop vs Lacey Bishop* le devolvió la mirada. Empezó a distinguir palabras entre el caos de letras sin sentido: disolución de matrimonio, diferencias irreconciliables, de mutuo acuerdo…

Recogió los papeles con cuidado.

Bueno, no era exactamente una sorpresa. Después de todo, David había puesto fin a su matrimonio de catorce años al grito de: «¡Ya te llamará mi abogado!». Pero aquello no había preparado a Lacey para la bomba emocional de recibir una copia física de dichos documentos y de sentir su peso, su solidez, y ver aquel horrible texto negro y remarcado que declaraba que era de mutuo acuerdo.

Así era como se hacían las cosas en Nueva York, siguiendo el argumento de que los divorcios donde nadie era culpable eran menos engorrosos, ¿verdad? Pero lo de «mutuo acuerdo» era pasarse, en opinión de Lacey. Porque, según David, había sido ella la que lo había obligado a divorciarse. Tenía treinta y nueve años y no había habido ni un bebé. No había tenido ni el más mínimo deseo, no había sentido ningún impulso hormonal al ver a los hijos recién nacidos de sus amigas, y había habido muchos, casi como si se materializasen de la nada en un flujo sin fin de bonitos seres diminutos y revoltosos que no despertaban absolutamente nada en su interior.

—Eres un reloj que todavía tiene que dar la hora —le había explicado David una noche mientras se tomaba una copa de merlot.

Lo que en realidad había querido decir, por supuesto, era: «Nuestro matrimonio es una bomba de relojería».

Lacey soltó un profundo suspiro. Ojalá hubiese sabido durante su boda, con veinticinco años y en mitad de un remolino de felicidad, confeti blanco y burbujas de champán, que el priorizar su trabajo por encima de la maternidad acabaría convirtiéndose en una espectacular patada en el culo.

«De mutuo acuerdo. ¡Ja!».

Se puso a buscar un bolígrafo con unas extremidades que de repente pesaban como si estuviese hechas de hierro, y dio con uno en el cuenco para las llaves. Al menos ahora las cosas estaban *organizadas*. David ya no andaba corriendo de un lado al otro en busca de zapatos perdidos, llaves perdidas, carteras perdidas ni gafas de sol perdidas. Aquella era una época

en la que todo seguía justo donde lo había dejado, pero en aquel momento no le resultaba un gran premio de consolación.

Volvió al sofá con el bolígrafo en la mano y lo colocó sobre la línea de puntos donde se suponía que debía firmar. Pero, en lugar de tocar el papel con la punta, Lacey se detuvo con el bolígrafo en el aire, a duras penas a un milímetro por encima de la línea, como si hubiese una barrera invisible entre la punta y el papel. Las palabras «cláusula de mantenimiento entre esposos» le habían llamado la atención.

Frunció el ceño y volvió a la página donde se estipulaba esa parte, examinando la cláusula. Como la que más dinero ganaba en la pareja, además de ser la única propietaria del apartamento en Upper Eastside en la que estaba en aquel momento, tendría que pagarle a David una «cantidad fija» durante «no más de dos años» para que él pudiese «iniciar» su nueva vida de un «modo consistente con el que ha vivido hasta ahora».

Lacey no pudo evitar soltar una carcajada amarga. Qué irónico que David sacase provecho de su trabajo. ¡De su trabajo, que era la razón por la que había decidido poner fin a su matrimonio! Aunque él no lo vería así, por supuesto. David lo llamaría algo así como «recompensa». A David le encantaba que todo estuviera equilibrado y fuese justo, pero Lacey sabía lo que era realmente aquel dinero. Era un castigo. Una venganza. Una represalia.

«Menuda manera de recibir dos patadas en el culo», pensó.

La visión se le nubló de repente y una gota de agua cayó sobre su apellido, haciendo que la tinta se corriese y el papel se arrugase. Una lágrima fugitiva había logrado aterrizar sobre el documento. Lacey se secó el ojo culpable con el dorso de la mano y un gesto agresivo.

«Tendré que cambiarme el nombre», pensó, mirando fijamente la palabra ahora deformada. «Tendré que volver a usar mi nombre de soltera».

Lacey Fay Bishop había dejado de existir. La habían eliminado. Aquel nombre pertenecía a la esposa de David Bishop y, en cuanto firmase en la línea de puntos, Lacey dejaría de ser aquella mujer. Se convertiría en Lacey

Fay Doyle una vez más, regresando a la chica que había dejado de ser en la veintena y a la que a duras penas recordaba.

Pero el nombre de Doyle significaba todavía menos para ella que el que le había cogido prestado a David durante los últimos catorce años. Su padre la había abandonado cuando tenía siete años, justo después de unas encantadoras vacaciones familiares en el pueblo idílico y costero de Wilfordshire, en Inglaterra. No había vuelto a verlo desde entonces. Su padre había estado allí un buen día, comiendo helado en una playa rocosa, salvaje y azotada por el viento, y al día siguiente había desaparecido.

¡Y ahora ella había fracasado tanto como lo habían hecho sus padres! ¡Después de todas aquellas lágrimas infantiles por su padre desaparecido, de todos los insultos de adolescente enfurecida lanzados contra su madre, Lacey se había dedicado a repetir los mismos errores! Había fracaso en su matrimonio tal y como habían hecho sus padres, y la única diferencia, razonó, era que su fracaso no conllevaba daños colaterales. Su divorcio no dejaría a dos hijas desconsoladas y heridas a su paso.

Se quedó mirando aquella maldita línea. Le exigía que la firmara, pero Lacey seguía titubeando. Su mente parecía haberse quedado atascada en su nuevo nombre.

«Quizás debería dejarme de apellidos», pensó con sarcasmo. «Podría hacerme llamar Lacey Fay, como si fuese una estrella del pop». Notó cómo la histeria crecía en su pecho. «¿Pero por qué detenerme ahí? Por unos cuántos dólares, bien podría cambiarme el nombre por completo. Podría llamarme…». Miró a su alrededor en busca de inspiración y su mirada se posó en la taza de café todavía intacta que descansaba en la mesita que tenía delante. «Lacey Fay Cappuccino. ¿Por qué no? ¡La princesa Lacey Fay Cappuccino!».

Se echó a reír, echando la cabeza de brillantes rizos oscuros hacia atrás y carcajeándose en dirección al techo. Pero fue un momento breve, y la risa se cortó tan deprisa como se había iniciado. El silencio llenó el vacío apartamento.

Lacey firmó a toda prisa los papeles del divorcio. Estaba hecho.

Tomó un sorbo de café. Se había quedado frío.

*

Lacey se subió al metro repleto, tal y como hacía todos los días, en dirección a la oficina en la que trabajaba como ayudante de diseño de interiores. Llevaba tacones, bolso y no establecía contacto visual con nadie; era como cualquier otra persona de camino al trabajo. Excepto que no lo era, por supuesto, porque, de entre el medio millón de personas que estaban usando en aquel instante el metro de Nueva York durante hora punta, ella era la única a la que le habían entregado los papeles del divorcio aquella misma mañana… o así era como se sentía. Era el nuevo miembro del Club de los Divorciados Tristes.

Sintió cómo se avecinaban las lágrimas y sacudió la cabeza con fuerza, obligando a su mente a pensar en cosas felices. Ésta fue directa a Wilfordshire, a aquella playa tranquila y salvaje. Recordó el océano y el aire salado con un recuerdo repentino y vívido. Recordó el camión de los helados con su canción espeluznante y repiqueteante, las patatas fritas —*chips, papá dijo que allí se llamaban chips*— servidas en pequeño envase de poliestireno con un pequeño tenedor de madera, y todas las gaviotas que habían intentado robárselas en cuanto se había despistado un poco. Pensó en sus padres y en los rostros sonrientes que habían mostrado durante aquellas vacaciones.

¿Había sido todo una mentira? Lacey no había tenido más que siete años, Naomi cuatro, y ninguna de las dos había sido lo bastante mayor como para detectar los pequeños detalles de las emociones adultas. Estaba claro que a sus padres se les había dado bien ocultar cosas, porque todo había ido a la perfección hasta que, de un día para otro, la destrucción había asolado sus vidas.

Pero habían parecido felices de verdad, pensó. Aunque, para el mundo exterior, seguramente David y ella también habían parecido tenerlo todo. Y

lo habían tenido. Un buen apartamento, trabajos bien pagados y satisfactorios, buena salud; lo único que les había faltado habían sido aquellos malditos bebés que tan importantes se habían vuelto de repente para David. De hecho, su ruptura había sido casi tan repentina como la marcha de su padre. Quizás así eran los hombres; experimentaban un repentino momento de iluminación y, una vez tomada su decisión, se negaban a reconsiderarla, de tal modo que todo lo que se interponía en su camino debía ser derribado. A fin de cuentas, ¿por qué iban a dejar nada intacto?

Salió del metro y se unió a la riada de gente que recorría las calles de Nueva York, una ciudad a la que había considerado su hogar durante toda su vida pero que ahora se le antojaba agobiante. Lacey siempre había adorado lo llena de vida que estaba y todos los negocios que albergaba. Nueva York era como ella al cien por cien, pero ahora se sentía invadida por el deseo de experimentar un cambio radical. De empezar de cero.

Recorrió el último par de calles hasta su oficina y sacó el móvil del bolso para llamar a Naomi. Su hermana contestó al primer tono.

—¿Va todo bien, cariño?

Naomi había estado esperando ansiosamente los papeles del divorcio, por eso su prontitud al responder al teléfono a pesar de lo temprano que era, pero Lacey no quería hablar del divorcio.

—¿Recuerdas Wilfordshire?

—¿Eh?

Naomi sonaba adormecida, algo de esperar al tener en cuenta que era la madre soltera de Frankie, el niño de siete años más inquieto del mundo.

—Wilfordshire. Fue durante las últimas vacaciones a las que fuimos mientras papá y mamá seguían juntos.

Hubo un momento de silencio.

—¿Por qué me preguntas eso?

Al igual que su madre, Naomi había hecho voto de silencio en cuanto a todo lo relacionado con su padre. Había sido más joven que Lacey cuando su padre se había marchado y posteriormente había proclamado que no lo recordaba en absoluto, ¿así que por qué malgastar energía dándole importancia a su ausencia? Pero tras varios chupitos de más un viernes por la noche, había acabado confesando que lo recordaba vívidamente, que soñaba con él a menudo y que había dedicado tres años enteros de terapia semanal a culpar furiosamente a su abandono como causa del fracaso de todas sus relaciones como adulta. Naomi se había subido a un carrusel de relaciones apasionadas y tumultuosas a la edad de catorce años y ya no había vuelto a bajarse. Francamente, su vida amorosa dejaba a Lacey mareada.

—Han llegado. Los papeles.

—Oh, cariño. Lo siento muchísimo. ¿Estás…? ¡FRANKIE, DEJA ESO O YA VERÁS!

Lacey hizo una mueca, apartándose el teléfono de la oreja mientras Naomi le ladraba a Frankie la amenaza de matarlo si seguía haciendo lo que fuese que se suponía que no debía hacer.

—Lo siento, cariño —dijo Naomi, volviendo a usar un volumen normal—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Lacey hizo un pausa—. No, en realidad no estoy bien. Me siento impulsiva. En una escala del uno al diez, ¿cómo de loco sería saltarme el trabajo y coger el siguiente vuelo a Inglaterra?

—Eh, ¿qué tal un once? Te despedirán.

—Pediré días personales.

Lacey casi pudo oír cómo Naomi ponía los ojos en blanco.

—¿Con Saskia? ¿En serio? ¿Crees que te dará días por asuntos personales? ¿La mujer que te hizo trabajar el día de Navidad el año pasado?

Lacey torció los labios en una mueca de consternación, un gesto que, según su madre, había heredado de su padre.

—Necesito hacer algo, Naomi. Me siento asfixiada. —Se tiró del cuello del jersey; de repente se le antojaba la cuerda de una horca.

—Claro que te sientes así, y nadie te culpa por ello. Pero no hagas nada precipitado. Quiero decir, elegiste tu trabajo antes que a David. No vayas a jugártelo ahora.

Lacey hizo una pausa, frunciendo las cejas por la confusión. ¿Era así como Naomi interpretaba aquella situación?

—No *elegí* mi carrera antes que a David. Fue él el que me dio un ultimátum.

—Puedes decirlo como quieras, Lace, pero… ¡FRANKE! ¡FRANKIE, TE JURO QUE…!

Lacey había llegado a la oficina. Suspiró.

—Adiós, Naomi.

Cortó la llamada y alzó la vista hacia el alto edificio de ladrillos al que había entregado quince años de su vida. Quince años entregada a aquel trabajo, y catorce entregada a David. ¿Acaso no era hora de que se entregase un poco a sí misma? Sólo unas pequeñas vacaciones, un viaje a sus recuerdos. Una semana, o dos, un mes como mucho.

Con una repentina oleada de decisión, Lacey entró con paso firme en el edificio. Encontró a Saskia de pie en uno de los ordenadores, ladrándole órdenes a un becario de aspecto aterrorizado. Lacey levantó una mano para frenar a Saskia en seco antes de que su jefa pudiese decirle nada.

—Voy a tomarme algunos días por asuntos personales —anunció.

Tuvo el tiempo justo de ver cómo Saskia fruncía el ceño antes de dar media vuelta y salir por el mismo camino por el que había entrado.

Cinco minutos más tarde, Lacey estaba al teléfono reservando un billete a Inglaterra.

CAPÍTULO DOS

—Has perdido oficialmente la cabeza, hermanita

—Cariño, te estás comportando de manera irracional.

—¿Está bien la tía Lacey?

Las palabras de Naomi, de su madre y de Frankie se repetían en su mente mientras salía del avión y pisaba el asfalto del aeropuerto Heathrow. Quizás sí que estaba perdiendo la cabeza al meterse en el primer vuelo que salía del aeropuerto JFK y pasarse siete horas dentro acompañada únicamente por el bolso, sus pensamientos y una bolsa de mensajero llena de ropa y productos de aseo que había comprado en el mismo aeropuerto. Pero darle la espalda a Saskia, a Nueva York y a David le había resultado de lo más *excitante*. Había hecho que se sintiera joven. Libre. Aventurera. De hecho, le había recordado a la Lacey Doyle que había sido AD (Antes de David).

Darle la noticia a su familia de que iba a marcharse a Inglaterra así sin más —y dársela por teléfono con los tres puestos en el manos libres, ni más ni menos— había sido menos excitante gracias a que ninguno de los tres presentes poseía el más mínimo filtro mental a la hora de hablar y a que compartían la misma mala costumbre de decir en voz alta todo lo que les pasaba por la cabeza.

—¿Y si te despiden? —había gimoteado su madre.

—Oh, está claro que la van a despedir —había declarado Naomi.

—¿La tía Naomi está teniendo un ataque de nervios? —había preguntado Frankie.

Lacey podía imaginárselos a los tres sentados frente a una mesa de conferencias, esforzándose al máximo por destruir su burbuja de felicidad. Pero, por supuesto, la realidad no había sido ésa. Como su familia más cercana y querida, hacerle afrontar la realidad formaba parte de su trabajo. Y es que, en aquella nueva y desconocida época conocida como AD —Después de David—, ¿quién iba a hacerlo si no?

Cruzó el vestíbulo del aeropuerto, siguiendo al resto de pasajeros de miradas cansadas. La famosa llovizna inglesa flotaba en el aire; se acabó el clima primaveral. Lacey, con el cabello encrespado por la humedad, por fin pudo detenerse por un momento y pensar. Aunque ya no había vuelta atrás, no después de un vuelo de siete horas y varios centenares de dólares menos en su cuenta bancaria.

La terminal del aeropuerto era una edificio enorme con aire de invernadero, construido completamente en acero, cristal de tinte azulado y con un techo curvo de vanguardia. Lacey entró en su interior bien iluminado, con suelo de baldosas y decorado con murales cubistas financiados por la Sociedad de Edificios Británica, una sociedad con un nombre de lo más evocador, y se unió a la cola para mostrar su pasaporte. Llegó su turno y la atendió una guardia rubia, de ceño fruncido y cejas negras y gruesas. Lacey le tendió el pasaporte.

—¿Razón de su visita? ¿Negocios o placer?

El acento de la guardia era brusco, muy distinto al de los actores británicos de habla suave que encandilaban a Lacey en sus programas de entrevistas nocturnas favoritos.

—Estoy de vacaciones.

—No ha comprado billete de vuelta.

A su cerebro le hizo falta un momento para averiguar qué pretendía decir realmente la mujer e interpretar la gramática poco familiar de la frase.

—Todavía no está decidido cuánto van a durar.

La guardia arqueó las cejas gruesas y negras y su ceño se convirtió en gesto de sospecha.

—Si planea trabajar, necesitará una visa.

Lacey negó con la cabeza.

—No lo planeo. Lo último que quiero hacer mientras esté aquí es trabajar. Acabo de divorciarme; necesito algo de tiempo y espacio para aclararme las ideas, comer helado y ver películas cutres.

La expresión de la guardia se suavizó al instante en un gesto de empatía, dándole a Lacey una sensación muy clara de que ésta también pertenecía al Club de las Divorciadas Tristes.

Le devolvió el pasaporte.

—Disfrute de su estancia. Y la barbilla bien alta, ¿vale?

Lacey se tragó el pequeño nudo que se le había formado en la garganta, le dio las gracias a la guardia de seguridad, y pasó a la sección de llegadas, donde esperaban varios grupos diferenciados a que sus seres queridos apareciesen por la puerta. Algunos sostenían globos, otros flores, y en uno de esos grupos unos niños la mar de rubios sostenían un cartel en el que se leía: «¡Bienvenida a casa, mami! ¡Te hemos echado de menos!».

Por supuesto, no había nadie dándole la bienvenida a Lacey, así que se abrió paso por el abarrotado vestíbulo en dirección a la salida mientras pensaba en cómo David no volvería a esperarla nunca en un aeropuerto. Ojalá hubiese sabido que su vuelta de aquel viaje de negocios —al que había ido para comprar jarrones antiguos en Milán— sería la última vez que David la sorprendería en el aeropuerto con una amplia sonrisa en la cara y un gran ramo de margaritas de distintos colores en los brazos. Se hubiese asegurado de disfrutarlo más.

Una vez fuera paró a un taxi, el típico coche negro inglés cuya visión le provocó un pinchazo de nostalgia. Ella, Naomi y sus padres habían viajado

en un taxi negro como aquel hacía todos aquellos años, durante aquellas fatídicas y últimas vacaciones en familia.

—¿A dónde? —preguntó el taxista barrigudo cuando Lacey se sentó en la parte de atrás.

—Wilfordshire.

Pasó un segundo y el taxista se giró completamente en el asiento para mirarla con un profundo ceño marcándole las cejas hirsutas.

—¿Sabe que eso es un viaje de dos horas?

Lacey parpadeó, sin estar muy segura de qué estaba intentando decirle.

—No pasa nada —contestó, encogiéndose ligeramente de hombros.

El taxista pareció todavía más perplejo.

—Es yanqui, ¿verdad? Bueno, no sé cuánto está acostumbrada en gastarse en taxis ALLÍ, pero a este lado del charco un viaje de dos horas le costará un buen pellizco.

Su brusquedad cogió a Lacey por sorpresa, no simplemente porque no encajase con la imagen que tenía de los taxistas sarcásticos de Londres, sino por la vaga insinuación de que no iba a poder permitirse un viaje como aquél. Se preguntó si tendría algo que ver con el hecho de que fuese una mujer viajando sola; nadie había puesto nunca en duda a David cuando habían viajado largas distancias juntos en taxi.

—Puedo pagar —le aseguró al conductor con tono frío.

Éste se giró para volver a mirar la carretera y empezó a hacer correr el taxímetro. La máquina pitó, parpadeó mostrando el símbolo de la libra en verde, y le provocó a Lacey otra oleada de nostalgia.

—Siempre y cuando pueda hacerlo —contestó el taxista de manera tensa, apartándose de la acera.

«Pues vaya con la hospitalidad británica», pensó Lacey.

*

Llegaron a Wilfordshire dos horas más tarde, tal y como le había prometido el taxista, y Lacey se despidió de «do'ciento' y cincuenta y ci'co pavo'». Pero lo alto del precio y la actitud para nada amigable del taxista perdieron importancia en cuando Lacey salió del coche y tomó una gran bocanada del fresco aire marino. Olía tal y como lo recordaba.

El modo en que los olores y los sabores podían evocar recuerdos tan intensos siempre le había parecido de lo más remarcable, y esta vez no fue una excepción. El aire salado consiguió que una oleada de felicidad libre de cualquier preocupación creciese en su interior, una felicidad que no había sentido desde la marcha de su padre. Fue una sensación tan fuerte que estuvo a punto de tumbarla de espaldas, y la ansiedad que la reacción de su familia ante aquel viaje improvisado había sembrado en su interior desapareció sin más. Lacey estaba justo donde necesitaba estar.

Se dirigió a la calle principal del pueblo. La llovizna que había rodeado el aeropuerto de Heathrow había desaparecido por completo, y el último atisbo de la puesta de sol lo bañaba todo en una luz dorada, otorgándole un aire mágico. Era tal y como lo recordaba: dos líneas paralelas de antiguas casitas de campo de piedra construidas justo al borde de la acera que la invadían con sus cristaleras abullonadas. Ninguna de las tiendas se había modernizado desde su última visita, manteniendo todavía lo que parecían sus carteles de madera originales que se balanceaban sobre las puertas. Cada tienda era única y vendían de todo, desde ropa de niños de boutique hasta artículos de mercería, desde productos de pastelería hasta pequeños paquetes de café. Hasta había una «tienda de dulces» de estilo antiguo, llena de grandes tarros de cristal repletos de caramelos de colores que podían comprarse de manera individual «por un centavo».

Era abril y el pueblo estaba decorado con banderines de colores para las próximas celebraciones de Semana Santa, unos banderines que habían colgado entre las tiendas y por encima de las calles. Y también había mucha gente —la multitud que provocaba el fin de la jornada laboral, pensó Lacey— sentada en los bancos de pícnic que había delante de los pubs, bebiendo una cerveza, o frente a las cafeterías en las mesas de las terrazas, comiendo postres. Todos parecían animados, y su conversación alegre ofrecía un agradable sonido de fondo, casi como ruido blanco.

Sintiendo una tranquilizadora sensación de que estaba haciendo lo correcto, Lacey sacó el teléfono y le hizo una fotografía a la calle principal. Parecía una postal, con la franja plateada de océano brillando en el horizonte y el cielo hermosamente pintado de rosa, así que la envió al grupo familiar *Chicaz Doyle*. Había sido Naomi quien le había puesto el nombre, y en su momento Lacey había hecho una mueca al oírlo.

Es tal y como lo recordaba, añadió bajo aquella imagen perfecta.

Un momento más tarde, su teléfono pitó al recibir una respuesta. Naomi había contestado.

Parece que has acabado por error en el Callejón Diagon, hermanita.

Lacey suspiró. Una respuesta sarcástica típica en su hermana, y algo que debería haberse esperado. Porque *por supuesto* que Naomi no podía alegrarse por ella y ya está, ni tampoco sentirse orgullosa de cómo había tomado las riendas de su vida.

¿Has usado un filtro?, le llegó un momento más tarde de parte de su madre.

Lacey puso los ojos en blanco y guardó el teléfono. Tomó una profunda bocanada de aire para relajarse, decidida a no permitir que le agriasen el humor. La diferencia en la calidad del ambiente en comparación con el aire contaminado de Nueva York que había estado respirando aquella misma mañana resultaba absolutamente asombrosa.

Siguió avanzando por la calle, haciendo resonar los tacones sobre los adoquines de piedra. Su siguiente objetivo era encontrar una habitación de hotel para el número todavía no decidido de noches que iba a quedarse. Se detuvo frente a la primera posada que encontró, *The Shire*, pero vio que habían girado el cartel de la puerta en el que ahora se leía: «Lleno». No pasaba nada; la calle principal del pueblo era larga y, si a Lacey no le fallaba la memoria, había muchos sitios entre los que escoger.

La siguiente posada, *Laurel's*, estaba pintada de un tono rosa como de algodón de azúcar, y su cartel afirmaba que su situación era de «Sin disponibilidad». Palabras distintas, pero el mismo sentimiento, aunque esta vez el ver el cartel le provocó un destello de pánico en el pecho a Lacey.

Se obligó a hacerlo a un lado. Entre la joyería y la librería, el *Seaside Hotel* estaba completamente reservado, y más allá de la tienda especializada en acampadas y del salón de belleza, el *Carol's B'n'B* tampoco tenía ninguna habitación. Y ésa fue la temática hasta que Lacey se encontró al final de la calle.

Esta vez sí que la invadió el pánico. ¿Cómo había sido tan estúpida de ir hasta allí sin preparar nada de antemano? Se había pasado toda su carrera profesional *organizando* cosas, ¡e iba y fallaba en la organización de sus propias vacaciones! No tenía ninguna de sus pertenencias, y ahora ni siquiera tenía una habitación. ¿Acaso iba a tener que dar media vuelta, despedirse de otros «do'ciento' pavo'» por el viaje en taxi hasta Heathrow, y coger el siguiente vuelo a casa? No le sorprendía en lo más mínimo que David hubiese incluido una cláusula de mantenimiento entre esposos; ¡estaba claro que no se podía confiar en ella en temas de dinero!

Lacey se dio la vuelta, con la mente inundada por una espiral de pensamientos ansiosos, y miró con expresión desamparada el camino que había recorrido como si pudiese hacer aparecer otra posada de la nada. Sólo entonces se percató de que el edificio que hacía esquina y frente al que se encontraba era precisamente una posada: *The Coach House*.

Se aclaró la garganta, sintiéndose como una tonta, y recuperó la compostura. Cruzó la puerta.

El interior tenía el aspecto clásico de un pub: mesas grandes de madera, una pizarra con el menú del día escrito con tiza blanca en cursiva, y una máquina tragaperras con luces llamativas en la esquina. Lacey se acercó a una barra cuyas estanterías estaban repletas de botellas de vino y de la que colgaba una hilera de copas con efectos ópticos llenas de una variedad de alcoholes de distintos colores. Todo era muy pintoresco, incluso el viejo borracho que dormitaba con la cabeza sobre la barra con los brazos a modo de almohada.

La camarera era una chica delgada de cabello rubio pálido recogido en un moño informal en lo alto de ella cabeza y que parecía demasiado joven para trabajar en un bar. Lacey decidió que debía deberse a que allí la edad mínima para beber era más baja y no al hecho de que, cuanto más envejecía ella, más con cara de bebé veía a todo el mundo.

—¿Qué puedo servirle? —preguntó la camarera.

—Una habitación —contestó Lacey—. Y un vaso de prosecco.

Le apetecía celebrarlo.

Pero la camarera negó con la cabeza.

—Estamos llenos durante Semana Santa. —Abría tanto la boca al hablar que Lacey pudo ver claramente el chicle que estaba masticando—. Todo el pueblo lo está. Son vacaciones escolares y muchísima gente se trae a los críos a Wilfordshire. No tendremos nada disponible durante al menos dos semanas. —Hizo una pausa—. ¿Así que será sólo el prosecco?

Lacey se agarró a la barra para no perder el equilibrio. El estómago le dio un vuelco; ahora sí que se sentía como la mujer más estúpida sobre la faz de la Tierra. No le sorprendía que David la hubiese dejado; era un desastre sin el más mínimo atisbo de organización. Una pobre excusa como persona. Allí estaba, haciendo ver que era una adulta independiente en el extranjero cuando en realidad ni siquiera lograba hacerse con una habitación de hotel por sí misma.

En ese momento, Lacey vio a una figura de reojo y se giró para ver cómo se le acercaba un hombre. Debía tener unos sesenta años, iba vestido con una camisa a cuadros metida por dentro de unos tejanos azules, llevaba unas gafas de sol apoyadas en la calva y lucía un teléfono móvil con pinza en la cintura.

—¿Eso que acabo de oír es que busca un lugar en el que hospedarse? —preguntó el hombre.

Lacey estaba a punto de negarlo —quizás estuviese desesperada, pero irse con un hombre que le doblaba la edad y que se le había acercado en un bar era ir demasiado lejos incluso para Naomi— cuando el hombre aclaró la situación:

—Porque yo alquilo casas de vacaciones.

—¿Oh? —repuso Lacey, sorprendida.

El hombre asintió con la cabeza y sacó una pequeña tarjeta de negocios del bolsillo de los vaqueros. Lacey la leyó rápidamente.

Las encantadoras casas rurales de Ivan Parry, acogedoras y rústicas. Ideales para toda la familia.

—Estoy lleno, tal y como ha dicho Brenda —siguió diciendo Ivan, señalando con la cabeza a la camarera—. Excepto por una casa que acabo de comprar en una subasta. Todavía no está lista para que la alquile, pero puedo enseñársela si no tiene ninguna otra opción. Puedo ofrecerle un descuento debido a la situación de la casa, para que tenga donde alojarse hasta que los hoteles vuelvan a tener habitaciones.

El alivio invadió a Lacey. La tarjeta parecía legítima, e Ivan no había hecho saltar ninguna alarma en su cabeza. ¡Su suerte empezaba a cambiar! ¡Estaba tan aliviada que hasta habría podido darle un beso en la calva!

—Me salva la vida —dijo, logrando controlarse.

Ivan se sonrojó.

—Mejor espere a ver la casa antes de opinar.

Lacey soltó una risita.

—Francamente, ¿cómo de mala puede ser?

*

Lacey parecía una mujer que estuviese dando a luz mientras subía la colina junto a Ivan.

—¿Es demasiado empinado? —preguntó éste con tono preocupado—. Debería haber mencionado que estaba en la cima de la colina.

—No pasa nada —resolló Lacey—. Me… encanta… la vista del mar.

Durante todo el viaje hasta allí, Ivan le había demostrado que era todo lo contrario a un retorcido hombre de negocios, recordándole a Lacey el descuento que le había prometido (a pesar de que no habían llegado a hablar del precio) y repitiendo varias veces que no se hiciera ilusiones. Lacey, con los muslos doloridos por el ascenso, empezó a preguntarse si quizás Ivan había tenido toda la razón del mundo al restarle valor a la casa.

Ese pensamiento duró hasta que la casa apareció en la cresta de la colina. Recortado en negro contra el rosado evanescente del cielo se perfilaba un alto edificio de piedra. Lacey soltó un jadeo.

—¿Es ésta? —preguntó sin aliento.

—Es ésta —contestó Ivan.

Una fuerza salida de la nada llevó a Lacey a acabar de subir la colina, y con cada paso que daba aquel edificio tan cautivador revelaba otra característica asombrosa: la encantadora fachada de piedra, el techo inclinado, el rosal que ascendía por las columnas de madera del porche, la

puerta antigua, gruesa y con arco que parecía salida de un cuento de hadas. Y, enmarcándolo todo, estaba el extenso y destellante océano.

A Lacey casi se le salieron los ojos de las órbitas y se quedó con la boca abierta, apresurándose por recorrer los últimos pasos que la separaban del edificio. Un cartel de madera junto a la puerta rezaba: *Cottage Crag*.

Ivan se detuvo junto a ella, con una gran llavero entre las manos en el que estaba rebuscando. Lacey se sentía como una niña frente al camión de los helados, esperando impaciente a que la máquina de los helados de crema hiciese su magia mientras saltaba de puntitas, ansiosa.

—No se entusiasme demasiado —repitió Ivan por duodécima vez, encontrando por fin la llave correcta, una de un tamaño a juego con la casa y de un color bronce oxidado que bien parecía que tuviese que abrir el castillo de Rapunzel, y girándola en la cerradura para abrir la puerta de par en par.

Lacey entró con ganas en la casa de campo y se vio sacudida por la poderosa sensación de encontrarse en casa.

El pasillo era rústico como mínimo, con suelo de madera sin tratar y un recargado y desteñido papel en las paredes. Una alfombra roja y mullida recorría las escaleras que tenía a la derecha en su parte central, ajustada con unos rieles dorados como si el dueño original de la casa hubiese pensado que se trataba de una mansión señorial y no una casita pintoresca. A su izquierda había una puerta de madera abierta que casi la invitaba a cruzarla.

—Como ya he dicho, roza más lo raído que lo decente —dijo Ivan mientras Lacey recorría su interior de puntillas.

De repente se encontró en una sala de estar. Tres de las paredes estaba forradas con un papel deslucidos a rayas blancas y mentas, mientras que la cuarta dejaba expuestos los bloques de piedra que debía de haber debajo. Una gran cristalera ofrecía vistas al océano, con el alféizar estaba compuesto por un asiento hecho a medida, y una de las esquinas estaba ocupada por completo por una estufa de madera con un largo tubo negro para evacuar el humo y un cubo plateado junto a ésta lleno de madera ya

cortada. Otra de las paredes estaba formada casi por completo por una gran estantería de madera, y el sofá, el sillón y el reposapiés, todos a juegos, parecían ser piezas originales de la década de los cuarenta. Todo necesitaba que se le quitase bien el polvo, pero para Lacey aquello sólo lo hacía todavía más perfecto.

Se giró para mirar a Ivan; éste parecía aprensivo mientras esperaba oír su opinión.

—¡Me encanta! —exclamó Lacey.

La expresión de Ivan se transformó en una de sorpresa con una pequeña pizca de orgullo, algo que Lacey logró distinguir sin problemas.

—¡Oh! —exclamó él a su vez—. ¡Qué alivio!

Lacey no pudo evitarlo; recorrió casi corriendo el salón, llena de entusiasmo, interiorizando hasta el más mínimo detalle. En la estantería de madera, que había sido tallada para adornada, había un par de novelas de misterio con las páginas arrugadas por el tiempo, y en la estantería inferior había una hucha de porcelana con forma de oveja y un reloj que ya no funcionaba. En la última de todas se encontraba una delicada colección de té de porcelana china, el sueño hecho realidad de cualquier anticuario.

—¿Puedo ver el resto? —preguntó, sintiendo cómo el corazón le crecía en el pecho.

—Adelante —contestó Ivan—. Yo bajaré a la bodega y conectaré la calefacción y el agua.

Salieron al pequeño y oscuro pasillo e Ivan desapareció tras una puerta que había bajo las escaleras, mientras que Lacey continuó su viaje en dirección a la cocina con el corazón latiéndole a toda prisa de pura anticipación.

Soltó un fuerte jadeo al entrar en dicha habitación.

La cocina parecía casi un museo viviente de la época victoriana. Había una cocina de hierro negro de marca Arga, ollas y sartenes de latón colgaban de diversos ganchos atornillados al techo y, justo en el centro, había una gran isla para preparar la comida. Distinguió un jardín amplio al otro lado de las ventanas; al parecer las elegantes puertas acristaladas daban a un patio donde se habían colocado una mesa y una silla desvencijadas. Lacey pudo imaginarse sentándose en la segunda con toda facilidad, comiendo cruasanes recién horneadas de la pastelería y bebiendo café peruano orgánico comprado en la cafetería independiente.

De repente, un fuerte golpe la sacó de su ensoñación. Parecía provenir de algún lugar bajo sus pies, y hasta notó cómo vibraban los tablones del suelo.

—¿Ivan? —lo llamó, volviendo al pasillo—. ¿Va todo bien?

La voz del propietario surgió a través de la puerta abierta de la bodega.

—Son las tuberías. Creo que llevan años sin usarse, así que les llevará un tiempo dejar de hacer ruido.

Otro fuerte golpe consiguió que Lacey diese un salto, pero esta vez no pudo evitar echarse a reír al saber la causa tan inocente que los provocaba.

Ivan volvió a aparecer por las escaleras de la bodega.

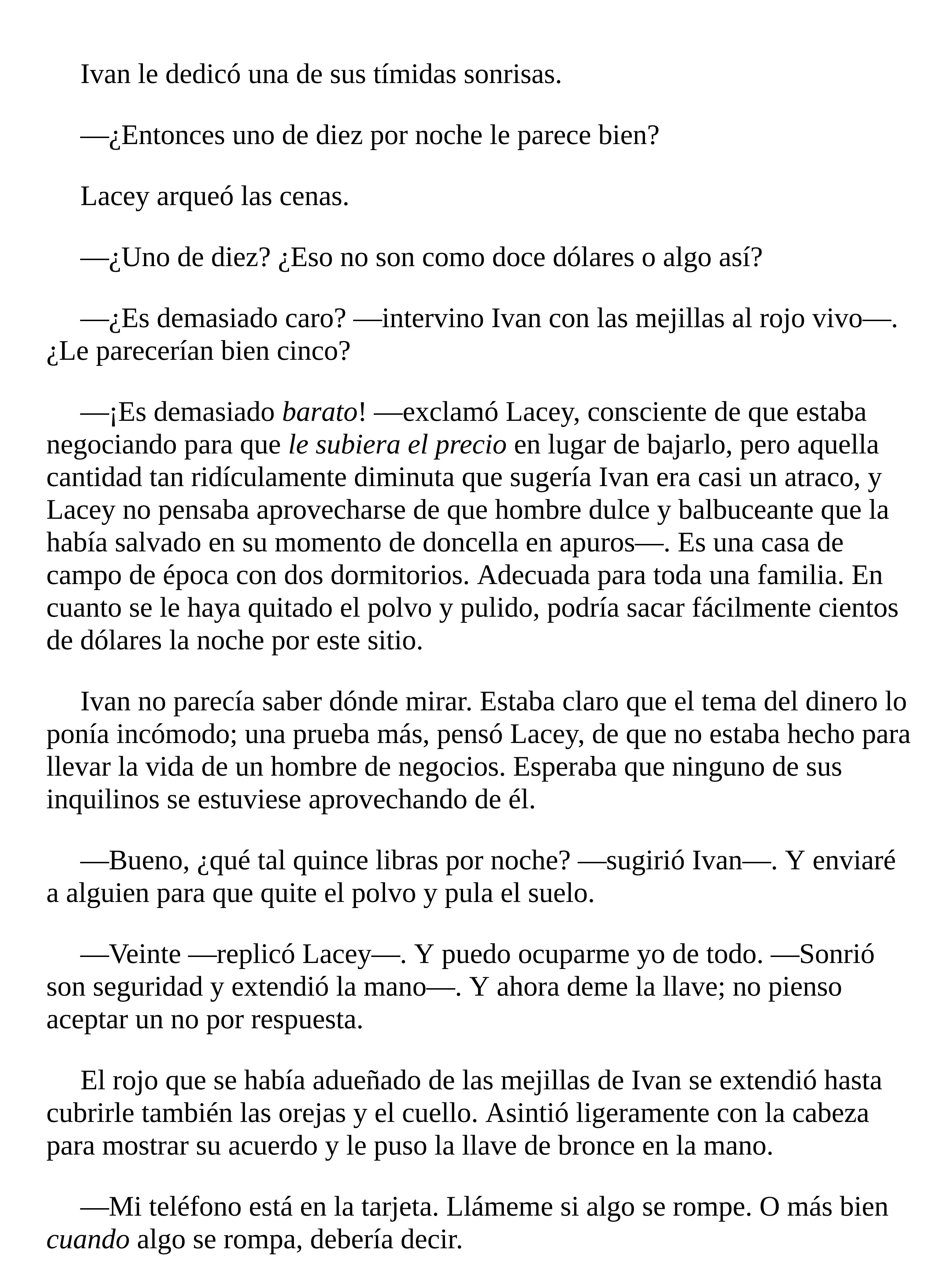
—Todo arreglado. Espero que a esas tuberías no les lleve mucho tiempo calmarse un poco —comentó con su habitual aire preocupado.

Lacey sacudió la cabeza.

—Eso no hace más que añadirle encanto.

—Bueno, puede quedarse aquí todo el tiempo que necesite —añadió Ivan—. Me mantendré alerta y le avisaré si alguno de los hoteles tiene alguna habitación disponible.

—No se preocupe —le dijo Lacey—. Esto es exactamente lo que estaba buscando, aunque no lo sabía.



Ivan le dedicó una de sus tímidas sonrisas.

—¿Entonces uno de diez por noche le parece bien?

Lacey arqueó las cenas.

—¿Uno de diez? ¿Eso no son como doce dólares o algo así?

—¿Es demasiado caro? —intervino Ivan con las mejillas al rojo vivo—. ¿Le parecerían bien cinco?

—¡Es demasiado *barato*! —exclamó Lacey, consciente de que estaba negociando para que *le subiera el precio* en lugar de bajarlo, pero aquella cantidad tan ridículamente diminuta que sugería Ivan era casi un atraco, y Lacey no pensaba aprovecharse de que hombre dulce y balbuceante que la había salvado en su momento de doncella en apuros—. Es una casa de campo de época con dos dormitorios. Adecuada para toda una familia. En cuanto se le haya quitado el polvo y pulido, podría sacar fácilmente cientos de dólares la noche por este sitio.

Ivan no parecía saber dónde mirar. Estaba claro que el tema del dinero lo ponía incómodo; una prueba más, pensó Lacey, de que no estaba hecho para llevar la vida de un hombre de negocios. Esperaba que ninguno de sus inquilinos se estuviese aprovechando de él.

—Bueno, ¿qué tal quince libras por noche? —sugirió Ivan—. Y enviaré a alguien para que quite el polvo y pula el suelo.

—Veinte —replicó Lacey—. Y puedo ocuparme yo de todo. —Sonrió son seguridad y extendió la mano—. Y ahora deme la llave; no pienso aceptar un no por respuesta.

El rojo que se había adueñado de las mejillas de Ivan se extendió hasta cubrirle también las orejas y el cuello. Asintió ligeramente con la cabeza para mostrar su acuerdo y le puso la llave de bronce en la mano.

—Mi teléfono está en la tarjeta. Llámeme si algo se rompe. O más bien *cuando* algo se rompa, debería decir.

—Gracias —le agradeció Lacey con una pequeña risita.

Ivan se marchó.

Ya sola, Lacey subió al segundo piso para acabar de explorarlo todo. El dormitorio principal estaba en la parte delantera de la casa, disfrutaba de vistas al océano y tenía balcón. Se trataba de otra habitación con aire de museo, con una cama con dosel grande y de roble oscuro y un armario a juego lo bastante enorme como para llevar a cualquiera a Narnia. El segundo dormitorio estaba en la parte posterior y ofrecía vistas al jardín. El retrete estaba separado del baño, ubicado en su propia habitación del tamaño de un armario, y en el baño propiamente dicho había una bañera blanca con pies de bronce. No había ducha, tan solo un accesorio que se ajustaba al mismo grifo de la bañera.

Lacey volvió al dormitorio principal y se dejó caer en la cama con dosel. Era la primera vez que había tenido de reflexionar de verdad sobre aquel día tan mareante, y se sentía casi en shock. Aquella misma mañana había sido una mujer que llevaba casada catorce años, y ahora estaba soltera. Por la mañana había sido una ocupada mujer de Nueva York dedicada a su trabajo, y ahora estaba en una casita junto a un acantilado inglés. ¡Qué encantador! ¡Qué *entusiasmo*! Nunca había hecho nada tan atrevido en toda su vida, ¡y vaya si se sentía bien!

Las cañerías resonaron con fuerza, arrancándole un chillido, pero un momento después se echó a reír.

Se recostó en la cama, mirando fijamente el dosel de tela que tenía encima y escuchando el sonido que provocaban las olas al chocar contra la pared del acantilado durante la marea alta. Aquel sonido invocó la repentina fantasía infantil, previamente perdida, de vivir en algún lugar junto al océano. Qué curioso que se hubiese olvidado por completo de aquel sueño. De no haber vuelto a Wilfordshire, ¿habría seguido enterrado en su mente sin llegar a ser recuperado jamás? Lacey se preguntó qué otros recuerdos podían acudir a ella mientras se hospedase allí. Quizás dedicaría el día siguiente a explorar un poco el pueblo y comprobar si éste tenía alguna pista que ofrecerle.

CAPÍTULO TRES

Lacey se despertó gracias a un sonido extraño.

Se irguió de un salto, confundida momentáneamente por aquella habitación poco familiar iluminada únicamente por un delgado hilo de luz solar que se colaba por un hueco entre las cortinas. Le hizo falta un segundo para recalibrar su cerebro y recordar que ya no estaba en su apartamento de Nueva York, sino en una casa de piedra junto a los precipicios de Wilfordshire, Inglaterra.

Volvió a oír aquel ruido. Esta vez no se trataba de las cañerías quejándose, sino de algo completamente distinto. Algo que sonaba casi animal.

Le echó un vistazo al teléfono con ojos cansados y vio que eran las cinco de la mañana, hora local. Levantó el cuerpo agotado de la cama con un suspiro, sintiendo el efecto inmediato del jetlag en la pesadez de sus extremidades mientras se acercaba a las puertas del balcón con pies descalzos y apartaba las cortinas. Allí estaba el borde del acantilado, con el mar extendiéndose hacia el horizonte hasta encontrarse con un cielo despejado y sin nubes que justo empezaba a volverse azul. No logró ver a ningún animal que pudiese ser el culpable en el jardín delantero, así que, cuando volvió a oír aquel mismo sonido, Lacey fue capaz de situarlo en la parte posterior de la casa.

Se arropó con una bata que se había acordado de comprar en el último segundo en el aeropuerto y bajó las escaleras llenas de crujidos al trote para investigar aquel ruido. Fue directa hacia la parte trasera de la casa y entró en la cocina, donde las grandes cristaleras y la puerta también acristalada le ofrecían una vista completa del jardín trasero. Y, una vez allí, Lacey descubrió cuál era el origen del sonido.

En el jardín había todo un rebaño de ovejas.

Lacey parpadeó. ¡Debía de haber al menos quince! Veinte. ¡Quizás incluso más!

Se frotó los ojos, pero cuando volvió a abrirlos todas aquellas mullidas criaturas seguían allí, mordisqueando la hierba. Y entonces una de ellas levantó la cabeza.

Lacey estableció contacto visual con la oveja en todo un duelo de voluntades hasta que, al fin, el animal echó la cabeza hacia atrás y soltó un balido largo, alto y resentido.

Lacey estalló en risitas. No se le ocurría un modo más perfecto de iniciar su nueva vida AD. De repente el hecho de estar allí, en Wilfordshire, parecieron menos unas vacaciones y más una declaración de intenciones, una recuperación de su antiguo yo o, quizás, de una persona completamente nueva a la que todavía no había tenido oportunidad de conocer. Fuera cual fuese aquel sentimiento, hizo que sintiese burbujas en el estómago, casi como si alguien se lo hubiese llenado de champán. O quizás fuese el jetlag; por lo que concernía a su reloj interno, Lacey acababa de echarse un buen sueñecito. Daba igual; el tema era que se moría de ganas de hacer frente a aquel nuevo día.

Lacey se sintió invadida por un repentino entusiasmo y hambre de aventuras. El día anterior se había despertado con los sonidos del tráfico de Nueva York, y hoy había sido con unos balidos incesantes. El día anterior había olido el aroma de la colada recién hecha y de los productos de limpieza, y ahora olía el polvo y el océano. Había cogido todo lo que le había resultado familiar en su antigua vida y lo había dispersado a los cuatro viento. Como mujer nuevamente soltera, el mundo le parecía de repente su pequeño patio de juegos. ¡Quería explorar! ¡Descubrir! ¡Aprender! De golpe toda ella sentía un entusiasmo por la vida que no había sentido desde… Bueno, desde antes de que se marchase su padre.

Sacudió la cabeza; no quería pensar en cosas tristes. Estaba decidida a no permitir que nadie arruinase aquel recién descubierto sentimiento de dicha absoluta, al menos no aquel día. Lo que iba a hacer, al menos durante aquel día ,sería aferrarse a esa sensación y no soltarla por nada del mundo. Durante aquel día sería *libre*.

Lacey intentó ducharse en la enorme bañera en un intento por no pensar en cómo le gruñía el estómago, usando el extraño accesorio parecido a una manguera que conectaba con el grifo para remojarse como lo habría hecho de tratarse de un perro lleno de barro. El agua pasó de cálida a helada en cuestión de un segundo, y las tuberías no dejaron de resonar durante todo el rato con un *clang clang clang*, pero la suavidad del agua en comparación con el agua dura a la que se había acostumbrado en Nueva York fue el equivalente de cubrirse todo el cuerpo con una carísima crema hidratante, así que Lacey disfrutó de la sensación incluso si la sorpresa del agua fría logró que le castañeasen los dientes.

En cuando se hubo librado de toda la suciedad del aeropuerto y de la polución de la ciudad y su piel quedó brillante casi de manera literal, se secó y se vistió con la muda de ropa que había comprado en el mismo aeropuerto. En la cara interna de la puerta del armario de Narnia había un espejo de buen tamaño, y Lacey lo usó para valorar su aspecto. Un aspecto que no era *para nada* mono.

Hizo una mueca. Había escogido la ropa en una tienda de ropa veraniega en el aeropuerto con la idea de que algo informal sería más apropiado para sus vacaciones en la costa, pero aunque su intención había sido adoptar un estilo playero informal, su conjunto parecía ahora más bien salido de una tienda de segunda mano. Los pantalones de vestir beige le iban demasiado estrechos, la camisa de muselina blanca le quedaba como un saco, ¡y los finos zapatos náuticos eran todavía menos apropiados para las calles de adoquines de lo que lo habían sido sus tacones! La mayor prioridad de aquel día tendría que ser invertir en algo de ropa decente.

Le gruñó el estómago.

«Más bien la segunda prioridad», pensó, dándose una palmadita en el estómago.

Bajó al primer piso con el cabello goteándole a la espalda, y al entrar en la cocina comprobó que en el jardín sólo quedaban un par de rezagadas del grupo de ovejas de aquella mañana. Le echó un vistazo a los armarios y la nevera, encontrándolos ambos vacíos, y todavía era demasiado temprano

como para ir al pueblo en busca de un desayuno recién horneado en la pastelería de la calle principal. Tendría que matar un poco el tiempo.

—¡Matar el tiempo! —exclamó en voz alta, llena de alegría.

¿Cuándo había sido la última vez que había podido permitirse el lujo de matar el tiempo? ¿Cuándo se había permitido a sí misma la libertad de hacer algo así? David siempre había sido muy cuadriculado con el poco tiempo libre que habían tenido. Gimnasios, almuerzos, compromisos familiares, copas; hasta el último momento «libre» había sido planificado. Lacey tuvo una súbita epifanía: ¡el mismo acto de *planear* el tiempo libre acababa negando la libertad de éste! Al permitir que David organizase y dictase lo que hacían con su tiempo, Lacey había acabado metiéndose en una camisa de fuerza formada por obligaciones sociales. Aquel momento de claridad la golpeó casi como si un instante budista.

«El Dalai Lama se sentiría muy orgulloso de mí», pensó, dando una palmada de felicidad.

Justo en ese momento una de las ovejas baló y Lacey decidió que iba a usar su recién adquirida libertad para jugar a detective novata y averiguar de dónde había salido aquel rebaño.

Abrió las puertas acristaladas y salió al patio. La fresca brisa matutina proveniente del océano le cubrió el rostro de pequeñas gotas de agua mientras recorría el sendero del jardín en dirección a las dos bolas de algodón que todavía andaban por allí comiéndose su hierba. Se alejaron trotando con torpeza y una elegancia nula en cuando la oyeron acercarse, y desaparecieron a través de un hueco que había en el seto.

Lacey se acercó más y se asomó por el hueco; al otro lado del grueso matorral distinguió otro jardín lleno de flores de colores vivos. Tenía un vecino. En Nueva York sus vecinos habían sido fríos, todos ellos parejas profesionales como David y ella cuyas vidas consistían en salir del apartamento antes de que amaneciera y volver tras la puesta de sol, pero aquel que tenía delante parecía, a juzgar por su precioso y bien cuidado jardín, que disfrutaba de una buena vida. ¡Y tenía ovejas! En el antiguo bloque de apartamentos de Lacey no había habido ni una sola mascota o

animal; esa gente criada en oficinas y siempre tan ocupada no tenía tiempo para mascotas, ni tampoco la inclinación de lidiar con el pelo que pudiesen soltar o los olores de granja. ¡Qué encantador resultaba ahora vivir tan cerca de la naturaleza! Hasta el olor de las heces de las ovejas era bienvenido en comparación con lo hiper limpio que había sido su edificio en Nueva York.

Lacey volvió a enderezarse y, al hacerlo, vio una parte de la hierba que parecía aplastada, como si muchos pies hubiesen labrado un camino. El sendero bordeaba los setos y se dirigía al acantilado, donde había una pequeña verja prácticamente consumida por las plantas. Lacey se acercó a ella y la abrió.

Alguien había tallado unas escaleras en la pared del acantilado y éstas bajaban hasta la playa. «Parece salido de un cuento de hadas», pensó encantada, iniciando el descenso con cuidado.

Ivan no había mencionado en ningún momento que tuviese una ruta directa hasta la playa, ni siquiera había insinuado que, si a Lacey le apetecía de repente sentir la arena entre los dedos de los pies, podía lograrlo en tan solo un par de minutos. Y pensar que en Nueva York se había pavoneado de tener el metro únicamente a dos minutos de casa.

Fue bajando por los escalones irregulares hasta que llegar al final de la escalera, que quedaba a unos dos pies por encima de la playa. Lacey los cubrió de un salto. La arena era tan suave que a sus rodillas no les costó nada absorber el impacto incluso a pesar de los baratos zapatos náuticos.

Lacey respiró profundamente, sintiéndose completamente salvaje y libre de preocupaciones. Aquella parte de la playa estaba desierta e intacta. Debía de quedar demasiado lejos de las tiendas del pueblo como para que la gente se aventurase hasta allí, pensó. Era casi como su pedacito de playa privada.

Miró en dirección al pueblo y llegó a ver el embarcadero que sobresalía al océano. Al instante se vio asaltada por el recuerdo de jugar en varios puestos de feria y las máquinas recreativas en las que su padre les había permitido gastarse sus dos libras. En el embarcadero también había un cine, recordó, entusiasmada por los fragmentos de recuerdos que no dejaban de volver a ella; era una pequeña sala con sólo ocho cómodos asientos de

terciopelo rojo que no había cambiado prácticamente en nada desde su construcción. Su padre las había llevado a Naomi y ella a ver unos poco conocidos dibujos japoneses. Lacey se preguntó cuánto recuerdos más le traería a la mente aquel viaje a Wilfordshire. ¿Cuántos vacíos en su memoria se verían completados gracias al hecho de haber venido?

La marea era baja, así que todavía podía verse gran parte de la estructura del embarcadero, y Lacey vio a algunas personas paseando a perros y a un par haciendo jogging. El pueblo empezaba a despertarse, así que quizás la cafetería ya hubiese abierto. Decidió tomar el camino más largo a lo largo de la costa y echó a andar en dirección al pueblo.

El acantilado retrocedía cuando más se acercaba al pueblo en sí, y al cabo de poco ya empezaron a haber carreteras y caminos. Nada más pisar el paseo marítimo, Lacey revivió otro recuerdo repentino: un mercado con puestos de lona que vendían ropa, joyería y baritas de piedra. Una serie de números pintados con espray en el suelo marcaban cada ubicación concreta, y Lacey sintió una oleada de euforia.

Le dio la espalda a la playa y se adentró en la calle principal… o la calle mayor, como lo llamaban los británicos. Se fijo por un momento en *The Coach House*, donde había conocido a Ivan, antes de girar hacia la calle cubierta de banderines.

Estar allí era tan distinto de estar en Nueva York. El ritmo de aquel pueblo era más lento. No había ningún coche tocando la bocina. Nadie empujaba a nadie. Y, para su sorpresa, algunas de las cafeterías sí que estaban abiertas.

Entró en la primera que encontró y en la cual no había cola, por cierto, y pidió un café americano solo y un cruasán. El café estaba tostado a la perfección, denso y chocolateado, y el cruasán tenía el exterior crujiente y con capas y el interior era una delicia con sabor a mantequilla.

Por fin con el estómago satisfecho, Lacey decidió que era de encontrar ropa de más calidad. Había visto una bonita boutique de ropa al otro extremo de la calle mayor, y había empezado a caminar en dicha dirección cuando el olor a azúcar le asaltó el olfato. Miró a su alrededor, localizando

una tienda de caramelos artesanales que acababa de abrir sus puertas, y entró en su interior, incapaz de resistirse.

—¿Quieres probar una muestra? —le preguntó un hombre vestido con un delantal a rayas blancas y rosas. Hizo un gesto hacia una bandeja repleta de cubos de distintos tonalidades marrones—. Tenemos chocolate negro, chocolate con leche, chocolate blanco, caramelo, tofe, café, mezcla de frutas y la receta original.

Lacey abrió los ojos como platos.

—¿Puedo probarlos todos? —preguntó.

—¡Por supuesto!

El hombre cortó cubos más pequeños de cada uno de los sabores y se los presentó para que eligiera. Lacey se llevó el primero a los labios y sus papilas gustativas estallaron.

—Es magnífico —dijo con la boca llena.

Pasó al siguiente y, de algún modo, resultó que estaba todavía más bueno que el anterior.

Probó una muestra tras otra, y éstas no dejaron de parecer más y más deliciosas a medida que avanzaba.

Se tragó el último bocado y casi no se dio tiempo ni a respirar antes de exclamar:

—*Tengo* que enviárselos a mi sobrino. ¿Aguantarán si lo envío a Nueva York?

El hombre sonrió de oreja a oreja y sacó una caja de cartón plana recubierta de una película de plástico.

—Lo hará si usas una de nuestras cajas de envíos especiales —contestó riéndose—. Nos hacen tanto esa pregunta que pedimos que nos la diseñaran especialmente. Es lo bastante delgada como para caber en el buzón y lo

bastante ligera como para que el envío no salga demasiado caro. También puedo venderte los sellos.

—Qué innovador —comentó Lacey—. Habéis pensado en todo.

El hombre llenó la caja con un cubo de cada uno de los sabores disponibles, la cerró bien con cinta de embalar y le pegó los sellos adecuados. Tras pagar y darle las gracias, Lacey cogió su paquetito, escribió el nombre y la dirección de Frankie en la parte delantera, y la envió gracias al tradicional buzón rojo que había al otro lado de la calle.

En cuanto el paquete hubo desaparecido por la ranura, Lacey recordó que estaba distrayéndose de la tarea que tenía actualmente entre manos: encontrar ropa de más calidad. Estaba a punto de marchar en búsqueda de la boutique cuando se vio distraída de nuevo por el escaparate de la tienda que había junto al buzón. En él se veía una escena de la playa de Wilfordshire con el embarcadero adentrándose en el mar, pero toda la imagen estaba compuesta por macaron de tonos pastel.

Lacey se arrepintió al instante del cruasán que se había comido y de todos los caramelos que había probado, porque aquella imagen tan deliciosa la hizo salivar. Le hizo una foto para enviarla al grupo de *Chicaz Doyle*.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó una voz masculina junto a ella.

Lacey se enderezó. De pie en la puerta se encontraba el dueño de la tienda, un hombre la mar de atractivo que debía rondar los cuarenta y cinco años con cabello denso y castaño oscuro y una mandíbula bien definida. Tenía unos chispeantes ojos verdes, y las pequeñas arrugas que tenía en el rostro le indicaron al instante que aquel hombre era una persona que disfrutaba de la vida. El moreno que lucía sugería que también disfrutaba de viajes frecuentes a climas más cálidos.

—Sólo miraba —contestó con una voz que parecía como si le estuviesen apretando las cuerdas vocales—. Me gusta tu escaparate.

El hombre sonrió.

—Lo he hecho yo mismo. ¿Qué tal si entras y pruebas algunas de las tartas?

—Me encantaría, pero ya he comido —explicó Lacey. El cruasán, el café y los caramelos parecieron ponerse a dar vueltas en su estómago, provocándole unas ligeras náuseas. De repente Lacey fue consciente de qué era lo que estaba pasando: lo que sentía era en realidad aquel sentimiento perdido hacía tanto tiempo cuando había una atracción física, como si tuviese mariposas en el estómago. Las mejillas empezaron a arderle.

El hombre se rió por lo bajo.

—Noto por tu acento que eres americana, así que quizás no sepas que en Inglaterra tenemos una cosa llamada tentempié. Es después del desayuno pero antes de la comida.

—No te creo —replicó Lacey, sintiendo cómo los labios se le curvaban en una sonrisa—. ¿Tentempié?

El hombre se llevó una mano al corazón.

—¡Te prometo que no es ninguna estrategia de marketing! Es el momento perfecto para un taza de té y un pedazo de tarta, o té y sándwiches, o té y galletas. —Señaló con los brazos la puerta abierta, a través de la cual se veía un aparador de cristal lleno de dulces con diseños creativos en toda su deliciosa gloria—. O todo a la vez.

—¿Siempre y cuando haya té? —preguntó Lacey, uniéndose a la broma.

—Exacto —contestó el hombre, con los ojos verdes chispeantes y llenos de travesuras—. Hasta puedes probarlo todo antes de comprar.

Lacey fue incapaz de seguir resistiéndose y acabó entrando, preguntándose si era el efecto adictivo del azúcar lo que la llamaba o si se trataría más bien de la atracción casi magnética que ejercía aquel hombre tan atractivo.

Observó, ansiosa y salivando, cómo el hombre sacaba un bollito redondo de miga de una vitrina refrigerada, lo llenaba de mantequilla, mermelada y crema, y lo cortaba limpiamente en cuatro cuartos. Lo hizo todo de una manera tan informal que parecía casi teatral, como si estuviera llevando a cabo unos pasos de baile. Después lo colocó todo en un pequeño plato de porcelana y se lo tendió a Lacey en la punta de los dedos, acabando aquella demostración con una floritura para nada avergonzada.

—Et voilà.

Lacey sintió cómo el calor le subía a las mejillas. Todo aquello había sido desde luego un flirteo. ¿O sólo soñaba despierta?

Extendió el brazo, cogiendo uno de los trozos del plato. El hombre hizo otro tanto y chocó ligeramente su trozo con el de ella.

—Salud —dijo.

—Salud —logró musitar Lacey.

Se llevó el trozo a la boca. Fue toda una sensación gustativa: la crema montada densa y dulce, la mermelada de fresa tan fresca que su toque ácido le hizo cosquillas en las papilas gustativas… ¡Y el bollo! Denso y con mantequilla, entre dulce y sabroso, y la mar de reconfortante.

Los favores despertaron de golpe un recuerdo en su mente. Papá y ella, y Naomi y mamá, todos sentados alrededor de una mesa blanca de metal en el café lleno de luz, comiendo aquellas pastas rellenas de crema y mermelada. Un sobresalto de nostalgia acogedora la sacudió.

—¡Yo ya había estado aquí! —exclamó antes incluso de dejar de masticar.

—¿Oh? —fue la respuesta divertida del hombre.

Lacey asintió con la cabeza, llena de entusiasmo.

—Vine a Wilfordshire de niña. Es bollito inglés clásico, un SCONE, ¿verdad?

El hombre arqueó una ceja con una intriga genuina.

—Sí. Mi padre era antes el propietario de la tienda. Todavía uso su receta especial para prepararlos.

Lacey miró hacia la ventana. Aunque ahora había un banco de madera empotrado en el nicho de la pared con un cojín azul pastel encima y una mesa de madera rústica a juego, todavía podía ver el aspecto que había tenido treinta años antes. De repente se sintió transportada a aquel momento: casi sintió la brisa en la nuca, la sensación pegajosa de la mermelada en los dedos, el sudor en la parte posterior de la rodilla… Hasta podía recordar el sonido de la risa de *sus padres* y las sonrisas relajadas de sus rostros. Habían sido felices, ¿no? Estaba segura de que todo aquello había sido real. ¿Por qué había acabado todo hecho trizas entonces?

—¿Estás bien? —le llegó la voz del hombre.

Lacey volvió al presente.

—Sí. Perdona, estaba perdida en mis recuerdos. Probar ese bollito me ha hecho retroceder treinta años.

—Bueno, ahora sí que tienes que tomarte un tentempié —comentó el hombre con una risita—. ¿Puedo tentarte?

Los cosquilleos que recorrieron todo el cuerpo de Lacey le dieron la clara impresión de que hubiese accedido a *cualquier cosa* que sugiriese con aquel acento tan suave y esos ojos amables e incitantes. Así que asintió con la cabeza; de repente tenía la garganta demasiado seca como para formular palabra alguna.

El hombre dio una palmada.

—¡Excelente! Deja que lo prepare todo. Voy a ofrecerte la experiencia inglesa en toda su gloria. —Hizo el gesto de darse la vuelta, pero se detuvo y volvió a mirarla—. Me llamo Tom, por cierto.

—Lacey —contestó ésta, sintiéndose tan eufórica como una adolescente que se hubiese pillado de alguien.

Fue a sentarse junto a la ventana mientras Tom estaba entretenido en la cocina. Trató de invocar más recuerdos del momento que había pasado en aquel local en el pasado, pero no había nada más. Simplemente el sabor de los bollitos y la risa de su familia.

Un momento más tarde, el atractivo Tom se acercó con un plato para tartas lleno de sándwiches sin bordes, bollitos y una selección de bizcochitos multicolores. Puso una tetera junto al plato.

—¡No puedo comer tanto! —exclamó Lacey.

—Es para dos personas —contestó Tom—. Invita la casa. No sería educado permitir que una dama pagase en la primera cita.

Se sentó al lado de Lacey.

Su sinceridad la cogió por sorpresa y sintió cómo se le aceleraba el pulso. Había pasado tanto tiempo desde que había hablado flirteando con un hombre. Sí que volvía a sentirse como una adolescente entusiasmada. Y era incómodo. Pero quizás así fuesen los ingleses. Quizás todos los hombres ingleses se comportaban así.

—¿Primera cita? —repitió.

La campanita que había encima de la puerta repicó antes de que Tom pudiese responder y un grupo de diez turistas japoneses irrumpió en la tienda. Tom se levantó de un salto.

—Oh oh, clientes. —Miró a Lacey—. Tendremos que seguir con la cita otro día, ¿te parece?

Y, con aquella misma confianza, Tom fue hacia el mostrador y dejó a Lacey con las palabras atravesadas en la garganta.

La tienda se volvió ruidosa y ajetreada ahora que estaba repleta de turistas y, aunque Lacey intentó mantener un ojo en Tom mientras devoraba

los tentempiés, éste estaba demasiado ocupado preparando pedidos para la multitud de clientes.

Una vez que hubo acabado Lacey trató de despedirse de él agitando la mano en el aire, pero para en aquel momento Tom se había adentrado en la cocina y no la vio.

Salió de la pastelería sintiéndose algo decepcionada y extremadamente llena y volvió a la calle.

Hizo una pausa. Al otro lado de la calle, frente a la pastelería, había un escaparate vacío que le llamó la atención y despertó una emoción tan profunda en su interior que le quitó el aliento de forma literal. Aquella tienda había sido otra cosa en el pasado, algo que los recovecos más remotos de sus recuerdos infantiles querían recordar. Algo que le exigía que echase un vistazo más de cerca.

CAPÍTULO CUATRO

Lacey se asomó a la ventana del escaparate vacío, rebuscando en su mente los recuerdos que había despertado en ella, pero no logró visualizar nada en concreto. Se trataba más de un sentimiento, algo más profundo que la sensación de nostalgia y que rozaba el enamorarse de alguien.

Siguió mirando por la ventana y, al distinguir el interior, vio que la tienda estaba vacía y las luces apagadas. El suelo era de madera pálida y había muchas estanterías empotradas en distintos nichos, además de una gran mesa de madera contra una de las paredes. La lámpara que colgaba del techo era una antigua de latón. «Y cara», pensó. «Deben de habérsela dejado por error».

Fue entonces cuando se percató de que la puerta de la tienda no estaba cerrada así que, incapaz de contenerse, entró en ella.

Del interior del local manó un olor metálico mezclado con el del polvo y el moho, y Lacey se vio sacudida al instante por otro golpe de nostalgia. Aquel olor era exactamente el mismo que había tenido la vieja tienda de antigüedades de su padre.

Siempre le había encantado aquel sitio. De niña había pasado muchas horas en el laberinto que formaban todos aquellos tesoros, jugando con las escalofriantes muñecas de porcelana china y leyendo toda clase de comics infantiles de coleccionistas, desde Bunty hasta The Beano, pasando por los excepcionalmente raros y valiosos originales de Rupert El Oso. Pero lo que más le había gustado de todo había sido examinar las distintas baratijas e imaginarse qué vidas y personalidades debían de haber tenido las personas a las que habían pertenecido en una ocasión. Había una lista sin fin de chismes, peculiaridades y artilugios, y cada uno de aquellos objetivos había tenido el mismo extraño aroma mezcla de metal, polvo y moho que estaba oliendo en aquel preciso instante.

Del mismo modo en que ver el *Cottage Crag* junto al océano había despertado en ella su antiguo sueño de la infancia de vivir junto al mar, ahora se encontró recuperando el antiguo deseo infantil de tener su propia tienda.

Hasta la distribución del local le recordaba a la antigua tienda de su padre. Miró a su alrededor y las imágenes sacadas de lo más profundo de su memoria se superpusieron a lo que veían sus ojos, casi como si fuese una hoja de papel de calco colocada sobre un dibujo. De repente fue capaz de ver las estanterías repletas de preciosas reliquias —principalmente menaje de cocina victoriano, algo en lo que su padre había estado especialmente interesado— y allí, en el mostrador, visualizó la gran caja registradora de latón, ésa tan anticuada y voluminosa con las teclas duras que su padre había insistido en usar porque «te mantiene ágil mentalmente» y «mejora tu capacidad mental para las matemáticas». Lacey sonrió para sí misma, soñadora, mientras las palabras de su padre le resonaban en los oídos y las imágenes y recuerdos se reproducían frente a sus ojos.

Estaba tan perdida en su ensoñación que no oyó los pasos que salían de la parte trasera del local y se dirigían hacia ella, ni tampoco notó al hombre al que pertenecían dichos pasos y que emergió por la puerta con el ceño fruncido y marchó directamente hacia ella. No se percató de que no estaba sola hasta notar un golpecito en el hombro.

El corazón le dio un salto en el pecho y Lacey estuvo a punto de soltar un grito de sorpresa, girándose bruscamente. Tras un segundo su cerebro se dignó a captar el rostro del desconocido: era un anciano de cabello blanco y ralo, ojos de un azul brillante y unas bolsas amoratadas bajo los ojos.

—¿Puedo ayudarla? —dijo el hombre con tono brusco y nada amistoso.

Lacey se llevó la mano al pecho. Le hizo falta un momento para comprender que no el hombre que le había tocado el hombro no era el fantasma de su padre, y que ella tampoco era una niña en mitad de su tienda de antigüedades, sino una mujer adulta de vacaciones en Inglaterra. Una mujer adulta que, en aquel momento, había irrumpido en una propiedad privada.

—¡Oh, Dios mío, lo siento muchísimo! —exclamó a toda prisa—. No me había dado cuenta de que había alguien. La puerta estaba abierta.

El hombre la fulminó con la vista con gesto escéptico.

—¿Es que no ve que la tienda está vacía? Aquí no hay nada que comprar.

—Lo sé —continuó, acelerada y desesperada por limpiar su buen nombre y borrar el ceño lleno de desconfianza que tenía aquel anciano en la cara—. Pero no he podido contenerme. Este lugar me recuerda tanto a la tienda de mi padre. —Para su sorpresa, los ojos se le llenaron de repente de lágrimas—. Llevo sin verlo desde que era niña.

El ademán del hombre cambió en un instante y pasó de estar ceñudo y a la defensiva a ser suave y amable.

—Querida, querida, querida —dijo con gentileza, sacudiendo la cabeza mientras Lacey corría a secarse las lágrimas—. No pasa nada, querida. ¿Tu padre tenía una tienda como ésta?

Lacey se sintió avergonzada al instante por haber descargado sus emociones sobre aquel hombre, además de culpable por haberlo hecho reaccionar así, como un terapeuta experimentado que mostraba compasión sin juicio alguno, interés y que la animaba a hablar en lugar de llamar a la policía para sacarla de su propiedad. Pero no pudo evitarlo; se abrió a él y dejó que fuese su corazón el que cogiese las riendas.

—Vendía antigüedades —explicó, con una sonrisa de nuevo en los labios ante los recuerdos incluso mientras las lágrimas seguían aguándole los ojos—. El olor de este local me ha hecho sentir tanta nostalgia, y lo he recordado todo de golpe. La tienda tiene hasta la misma distribución. —Señaló hacia la habitación trasera por la que debía de haber entrado aquel hombre—. Aquella sala se usaba como almacén, pero siempre quiso convertirla en una sala de subastas. Era muy larga, y daba a un jardín.

El hombre empezó a reírse por lo bajo.

—Venga a echar un vistazo. Esta habitación también es larga, y da a un jardín.

Emocionada por su compasión, Lacey lo siguió a través de la puerta y entró en la habitación trasera. Era larga y estrecha, lo que le daba cierto parecido con un vagón de tren, y casi idéntica a la que su padre había soñado con convertir en una sala de subastas. La cruzó y salió a un maravilloso jardín largo y estrecho que debía medir unos quince metros. Había plantas llenas de color por todas partes, y unos árboles y arbustos ubicados en lugares estratégicos ofrecían la cantidad perfecta de sombra. Una valla alta hasta la rodilla era lo único que lo separaba del jardín de la tienda aledaña, que al parecer lo usaba únicamente como almacén y había puesto varios cobertizos de plástico grandes, feos y grises y una hilera de cubos de basura. En comparación, el jardín en el que estaba Lacey parecía inmaculado.

Le dio la espalda al jardín vecino, centrándose en el del local.

—Es increíble —dijo con efusividad.

—Sí, es un lugar muy bonito —contestó el hombre, recogiendo una maceta que estaba tumbada y enderezándola—. La gente que lo tenía alquilado lo usaba como residencia y tienda de jardinería.

Lacey notó al instante el aire melancólico en su voz. En ese momento se percató de que el gran invernadero de cristal que tenía delante tenía las puertas abiertas de par en par y que había varias plantas con sus macetas tiradas por el suelo, con los brotes aplastados y la tierra diseminada por toda la zona. Empezaba a sentir curiosidad; el ver aquellas plantas tiradas así en un jardín que por otra parte había sido cuidadosamente atendido parecía de lo más raro. Su mente dejó a su padre de lado al instante y se centró en el presente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

La expresión del anciano era ahora de lo más triste.

—Por eso estoy aquí. Esta mañana he recibido una llamada de uno de los vecinos diciendo que parecía que habían vaciado el local durante la noche.

Lacey jadeó.

—¿Les han robado? —Su mente no lograba asimilar el concepto de un crimen en el precioso y tranquilo pueblo costero de Wilfordshire. Le parecía que se trataba de la clase de lugar donde lo peor que podía ocurrir era que el clásico niño travieso robase una tarta recién hecha del alféizar de la ventana en el que la habían dejado para que se enfriase.

El hombre negó con la cabeza.

—No, no, no. Se han marchado. Han recogido todo lo que tenían a la venta y se han ido. No me han dado ningún preaviso, y también me han dejado con todas sus deudas. Facturas de suministros sin pagar y una montaña de recibos. —Volvió a sacudir la cabeza con tristeza.

Lacey se quedó sorprendida al oír que la tienda llevaba vacía únicamente desde aquella mañana y que se había metido sin darse cuenta en un escenario en desarrollo, introduciéndose por accidente en una misteriosa narrativa que no había hecho más que comenzar.

—Lo siento muchísimo —dijo, sintiendo una empatía genuina hacia aquel hombre. Ahora le tocaba a ella interpretar el papel de terapeuta y devolver el gesto amable que le había mostrado antes—. ¿Irá todo bien?

—En realidad no —contestó taciturno—. Tendremos que vender el local para pagar las facturas y, sinceramente, yo y mi esposa somos demasiado mayores para esta clase de estrés. —Se dio un golpecito en el pecho como para indicar la fragilidad de su corazón—. Pero tener que despedirse de este sitio será una maldita lástima. —La voz le falló—. Lleva años en la familia. Lo adoro. Hemos tenido a algunos arrendatarios de lo más coloridos en todo este tiempo. —Se rió por lo bajo y los ojos se le aguaron al recordarlo—. Pero no. No podemos volver a pasar por un bache así. Es demasiado estrés.

La tristeza de su voz fue suficiente como para romperle el corazón a Lacey. Qué situación más horrible en la que encontrarse. Qué terrible. La

profunda empatía que sentía hacia el anciano resonaba con su propia situación, con el modo en el que le habían arrancado injustamente la vida que había creado con David en Nueva York. Sintió la repentina responsabilidad de que debía solucionar aquel problema.

—Alquilaré el local —soltó, pronunciando aquellas palabras antes de que su cerebro tuviese tiempo de comprender lo que estaba diciendo.

Las cejas blancas del anciano se arquearon con una sorpresa más que evidente.

—Perdona, ¿qué acaba de decir?

—Lo alquilaré —repitió Lacey a toda prisa, antes de que la parte lógica de su mente tuviese oportunidad de intervenir y quitarle aquella idea de la cabeza—. No puede venderlo; tiene demasiada historia, usted mismo lo ha dicho. Tiene demasiado valor sentimental. Y yo soy una persona de extrema confianza. Tengo experiencia llevando un negocio. Más o menos.

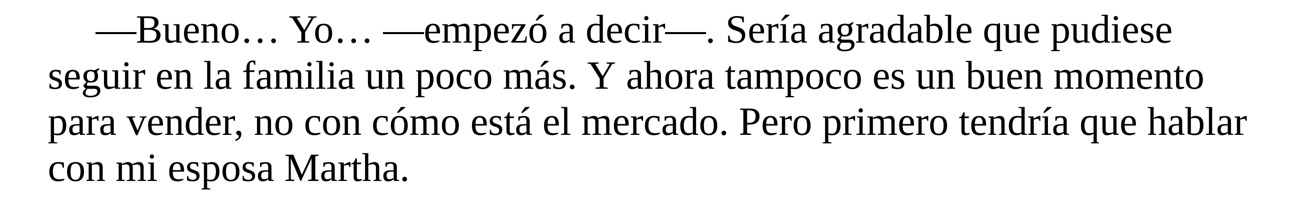
Pensó en la guardia de seguridad de cejas oscuras del aeropuerto y en cómo le había dicho que necesitaría una vida para trabajar, y la confianza con que ella le había asegurado que lo último que quería hacer mientras estuviese en Inglaterra era trabajar.

¿Y qué pasaba con Naomi? ¿Y con su trabajo con Saskia? ¿Qué iba a hacer?

De repente, nada de todo eso importaba. La sensación que había sacudido a Lacey al ver el local había sido algo parecido a amor a primera vista, e iba a tirarse de cabeza.

—¿Y bien? ¿Qué le parece? —le preguntó al hombre.

En anciano parecía algo sobrecogido, y Lacey no pudo culparle. Aquella americana desconocida vestida con un conjunto salido de una tienda de segunda mano le estaba preguntando si podía alquilar su local, un local que ya había decidido que iba a vender.



—Bueno… Yo… —empezó a decir—. Sería agradable que pudiese seguir en la familia un poco más. Y ahora tampoco es un buen momento para vender, no con cómo está el mercado. Pero primero tendría que hablar con mi esposa Martha.

—Por supuesto —concedió Lacey. Escribió a toda prisa su nombre y su teléfono en un trozo de papel y se lo tendió, sorprendida por lo segura que se sentía—. Tómese todo el tiempo que necesite.

A fin de cuentas, ella también necesitaba algo de tiempo para solucionar el tema de la visa, organizar un plan de negocios, pensar en las finanzas, el stock y… bueno, en *todo*. Quizás debería empezar por comprar el libro de *Guía para idiotas sobre cómo llevar una tienda*.

—Lacey Doyle —dijo el hombre, leyendo el papel que le había tendido.

Lacey asintió con la cabeza. Dos días antes, aquel nombre se le había antojado completamente desconocido, pero ahora volvía a parecer el suyo.

—Yo soy Stephen —continuó el anciano.

Se dieron la mano.

—Esperaré ansiosa tu llamada —dijo Lacey.

Y, con aquello, salió del local con el corazón lleno de anticipación. Si Stephen decidía alquilárselo, acabaría quedándose en Wilfordshire de un modo mucho más permanente de lo que había planeado en un principio. Aquella idea debería haberla asustado pero, en lugar de eso, la dejó encantada. Parecía lo correcto. Y más que lo correcto, parecía el destino.

CAPÍTULO CINCO

—¡Creía que eran unas vacaciones! —explotó la voz furiosa de Naomi al otro lado del teléfono que Lacey sujetaba con el hombro.

Ésta suspiró, dejando de escuchar el sermón de su hermana y sin dejar de escribir en el ordenador de la biblioteca de Wilfordshire. Estaba comprobando el estado de su aplicación online para pasar de una visa de vacaciones a una de creación de negocio.

Tras reunirse con Stephen, se había dedicado en cuerpo y mente a la investigación y había descubierto que, como hablante inglesa con una buena cantidad de capital en el banco, lo único que se le exigía era un plan de negocios decente, algo con lo que tenía amplia experiencia gracias a la costumbre de Saskia de descargar todas sus responsabilidades sobre sus hombres aunque estuviesen muy por encima de su posición. Sólo había necesitado algunas tardes para compilar el plan de negocio y entregarlo, y había sido un proceso sin la más mínima dificultad que había hecho que se sintiese todavía más segura de que el universo estaba guiando su nueva vida.

La pantalla entró en el portal oficial del gobierno británico y vio que su solicitud todavía aparecía como «pendiente». Estaba tan desesperada por empezar que no pudo evitar hundirse un poco en su silla, decepcionada. Volvió a concentrarse en la voz de Naomi, que seguía hablando junto a su oído.

—¡No puedo CREER que vayas a mudarte! —estaba gritando su hermana—. ¡De manera permanente!

—No es permanente —le explicó Lacey con calma. A lo largo de los años había acumulado mucha práctica para no dejar que los cambios de humor de Naomi la provocasen—. La visa es sólo para dos años.

Ups. Paso en falso.

—¿DOS AÑOS? —chilló Naomi, llegando a la cúspide de su enfado.

Lacey puso los ojos en blanco; había sido completamente consciente de que su familia no apoyaría su decisión. Naomi la necesitaba en Nueva York para que le hiciera de niñera, al fin y al cabo, y su madre la trataba básicamente como una mascota que ofreciese apoyo emocional. El mensaje eufórico que había enviado al grupo *Chicaz Doyle* había sido recibido con la misma gratitud con la que se habría recibido una bomba nuclear y ahora, días más tarde, todavía estaba lidiando con las consecuencias.

—Sí, Naomi —contestó con voz decepcionada—. Dos años. Creo que me lo merezco, ¿no te parece? Le entregué catorce años a David, quince a mi trabajo, y Nueva York me ha tenido durante treinta y nueve. ¡Ya casi tengo cuarenta, Naomi! ¿De verdad quieres pasarte toda la vida viviendo en el mismo sitio? ¿Tener sólo una clase de trabajo? ¿Estas únicamente con un hombre?

El atractivo rostro de Tom apareció en su mente al decir aquello, y Lacey sintió cómo las mejillas se le caldeaban al instante. Había estado tan ocupada organizando su nueva vida en potencia, que no había vuelvo a la pastelería. Su visión de los largos desayunos en el patio se había visto sustituida de manera temporal por un plátano que se comía por el camino y un frappucino preparado que vendía la tienda de alimentación. De hecho, no se le había ocurrido hasta ahora que, si su trato con Stephen y Martha salía adelante, acabaría alquilando el local que había justo delante del de Tom y lo vería *todos los días* por la ventana. El estómago le dio un salto de pura felicidad al pensarlo.

—¿Qué pasa con Frankie? —lloriqueó Naomi, devolviéndola a la realidad.

—Le he enviado unos caramelos.

—¡Necesita a su tía!

—¡Y todavía me tiene! No me he muerto, Naomi, simplemente voy a vivir durante una temporada en el extranjero.

Su hermana colgó la llamada.

«Treinta seis años pero como si tuviese dieciséis», pensó Lacey con sarcasmo.

Guardó el teléfono en el bolsillo y, al hacerlo, notó que algo parpadeaba en la pantalla del ordenador. El estado de su solicitud había cambiado de «pendiente» a «aprobada».

Lacey se levantó de un salto, soltando un gritito y alzando el puño en señal de victoria. Todos los ancianos que habían estado jugando al solitario en los demás ordenadores se giraron, mirándola alarmados.

—¡Lo siento! —exclamó Lacey, intentando controlar su entusiasmo.

Volvió a dejarse caer en su silla, sin aliento por el asombro. Lo había conseguido. Le había dado luz verde a que pusiera en marcha su plan. Y había sido todo tan fácil que no pudo evitar sospechar que el destino había tenido algo que ver…

Excepto que todavía quedaba un último obstáculo que superar. Necesitaba que Stephen y Martha accediesen a alquilarle el local.

*

Lacey se sentía ansiosa mientras deambulaba por el centro del pueblo. No quería alejarse demasiado de la tienda porque, en cuanto recibiese la llamada de Stephen, iría directa hacia allí con la chequera en la mano y un bolígrafo para cerrar el trato antes de que su lado autosaboteador le dijera que no era capaz de hacer algo así. Pero se le daba excepcionalmente bien

entretenerse mirando escaparates, así que se puso manos a la obra examinando todo lo que podía ofrecerle el pueblo. De repente sus zapatos náuticos baratos se atascaron entre dos adoquines, haciendo que perdiese pie y se torciera el tobillo, momento en el que comprendió que, si quería que la tomasen en serio como una posible propietaria de un negocio, tendría que despedirse de toda su conjunto informal de tienda de segunda mano.

Puso rumbo hacia la boutique de ropa que había junto al local vacío que esperaba que se pasase a ser suyo en breve.

«Bien puedo conocer a los vecinos», pensó.

Cruzó la puerta y se encontró en un espacio con aspecto de lo más minimalista en el que sólo se habían expuesto ciertos objetos muy concretos. La mujer que había tras el mostrador alzó la vista ante su entrada, y arrugó la nariz con prepotencia al ver el atuendo que llevaba puesto. Era delgada como un palo y con un aspecto bastante severo, pero llevaba el cabello castaño y ondulado peinado exactamente igual que Lacey. Ésta pensó, divertida, que el vestido negro que llevaba la dependienta hacía que pareciese una especie de clon maligna de ella misma.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó la mujer con voz aguda y desagradable.

—No, gracias —contestó Lacey—. Sé exactamente lo que quiero.

Eligió un traje de dos piezas de entre las perchas, uno del mismo tipo que había acostumbrado a llevar en Nueva York, pero se detuvo de golpe. ¿De verdad quería replicarse a sí misma? ¿Quería vestirse como la mujer que había sido antes? ¿O quería ser una persona distinta?

Volvió a girarse hacia la dependienta.

—En realidad, quizás sí que me venga bien un poco de ayuda.

El rostro de la mujer permaneció impasible mientras salía de detrás del mostrador y se acercaba. Estaba claro que asumía que Lacey iba a ser una pérdida de tiempo —¿qué clase de persona que comprase en tiendas de segunda mano podía permitirse ir de compras en una boutique como

aquella?—, y Lacey esperaba ansiosa que llegase el momento de hacer aparecer su tarjeta de crédito delante de la cara sentenciosa de aquella mujer.

—Necesito algo para ir a trabajar —dijo—. Formal, pero no demasiado envarado, ¿sabes?

La mujer parpadeó.

—¿A qué se dedica?

—A las antigüedades.

—¿Antigüedades?

Lacey asintió con la cabeza.

—Ajá. Antigüedades.

La mujer eligió algo de entre las perchas. Era un conjunto a la moda, ligeramente atrevido y con un toque andrógino en el corte. Lacey se lo llevó al probador y se lo puso para comprobar la talla; el reflejo que le devolvió la mirada desde el espejo le dibujó una enorme sonrisa en los labios. Estaba *fabulosa*, si se le permitía decirlo. La dependienta, a pesar de su expresión agriada, tenía un gusto impecable y se le daba muy bien elegir prendas que sentasen bien a cualquier cuerpo.

Salió entusiasmada del probador.

—Es perfecto; me lo quedo. Y cuatro más en otros colores.

La dependienta arqueó las cejas bruscamente.

—¿Disculpe?

El teléfono de Lacey empezó a sonar y, al mirar la pantalla, vio que era una llamada desde el número de Stephen.

El corazón le dio un salto. ¡Había llegado el momento! ¡La llamada que tanto había estado esperando! ¡La llamada que decidiría su futuro!

—Me lo quedo —le repitió a la dependienta; la anticipación había conseguido que le faltase la respiración—. Y cuatro más en los colores que creas que me queden bien.

La dependienta pareció ligeramente perpleja mientras iba a la habitación trasera —a uno de esos horribles cobertizos que hacían de almacén, pensó Lacey— en busca de más conjuntos.

Contestó al teléfono.

—¿Stephen?

—Hola, ¿Lacey? Estoy con Martha. ¿Podrías pasarte por la tienda para hablar?

Su tono sonaba prometedor y Lacey no pudo evitar sonreír.

—Desde luego. Estaré allí en cinco minutos.

La dependienta volvió con los brazos llenos de trajes y Lacey se percató de la impecable paleta de colores que había elegido: carne, negro, azul marino y rosa suave.

—¿Quiere probárselos? —preguntó la mujer.

—No. Si son iguales que éste, me fío. ¿Puedes cobrarme, por favor? —Habló a toda prisa; su voz reflejaba lo poco que le quedaba de paciencia—. Oh, y me llevaré éste puesto.

La dependienta no parecía nada impresionada con el modo en que Lacey estaba intentando meterle prisa y, casi como venganza, se tomó su tiempo pasando por cada todos los trajes y doblándolos cuidadosamente y envolviéndolos en papel de seda.

—¡Espera! —exclamó Lacey cuando la mujer sacó una bolsa de papel para meter toda la ropa dentro—. No puedo llevar una bolsa de una tienda.

Necesitaré un bolso. Uno bueno. —Desvió la mirada hacia la hilera de bolsos expuestos en la estantería que había detrás de la cabeza de la mujer—. ¿Puedes elegirme uno que pegue con los trajes?

A juzgar por la expresión de la dependienta, uno podría pensar que estaba lidiando con una loca. Pero, a pesar de todo, se giró, consideró los bolsos que había a la venta, y eligió uno de mano de tamaño grande con una hebilla dorada.

—Perfecto —comentó Lacey, dando saltitos como una corredora que estuviese esperando el disparo de salida—. Cóbralo.

La mujer hizo lo que se le ordenaba y empezó a llenar cuidadosamente el bolso con los trajes.

—Serán…

—¡ZAPATOS! —gritó de repente Lacey, interrumpiéndola. Menuda cabeza de chorlito; si habían sido precisamente los zapatos náuticos de tan mala calidad los que le habían llevado hasta allí—. ¡Necesito zapatos!

La dependienta logró parecer, de algún modo, todavía menos impresionada que antes. Quizás creía que Lacey le estaba gastando una broma pesada y que al final de la compra se escaparía corriendo.

—Nuestros zapatos están allí —contestó con frialdad, haciendo un gesto con el brazo.

Lacey examinó la pequeña selección de preciosos zapatos de tacón que habría llevado de estar en Nueva York, donde había considerado que unos tobillos doloridos era un riesgo laboral que debía correrse, pero ahora las cosas eran distintas, se recordó a sí misma. No tenía ninguna necesidad de llevar unos zapatos que le doliesen.

Su mirada se posó en unos zapatos brogue negros; encajarían a la perfección con la calidad andrógina de su nueva colección de trajes. Fue directo hacia ellos.

—Éstos —dijo, dejándolos en el mostrador, justo delante de la dependienta.

La mujer no se molestó en preguntarle si quería probárselos, así que los pasó por la caja y se tapó la boca con el puño para soltar una pequeña tos cuando el precio que apareció en la pantalla de la caja alcanzó los cuatro dígitos.

Lacey sacó su tarjeta, pagó, se puso los zapatos nuevos, le dio las gracias a la dependienta, y salió dando saltitos de la tienda para entrar en el local vacío que había al lado. La esperanza le floreció en el pecho; estaba a tan solo unos momentos de distancia de recibir las llaves de parte de Stephen y convertirse en la vecina de la para nada impresionada dependienta de la tienda en la que acababa de adquirir una identidad completamente nueva.

Stephen la miró como si no la reconociera cuando cruzó la puerta.

—Creía que habías dicho que parecía un poco atolondrada —dijo en voz baja la mujer que había junto a él y que debía de ser su esposa, Martha. Si había intentado ser discreta, había fallado por completo; Lacey pudo oír todas y cada una de sus palabras.

Se señaló la ropa.

—Tachán. Le dije que sabía lo que estaba haciendo —bromeó.

Martha le dirigió una mirada a Stephen.

—¿Qué te tiene tan preocupado, viejo tonto? ¡Es la respuesta a nuestras plegarias! ¡Dale ahora mismo el alquiler!

Lacey no se lo podía creer. Menuda suerte. Estaba claro que el destino había intervenido.

Stephen se apresuró a sacar varios documentos de un maletín y los colocó sobre el mostrador, frente a Lacey. A diferencia de los papeles del divorcio a los que Lacey se había quedado mirando con incredulidad en un momento de pesar y disociación corporal, aquellos parecían brillar llenos de

promesas y oportunidades. Sacó su bolígrafo, el mismo con el que había firmado los papeles del divorcio, y plasmó su firma sobre el documento.

Lacey Doyle. Propietaria de un negocio.

Su nueva vida quedaba sellada.

CAPÍTULO SEIS

Con una escoba entre las manos, Lacey estaba barriendo el suelo de la tienda de la que ahora era una orgullosa arrendataria con un corazón que no parecía caberle en el pecho.

Nunca antes se había sentido así, como si tuviese toda su vida bajo control, todo su destino, y como si el futuro estuviese a su alcance por completo. La cabeza le iba a mil por hora, empezando a formular planes bastante grandes, como por ejemplo convertir la habitación trasera en una sala de subastas en honor al suelo que su padre nunca había cumplido. Había estado en cientos y cientos de subastas mientras trabajaba para Saskia, en su mayoría había sido como compradora, no vendedora, pero estaba segura de que podría aprender cómo gestionar una subasta. Tampoco había manejado nunca una tienda, y allí estaba a pesar de todo. Y, además, cualquier cosa que valiese la pena requería un esfuerzo.

En ese momento distinguió cómo una figura que había estado pasando frente a la tienda frenaba bruscamente y se giraba hacia ella para mirarla a través del escaparate. Lacey alzó la vista de la escoba con la esperanza de que se tratase de Tom, pero se percató rápidamente de que la figura que estaba inmóvil frente a ella era una mujer. Y no cualquier mujer, sino una a la que Lacey reconoció: delgada como un palo, vestida de negro y con el mismo cabello largo, oscuro y ondulado que ella. Era su gemela malvada, la dependienta de la tienda aledaña.

La mujer irrumpió en el local aprovechando que Lacey no había cerrado la puerta con llave.

—¿Qué haces aquí? —exigió la mujer.

Lacey dejó la escoba contra el mostrador y le tendió la mano para estrechársela con confianza.

—Soy Lacey Doyle, tu nueva vecina.

La mujer se le quedó mirando la mano con asco, como si la tuviese cubierta de gérmenes.

—¿Qué?

—Soy tu nueva vecina —repitió Lacey con el mismo tono confiado—. Acabo de firmar el alquiler del local.

La mujer torció el gesto como si acabase de recibir una bofetada en la cara.

—Pero… —musitó.

—¿Eres la dueña de la boutique, o sólo trabajas en ella? —preguntó Lacey, intentando que la mujer volviese a centrarse.

Ésta asintió casi como si estuviera hipnotizada.

—Soy la dueña. Me llamo Taryn, Taryn Maguire. —Y entonces, de repente, sacudió la cabeza como para librarse de los últimos efectos de la sorpresa y se obligó a mostrar una sonrisa amistosa—. Bueno, una nueva vecina. Qué encantador. Es una ubicación magnífica, ¿verdad? Estoy segura de que la falta de luz jugará a tu favor, así no se notará el mal estado del local.

Lacey se controló para no arquear una ceja. Los años que había pasado lidiando con la pasivo agresividad de su madre la habían entrenado para no dejarse provocar.

Taryn se rió con fuerza en lo que pareció un intento de suavizar la bofetada de su cumplido.

—Bueno, dime, ¿*cómo* has conseguido que te alquile el local? Lo último que había oído era que Stephen iba a venderlo.

Lacey se limitó a encogerse de hombros.

—Así es, pero ha habido un cambio de planes.

Taryn puso cara de acabar de chupar un limón. Movió los ojos por toda la tienda y la nariz altiva que ya había desdeñado al menos una vez a Lacey aquel día pareció alzarse todavía más hacia los cielos a medida que el asco de Taryn se hacía más y más visible.

—¿Y vas a vender antigüedades? —añadió.

—Así es. Mi padre se dedicaba a eso cuando era niña, así que estoy siguiendo sus pasos en su honor.

—Antigüedades —repitió Taryn. Estaba claro que la idea de que se estableciese una tienda de antigüedades junto a su boutique pija no la complacía en lo más mínimo. Fijo la vista en Lacey como si fuese un halcón—. Y te lo permiten, ¿es así? Que saltes el charco sin más y abras una tienda.

—Con la visa correcta —le explicó Lacey con frialdad.

—Qué… interesante —replicó Taryn, eligiendo claramente sus palabras con el mayor de los cuidados—. Quiero decir, normalmente cuando un extranjero quiere trabajar en este país la empresa tiene que demostrar que no hay ningún británico disponible para ocupar ese puesto. Me sorprende que no se apliquen las mismas normas en cuanto a lo de abrir un negocio… —Su tono desdeñoso iba volviendo cada vez más evidente—. ¿Y Stephen ha acordado un alquiler contigo, con una desconocida, así tal cual? ¿Después de que la tienda llevase vacía tan solo, qué, dos días? —La educación que la mujer se había estado obligando a expresar anteriormente se desvanecía a marchas forzadas.

Lacey decidió no permitir que sus palabras la afectasen.

—En realidad ha sido todo un golpe de suerte. Stephen estaba en la tienda cuando empecé a cotillear en ella. Estaba destrozado después de que el anterior arrendatario lo abandonase y lo dejase con montañas de facturas, y supongo que las estrellas deben de haberse alineado. Yo lo ayudo y él me ayuda; debe de ser el destino.

Notó cómo a Taryn se le enrojecía el rostro.

—¿DESTINO? —chilló la mujer. Su pasivo agresividad viró bruscamente hacia una agresividad pura y dura—. ¿DESTINO? ¡Hace meses que tengo el trato con Stephen de que, si la tienda se quedaba disponible, me la vendería! ¡Se suponía que iba a expandir mi tienda con el local!

Lacey se encogió de hombros.

—Bueno, yo no lo he comprado. Simplemente lo alquilo. Estoy segura de que todavía tiene ese plan en mente y te lo venderá cuando llegue el momento, pero al parecer todavía no ha llegado.

—¡No me lo puedo creer! —gimoteó Taryn—. ¿Te presentas aquí y le obligas a firmar otro alquiler? ¿Y te lo concede en tan solo un par de días? ¿Acaso lo has amenazado? ¿Has usado alguna clase de vudú con él?

Lacey se mantuvo firme.

—El por qué ha decidido alquilarme a mí el local en lugar de vendértelo tendrás que preguntárselo a él —dijo, aunque interiormente pensaba: «¿Quizás se deba a que yo soy agradable?».

—Me has robado la tienda —finalizó Taryn.

Y, tras aquello, se marchó a grandes zancadas, cerrando la puerta tras de sí con un golpe y agitando la melena larga y oscura.

Lacey se percató de que su nueva vida no iba a ser exactamente tan idílica como había esperado, y quizás su broma sobre cómo Taryn era su gemela malvada hasta llegase a hacerse realidad. Bueno, al menos existía una cosa que podía hacer al respecto.

Cerró el local con llave y avanzó con paso decidido por la calle en dirección a la peluquería, entrando sin dudar ni un segundo. La peluquera, una mujer pelirroja, estaba sentada y ojeaba una revista entre un claro parón entre clientes.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó, alzando la vista hacia Lacey.

—Ha llegado el momento —anunció ésta con decisión—. Ha llegado el momento de pasar al pelo corto.

Aquel era otro sueño que nunca había podido cumplir por su falta de valentía. David había adorado su larga cabellera, pero no pensaba seguir pareciéndose a su gemela malvada ni un segundo más. Había llegado el momento. El momento de cortarlo todo. El momento de dejar atrás a la Lacey que había sido en el pasado. Aquella era su nueva vida, y seguiría unas normas nuevas y creadas por su propia mano.

—¿Estás segura de que quieres llevarlo corto? —le preguntó la mujer—. Quiero decir, pareces decidida, pero tengo que preguntarlo. No quiero que acabes arrepintiéndote.

—Oh, estoy segura —la tranquilizó Lacey—. En cuanto lo haga, habré cumplido tres de mis sueños en tres días.

La peluquera sonrió de oreja a oreja y cogió las tijeras.

—De acuerdo entonces. ¡Vamos a por el triplete!

CAPÍTULO SIETE

—Ya está —dijo Ivan, arrastrándose para salir del armario que había debajo del fregadero de la cocina—. Esa tubería no debería gotear más ni darte más problemas.

Se puso en pie, bajándose avergonzado el borde de la arrugada camiseta gris que se le había subido sobre la barriga cervecera pálida como un fantasma. Lacey disimuló con educación que no había visto nada.

—Gracias por arreglarlo tan rápido —dijo, agradecida de que Ivan fuese un casero considerado que arreglaba todos los problemas con los que la sorprendía la casa (y que no habían sido pocos) y además lo hacía de una manera tan eficaz. Pero también empezaba a sentirse culpable por la cantidad de veces que había acabado arrastrándolo hasta *Cottage Crag*; la colina no representaba precisamente un simple paseo, e Ivan ya no era precisamente joven—. ¿Quieres quedarte a tomar algo? —le ofreció—. ¿Té? ¿Cerveza?

Ya sabía que la respuesta sería negativa. Ivan era tímido, y transmitía la sensación de que creía que su presencia era una imposición que Lacey tenía que sufrir, pero aquello no evitaba que se lo preguntase siempre.

Ivan se rió por lo bajo.

—No, no, no hace falta, Lacey. Esta noche tengo que ocuparme de unos asuntos administrativos. No hay descanso para los malditos, como se suele decir.

—Y que lo digas —contestó Lacey—. Esta mañana he ido a la tienda a las cinco de la mañana y no he vuelto a casa hasta las ocho de la tarde.

Ivan frunció el ceño.

—¿La tienda?

—Oh —musitó Lacey, sorprendida—. Creía que te lo había mencionado cuando viniste a desatascar los canalones. Voy a abrir una tienda de antigüedades en el pueblo. Le he alquilado un local vacío a Stephen y Martha, el que antes era una tienda de jardinería y objetos del hogar.

Ivan pareció estupefacto.

—¡Creía que habías venido de vacaciones!

—Así es, pero he acabado decidiendo que voy a quedarme. No justo en esta casa, por supuesto. Encontraré algún otro sitio tan pronto como la necesites para alquilarla.

—No, si estoy encantado —se apresuró a decir Ivan con aspecto de estar absolutamente maravillado—. Si te gusta estar aquí, será un placer que te quedes. No es demasiado incordio que tenga que venir de vez en cuando a hacer apaños, ¿verdad?

—Me gusta que lo hagas —contestó Lacey con una sonrisa—. Así evito sentirme sola.

Aquella había sido la parte más difícil de dejar atrás Nueva York. No se trataba del lugar, ni del apartamento, ni de las calles conocidas, sino de la gente que había dejado atrás.

—Quizás debería adoptar un perro —añadió con una risita.

—Deduzco que todavía no conoces a tu vecina, ¿verdad? —dijo Ivan—. Es una dama encantadora. Excéntrica. Tiene un perro, un collie, para controlar a las ovejas.

—A las ovejas sí que las conozco —le dijo Lacey—. No dejan de colarse en el jardín.

—Ah —dijo Ivan—. Debe de haber un agujero en la verja. Le echaré un vistazo más tarde. Pero en fin, la señora que vive al lado siempre está dispuesta a tomar una taza de té. O una cerveza. —Y guiñó el ojo de una manera paternal que a Lacey le hizo pensar en su padre.

—¿De verdad? ¿No le importará que una americana a la que no conoce se plante en su puerta?

—¿A Gina? En absoluto. ¡Le encantará! Hazle una visita; te prometo que no te arrepentirás.

Y, tras aquello, Ivan se marchó y Lacey hizo lo que le había sugerido y se acercó a la casa de su vecina. Aunque «vecina» era una descripción bastante amplia; la casa estaba al menos a cinco minutos de paseo por el acantilado.

Llegó a la casa de campo, un edificio parecido al suyo pero de una única planta, y llamó a la puerta. Se empezó a oír ruido al otro lado al instante, tanto el de un perro arañando el suelo como el de una voz femenina diciéndole que se calmase. La puerta se abrió unos cuantos centímetros y una mujer de cabello gris, largo y rizado y rasgos excepcionalmente infantiles para una persona de unos sesenta años se asomó por el hueco. Iba vestida con una rebeca color salmón y una falda floral que legaba hasta el suelo, y también podía verse el morro de un border collie blanco y negro que intentaba desesperadamente apartarla para salir fuera.

—Boudicca —le dijo la mujer al perro—. Quita el morro de en medio.

—¿Boudicca? —preguntó Lacey—. Es un nombre de lo más interesante para un perro.

—Se lo puse por la vengativa reina guerrera pagana que se lanzó contra los romanos y redujo Londres a cenizas. Bueno, ¿en qué puedo ayudarte, querida?

La mujer le cayó bien al instante.

—Soy Lacey. Vivo en la casa de al lado, y he pensado que sería buena idea presentarme ahora que mi estancia va a volverse algo así como permanente.

—¿En la casa de al lado? ¿En *Cottage Crag*?

—Eso es.

La mujer sonrió de oreja a oreja. Abrió la puerta por completo, extendiendo los brazos al mismo tiempo.

—¡Oh! —exclamó en una muestra de pura felicidad, dándole a Lacey un abrazo. La perra, Boudicca, se volvió loca, dando saltos y ladrando—. Soy Georgina Vickers. George para la familia y Gina para los amigos.

—¿Y para los vecinos? —intervino Lacey, siendo al fin liberada del abrazo de oso de la mujer.

—Lo mejor serás que me llames Gina. —La cogió de la mano y tiró de ella—. ¡Venga, entra! ¡Adelante! ¡Adelante! Pondré la tetera a calentar.

A Lacey no le quedó más opción que dejarse arrastrar dentro de la casa y, aunque en aquel momento todavía no era consciente, la frase «Pondré la tetera a calentar» iba a convertirse en una frase que oiría *muy a menudo*.

—¿Te lo puedes creer, Boo? —dijo la mujer mientras se adentraba por el pasillo de techo bajo—. ¡Por fin tenemos vecinos!

Lacey la siguió hasta la cocina. Tenía más o menos la mitad del tamaño que la suya, el suelo estaba formado por azulejos de un tono rojo oscuro, y había una gran isleta central que ocupaba gran parte del espacio disponible. El fregadero estaba a un lado, junto a una gran ventana que ofrecía vistas a un jardín lleno de flores y a las olas rompientes del océano más allá.

—¿Te gusta la jardinería? —preguntó Lacey.

—Así es. Me enorgullezco mucho de mi jardín. Cultivo toda clase de flores y hierbas para preparar remedios; soy algo así como una doctora bruja. —Soltó una carcajada ante la valoración que había hecho de sí

misma—. ¿Te gustaría probar uno? —Hizo un gesto hacia una hilera de botellas de cristal de color ámbar apretujadas en una estantería artesanal de madera bastante tambaleante—. Tengo curas para el dolor de cabeza, calambres, dolor de dientes, reuma…

—Uh… Creo que me conformaré con el té —contestó Lacey.

—¡Té pues! —exclamó la excéntrica mujer. Marchó hacia el lado opuesto de la cocina y sacó dos tazas de un armario—. ¿De qué tipo? ¿English Breakfast? ¿Assam? ¿Earl Grey? ¿Lady Grey?

Lacey no había sido consciente de que existieran tantos tipos. Se preguntó cuál sería el que había tomado en su «cita» con Tom; había estado delicioso. Pensar en ello le volvió a traer a la mente aquel recuerdo.

—¿Cuál es el tradicional? —respondió, sintiéndose algo perdida—. ¿Cuál es el que te tomas con los bollitos?

—Ése sería el English Breakfast —dijo Gina, asintiendo con la cabeza. Eligió una lata del armario, sacó dos bolsitas de su interior y dejó cada una de ellas en una de las tazas de distintos juegos que había preparado. Después llenó la tetera y la puso al fuego antes de girarse hacia Lacey con una mirada llena de curiosidad—. Bueno, dime —empezó—. ¿Qué te está pareciendo Wilfordshire?

—Ya había estado antes —le explicó Lacey—. Vine de vacaciones de niña. En aquel entonces me encantó, y quería saber si volvería a sentir la misma magia en una segunda visita.

—¿Y bien?

Lacey pensó en Tom, en la tienda, en *Cottage Crag* y en todos los recuerdos de su padre que habían salido a la luz como polillas del interior de una casa que hubiese permanecido intacta durante veinte años. Una sonrisa le curvó los labios.

—La estoy sintiendo, eso seguro.

—¿Y cómo has acabado en *Cottage Crag*? —preguntó Gina.

Lacey estaba a punto de explicarle la historia de su encuentro por pura casualidad con Ivan en *The Coach House*, pero la tetera empezó a burbujear con fuerza y su voz se vio ahogada por el ruido. Gina extendió un dedo en un gesto que transmitía que le diese un segundo, y se acercó a la tetera con el border collie llamado Boudicca cruzándose entre sus piernas mientras avanzaba.

Gina sirvió el agua caliente en las tazas.

—¿Leche? —preguntó, mirando a Lacey por encima del hombro con las gafas llenas de vaho.

Ésta recordó que Tom le había ofrecido una jarrita de leche.

—Por favor.

—¿Azúcar?

—Sólo si así es como se supone que debe tomarse.

Gina se encogió de hombros.

—Bueno, eso depende de cada uno. Yo lo tomo así, pero quizás a ti ya te parezca lo bastante dulce de por sí.

Lacey soltó una risita.

—En ese caso, con azúcar para mí también.

—Marchando. ¿Un cubito o dos?

Lacey abrió los ojos como platos, asombrada.

—¡No tenía ni idea de que hubiera tantos factores en una simple taza de té!

Gina se echó a reír con carcajadas dignas de una bruja.

—¡Es todo un arte, querida! Un cubito de considera bastante refinado, y dos bastante menos sofisticado. ¿Tres? Bueno, a eso lo llamamos el té de los obreros. —Hizo una mueca antes de soltar otra carcajada.

—¿El té de los obreros? —contestó Lacey—. Tendré que procurar acordarme de ese detalle.

Gina acabó de preparar el té, dejó las bolsitas ya bien exprimidas de agua sobre una montaña de otras ya usadas que descansaban en un platito junto a la tetera, y lo llevó todo hacia la desgastada mesa de la cocina. Tomó asiento, dejó caer un cubito de azúcar en el té de Lacey, lo agitó con la cucharilla, y después le acercó la taza.

Lacey la aceptó, agradecida, y tomó un sorbo. El sabor se acercaba bastante al que Tom le había preparado; quizás fuese algo más fuerte y tuviese cierto toque amargo, pero aun así fue más que suficiente para llenarla con un cosquilleo de reminiscencia.

Boudicca se tumbó junto a los pies de Gina y agitó la cola con felicidad.

—Bueno, estabas a punto a decirme cómo has acabado en Wilfordshire —la animó Gina, redirigiendo su conversación al punto en el que la habían dejado antes de verse tan bruscamente interrumpidas por la tetera.

—Por el divorcio —dijo Lacey, pensando que quizás fuese mejor asumirlo de frente.

—Oh, querida —dijo Gina, dándole unas palmaditas en la mano con ternura—. Yo también pasé por uno. Fue una época terrible. Aunque fue en los noventa, sabes, así que he tenido tiempo de sobras para procesarlo.

—¿No volviste a casarte? —preguntó Lacey, abriendo más los ojos ante la imagen mental de su propia persona permaneciendo soltera durante los siguientes treinta años y convirtiéndose en la siguiente Gina.

—¡Dios, no! Me sentí *aliviada*, querida —replicó Gina—. Mi marido era como cualquier otro hombre: un niño inmaduro vestido de traje. ¡Si quieres

saber mi opinión, estás mejor sin él! No son más que un montón de problemas y no ganas nada a cambio.

Lacey no logró contener la sonrisa.

—¿Tuviste hijos?

—Sólo uno, un chico —dijo Gina con un profundo suspiro—. Eligió ser militar. Por desgracia, lo perdimos mientras estaba de servicio.

Lacey soltó un jadeo.

—Oh, lo siento muchísimo.

Gina dibujó una sonrisa apesumbrada.

—Era un muchacho magnífico. —Después se animó un poco—. Pero basta de esos temas. ¿Qué tal el té? ¿Se parece a lo que estabas acostumbrada a tomar en los encantadores Estados Unidos de América?

—Está delicioso —dijo Lacey, tomando otro sorbo—. Resulta reconfortante. Aunque no creo que sea lo bastante refinada —añadió, echando otro cubito de azúcar a su taza—. Así está mejor.

Ahora tenía exactamente el mismo sabor que el que le había preparado Tom. Lacey notó cómo sonreía para sí, preguntándose cuándo tendrían otra oportunidad de encontrarse.

—¿Y durante cuánto tiempo estás alquilando el cottage de Ivan? —preguntó Gina.

—Por ahora no hay fecha límite —explicó Lacey—. Estoy en proceso de abrir una tienda en el pueblo. De antigüedades.

—¿De verdad? —exclamó Gina. Había algo en ella que la hacía de lo más agradable, como si de verdad estuviese interesada en saber más sobre la extraña mujer americana que se había plantado frente a su puerta.

Lacey asintió con la cabeza.

—Es un sueño que tengo desde hace mucho. Mi padre tenía una tienda de antigüedades cuando era niña y todas las piezas han ido encajando por sí solas.

—Eso significa que es obra del universo —dijo Gina—. Te está diciendo cómo son las cosas. Te está diciendo que estás justo donde tienes que estar.

Lacey sonrió; le gustaba aquella idea.

—¿De dónde vas a sacar la mercancía? —preguntó Gina.

—Traté con muchas tiendas de antigüedades en mi anterior trabajo en una firma de diseño de interiores —explicó—. Tengo una lista de tiendas y contactos en Inglaterra más larga que mi brazo. Lo único que necesito es un coche y me pondré a viajar por el país para conseguir mercancía y en qué me especializaré. Quiero orientarme hacia el diseño de interiores, por supuesto; a fin de cuentas, es de lo que sé.

Gina arqueó una ceja.

—¿Te he oído bien? ¿De verdad planeas comprar las cosas que quería comprar tu antigua empresa?

Lacey se echó a reír.

—¡No, en absoluto! Saskia tenía contactos relacionados con las antigüedades que podían ofrecerle objetos muy concretos, como por ejemplo ciertos jarrones, ciertos cuadros, ciertos muebles, que encajaba con la imagen concreta que tenía en mente. A mí me interesa más reunir objetos que me encanten, piezas conectadas entre sí que un cliente pueda juntar según sus gustos. Además, yo misma trataba personalmente con todos ellos. Mi antigua jefa era tan cascarrabias que ni siquiera sabe el nombre de la mitad. Los considero mis contactos personales. —Volvió a reírse, esta vez llena de entusiasmo ante la perspectiva de visitarlos en persona y contarles la noticia de que ahora trabajaba sola. Incluso si su familia se mostraba reticente, sabía que la mayoría de la gente que se movía en aquel negocio se alegraría por ella. ¡Saskia no le caía bien a ninguno de ellos!

Gina parecía impresionada.

—Si alguna vez quieres compañía en uno de tus viajes a Londres, me encantaría ir. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi la ciudad.

Lacey no logró imaginarse del todo a aquella mujer con aspecto de muñeca Raggedy Ann y su ropa formada por retazos de tela caminando por las calles de Mayfair, pero estaba disfrutando de su compañía, y tener a alguien a su lado siempre resultaba agradable.

—Será un placer —contestó con una sonrisa—. Mañana me pasaré por el concesionario de coches usados que hay en las afueras del pueblo, y después iré directa a Londres. ¿Quieres venir?

—¡Me encantaría! —contestó Gina con aspecto encantado.

—En ese caso, está hecho —replicó Lacey.

—Y ahora bebe —exclamó Gina—. Tengo que presentarte a las ovejas.

Lacey no fue capaz de contener una carcajada, pero se acabó el té de todas formas y después siguió a la mujer, que ya marchaba animadamente hacia la puerta. Gina le caía bien de verdad, y también la perspectiva libre de preocupaciones que tenía sobre la vida. Tenía la sensación de que iban a llevarse de maravilla.

*

El té se convirtió en alcohol y, antes de que Lacey se diese cuenta, la noche ya estaba bastante avanzada.

—Será mejor que me vaya a la cama —dijo a toda prisa al darse cuenta de la hora—. Tengo *muchas* cosas que organizar para mañana. ¿Te recojo a

mediodía?

—Aquí estaré —contestó Gina.

Lacey se marchó y volvió a su casa, algo mareada por el alcohol que había consumido en compañía de la encantadora Gina. Se había ganado una buena amiga con la anciana, estaba segura.

Se dejó caer en la cama, momento en el que oyó cómo pitaba su teléfono. Para su sorpresa, se trataba de un correo electrónico de David.

Se enderezó de un salto, frotándose los ojos en un gesto de incredulidad. No había tenido ningún contacto directo con David desde que se había marchado de malos modos del apartamento de ambos, cerrándole la puerta a Lacey en la cara con un portazo.

Abrió el mensaje con manos ligeramente temblorosas.

Lacey, se me ha hecho saber que has huido del país y has dejado tu trabajo. Sé bien que esto no es más que un intento infantil por tu parte de evitar pagar el mantenimiento entre esposos. Sólo quería informarte de que mi abogado se pondrá en contacto contigo en breve.

Lacey puso los ojos en blanco y volvió a dejarse caer sobre la cama, sumiéndose en un sueño agotado y alcohólico.

CAPÍTULO OCHO

—Tachán —dijo Lacey, colocando un jarrón naranja en lo que había nombrado con afecto «Esquina Nórdica». Se dejó caer en el sillón vintage de diseño islandés salido de los años sesenta, agotada, y apoyó los pies en el puf a juego. Miró a su alrededor con una sensación cada vez mayor de orgullo; la tienda había quedado tan preciosa que parecía que su lugar perteneciese a las páginas centrales de una tienda de diseño de interiores. Las estanterías estaban llenas de bonitos jarrones de cerámica y de delicadas piezas de porcelana. El modo en que había logrado transformar la historia en tan poco tiempo era todo un logro, ¡especialmente teniendo en cuenta que hacía una semana ni siquiera había sabido que quería abrir una tienda! Y ahora allí estaba, lista para abrir las puertas al público.

La semana se le había pasado volando, llena de viajes a Londres con Gina y Boudicca. Viajes que se alargaban desde la primera luz del día hasta la hora a la que cerraban las tiendas… algo que, en Londres, bien podía ser a las ocho de la tarde. Se metían las tres en el Volvo color champán que Lacey había comprado en el concesionario de coches usados (un coche con cambio de marchas manual, otra cosa más a la que acostumbrarse además de tener que conducir por la izquierda y los atascos generales que gobernaban Londres) y conducían hasta Londres. Una vez allí, se reunían con uno de los antiguos contactos comerciales de Saskia y Lacey tenía la oportunidad de comprobar que, tal y como había sospechado, todos ellos odiaban a la susodicha por su capacidad de retrasar pagos y por lo tanto animaban con todas sus fuerzas su nueva aventura empresarial. Después pasaban el día buscando grandes ofertas, valorándolas, comprándolas y añadiéndolas al inventario. A Lacey ni siquiera le parecía trabajo; el proceso en sí le recordaba más bien al tiempo que había pasado de niña en la tienda de su padre.

Y ahora, siete días más tarde, tenía la tienda llena hasta el techo.

Miró el local desde su posición en el sofá, llena de orgullo. Lo había transformado por completo; lo único que quedaba de la tienda original era la lámpara antiguo de latón que ya había estado allí cuando había entrado por primera vez, una que había valorado y había descubierto que, efectivamente, era cara y rara. Los anteriores arrendatarios no debían de haberse dado cuenta de lo valiosa que era, o bien se habían marchado con tantas prisas que se habían olvidado de llevársela. Fuese como fuese, encajaba a la perfección con su tienda, así que continuaba en un lugar más que merecido.

Ahora que ya tenía todas las estanterías llenas y la mercancía cuidadosamente presentada, Lacey sacó el teléfono e hizo una fotografía final para el grupo *Chicaz Doyle*.

Había estado enviando fotografías a lo largo del proceso pero, aunque su madre había pasado a apoyarla ligeramente durante la transformación, Naomi todavía la estaba ignorando a través del mundo digital. De no ser por el modo en que su hermana ahogaba su entusiasmo, Lacey seguramente se hubiese sentido menos nerviosa ante la perspectiva de cómo recibiría la comunidad su nueva tienda. Todavía no sabía que Wilfordshire necesitaba realmente una tienda de antigüedades, pero lo que sí sabía era que encajaba a la perfección entre la boutique de ropa y la tienda de delicatessen.

Marchó hacia la puerta de cristal, una puerta que había limpiado hasta el más mínimo recoveco, y giró el cartel para que se leyera *abierto* en lugar de *cerrado*. Después quitó el cerrojo y abrió la puerta de par en par; la tienda quedaba oficialmente abierta al público.

Se quedó de pie bajo el marco, mirando la calle y la gente que paseaba por ella. Nadie le devolvió la mirada. Por supuesto, tampoco había esperado que llegase una estampida de clientes nada más abrir, pero aun así le resultó un poco decepcionante ver cómo la gente pasaba de largo sin prestarle la más mínima atención.

Estaba a punto de volver dentro de la tienda cuando notó un movimiento al otro lado de la calle. Tom había salido a la puerta de su pastelería y la estaba observando con los brazos cruzados sobre el delantal de chef blanco y una enorme sonrisa en la cara. Lacey lo miró a los ojos, con el corazón

latiéndole con fuerza, y le devolvió la sonrisa. Se sostuvieron la mirada a pesar de la calle que los separaba, y Lacey empezó a sentir que el mundo real iba desvaneciéndose poco a poco.

Un fuerte ruido proveniente del patio trasero la arrancó del momento. Rompió aquella mirada hechizante que mantenía con Tom y entró a toda prisa, cruzando la parte principal del local, pasando por lo que dentro de poco sería la sala de subastas, y saliendo al jardín.

Se había esforzado en mantener el jardín en buen estado a lo largo de la semana, pero las plantas no se le daban precisamente bien y todo empezaba a verse algo descuidado. Lo último que quería era que su jardín acabase con el mismo aspecto que el terrible patio de Taryn, así que había decidido que le preguntaría a Gina si le apetecía ocuparse del proyecto e inyectar un poco de su magia.

Vio al instante cuál había sido el causante del ruido: los cubos de basura estaban tirados en el suelo, rodeados por la basura que se había desparramado de su interior.

—Malditos zorros —musitó Lacey, inclinándose para recoger el desastre.

Había descubierto que en Inglaterra había muchos zorros, ya fuese rebuscando en la basura, asustando a los gatos domésticos, o emitiendo unos sonidos horribles que parecían salidos de una película de terror.

Pero, mientras enderezaba los cubos y empezaba a recoger la basura, Lacey oyó el inconfundible sonido de una risita.

Se puso en pie, girándose, y tuvo el tiempo justo de ver cómo la luz se reflejaba en una puerta de cristal antes de que ésta se cerrase con un clic. La puerta trasera de la tienda de Taryn.

—Tienes que estar de broma —musitó asombrada.

¿De verdad se había colado una mujer adulta en su jardín para tirar los cubos de basura?

Lacey estaba furiosa. Estaba recogiendo un puñado de posos de café mohosos cuando oyó cómo sonaba la campanita de la tienda.

«¡Un cliente!», pensó entusiasmada, enderezándose. Su mirada se posó por un segundo en los posos de café que le cubrían las manos y las manchas que tenía en los pantalones a la altura de las rodillas. Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no soltar una maldición.

Se apresuró a entrar, recogiendo una servilleta de la pequeña cocina para limpiarse las manos al mismo tiempo que corría hacia la habitación principal del local. Donde no había nadie.

Frunció el ceño y miró a su alrededor. ¿Acaso le estaba haciendo otra jugarreta Taryn? ¿Qué le pasaba a aquella mujer? ¡Era más infantil que Naomi!

Y entonces oyó el sonido de unos arañazos.

—¿Hola?

Se asomó al otro lado del mostrador. Para su enorme sorpresa, se encontró a un perro tumbado en el suelo. Era un pastor inglés algo flaco pero, aparte de eso, sano y precioso. El perro alzó la vista hacia ella y emitió un lloriqueo, como un saludo lleno de pena.

—Oh —musitó Lacey, notando cómo se le encogía el corazón al ver aquella preciosa criatura—. ¿Y quién eres tú?

Rodeó el mostrador; el perro parecía amistoso, y dejó que se acercara y lo acariciara. Lacey miró hacia la ventana para ver si había alguien en la calle que hubiese perdido a su perro, pero no parecía que hubiese nadie buscándolo.

—Venga —le dijo—. Veamos si encontramos a tus dueños.

El perro la obedeció al instante, poniéndose de pie junto a ella como si hubiese entendido cada una de sus palabras.

—Eres un chico muy listo, ¿verdad? —comentó Lacey.

Abrió la puerta de la tienda y se asomó a la calle, con el perro trotando obedientemente tras ella.

Miró a su alrededor, pero no distinguió a ningún dueño preocupado en busca de su chucho perdido. Frunció el ceño y decidió ir a hablar con Tom; quizás él hubiese visto algo. No había hecho más que empezar a andar en dirección a la pastelería cuando las manos empezaron a sudarle.

«Contrólate», se dijo a si misma con severidad.

Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta y entró en la tienda seguida del perro.

Tom estaba decorando una tarta, usando una manga pastelera para crear rosas de un rosa chillón. Lacey se quedó asombrada ante su talento artístico y por el modo en que era capaz de crear arte con un simple giro de muñeca —¡y además arte comestible!—, y se olvidó por completo de la razón por la que había acudido a la pastelería. No fue hasta que Tom alzó la vista, notando claramente que lo estaban observando, que Lacey volvió a ser consciente de la situación y se acercó a él. Le pareció distinguir un brillo en los ojos de Tom al verla, pero no estaba segura de si se lo había imaginado.

—Vaya, vaya, vaya, pero si es la nueva comerciante de antigüedades de Wilfordshire —dijo Tom, dejando la manga pastelera en la mesa de trabajo. Se había manchado el delantal de rosa—. Me preguntaba cuándo ibas a venir a presentarte. Y te has traído a un amigo… —Su voz se desvaneció y un ceño repentino apareció entre sus cejas—. ¡Chester! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—Así que lo conoces —dijo Lacey, aliviada—. Ha entrado en la tienda como si tal cosa. ¿Sabes dónde están sus dueños?

Tom salió de detrás del mostrador y se arrodilló junto al perro, rascándole detrás de las orejas al mismo tiempo que el perro agitaba la cola, reconociéndolo. Tom alzó la vista hacia Lacey.

—¡Pertenecía a la gente que alquilaron tu local! Debe de haber vagado por ahí hasta volver a casa.

Lacey soltó un jadeo. Había oído historias de algunos perros que hacían cosas parecidas, que cubrían grandes distancias para volver a sus antiguos hogares.

—Guau, *sí* que es listo —comentó—. Llamaré a Stephen y le pediré el teléfono de los antiguos arrendatarios. Deben de estar locos de preocupación.

Sacó el teléfono y llamó a su casero.

—Lo siento, Lacey —le dijo Stephen en cuando le hubo explicado la situación—. Pero no me dejaron ningún contacto, y cuando les llamo sólo salta el buzón de voz.

Lacey colgó la llamada y miró a Tom.

—No hay manera de contactarlos.

Se sentía fatal. Ella nunca había tenido mascota, pero sabía cómo la gente las trataba como parte de la familia. Los dueños de Chester debían de estar perdiendo los nervios.

—Debería intentar hablar con RSPCA, la gente de protección animal —sugirió Tom—. Si Chester lleva microchip, podrán leerlo y conseguir los datos de contacto de sus propietarios.

Lacey chasqueó los dedos.

—Un magnífico trabajo, detective.

Tom se encogió de hombros.

—Bueno, eso suponiendo que los hayan actualizado con su nueva dirección.

Lacey se mordió el labio.

—Ahí tienes razón. Cuando se fueron, dejaron a Stephen hasta arriba de deudas. Si el microchip de Chester es una forma de dar con ellos, quizás no

hayan actualizado los datos.

Justo entonces Chester empezó a gimotear con tristeza, como si hubiese comprendido el significado de las palabras de Lacey.

Ésta se inclinó y empezó a acariciarlo.

—Lo siento, Chester. Estoy segura de que no es cierto. Seguro que conseguiremos reunirte con ellos en nada de tiempo. ¿Tienes hambre, chico?

—Ten —dijo Tom, sacando un paquete envuelto en celofán de lo que parecían trocitos de chocolate y tendiéndoselo a Lacey—. No te preocupes; son algarrobas, para la gente alérgica al chocolate, así que no le harán daño. Voy a llamar a protección animal.

Lacey le dio a Chester la golosina mientras Tom hablaba por teléfono y el perro las comió con ansia, arrebatándoselas de las manos con un lametón. Parecía que hacía algún tiempo que no comía, y Lacey sintió la enorme responsabilidad de cuidar de él. Puede que no llevase en su vida ni cinco minutos, pero le parecía que se había creado un vínculo instantáneo entre ellos.

Tom salió de la habitación trasera de la tienda.

—Vale, han enviado la alerta a todos los veterinarios de la zona y nos han pedido que lo llevemos. Les he dicho que los dos estamos trabajando, pero que iríamos al final del día, una vez que hayamos cerrado las tiendas.

Lacey sintió un cosquilleo por toda la piel cada vez que Tom hablaba en plural, incluyéndolos a los dos. Le gustaba la idea de que estuviesen juntos en aquello.

—¿Te parece bien? —añadió Tom.

Lacey asintió con fuerza.

—Puedo ocuparme de Chester hasta entonces.

—Genial —dijo Tom—. Te recogeré al final del día. Después de todo, te debo una cita.

Lacey se sonrojó de verdad esta vez, e intentó ocultar el rostro haciendo ver que estaba ocupada rascándole el cuello a Chester.

—Será mejor que vuelvas a tu tienda —siguió comentando Tom—. Parece que tienes clientes.

Lacey se puso en pie de un salto, girándose. Y sí, una pareja rubia y alta había cruzado la puerta abierta de su tienda. El corazón le dio un salto en el pecho de puro entusiasmo.

—¡Un cliente! —exclamó.

Chester se levantó a toda prisa al oír su reacción y, juntos, se apresuraron a salir a la calle. Lacey estaba a punto de cruzar la puerta cuando oyó a Tom llamándola.

—Ah, ¿y Lacey?

Se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—¿Sí?

—Me encanta tu nuevo corte de pelo.

Lacey sonrió de oreja a oreja, alejándose a la carrera.

*

Mientras ella atendía a sus primeros clientes, una pareja danesa en pleno viaje de aniversario de bodas, Chester se puso cómodo frente al mostrador y

empezó a roncar. Lacey intentó mantenerse concentrada en el trabajo, pero no dejaba de ver a Tom de reojo a través de la ventana y su concentración se desviaba una y otra vez hacia él.

—¿Y cuánto cuesta? —preguntó el hombre danés, obligándola a volver al presente.

Lacey miró la lámpara que le había señalado el hombre.

—Oh, ésa cuesta cincuenta dólares. Quiero decir, cincuenta libras.

«Contrólate, Lacey», se regañó mentalmente.

—Genial. Me la quedo.

Aquello era justo lo que necesitaba oír para volver a concentrarse por completo en el mundo real. ¡Estaba a punto de realizar su primera venta!

Se esforzó por ocultar lo eufórica que se sentía mientras llevaba la lámpara hasta el mostrador y usaba la antigua caja registradora analógica para cobrar a la pareja. No pudo evitar dibujar una amplia sonrisa cuando el hombre le tendió varios billetes; aquellas cincuenta libras representaban independencia, libertad y nuevos comienzos. Se sentía como si la Navidad se hubiese adelantado.

Embaló la lámpara y se la tendió a la pareja.

—Y esto para vosotros. Que paséis un día magnífico, y felicidades.

La pareja intercambió una mirada, como si Lacey les pareciese extraña, antes de darle las gracias y marcharse.

Lacey esperó a que hubiesen desaparecido de la vista antes de dar un salto y alzar el puño en señal de victoria.

—¿Has visto eso, Chester? —le preguntó al perro dormido—. ¿Has visto cómo he hecho una venta?

El perro levantó la cabeza y gimoteó antes de volver a bajarla y reanudar sus ronquidos.

La mirada de Lacey se desvió hacia la ventana de la pastelería. Allí estaba Tom, observándola con una expresión de orgullo en el rostro. Tom alzó ambos pulgares.

Lacey se sentía en la cima del mundo.

*

Aquella sensación duró el resto de la mañana. Todo el mundo que acudió a la tienda parecía de lo más interesado en la expatriada americana que había abierto una tienda en un pequeño pueblo costero inglés. La gente de la zona no dejaba de preguntar qué les había ocurrido a los anteriores arrendatarios del local, una pregunta que ganaba todavía más fuerza ante la presencia de Chester y a la que Lacey sólo podía responder con la explicación de que se habían ido sin avisar y que el perro había aparecido él solo una semana más tarde.

Y entonces llegó un hombre con sus dos hijas pequeñas. Las dos tenían el cabello castaño y rizado, y debían tener cuatro y siete años respectivamente. Era exactamente la misma imagen que debía de haber presentado su familia cuando Lacey era una niña y la acompañaban su padre y Naomi, y el verlos hizo que un recuerdo repentino la invadiera.

Habían salido de compras los tres juntos en busca de antigüedades que traer de vuelta a la tienda que tenía su padre en Nueva York. Su madre no había querido sumarse a la salida, aunque Lacey no lograba recordar por qué. Y entonces a Naomi se le había escapado algo de entre las manos, una baratija de porcelana, y al recoger el objeto ahora roto se había cortado el dedo y había empezado a sangrar bastante. La mujer que había habido tras el mostrador se había acercado a toda prisa para ayudarla, dedicándole un afecto tierno en lugar de enfadarse por la mercancía rota. Su padre y la

dependienta se habían quedado mirándose a los ojos, ¿no? Había sido como en una película romántica, el momento del primer encuentro lleno de encanto en el que el héroe y la heroína se rozan las manos y caen enamorados al instante.

Lacey jadeó, volviendo al presente. ¿Se había inventado la última parte de aquel recuerdo, la tensión romántica entre su padre y la dependienta? En aquella época no había tenido más que siete años, después de todo; era imposible que se hubiese percatado de cualquier posible sutil romanticismo siendo tan joven… A menos que hubiese pasado de verdad y simplemente no hubiese comprendido su significado hasta ahora. ¿Había influido aquello de algún modo en el divorcio posterior de sus padres? ¿En la desaparición de su padre? Lacey notó cómo la piel de los brazos se le ponía de gallina.

En aquel momento se oyó la campanilla de la puerta y Tom la cruzó con una cesta de mimbre entre los brazos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lacey. Miró a través de la ventana y vio que la tienda de enfrente estaba cerrada y que en la puerta había un cartel escrito a mano en el que se leía: «Hora de comer»—. ¿No es ahora cuando más clientes recibes?

—He pensado que Chester quizás tuviese hambre —contestó Tom, abriendo la cesta y sacando una bolsa de comida para perros junto a un delicado cuenco de porcelana que había sacado claramente de su cafetería—. Y quizás tú también —añadió, sin dejar de sacar cosas de la cesta y dejándolas todas en el mostrador, frente a una Lacey asombrada.

—Oh.

—¿Te parece bien? —preguntó Tom, notando claramente su momento de duda.

—Sí, por supuesto —se apresuró a asegurarle Lacey—. Es que no me lo esperaba.

Y aquello era quedarse corta. No llevaba divorciada más que unos días y ya tenía a un hombre guapísimo mostrando un súbito interés romántico

hacia ella. No, no se lo había esperado para nada. Todo había pasado tan rápido que todavía no había tenido tiempo de tomarse un segundo y averiguar si de verdad estaba interesada.

Se recordó a sí misma que ahora la que mandaba era la nueva Lacey. La antigua Lacey siempre había seguido una agenda y había sido organizada, precisa y metódica porque *David* así lo había querido, pero quizás la nueva Lacey fuese alguien que no iba de puntillas por la vida. Sólo había un modo de averiguarlo.

Tom le sirvió su comida a Chester, que empezó a comer con ansias y felicidad, y después desenvolvió todos los sándwiches y posters que había traído consigo para compartirlos. Y, en un gesto que a Lacey se pareció hilarante, también sacó una tetera que desprendía vapor de la cesta.

—¿En serio? —preguntó entre risas.

—¡Por supuesto! —contestó Tom, sirviendo una taza.

Lacey no pudo evitar que los labios se le curvaran en una sonrisa; era casi como si tuviese mente propia, como si su felicidad fuese incontrolable. Era una sensación que le encantaba.

—Salud —dijo Tom, levantando su taza para brindar con ella.

Lacey hizo otro tanto pero, en lugar del suave sonido de porcelana contra porcelana que esperaba oír, lo que sonó fue una campanita. La de la puerta, anunciando la entrada de alguien.

Miró por encima del hombro de Tom y vio a Taryn adentrándose en el local y haciendo chasquear sus brillantes tacones negros contra el suelo de madera.

—Lacey, no me queda cambio. ¿Puedes darme monedas por un billete de diez?

Y entonces Taryn hizo una pausa, percatándose de que Lacey estaba compartiendo almuerzo y una tetera con alguien. A Lacey le pareció que se

quedaba pálida.

—¿Tom? —dijo Taryn, incrédula. Giró la cabeza, mirando por encima del hombro como para comprobar que Tom no estaba en su tienda, como si pensase que la única explicación de su presencia allí con Lacey era que se tratase de un clon.

—Hola, Taryn —la saludó éste con su habitual afabilidad, un tono que no parecía encajar en lo más mínimo considerando la manera en que el rostro de Taryn se había quedado blanco como el papel al verlo.

—¿Os conocéis? —preguntó Lacey.

—Claro que sí —contestó Tom con jovialidad, sin notar para nada la tensión del momento—. Taryn siempre compra su café de la mañana en mi tienda antes de entrar a trabajar. Y también su café de la tarde cuando acaba.

Lo dijo de un modo tan amistoso, como si no fuese en absoluto consciente de la más que evidente excusa que usaba Taryn para verlo. Pero Lacey no era tan poco perceptiva; las mejillas de su némesis se habían sonrojado y la mujer apartó la mirada de manera furtiva. Taryn sentía algo por Tom. Algo importante.

«Genial», pensó Lacey. «Justo lo que necesitaba, otra razón para que Taryn me odie»,

CAPÍTULO NUEVE

A medida que el reloj se iba acercando a las cinco de la tarde, el entusiasmo de Lacey se iba volviendo cada vez más pronunciado. Se moría de ganas de que comenzase su aventura con Tom; las pocas horas que había pasado sin él ya se le habían antojado demasiado largas.

Pero primero tenía que cerrar la tienda tras su primer día completo como propietaria.

Sintió una enorme oleada de orgullo al cuadrar la caja. No había ganado lo suficiente como para obtener beneficios, pero considerando el hecho de que la mayoría de la gente del pueblo ni siquiera sabía todavía que había una tienda nueva, el puñado de billetes que había en la caja registradora la entusiasmó. Apuntó cuidadosamente todos los objetos que había vendido, algo que había visto hacer a su padre en su época; así sabría exactamente qué clase de mercancía necesitaría adquirir más adelante.

Justo había acabado de escribir una lista de los vendedores de Londres con los que tendría que contactar cuando oyó el sonido del claxon de un coche. Alzó la vista y distinguió la clásica furgoneta de Volkswagen rojo cereza al ralentí en la calle, frente a su tienda, y vio a Tom saludándola con la mano a través de la ventanilla.

Se rió con fuerza. ¡Lo de tener una furgoneta Volkswagen encajaba tanto con Tom!

—Venga, Chester —dijo con un entusiasmo juvenil.

El pastor inglés trotó junto a ella cuando salió de la tienda, cerrándola tras su primer día como propietaria de un negocio, y se apresuró en cruzar los adoquines en dirección al a furgoneta. Abrió la puerta del copiloto y le hizo un gesto a Chester para que entrase primero. El perro se subió de un salto, colocándose en el espacio para los pies, y Lacey hizo otro tanto.

Había el espacio justo para que pusiese las piernas a ambos lados del animal.

—Hola —dijo Tom, mirándola desde el asiento del conductor y dedicándole una de aquellas preciosas sonrisas.

—Ey —contestó Lacey, sintiéndose repentinamente tímida.

Tom se apartó de la acera y Lacey se abrochó el cinturón, oyendo al mismo tiempo cómo pitaba su teléfono para anunciarle que había recibido un mensaje. Lo sacó del bolsillo, ansiosa por ver si Naomi y su madre por fin le estaban enviando mensajes de felicidades. Y sí, era una notificación de un mensaje en el grupo *Chicaz Doyle*, así que abrió el chat, entusiasmada. El mensaje era de Naomi.

¿Estás segura de que ese tal Tom no está intentando meterte en una secta? Parece sospechosamente agradable.

Lacey puso los ojos en blanco, decepcionada. ¿Qué sabía Naomi de nada? Su hermana pequeña se había metido en las relaciones más desastrosas y poco sanas que Lacey había visto en toda su vida. Si creía que el hecho de que Tom fuese *agradable* era una mala señal, en fin, aquello simplemente demostraba lo sesgado que era su punto de vista.

Se giró hacia Tom.

—¿Estás intentando meterme en una secta? —preguntó—. Mi hermana quiere saberlo.

—No —contestó Tom, riéndose y nada sorprendido por su pregunta.

El teléfono volvió a vibrar antes de que Lacey pudiese contestar, anunciando otro mensaje de su hermana.

Quiero decir, ¿qué significa eso de RSPCA? ¡A mí me suena a culto!

Los pulgares de Lacey se movieron a la velocidad de la luz.

Son las siglas de la Sociedad Real por la Prevención de Crueldad contra los Animales, ¡tonta!, tras lo cual le dio a enviar y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo.

Éste volvió a vibrar, pero Lacey decidió ignorarlo. Estaba decidida a no permitir que Naomi la pusiese de mal humor con su negatividad y escepticismo.

En el tiempo que le había llevado intercambiar aquellos mensajes, el pueblo de Wilfordshire ya había desaparecido a su espalda. Miró por el parabrisas y vio que la furgoneta circulaba ahora por unas carreteras estrechas a través del campo abierto, con colinas llenas de hierba verde y ondulante a ambos lados. Todo era muy bonito y pintoresco.

—¡Mira! —exclamó al ver un edificio parecido a un castillo ubicado en un valle. Parecía algo salido de una novela de Bronte, y no pudo evitar quedarse con la boca abierta ante lo impresionante de su arquitectura.

—Ésa es la hacienda Penrose —dijo Tom, sonriendo ante su asombro—. Es la razón por la que existe el pueblo de Wilfordshire.

—¿De verdad? —preguntó Lacey, intrigada.

Tom asintió con la cabeza, volviendo a concentrarse en la carretera.

—Ajá. En Inglaterra hay muchos pueblos así, donde la economía aumentó alrededor de la casa de un aristócrata. Hace doscientos años, si no eras de sangre azul toda tu existencia giraba en torno de alguien que sí lo era.

—Estaba a punto de decir que es precioso —comentó Lacey—. Pero ahora tengo la impresión de que no debería hacerlo.

Tom se echó a reír.

—Oh, es precioso, desde luego. Pero también es importante recordar su historia.

Encendió el intermitente izquierdo y giró la furgoneta en dirección a una carretera larga y serpenteante. Y allí, como salido de la nada, había un gran edificio de ladrillos rojos que Lacey habría asumido que se trataba de un internado de no ser por el brillante cartel azul con las letras RSPCA grabadas en él.

Tom entró con la furgoneta en el aparcamiento y apagó el motor.

Lacey se libró de Chester, que se había hecho un ovillo en el hueco para los pies, y animó al perro a salir del vehículo. Tal y como ya empezaba a esperar de él, Chester obedeció a todas y cada una de sus palabras con un aire de comprensión en la mirada. Lacey se preguntó si todos los perros eran tan listos como aquél o si Chester tenía una inteligencia poco común.

—Oh, qué perro más bonito —dijo la recepcionista cuando las puertas automáticas se abrieron, dando acceso a Tom y Lacey.

Era una mujer bastante robusta, bajita, con las mejillas enrojecidas y rellenas y cabello denso y gris que le llegaba hasta la barbilla adoptando una forma triangular.

—Es Chester —lo presentó Tom—. Hemos llamado antes para ver si podemos encontrar a su dueño.

La recepcionista le echó un vistazo al ordenador.

—Oh, sí. El señor y la señora Forrester, ¿verdad?

Lacey casi se atragantó, y estaba a punto de abrir la boca para negarlo cuando Tom se la adelantó.

—Sí, así es —afirmó tan alegremente.

O bien no había oído el error de la recepcionista, o no le importaba que lo confundieran con su marido. Más bien al contrario. A Lacey el corazón le había empezado a palpitar con fuerza en el pecho al pensar en ser la esposa de Tom.

—Adelante pues —dijo la recepcionista—. La veterinaria os está esperando.

Lacey ni siquiera pudo mirar a Tom mientras caminaban lado a lado por el largo pasillo y cruzaban la puerta abierta de la veterinaria.

Ésta alzó la vista y sonrió cuando entraron. Era una mujer asiática bajita a la que su uniforme verde le quedaba grande por todas partes y cuyos rasgos infantiles la hacían parecer demasiado joven como para ser una veterinaria cualificada. «Otra Brenda», pensó Lacey, recordando a la camarera de *The Coach House*.

—¿Éste debe de ser Chester? —dijo la veterinaria, acercándose—. He oído que se ha perdido.

—Así es —contestó Lacey—. Se ha presentado hoy en mi tienda. Sus dueños eran los antiguos arrendatarios.

—Ah —musitó la veterinaria, como si aquello no la sorprendiera en lo más mínimo—. Los perros pueden llegar a sentir un instinto muy fuerte hacia su hogar. Deja que te pase el escáner, Chester, a ver si podemos reunirte con tu familia.

Sacó un dispositivo de plástico negro y lo movió por la nuca de Chester. El aparato pitó.

—Tiene microchip —anunció la veterinaria—. Es un buen comienzo.

Después se acercó al ordenador y empezó a escribir en él, dejando a Lacey de pie, incómoda, con las manos entrelazas y evitando los intentos de Tom de establecer contacto visual.

—Oh —dijo de repente la veterinaria, alzando la mirada de la pantalla y girándose hacia los dos. A juzgar por su expresión, Lacey supo enseguida que tenía que darles una mala noticia.

—¿Qué ocurre? —preguntó, notando cómo la preocupación aleteaba en su interior.

—Me temo que los dueños han muerto.

Lacey y Tom soltaron un jadeo al mismo tiempo.

—¿Qué? ¿Cómo? —tartamudeó Tom—. Creíamos que se habían mudado.

—Hay un informe policial —explicó la veterinaria, volviendo a fijar la vista en la pantalla del ordenador mientras les transmitía en voz alta lo que se veía en ésta—. Los dueños registrados estuvieron involucrados en un accidente de tráfico hace una semana. Se confirmó la muerte de ambos en la misma escena del accidente.

Lacey estaba tan sobrecogida y entristecida por la noticia que no sabía qué hacer. Se giró hacia Chester, acariciándolo.

—Pobrecito mío —le dijo, sintiendo cómo las lágrimas le anegaban los ojos.

—Debe de ser por eso por lo que nadie ha presentado un aviso de perro perdido —añadió la veterinaria—. Si él también estaba en el coche en el momento del accidente, quizás saliera corriendo de la escena y volviese a un lugar que le resultase familiar.

Lacey creyó que se le iba a romper el corazón al pensar en Chester pasando por el trauma de un accidente de coche para después vagar solo y perdido durante una semana hasta lograr volver a casa.

—Bueno —dijo la veterinaria, apartándose del ordenador y volviendo junto a Chester—. Será mejor que lo introduzcamos en el proceso de adopción.

—¿No puedo quedármelo? —soltó Lacey antes incluso de que su cerebro procesase lo que acababa de decir.

Tanto Tom como la veterinaria se giraron hacia ella, con las cejas arqueadas en una expresión idéntica de sorpresa.

—No funciona así —explicó la veterinaria.

—Pero trabajo en la tienda que conoce. Sería la opción que menos lo perturbaría, ¿no? En lugar de meterlo en una perrera para que lo examinaran posibles nuevos dueños que al final se lo llevarían a un sitio en el que nunca ha estado, yo podría llevarlo de vuelta a un lugar que ya era más o menos su casa.

La veterinaria pareció perpleja.

—Uh. Bueno. No sé. Tendría que preguntarlo. De todas formas, si ha estado en un accidente lo más seguro es que tengamos que quedárnoslo por esta noche para hacerle una revisión. ¿Puedo llamarte mañana por la mañana, una vez que sepa algo más?

Pero Lacey se sentía de lo más protectora con el perro, y no quería separarse de él sin la confirmación de que éste regresaría a su lado al día siguiente. Tom pareció leerle los pensamientos, porque se giró hacia la veterinaria.

—¿No podemos saltarnos la burocracia? Si no lo hubiésemos traído, nunca habríais sabido siquiera que había desaparecido.

La veterinaria torció los labios, pero acabó soltando un suspiro.

—¿Sabes qué? Tienes razón. En lugar de añadirlo en la larga lista de perros que buscan un hogar, os pondré como su casa de acogida, Dentro de unas semanas podréis llamarnos y decir que queréis adoptarlo.

A Lacey el corazón le dio un salto de alegría. Cruzó una mirada con Tom, encantada de que hubiese conseguido que la veterinaria accediese.

—Me parece genial —le dijo a la mujer.

La veterinaria apuntó los datos de contacto de Lacey en el sistema, tras lo cual se despidieron de Chester, le dieron las gracias a la veterinaria por forzar un poco las normas, y volvieron a la furgoneta de Tom.

—Bueno, Lacey —dijo éste mientras encendía el motor—. ¿Qué te ha parecido como cita? Debe de haber estado bien, considerando que ahora se

supone que estamos casados.

Las mejillas de Lacey todavía no habían tenido la oportunidad de enfriarse, y ahora parecía que estuvieran en llamas.

—Sí, bueno, será mejor que no bromeemos con eso o mi hermana acabará llamando a la policía y declarará que eres el siguiente Jim Jones.

Tom se rió a carcajadas, sin la más mínima vergüenza y de un modo tan contagioso que Lacey ya empezaba a adorarlo. Pero entonces su mente volvió a pensar en el perro que habían dejado atrás y sintió un pinchazo en el corazón.

—Pobre Chester —dijo—. Y pensar que podría haber estado en el coche cuando chocaron. Sé que es un perro, ¡pero debe de haber sido tan traumático!

—Desde luego —concedió Tom—. Tiene suerte de que lo vayas a adoptar. Necesitará mucho apoyo y cuidados para superar algo así. Lo que me pregunto yo es qué pasó con sus dueños. Se marcharon sin avisar, eso es lo que dijo Stephen, ¿verdad?

—Sí —confirmó Lacey—. Recogieron sus cosas en plena noche y se marcharon sin pagar las facturas.

Hizo una pausa, recordando de repente las plantas tiradas por el suelo del jardín y cómo demostraban la prisa que habían llegado a tener. Y la cara lámpara de latón que habían dejado atrás; Lacey había asumido que quizás no habían sido conscientes de su valor, pero quizá simplemente no habían tenido oportunidad de llevársela. Sintió un repentino escalofrío recorriéndole la espalda.

—Tenían prisa —dijo.

—Tanta prisa que iban demasiado rápido y chocaron —añadió Tom—. Casi como si…

—… estuvieran huyendo de algo —concluyó Lacey.

Se miraron entre ellos, entendiéndose en silencio.

CAPÍTULO DIEZ

Lacey oía el ya conocido ritmo de la música proveniente de la boutique de Taryn a través de las paredes. Se había convertido en un sonido de fondo constante. Estaba claro que su rival estaba intentando provocarla, pero Lacey estaba flotando de felicidad últimamente y nada podía hundirla, ni siquiera la pizarra que sospechaba que Taryn había colocado a propósito para medio tapar la entrada a su tienda.

Combinándose con el zumbido de los graves proveniente del otro lado de la pared derecha del local se oía el sonido más que bienvenido de los ronquidos de Chester. Su perro «en acogida» había encajado a la perfección en su vida como si su lugar hubiese estado allí desde el principio, y desde luego estaba ayudando a la tienda a ganarse más la atención de la gente. Últimamente la gente de la zona que pasaba por delante se asomaba simplemente para saludar al animal, así que Lacey había reorganizado la mercancía para que los objetos más baratos y útiles estuviera justo al lado de donde dormía Chester. Su plan había dado frutos, y ahora casi todo el mundo que entraba para acariciarlo acababa fijándose en alguna baratija no muy cara y la compraban. ¡Tenía aseguradas al menos cincuenta libras diarias tan solo con la gente que se acercaba a mimar a Chester!

En general, estaba convencida de que había tomado la decisión correcta al ir a Wilfordshire. No sólo tenía la tienda, que iba viento en popa, y a Chester, que se había convertido en su ayudante, sino que también tenía a Gina, la vecina, amiga y compañera en la búsqueda de antigüedades que se había abalanzado ante la oportunidad de Lacey de cuidar del jardín de la tienda.

Lo único malo era que había estado tan ocupada que no había tenido oportunidad de tener otra «cita» con Tom. Él también estaba ocupado; las fiestas de Pascua llevaban a mucha gente a Wilfordshire, y todos parecían querer disfrutar de sus famosos macaron de color pastel. Pero Lacey se

percató con un pequeño salto de entusiasmo de aquel era el último día de las vacaciones escolares, lo que significaría que los turistas se reducirían casi por completo durante las próximas seis semanas. Quizás Tom y ella podrían reunir el suficiente tiempo libre como para pasar algo de tiempo juntos durante esa temporada más tranquila.

Apoyó los codos sobre el mostrador y bajó la mirada hacia las antiguas para coleccionistas de antigüedades que había estado ojeando. Su tienda estaba llena de tesoros, pero había muchos más a los que les quería poner las manos encima. Saskia, su antigua jefa, siempre había abordado el interiorismo con una visión minimalista, pero Lacey prefería el aspecto más recargado de la época victoriana, donde hasta el último patrón y color era celebrado (William Morris era su diseñador favorito) y se habían creado los objetos más inútiles de la historia, desde cuencos especiales para el azúcar hasta jarritas hechas concretamente para la leche, además de una cuchara concreta para cada condimento. Le encantaban aquellas cosas, y la revista era una fuente perfecta de información. Además, cuando más leía, mejor se volvía a la hora de tasar objetos y más se acercaba a poder abrir su propia sala de subastas en la tienda, tal y como su padre siempre había soñado hacer.

Acababa de fijarse en una colección de cucharas de servir victorianas a precio de ganga cuando se oyó la campanita de la puerta.

Alzó la vista de la revista; una mujer mayor había entrado en la tienda. Chester levantó la cabeza para valorar la visita, como siempre, olisqueando el aire antes de seguir durmiendo.

—Hola —dijo Lacey, enderezándose y sonriendo—. Avíseme si necesita ayuda.

—Oh, este sitio es encantador —comentó la mujer, acercándose—. Me encanta cómo lo has decorado.

Lacey se percató de que la mujer había debido de conocer la tienda antes de su llegada, cuando estaba dedicada a la jardinería y a los utensilios del hogar.

—¿Conoce la tienda? —preguntó.

—Así es —sonrió la mujer—. Aunque nunca había necesitado entrar en ella.

—¿Y ahora lo necesita? —preguntó Lacey.

—Sí, ahora que es una tienda de antigüedades, tengo que hacerlo.

—¿Oh? —dijo Lacey, ladeando la cabeza con curiosidad.

—Quizás reconozcas mi nombre. Soy Iris Archer.

El nombre no le sonaba de nada.

—No, lo siento, no lo reconozco. No soy de por aquí.

La mujer soltó una risita.

—Se te nota en el acento.

Lo dijo sin malicia, y Lacey se fijó en aquel momento que el acento de la mujer en cuestión sonaba extremadamente regio, como si fuese una dama de una película de época británica.

—Vivo en la mansión que hay a las afueras de Wilfordshire —continuó la anciana sin el más mínimo asomo de arrogancia—. En la hacienda Penrose.

Lacey abrió mucho los ojos. ¡La hacienda Penrose! ¿El castillo en miniatura que se había quedado mirando con la boca abierta en su viaje en coche con Tom? ¡Ni siquiera se le había ocurrido que alguien pudiese *vivir* allí”

—Oh, sí, conozco la hacienda —dijo, esforzándose por librarse del aspecto de extranjera ignorante.

—Tengo una colección de antigüedades —prosiguió Iris—. Necesito que las tasen. Me pone demasiado nerviosa el sacarlas de la casa y

transportarlas, y todavía no he encontrado a nadie en quien confíe lo suficiente como para invitarlo a hacerlo allí mismo. ¿Asumo que haces tasaciones?

—Desde luego —contestó Lacey, excitada no sólo ante la perspectiva de visitar una hacienda británica en la vida real (Naomi se volvería loca cuando le enseñase las fotos), sino por la oportunidad de hacer valer sus nuevos conocimientos de tasación de antigüedades. Cogió un bloc de notas que tenía junto al teléfono de la tienda—. ¿Cuándo le iría bien?

—Cuanto antes mejor —contestó Iris—. Es una tarea que llevo posponiendo desde años, y temo que no me quede mucho tiempo.

«Qué mórbido», pensó Lacey, aunque en el pasado había conocido a varios ancianos que habían hablado de la misma manera. Su abuela había sido uno de ellos, y su frase preferida incluso diez años antes de su muerte había sido «cuando ya no esté».

—¿Qué tal mañana? —sugirió, dejándose llevar por el entusiasmo. Podía ir a la hacienda Penrose a primera hora de la mañana y pedirle a Gina que abriese la tienda y la cubriese durante las primeras horas del día en caso de que la reunión se alargase.

—¿Qué tal si vienes a desayunar? —repuso Iris—. Siempre me traen la comida a las siete en punto.

—Me parece perfecto —dijo Lacey, pensando en el viaje de media hora en coche y en el hecho de que tendría que salir de casa a las seis y media de la mañana—. Pero tengo que hacerle una pregunta —añadió, mirando a aquella anciana de aspecto regio—. ¿Por qué confía en mí? Soy nueva tanto en Wilfordshire como en el negocio de las antigüedades.

—Precisamente por eso —contestó Iris Archer—. No me conoces. No sabes nada de mi historia. —Y después sonrió en un gesto tan tierno y sincero, haciendo que décadas de marcas de expresión le iluminasen todo el rostro—. Y porque te pareces mucho a Francis.

El oír el nombre de su padre sacudió a Lacey como un huracán.

—¿Mi padre? —tartamudeó—. ¿Conocía a mi padre?

Justo entonces, la música de Taryn pareció subir todavía más de volumen, sonando con tanta fuerza que hizo que la porcelana de las estanterías vibrase. Lacey tuvo que alejarse corriendo de la mujer, dejando su pregunta en el aire, para acudir a las estanterías y separar un poco los cuencos de porcelana para que no chocasen los unos con los otros al vibrar. Pero, aun así, la vibración casi parecía hacerlos saltar arriba y abajo. Aquello era peligroso.

—Deme un segundo —le dijo a Iris—. No se mueva.

Salió a toda prisa de la tienda, pisando con fuerza por el enfado, y chocó de llenó por la pizarra que con tan mala fe habían colocado frente a su tienda, magullándose la cadera. La apartó a un lado de un empujón, irritada, y marchó hacia la boutique de Taryn.

El local era extremadamente pijo y contenía muy poca mercancía, limitándose a unos pocos objetos elegidos con cuidado, caros y presentados de un modo precioso. Dos mujeres esculturales examinaban una de las perchas, y Taryn misma parecía inmaculada, de pie junto al mostrador con aire inocente. El equipo de sonido, se fijó Lacey, estaba colocado ahora justo contra la pared que compartían los locales cuando antes había estado al fondo de la tienda. Taryn lo había movido a propósito.

Era evidente que la había estado esperando; su aspecto tan cuidado e incluso su tono y expresión expectante recordaron a Lacey a los actores una mala telenovela.

—¿Va todo bien, Lace? —preguntó Taryn.

—¿Bien? —exclamó ella, apretando los puños—. ¡Sabes muy bien que no! Tienes la música tan alta que me vibran las paredes. ¡Vas a conseguir que toda la porcelana se caiga al suelo!

Las dos mujeres de cuello de cisne se giraron para mirarla, frunciendo el ceño al oír cómo había alzado la voz. Claro, ahora Taryn hacía que pareciese que *ella* era la loca.

—Oh, no me había dado cuenta de que la tuviese tan fuerte —contestó Taryn, haciéndose la santa—. ¿Quieres que la baje?

Lacey apretó los dientes mientras Taryn se giraba y bajaba el volumen.

—Gracias —dijo sin dejar de tensar la mandíbula—. ¡Y deja de poner esa pizarra tuya delante de mi puerta! —añadió, volviendo a la calle e ignorando cómo las clientas jirafa de Taryn chasqueaban la lengua.

El pulso empezó a calmársele mientras volvía a su propia tienda pero, una vez dentro, vio que Iris Archer se había ido.

Dio una patada en el suelo, frustrada. ¡Aquella mujer había conocido a su padre! Lacey había querido preguntarle de qué, había querido averiguar todo lo posible de aquella persona que había pronunciado en voz alta como si tal cosa un nombre que había sido prohibido en su hogar.

Pero todavía quedaba esperanza, porque iba a reunirse con Iris Archer a las siete de la mañana en la hacienda Penrose. Sólo tendría que ser paciente. Mientras tanto, se aferraría al sueño de que, una vez que se vieran, aquella extraña mujer aristocrática quizás le ofreciese todas las respuestas que siempre había ansiado.

CAPÍTULO ONCE

Lacey se dejó caer en la cama, agotada.

Había hecho un turno extra largo en la tienda, pero no se arrepentía del modo en que lo había hecho cuando trabajaba para Saskia. Ahora, todo lo que invirtiera en la tienda lo recuperaría en forma de dividendos más tarde. Resultaba apasionante tener tanto control sobre su destino; era casi embriagador.

Pero no era la tienda lo que la estaba dejando agotada, sino la oportunidad de reunirse con Iris y todas las emociones que había despertado en su interior el oír mencionar el nombre de su padre. Eso, más que ninguna cantidad de horas trabajando en la tienda, era lo que consumía su energía.

Chester se acurrucó a sus pies y Lacey cayó rápidamente en un sueño profundo.

No había tenido ningún sueño desde que había empezado a dedicar tanto tiempo a la tienda, pero aquella noche fue diferente. Aquella noche, Lacey se encontró caminando por la calle principal adoquinada de Wilfordshire que ahora conocía tan bien, pero en lugar de ir vestida con su conjunto de trabajo y los mocasines, llevaba unos brillantes zapatos de cuero y unos pequeños calcetines blancos. Volvía a ser una niña, una niña de siete años, e iba cogida de la mano con su padre.

El corazón empezó a latirle con fuerza cuando alzó la vista hacia él, pero la luz del sol brillaba tras él, oscureciéndole el rostro. Aun así, no había duda de que era su padre; la sensación áspera de su piel cogiéndole la mano le resultaba tan familiar que la hubiese reconocido en cualquier sitio.

—Vaya, pero si es Francis Doyle —dijo entonces la voz de una mujer.

Lacey volvió a mirar hacia delante. Una mujer se acercaba a ellos, pero la cegadora luz del sol también hacía imposible verla bien.

Sólo la reconoció gracias a su figura curvilínea; era la dependienta de la tienda de antigüedades en la que Naomi se había hecho un corte en el dedo.

Se despertó con un sobresaltó, irguiéndose de golpe en la cama. Chester levantó rápidamente la cabeza para mirarla, examinando su rostro casi como si estuviese preocupado.

—Estoy bien, chico —lo tranquilizó Lacey, aunque el corazón le latía a cien por hora y podía sentir el sudor bajándole por la nuca.

Chester volvió a apoyar la cabeza sobre las patas delanteras.

Lacey se tumbó de nuevo con la mente convertida en un torbellino. El sueño había parecido tan real, como si fuese más recuerdo que sueño. Y en él había aparecido de nuevo aquella mujer, la dependienta de la tienda de antigüedades. ¿Acaso había sido su padre un mujeriego?, se preguntó. ¿Era por eso por lo que el matrimonio de sus padres había acabado de manera tan brusca tras lo que habían parecido unas vacaciones de verano idílicas en Wilfordshire? ¿O su sueño no era más que fruto de su imaginación? ¿Algo que se había inventado?

Estaba claro que el hecho de haber visto aquel día a Iris Archer, una persona que había conocido realmente a su padre, había llevado a su mente a volver a su infancia. La anciana había dicho que confiaba en el padre de Lacey… ¿Qué podría significar aquello?

Supuso que tendría que esperar a que llegase la mañana y su reunión desayuno con Iris Archer. Quizás entonces consiguiese las respuestas que tanto ansiaba.

*

A la mañana siguiente, Lacey se despertó al mismo tiempo que el sol, sintiéndose atontada por lo mal que había dormido. Se bebió una taza de café (sin algo de cafeína en la sangre sería incapaz de funcionar, especialmente a aquella hora de la mañana) y después metió a Chester en la parte trasera de su coche manual color champán. Gina había accedido a abrir la tienda a las nueve en su nombre y, puesto que no podría contar con su compañera habitual, Lacey había decidido que la acompañase Chester.

Condujo por la preciosa campiña, siguiendo la misma ruta por la que Tom la había llevado durante aquel viaje y girando para tomar la carretera que llevaba hasta el valle donde se acurrucaba la hacienda Penrose.

La hacienda en sí era más grande vista de cerca, y la enorme estructura de piedra parecida a un castillo estaba cubierta por las hojas verde oscuro de la hiedra.

Lacey aparcó y salió del coche, seguida de cerca por Chester. Estaba entusiasmada ante la perspectiva de averiguar qué más sabía aquella mujer sobre su padre, y también disfrutaba del entusiasmo que despertaba en ella la perspectiva de estar a punto de tasar las antigüedades de la anciana. Sería la primera vez que lo hacía sola, y se moría de ganas de poner a prueba su habilidad de novata.

El camino estaba bordeado de rosales llenos de rosas rojas como la sangre, y el aroma resultaba embriagador. Lacey llegó a la gran puerta de doble y llamó con los nudillos Esperó un rato, dándole a Chester una pequeña palmadita tras las orejas, y el perro gimoteó con dulzura.

No hubo respuesta, y no se oía nada al otro lado del a puerta, así que Lacey volvió a probar. Esta vez llamó con algo más de fuerza y, para su sorpresa, la puerta se abrió unos centímetros con un crujido.

Miró a Chester.

—¿Está abierto? —dijo perpleja.

Empujó la puerta y ésta se abrió un poco más, chirriando en los goznes y mostrando un pasillo oscuro con el suelo formado por pizarra gris.

—¿Hola? —llamó en la oscuridad.

No hubo respuesta.

Notó cómo la piel se le empezaba a poner de gallina. Algo no iba bien.

Lacey comprobó su reloj; eran las siete de la mañana en punto, la hora exacta en la que había prometido llegar para no perderse la entrega del desayuno. Quizás la anciana acostumbraba a dejar la puerta abierta para los repartidores, o quizás la hubiese dejado abierta a propósito porque sabía que Lacey iba a venir.

Fuese como fuese, entrar sin más parecía increíblemente maleducado, y Lacey dudó en la puerta, dividida.

En ese momento Chester se lanzó dentro de la casa, desapareciendo en la oscuridad.

«Bueno, es una manera de resolver el dilema», pensó Lacey.

Se apresuró a adentrarse en el pasillo tras su pastor inglés, y al hacerlo no pudo evitar fijarse en todos los magníficos cuadros que había en las paredes y en la sorprendente arquitectura de la hacienda Penrose. La casa en si misma era algo así como una antigüedad; se preguntó cuál sería su historia.

Entonces, proveniente de algún lugar más adelante, oyó a Chester ladrando. Nunca lo había oído ladrar así. Se le antojó un sonido insistente, como si la estuviese llamando para que acudiese.

Lacey apretó el paso, corriendo hacia el sonido.

Giró y cruzó la puerta de lo que reconoció en medio segundo como la biblioteca antes de que su mirada se posase en el gran bulto que había en el suelo. Lacey jadeó, retrocediendo.

Allí, tumbada sobre el suelo de madera, con la piel pálida, los labios teñidos de lila y los ojos abiertos y nublados, yacía Iris Archer.

Muerta.

CAPÍTULO DOCE

Lacey estaba de pie fuera de la casa, temblando y abrazándose a sí misma. Chester se había sentado junto a ella, obediente, pero Lacey no lograba quitarse de la cabeza la imagen de la mujer muerta tirada en el suelo. Había quedado profundamente afectada.

Por fin, tras lo que le pareció una eternidad, vio a un coche de policía acercándose lentamente. El coche se detuvo y salió un agente; era un hombre corpulento y se movía poco a poco, como si no tuviese la más mínima prisa, ¡algo que a Lacey se le antojó de lo más extraño considerando la llamada llena de pánico que había realizado explicando que había *un cadáver*!

—Soy el superintendente Karl Turner —se presentó el agente, tendiéndole la mano.

Lacey se la apretó, algo confundida sobre por qué habían enviado a alguien con un puesto tan importante como el de superintendente a una simple escena con una única muerte, pero decidió que debía de cosa de británicos. Quizás tuviese que ver con el hecho de que la muerta hubiese sido una aristócrata adinerada.

—Ella es la detective en jefe Beth Lewis —añadió, señalando a la mujer que estaba saliendo del coche patrulla—. Ha llamado usted, ¿correcto?

—Sí —dijo Lacey, mirando a su alrededor en un intento de encontrar a un vehículo que pudiese hacer las funciones de coche fúnebre pero sin ver a ninguno.

—¿Y se llama? —le insistió el superintendente.

—Lacey Doyle. Soy tasadora de antigüedades —explicó, sacando una tarjeta de visita del bolsillo y tendiéndosela como si fuera una prueba de su

afirmación—. Había venido a tasar algunas antigüedades.

—¿Por la mañana?

Lacey asintió con la cabeza.

—Iris quería que lo hablásemos durante el desayuno; dijo que se lo traerían a las siete de la mañana. Cuando he llegado la puerta estaba abierta. He pensado que debía de haberla dejado abierta para mí ya que habíamos acordado la visita, pero cuando he entrado la he encontrado ahí tirada… —La voz le falló—. Muerta. —Las lágrimas empezaron a llenarle los ojos al recordarlo.

—Uh —gruñó el superintendente con un tono que sugería que todo lo que Lacey acababa de decirle era inventado.

Lacey se sintió enfurecer. Desde luego existía una diferencia entre hacer su trabajo y comportarse como un capullo con una persona que estaba claramente traumatizada. Quizás el señorito policía veía cadáveres todos los días, pero era la primera vez para Lacey (y última, esperaba), así que todavía era bastante sobrecogedor.

El superintendente se giró hacia la detective Lewis.

—Toma nota de la información de la señora Doyle…

—Señorita —lo corrigió Lacey con firmeza—. No estoy casada.

El superintendente Turner la miró y gruñó como si aquello no pudiese importarle menos o como si no le sorprendiera en absoluto que estuviese soltera. Después volvió a girarse hacia su compañera.

—Toma nota de la información de la *señorita* Doyle mientras yo le echo un vistazo a la escena.

Y, con aquello, entró en la casa.

La detective Lewis miró a Lacey. Mostraba la misma tensión estoica del superintendente Turner, pero en ella también había cierto elemento de

calidez.

—Ha sido todo un shock, ¿eh? —le preguntó a Lacey con amabilidad—. No es precisamente lo que apetece ver mientras se desayuna.

Lacey asintió con la cabeza sin saber muy bien qué decir.

La detective Lewis le hizo algunas preguntas, apuntando la información sobre cómo Lacey había conocido a Iris Archer y qué la había llevado a estar delante de su casa en aquella mañana en concreto. Pero entonces Lacey vio al superintendente Turner saliendo por la puerta y marchando hacia ellas.

—¡Beth! —le ladró a la agente que Lacey tenía delante—. Haz que venga el equipo científico. Ahora mismo. Estamos lidiando con un homicidio.

Lacey jadeó, tapándose la boca con la mano. *¿Homicidio?* ¡Aquello significa que Iris Archer había sido *asesinada*!

«¡Oh, pobre mujer!», pensó, con la cabeza yendo a cien por hora. «Debe de haberse sentido tan asustada».

La detective Lewis empezó a hablar a través de la radio que llevaba en el hombro, y Lacey notó que el superintendente Turner la observaba con atención. Su rostro era una máscara inexpresiva que no revelaba nada en absoluto, pero Lacey había visto suficientes series de policías como para saber lo que estaba pensando: era su principal sospechosa. Ni siquiera se le había ocurrido que Iris hubiese podido ser víctima de un crimen —era una mujer mayor y había asumido que, simplemente, le había llegado la hora—, pero ahora que sabía que había sido asesinada, era consciente de lo rara que debía parecer su presencia. Lo sospechosa que debía parecer. Sintió cómo el corazón le daba un salto en el pecho al comprender que, al ser la persona que había anunciado su muerte, había sido ella misma la que se había puesto en aquella situación.

Dio un paso hacia su coche, súbitamente desesperada por salir de allí y esconderse bajo el edredón.

—¿Señorita Doyle? —oyó cómo la llamaba el superintendente mientras forcejeaba con las llaves con manos temblorosas.

—Me voy a casa —tartamudeó—. He respondido a todas sus preguntas, así que puedo irme, ¿no?

—Por supuesto —dijo el superintendente Turner, todavía con expresión vacía e imposible de interpretar—. Sólo quería pedirle que no se vaya del pueblo. Querremos hacerle algunas preguntas más en el futuro.

Lo dijo como si tal cosa, pero lo que insinuaba le resultó más que evidente a Lacey; tendrían más preguntas para ella una vez que hubiese reunido pruebas suficientes. Sus palabras quizás hubiesen parecido desapasionadas, pero seguían constituyendo una amenaza.

Lacey entró en el coche y se alejó a toda velocidad.

CAPÍTULO TRECE

No logró reunir las fuerzas suficientes para volver aquel día a la tienda. Por suerte, Gina estuvo más que dispuesta a cubrir su turno después de que Lacey le dijera que no se encontraba muy bien.

Se hizo de noche y Lacey oyó cómo su vecina llamaba a la puerta para devolver las llaves, decidiendo dejarlas en el buzón al no recibir respuesta. Lacey se sintió culpable por no atender la puerta, pero no se sentía capaz de hacerle frente. Se sentía demasiado afectada como plantarse delante de nadie. Lo único que quería era dormir y hacer desaparecer aquella escena de pesadilla.

Por desgracia, el sueño no llegó con facilidad. Ni siquiera Chester, tumbado en la parte inferior de la cama, calentándole los pies y actuando a modo de perro guardián lograba relajarla. No dejaba de pensar que había un asesino suelto, y en lo horribles que debían de haber sido los últimos momentos de la anciana.

A la mañana siguiente se despertó sintiéndose todavía más cansada y exhausta de lo que lo había hecho el día anterior. Dos noches seguidas durmiendo mal tras pasar demasiadas horas en la tienda la habían dejado medio zombi. A duras penas había logrado usar la cafetera para prepararse un café americano bien caliente cuando oyó cómo su teléfono pitaba, anunciando mensajes. De repente recordó la histeria con la que había enviado un mensaje al grupo *Chicaz Doyle* hablando del asesinato, y se arrepintió al comprender que debía de ser su familia contestando.

Le echó un vistazo a la pantalla y vio que su madre le había enviado algunas palabras de apoyo. Naomi, por una vez en su vida, no había contestado ni con sarcasmo ni con desprecio, sino con el emoticono de un abrazo. Pero aquello sólo consiguió que Lacey se sintiese todavía peor; si hasta Naomi podía ver la gravedad de la situación, ¡es que las cosas iban fatal!

Devoró una barrita de cereales mientras Chester daba cuenta de su pienso, tras lo cual recogió las llaves de la tienda de la esterilla que había junto a la puerta, donde había caído cuando Gina las había pasado por el hueco de las cartas.

Al abrir la puerta descubrió una olla en las escaleras de entrada cubierta con papel de aluminio. Llevaba una nota en la que podía leerse en la distintiva caligrafía de Gina: «¡Pastel de carne casero para que te recuperes pronto!».

Lacey recogió la olla, emocionada por el dulce detalle de su vecina, y miró dentro. Una cremosa capa de puré de patatas se asentaba sobre lo que asumía que debía de ser cordero troceado con salsa de tomate a jugar por el nombre del plato.

Debía de haber pasado toda la noche a la intemperie, y le sorprendió que los zorros no hubiesen dado buena cuenta de la comida. Al menos había sido una noche y mañana especialmente frías, así que debía de haber aguantado bien.

Entró la olla en la casa y la metió en la nevera, tras lo cual salió de Cottage Crag con Chester a su lado y condujo hasta la tienda.

Estaba metiendo la llave en la cerradura cuando notó de que todavía estaba temblando. No tanto como lo había hecho al descubrir a Iris muerta, pero seguía habiendo un temblor inconfundible en su mano.

—¿Va todo bien? —dijo la voz de Tom a su espalda.

Lacey dio un salto y se giró para mirarlo. Su rostro amistoso y bronceado por el sol era una imagen más que bienvenida.

—Sí. Estoy bien. Tenía la cabeza en las nubes.

—No me sorprende —comentó Tom—. He oído lo que ha pasado. Debes de haber quedado muy afectada.

Lacey arqueó las cejas.

—¿Lo has oído? ¿Pero cómo? Si pasó ayer por la mañana.

—Es un pueblo pequeño —repuso Tom, encogiéndose de brazos—. Las noticias viajan rápido.

Y entonces, para sorpresa de Lacey, le dio un abrazo.

Nada se le había antojado nunca tan perfecto como en aquel momento, de pie entre los brazos fuertes, cálidos y reconfortantes de Tom. El apoyo que había recibido en el pasado de parte de David siempre le había parecido forzado, a veces asfixiante, pero con Tom era como si la estuviesen abrazando por primera vez desde su infancia. Contenía el mismo confort que el abrazo de una madre tras una caída.

La experiencia en sí era apabullante, y Lacey notó cómo se le hundían ligeramente los hombros al soltar todas las emociones que había retenido en su anterior hasta aquel momento.

—¿Cómo estás? —volvió a preguntar Tom, soltándola—. De verdad.

Lacey sacudió la cabeza.

—Sinceramente, no lo sé. Fue todo un shock.

—Apuesto a que sí.

Lacey abrió la puerta, haciendo tintinear la campanita de un modo que le pareció extramente incongruente en aquel momento.

Chester entró trotando nada más abrirla, tal y como se había acostumbrado a hacer. Lacey lo siguió justo a tiempo de oír cómo sonaba el teléfono de la tienda. Se apresuró hacia él para contestar.

—¡Asesina! —dijo una voz que no reconoció antes de que la llamada se cortase.

Lacey dejó el auricular con un golpe y se apartó de él, trastabillando.

Tom se acercó al instante con su expresión reconfortante y aquella voz amable.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Alguien me ha llamado asesina —tartamudeó Lacey.

Vio que la luz del contestador estaba parpadeando. El teléfono volvió a sonar.

—No contestes —dijo Tom, colocando la mano con suavidad sobre la suya. Desconectó el cable del teléfono de la pared.

Lacey se sentía confundida.

—¿Cómo puede saberlo ya todo el mundo? ¿Y por qué demonios me culpan a mí?

Pero ya sabía por qué. Era la extranjera, la persona nueva en el pueblo. Todos los demás se conocían y, si uno de los suyos había sido asesinado, ¿quién más quedaba a quien pudiesen culpar?

Lacey vio por la ventana que había gente esperando frente a la tienda cerrada de Tom.

—Tienes clientes —le dijo.

—Puedo quedarme si me necesitas —contestó Tom.

Lacey negó con la cabeza.

—Estoy bien. No puedes permitir que tu negocio sufra por mi culpa.

—Llamaré a Paul para que me cubra —repuso Tom, metiendo la mano en el bolsillo donde se notaba el bulto del teléfono—. Es mi aprendiz.

A pesar de lo mucho que la emocionaba su oferta, Lacey realmente no quería que se sacrificase por ella.

—En serio —repitió, esta vez con más firmeza—. Estoy bien. Tengo a Chester para protegerme.

El perro levantó la cabeza al oír su nombre y soltó su habitual gimoteo.

Tom apartó la mano del bolsillo sin sacar el teléfono.

—Si insistes —aceptó, cediendo—. ¿Pero qué tal si cenamos juntos esta noche…?

—¡Oh! —exclamó Lacey, atónita de que aprovechase un momento como aquel para sugerir una cita. Tom no le había parecido de esos.

Éste pareció ponerse nervioso al instante.

—Lo siento, no, lo que quería decir es que podría traerte algunos pasteles después del trabajo. —Habló a toda prisa en un intento de aclarar su comentario anterior—. Porque resulta difícil seguir con el día a día cuando estás tan afectado emocionalmente. Y porque quizás te cueste sacarte esas cosas de la cabeza si no tienes algo de compañía distrayéndote. —Se frotó el cuello, que ya había sido alcanzado por el sonrojo—. Pero ahora debes de pensar que soy un bicho raro que se aprovecha de la gente vulnerable… —añadió en un susurro.

Su incomodidad logró que Lacey se relajase al instante. Si Tom era capaz de ver cómo podría malinterpretarse su oferta, entonces ya contaba con más inteligencia emocional que la mitad de los hombres a los que conocía. Había tenido razón al pensar que Tom era uno de los buenos.

—Los pasteles serían geniales —le dijo con una sonrisa.

—¿En serio? —preguntó Tom, soltando un suspiro de alivio.

—Sí. Pero no esta noche; mi vecina ya me ha preparado un pastel de carne. Además, no creo que vaya a ser muy buena compañía. ¿Qué tal mañana?

Ahora que el malentendido estaba aclarado, Tom volvió a mostrar su humor animado habitual.

—Me parece perfecto.

Tras lo cual se puso en pie de un salto y le apretó la mano a Lacey.

El contacto hizo que sintiese cosquillas por todas partes. Tener su mano suavemente sobre la suya de aquel modo hacía que casi se dejase llevar por la tentación de espetar: «¡De hecho, hagamos que sea una cita oficial!». Pero, de algún modo, logró permanecerse firme y ser fuerte mientras Tom le dirigía una última mirada tranquilizadora y salía por la puerta.

Lacey se quedó mirando cómo cruzaba la calle, sintiendo como si acabaran de arrancarle todo el aire de los pulmones y dándole vueltas a la reacción que había tenido ante la sugerencia de Tom de cenar juntos. No es que hubiese sentido que se estaban aprovechando de su vulnerabilidad. De hecho, había algo atrayente en la idea de acercarse a Tom y de dejar a David atrás.

Todavía tenía la mirada fija en la ventana y la mente reducida a un torbellino de emociones que la reunión con Tom había despertado en su interior cuando sus reflexiones se vieron interrumpidas al ver a algunas personas paseando por la calle adoquinada y susurrando entre ellas. Las personas se detuvieron, señalaron hacia su tienda y después continuaron su camino a toda prisa.

Lacey sintió un nudo de inquietud en el estómago. ¡La noticia del asesinato de Iris se propagaba a la velocidad de la luz, y la gente parecía pensar que *ella* había tenido algo que ver! No era así como había creído que iría su vida en Wilfordshire, en absoluto, y a medida que fueron pasando las horas sin que nadie entrase en la tienda, Lacey empezó a sentirse cada vez peor. Cada vez que se asomaba a la ventana y miraba hacia la pastelería veía a Tom ocupado con sus clientes habituales pero ni una sola persona había decidido aventurarse a cruzar su puerta.

Su mirada se posó en un hombre que había sentado en el banco situado junto al buzón rojo del correo. Llevaba allí sentado al menos una hora a pesar de la temperatura todavía fría de principios de primavera, concentrado en su teléfono y con los cascos puestos. O bien era un completo adicto a las aplicaciones de móvil, o se trataba de algo más siniestro. Fue entonces

cuando Lacey se fijó en algo de lo más curioso: aquel hombre no llevaba los típicos cascos de móvil. El auricular estaba hecho de un plástico fino que se encajaba en la parte posterior de la oreja, y el cable era delgado y desaparecía bajo el cuello de la chaqueta de bombardero. Ni siquiera conectaba con el teléfono.

Lacey jadeó al comprender que lo que estaba viendo era un policía de paisano.

¡El superintendente Turner la estaba vigilando! Si hasta la policía creía que tenía algo que ver con el asesinato de Iris, ¿qué posibilidades tenía de convencer a la gente de la zona?

CAPÍTULO CATORCE

De nuevo en casa, Lacey estaba calentando el pastel de carne en el microondas cuando oyó el sonido de un perro ladrando frente a su casa. Sintió un miedo instantáneo de que Chester hubiese logrado salir de algún modo, así que corrió hacia la puerta. Pero, al abrirla y revelar un despejado cielo nocturno cuajado de estrellas, se percató de que era Boudicca la que ladraba. Y, subiendo por el sendero detrás del border collie, iba Gina.

—¡Hooola! ¡Lacey! —la llamó la mujer, agitando el brazo por encima de la cabeza en amplio arco como si Lacey estuviera a medio kilómetro de distancia en lugar de a tan solo unos pasos.

Chester apareció junto a Lacey, olisqueando el aire nocturno y, presumiblemente, el olor del otro perro.

—¿Va todo bien, Gina? —preguntó Lacey.

Gina alcanzó los escalones del porche; estaba jadeando como si hubiese acudido corriendo.

—He oído lo que ha pasado —dijo, hinchando las mejillas y sujetándose al poste de madera—. ¡Deberías haber ido directa a verme!

—¿Te refieres a Iris Archer? —preguntó Lacey. El estómago se le volvió a retorcer con aquella sensación ya tan conocida de aprensión—. Sinceramente, ni siquiera se me había ocurrido que pudiese convertir en un cotilleo tan candente. —Apoyó el hombro contra el marco de la puerta—. Además, no quería molestarte.

—Es un pueblo pequeño —repuso Gina—. Las noticias corren rápido, especialmente cuando se tiene a una mujer tan horrible como Taryn cerca. ¡No hace más que cotillear y extender rumores!

Lacey se sobresaltó.

—¿Taryn? —exclamó—. ¿Qué demonios tiene ella que ver con esto?

Gina se explicó.

—La he oído en The Coach House contándole a Brenda, la camarera, que fuiste tú quien mató a Iris y después le robaste las antigüedades.

Lacey notó cómo le fallaban las rodillas. De repente, lo único que evitaba que cayese al suelo era el marco contra el que había apoyado el hombro.

Sabía que Taryn la odiaba, pero aquello era ir demasiado lejos. Ya no se trataba simplemente de tener la música demasiado alta y hacer que sus paredes vibrasen, o de una pizarra colocada con mala fe; estaban hablando de intentar arruinarle la vida de manera directa. De destrozar su reputación, algo que a su vez destrozaría su negocio, el modo en que se ganaba la vida y, al final, también la nueva vida que estaba empezando a crear allí.

—¿Por qué haría algo así? —tartamudeó, completamente sobrecogida por el nivel de veneno necesario para comportarse de aquel modo.

Gina chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—A saber qué lleva a la gente a hacer cosas así. Ya soy vieja y sigo sin haber solucionado ese misterio de la humanidad.

Lacey negó con la cabeza. Aquello no estaba bien. Estaba muy lejos de estar bien, y no pensaba quedarse de brazos cruzados. Había pasado años con David bloqueando su acceso a la verdadera felicidad, al cual se habían sumado Saskia e incluso Naomi y su madre, pero ahora las cosas se hacían a su manera. Nadie la detendría.

Miró a Gina con decisión.

—Entra. Tenemos pastel de carne de cena.

*

A la mañana siguiente, Lacey era una mujer distinta. Gina y ella habían pasado toda la noche preparando estrategias, y su vecina se confianza se encargaría por hoy de las tareas de la tienda para que Lacey pudiese jugar a los detectives y limpiar su nombre.

Tomó un sorbo de café, sintiéndose concentrada, decidida y con un objetivo claro. Enarboló el bolígrafo y dejó una libreta abierta en la mesa mientras accedía a la página web de noticias locales de Wilfordshire. El asesinato de una anciana aristócrata era la historia principal, por supuesto, y había muchos artículos que se centraban también en el caso desde distintas perspectivas. Los leyó todos y cada uno con atención, prestando atención a los detalles en busca de cualquier cosa que pudiese constituir una pista, y lo apuntó todo con claridad en su libreta en forma de lista. Hubo dos cosas que le llamaron la atención cuando la repasó:

- No habían forzado la entrada

- No había heridas defensivas

«Así que está claro que lo hizo alguien a quien Iris conocía», pensó, dando golpecitos con el bolígrafo en la libreta. «Seguramente alguien en quien confiaba. Pobrecilla».

Había visto series policíacas de sobra en sus treinta y nueve años de vida como para saber que, en la mayoría de los homicidios, el principal sospechoso siempre era la persona más cercana a la víctima, así que tomó nota de los miembros de la familia de la difunta: una hermanastra más joven que ella cuyo Alzheimer había hecho que la internasen hacía ya tres años; un hijo, Benjamín, que se había convertido en un exitoso hombre de negocios en Sudáfrica, donde vivía con su mujer y sus hijos; una hija, Clarissa, a quien uno de los artículos se refería brevemente como «la solterona directora ejecutiva de una marca de moda en bancarrota».

El periódico también le dijo a Lacey que la hacienda y la mansión Penrose había sido en una ocasión propiedad de la aristocracia, y había ido pasando a lo largo de los generaciones siguiendo a los herederos masculinos a través de los primogénitos. Así que, según dedujo, sería su hijo el que heredase la hacienda. Quizás cogiese un avión para estar presente y encargarse del testamento. ¡Quizás estuviese en aquel momento en la casa!

Lacey se puso en pie de un salto, haciendo que la silla rechinase sobre los azulejos de la cocina.

—Venga, Chester, es hora de resolver un crimen.

Su fiel compañero trotó junto a ella cuando salió de Cottage Crag, tomando la precaución de cerrar la puerta con la llave tipo Rapunzel, llena de paranoia tras las amenazas recibidas el día anterior, antes de dirigirse hacia su coche.

Por un lado, sabía lo sospechoso que resultaría que volviese a la escena del crimen, pero por la otra sabía que iba a tener que correr riesgos si quería tener la más mínima oportunidad de limpiar su nombre. Así que decidió que aquello sería exactamente lo que iba a hacer.

Al llegar a la hacienda Penrose pudo distinguir los restos de una cinta policial atada al tronco de un árbol, aleteando al viento como la única prueba del horrible crimen que se había cometido entre las paredes de aquella casa.

El corazón empezó a martillearle contra las costillas cuando marchó hacia la puerta para llamar. Su corazonada de que habría alguien en casa resultó ser correcta; la puerta se abrió y al otro lado apareció un hombre con el rostro marcado por la pena. Aparentaba unos cincuenta años; estaba claro que tenía edad suficiente como para ser el hijo de Iris.

—Disculpe que le moleste —dijo Lacey—. Soy Lacey Doyle. Estaba…

—Ya sé quién eres —espetó el hombre.

Lacey se fijó en su acento. Era de la zona, ni sudafricano ni afectado como el de Iris. Aquél no era el hijo de Iris Archer, sino alguien completamente distinto. Alguien que no formaba parte de la familia.

—La policía me lo ha contado —siguió diciendo el hombre con el mismo tono brusco y enfadado—. Ibas a venir para tasar sus antigüedades. ¡De no haber estado fuera para conseguir su medicación, nunca habrías tenido la oportunidad de hacerle daño!

—No le hice nada —negó Lacey—. Y no me llevé ni una sola de sus antigüedades. Están todas ahí dentro. Sería una ladrona bastante mala si matase a la dueña y después no me llevase nada en absoluto, ¿no cree?

El hombre hizo una pausa.

—¿Quién eres? —preguntó Lacey—. No eres su hijo.

El hombre negó con la cabeza.

—No de sangre, cierto, pero la he cuidado más de lo que jamás lo hicieron ninguno de sus horribles hijos. Soy Nigel, su asistente. *Era* su asistente, debería decir. Teníamos muy buena relación. Vivo aquí. —Nigel empezó a llorar—. ¡Y ahora no sé qué va a pasar! ¡Me ha dejado la responsabilidad de resolver el patrimonio y no tengo ni la más mínima idea de cómo hacer algo parecido!

Aquello le pareció de lo más curioso a Lacey. Iris tenía descendencia, y un hijo que debería heredar automáticamente la hacienda.

—¿Acaso no están encargándose de eso sus hijos? ¿Acaso no lo recibirán todo en el testamento?

Nigel hizo una pausa, mirando fijamente a Lacey. Hizo el gesto de ir a cerrar la puerta.

—¿Qué hago hablando *contigo*? —dijo, como si estuviese pensando en voz alta—. ¡Eres la principal sospechosa de la policía!

—Ya te he dicho que no le hice daño. Y, a juzgar por lo que me has dicho, tú fuiste el último en verla viva. Así que dentro de poco también pasarás a ser sospechoso incluso si la policía no te ha dicho nada al respecto.

—Tengo coartada —contestó Nigel con arrogancia—. Que es más de lo que puedes decir tú. Y ahora largo de mi porche. ¡Fuera, vete!

Y le cerró la puerta en la cara con un portazo.

Lacey dio un paso atrás.

Nigel el asistente desde luego resultaba sospechoso. Hacía recados para Iris como, por ejemplo, irle a buscar la medicación, pero había sido Iris la que había ido a verla en persona. Quizás no se fiaba de Nigel cuando se trataba de sus antigüedades. ¿Era posible que la hubiese matado a al enterarse de que tenía una cita para que fuese otra persona la que descubriese el cuerpo?

Fuese lo que fuese lo que estaba pasando, a Lacey todo aquello le parecía la mar de raro, y estaba decidida a llegar al fondo del asunto. Por su reputación. Por la tienda. Y por Iris.

CAPÍTULO QUINCE

Lacey entró en su coche y sacó el móvil. Encontró la pequeña tarjeta de visita que le había dado la detective Beth Lewis durante el interrogatorio y marcó el número que figuraba en ella. Quería saber cómo andaba la investigación; si Taryn se estaba dedicando a esparcir rumores maliciosas y sin fundamento sobre su papel en el asesinato, entonces tenía derecho a saber qué estaba haciendo la policía al respecto.

Pero, mientras oía cómo iban sonando los tonos por el altavoz, comprendió que no lograría sonsacarles nada. La policía también sospechaba de ella; el policía de paisano que había visto el día anterior frente a su tienda era la única prueba que necesitaba al respecto.

Lacey se dejó llevar por la emoción del momento y decidió que la única manera en la que conseguiría obtener información de la policía sería fingiendo que era alguien emparentado con Iris Archer. Tomó en medio segundo la decisión de hacer ver que era la hija e imitar lo mejor que pudiese el acento británico.

La llamada se conectó.

—Hola —dijo Lacey, pronunciando la o de manera gutural—. Llamó para hablar con el superintendente Turner en relación a Iris Archer, de la hacienda Penrose.

—¿Quién llama?

—Su hija. —Lacey hizo una pausa, rompiéndose la cabeza en un intento de recordar el nombre que había visto durante su investigación—. Clarissa —espetó en cuanto le vino a la mente. Pero no lograba recordar el apellido.

Por suerte, parecía que la recepcionista no necesitaba un nombre completo.

—La transfiero —dijo.

Se hizo una pausa. Lacey podía sentir cómo le palpitaba el corazón mientras esperaba a que le pasaran al superintendente Turner. Quizás hubiese logrado engañar a la recepcionista, pero engañar a un detective de la policía sería otro cantar. Después de todo, estaban entrenados para detectar mentiras, incluso si se contaban al otro lado del teléfono.

—Superintendente Turner —dijo una voz ronca familiar al otro lado de la línea, dándole a Lacey una imagen mental instantánea del hombre que tan maleducado había sido con ella aquella horrible mañana de hacia tan solo unos días.

—Hola, soy Clarissa, la hija de Iris Archer. Quería saber cuál es el estado del caso de mi madre.

Se produjo un largo silencio.

—¿Y eres Clarissa Archer? —dijo al fin el superintendente.

«Archer», pensó Lacey, recordando ahora que los periódicos habían descrito a la mujer como soltera.

—Correcto —dijo en voz alta.

Volvió a haber otro silencio aterradoramente largo. El superintendente Turner parecía tenerles mucho cariño, pensó Lacey.

—¿En serio? —pronunció por fin, alargando las palabras con lentitud.

Ups. La había pillado.

—Sí. —Intentó seguir adelante con su triste intento de acento británico pijo.

Chester, sentado junto a ella, le dirigió una mirada de desprecio. Ni siquiera él se lo creía.

—Dejémonos de juegos —dijo el superintendente Turner contra su oreja—. Creo que eres Lacey Doyle poniendo acento inglés. Un acento inglés *muy malo*, ya puestos.

Maldición. La había descubierto.

—No entiendo a qué se refiere —continuó, haciendo una mueca al oír cómo su voz se volvía diez octavas más aguda respecto al principio—. Soy Clarissa Archer. La hija de Iris Archer.

—No, no lo eres —espetó el superintendente Turner. Estaba claro que se le había acabado la paciencia—. ¡Sé que no eres Clarissa Archer porque ahora mismo está aquí en la comisaría!

Lacey soltó un jadeo. ¿Clarissa estaba allí? Si pudiese hablar con ella, quizás lograría hacerse con algo de información útil sobre el caso.

—Quiero decir… —empezó a decir el superintendente en un claro de intento de rectificar el desliz de información confidencial que acababa de tener durante su momento de frustración.

Pero ya no podía echarse atrás en sus palabras. Había dicho lo que había dicho.

Lacey colgó y alzó el puño en el aire en un gesto de victoria.

—Venga, Chester, vayamos a hablar con la querida hija.

Y, tras aquello, encendió el motor del coche y se puso en marcha.

*

Aparcó antes de girar la esquina de la comisaría. El montón de óxido color champán que tenía de coche no pasaba precisamente desapercibido, así que lo mejor sería mantenerse fuera de la vista.

—Chester, puedes venir conmigo —le dijo al perro—. Pero tienes que guardar un silencio absoluto, ¿de acuerdo?

Chester levantó la cabeza y la miró con aquellos ojos tan inteligentes. Realmente parecía como si comprendiese su orden y, puesto que no lloriqueó como solía hacerlo cuando Lacey le hablaba, ésta supuso que eso debía significar que había comprendido todo lo que le había dicho.

Giraron juntos la esquina. Era un día nublado y lo bastante oscuro como para que las farolas automáticas se encendiesen. Cada vez que Lacey pasaba bajo una de ellas, sentía como si la estuviese iluminando un foco.

La comisaría tenía un aspecto elegante con la brillante luz amarilla que emanaba de la gran fachada de cristal e iluminaba las escaleras de pizarra que llevaban hasta la puerta. Lacey y Chester se quedaron justo en los límites de la luz para no ser visibles tan fácilmente y observaron en silencio, conteniendo el aliento.

No pasó mucho tiempo hasta que la puesta de cristal se abrió y una mujer salió de la comisaria, bajando los escalones al trote y con un pañuelo contra los ojos. Iba vestida de un modo bastante glamuroso, y Lacey recordó que en una ocasión había manejado (y hundido por completo) su propia marca de ropa.

—Debe de ser ella —le susurró a Chester—. Clarissa. Venga, veamos que trama.

Chester le dirigió una mirada silenciosa de comprensión y siguió a Lacey cuando ésta echó a andar tras la mujer.

El trío avanzó por la calle, con Lacey y Chester permaneciendo en todo momento cerca de la protección de los setos descuidados que delimitaban la acera y con la hija de Iris rebuscando en el bolso en busca de algo. Lacey oyó el tintineo de unas llaves y dedujo que la mujer debía de estar dirigiéndose hacia el único coche que había aparcado en la calzada.

—Deprisa —le dijo a Chester—. Será mejor que hablemos con ella antes de que se vaya.

Era muy consciente de que el hecho de acercarse a hablar con una mujer sola en mitad de una calle vacía quedaba muy lejos de ser educado pero, considerando que su reputación estaba en juego, no le quedaba más remedio que hacerlo. Esperaba que Clarissa Archer no llevase espray de pimienta encima.

—Disculpe —dijo, esperando que un saludo exageradamente formal aliviase cualquier miedo que su repentina presencia pudiese provocar en la mujer.

Clarissa se dio la vuelta, sobresaltada.

—¿Qué? ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

No parecía estar buscando el espray de pimienta en el bolso, así que Lacey se relajó y avanzó otro paso. Clarissa tenía los ojos de su madre, castaño oscuro y llenos de inteligencia, pero, a diferencia de la amabilidad que Lacey había visto en la mirada de Iris, la de su hija estaba llena de desconfianza.

—Lo siento, no pretendía asustarte —empezó a decir—. Me llamo Lacey Doyle. Soy vendedora de antigüedades y tenía una reunión con tu madre…

—El día que murió —la interrumpió Clarisa. Después añadió con todo frío—: Sé quién eres. ¿Qué quieres?

—Quería preguntarte por Nigel —dijo Lacey—. El asistente de tu madre. ¿Lo conoces bien?

Clarissa negó con la cabeza.

—No, pero madre lo adoraba. Nunca dejaba de hablar de él. —Se secó los ojos con el pañuelo—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Me ha dicho que es el encargado de resolver el patrimonio —explicó Lacey—. Que tu madre se lo ha dejado en su testamento. Pero creía que había toda clase de leyes relacionadas con las haciendas que

> dicen que deben permanecer dentro de la familia y que las hereda el primogénito masculino.

Clarissa suspiró con fuerza, como si creyese que Lacey era una idiota.

—Al igual que la mayoría de las haciendas inglesas, esa ley se desestimó hará unos cien años en la mansión Penrose. Mi madre la heredó de su padre, después de todo, y no es el primogénito masculino, ¿verdad?

Su actitud condescendiente hizo que Lacey se irritase; le recordaba al modo en que Saskia le hablaba como si fuera una cría. Recurrió a todos sus años de experiencia manejando a Saskia para seguir siendo cordial frente a aquella mujer tan maleducada. Lo importante era que Clarissa siguiese hablando, incluso si ésta no podía evitar burlarse de una yanqui ignorante.

—Así que, sí, antes de mi madre la hacienda era heredada por los descendientes masculinos, pero eso ha cambiado y tiene la libertad de dejársela a quien le plazca. —Le dio énfasis a sus palabras con varias gesticulaciones, haciendo destellar los diversos anillos que llevaba en los dedos y repiquetear las pulseras que le rodeaban ambas muñecas—. Si hubiese querido, podría habérselo dejado todo a su gato Albert.

Lacey interiorizó todo lo que había oído.

—¿Así que, si no hubiese habido un cambio en la ley, tu madre no habría heredado la hacienda para empezar?

—¡Dios mío, pero si hasta tienes cerebro! —replicó Clarissa con prepotencia—. Mi madre era la mayor de dos hermanas. Su hermana tuvo la primera en tener a un niño, así que, si las antiguas leyes hubiesen seguido vigentes, habría sido él quien hubiese heredado la mansión.

—¿Y ese hijo es tu primo? —intentó aclarar Lacey—. ¿El hijo de tu tía, la que sufre Alzheimer?

Los ojos castaños de la mujer se entrecerraron, volviéndose todavía más fríos que antes.

—Pareces saber mucho sobre mi familia.

—Sólo lo que han publicado en los periódicos.

Clarissa resopló con desdén.

—¡Sí, y todos sabemos lo mucho que se puede confiar en lo que se lee en el periódico!

Su sarcasmo resultaba más que evidente. Estaba claro que el que se refiriesen a ella como «la solterona directora ejecutiva de una marca de moda en bancarrota» le había hecho enfadar.

Clarissa se cruzó de brazos, haciendo repiquetear las pulseras.

—¿Y por qué estás tan interesada en lo que tenga que decir el periódico de mi familia?

A Lacey no le pareció que fuese buena idea revelar que era una de las sospechosas.

—Tu madre conocía a mi padre. No lo he visto desde que tenía siete años. Creía que quizás pudiese ayudarme a dar respuesta a algunas preguntas sobre él.

Clarissa arqueó una única ceja, claramente para nada emocionada por la historia de Lacey.

—Bueno, pues me temo que ya no se puede hacer nada al respecto. En cuanto enterremos a madre, volveré a Londres para dejar toda esta porquería muy atrás. Y ahora, si me disculpas.

Abrió la puerta del coche, se sentó tras el volante y le cerró la puerta a Lacey en la cara con brusquedad.

Lacey se subió de un salto a la acera cuando el coche cobró vida y Clarissa se alejó a toda velocidad en dirección a la oscuridad, haciendo que las luces de freno se convirtiesen en cuestión de segundos en dos puntitos

rojos flotantes a medida que el coche era engullido por la niebla proveniente del océano.

Lacey se estremeció bajo las nubes cada vez más oscuras. La irritación de Clarissa había sido muy clara, pero le había dado la impresión de que había algo más provocándola aparte de las preguntas incesantes de una desconocida cotilla. Desde luego parecía que en la familia Archer existía una dinámica de lo más extraña, una dinámica que sospechaba que tenía algo que ver con la historia de la hacienda Penrose, de la persona que la había heredado, del momento en que lo había hecho y de manos de quién. Clarissa Archer pareció estar amargada por algo, y Lacey pensaba descubrir de qué se trataba.

CAPÍTULO DIECISÉIS

La niebla se había espesado considerablemente mientras Lacey conducía en dirección a *Cottage Crag*; los faros a duras penas lograban iluminar las piedras y los arbustos que había a ambos lados de la estrecha carretera del acantilado.

«Supongo que debe de ser el clásico clima primaveral inglés», pensó con una sonrisita.

Giró para entrar en el camino de entrada de su casa, haciendo que los guijarros crujieran bajo los neumáticos y que la luz del coche captase algo... una silueta con una forma distintivamente humana.

A Lacey se le aceleró el corazón. ¿Acaso había una figura formada por sombras agazapada en su jardín?

Miró a través del parabrisas, entrecerrando los ojos, pero la niebla era demasiado densa como para que su mirada pudiese abrirse paso.

Miró a Chester, que iba en el asiento del copiloto, y éste gimoteó. Su protector y perro guardián era listo como el demonio; si no estaba ladrando, debía significar que no había peligro. Aquella figura insinuada no debía de haber sido más que fruto de su imaginación llena de ansiedad, un fantasma nacido del estrés.

Lacey salió del coche.

—¡Ajá! —exclamó un voz.

Lacey se dio la vuelta bruscamente, sobresaltada. Había una persona emergiendo de la niebla como si fuese una aparición. Las piernas empezaron a temblarle.

Al menos hasta que Lacey logró distinguir el rostro de aquella persona. Una mandíbula marcada, Unos ojos preciosos.

—¿Tom? —exclamó, sintiendo cómo el terror le abandonaba el cuerpo en una enorme oleada—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no estás en tu tienda?

—Paul se ha ocupado de cubrir mi turno para que pudiese salir antes y prepararte algo especial de cena —comentó Tom como si tal cosa, claramente sin percatase de lo mucho que la había asustado—. Me he pasado por tu tienda para preguntarte si comes pescado y me he encontrado a Gina, quien me ha dicho que te habías tomado el día libre. Así que me he imaginado que, si estabas en casa, bien podía venir directamente… —sostuvo en alto su fiel cesta de mimbre—… y cocinar aquí.

El plan que Tom había formulado el día anterior se hizo presente de golpe en la mente de Lacey. Había estado tan concentrada en su trabajo de detective que se había olvidado por completo de su cita. O de su no cita. O de lo que fuese.

Se apresuró a rebuscar en el bolso en busca de la llave tipo Rapunzel, sintiéndose fatal por haberse olvidado de él.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó, tanteando con dedos nerviosos el interior del bolso, demasiado lleno de toda clase de cosas.

—En realidad no —contestó Tom, encogiéndose de hombros sin darle importancia—. Alrededor de una media hora, cinco minutos arriba o abajo. Bueno, ponle diez minutos arriba o abajo.

—¿Llevas esperando *cuarenta* minutos? —exclamó Lacey, sacando la mano todavía vacía del bolso y levantando los ojos de manera automática hacia las nubes grises.

—¡Hacía buen día cuando he llegado! —se justificó Tom. Seguramente sabía lo ansioso que le hacía parecer el haberse pasado los últimos cuarenta minutos esperando en aquel clima lleno de niebla—. Simplemente me he

sentado en el acantilado y me he puesto a leer un libro. Además, tenía mucha compañía.

Hizo un gesto hacia su derecha, donde Lacey logró distinguir a un grupo de las ovejas de Gina que se habían abierto paso en su jardín delantero a base de comerse las plantas.

—Son de Gina —comentó, volviendo a meter la mano en el bolso en un intento todavía más frenético de encontrar aquella maldita llave.

—¿Gina, la de la tienda? —preguntó Tom.

—Sí, la misma. Es mi vecina. Sus ovejas suelen venir a cenar.

—Servicio de jardinería gratuito —bromeó Tom—. Quizás debería hacerme también con algunas.

Lacey por fin dio con la llave; había acabado justo en el fondo del bolso, por supuesto. La metió en la cerradura de la puerta de la casa y abrió ésta de par en par.

—Venga, entremos antes de que empiece a llover —dijo.

Chester fue el primero en entrar, abriéndose paso a la fuerza, y Lacey se preguntó por qué no había ladrado cuando Tom había aparecido entre la niebla. Estaba claro que a aquel perro se le daba muy bien juzgar a la gente y que había notado que Tom era un amigo antes incluso de poder verlo bien. Seguramente lo hubiese reconocido por el olor.

Tom cruzó la puerta, entrando en *Cottage Crag*, y Lacey le tiró del brazo para que se adentrase en el pasillo en dirección a la cocina casi en un intento de recuperar el tiempo perdido. La cesta de mimbre se balanceó entre ellos.

—Dime que no hay una tetera ahí dentro —le pidió, recordando el hilarante momento en que Tom había sacado una de la cesta durante un almuerzo. Si se había traído también una tetera, el té ya debía de haberse quedado frío.

Tom se echó a reír.

—No. Sólo los ingredientes para preparar coulibiac de salmón.

Entraron en la cocina y Tom soltó un silbido, mirando a su alrededor. Los ojos casi se le salieron de las órbitas al distinguir el fogón Arga original.

—¿Coulibiac de salmón? —preguntó Lacey, dejando el bolso en una de las sillas—. Nunca lo había oído.

—Es un plato ruso —explicó Tom. Dejó la cesta sobre la encimera—. Se trata de salmón especiado envuelto en hojaldre. —Se giró hacia Lacey—. ¿Comes pescado?

—Sí. Me encanta.

Lacey se acercó al armario donde guardaba el vino; se moría de ganas de beberse un vaso. Había tenido un día especialmente difícil, y la repentina aparición de Tom la había puesto nerviosa. No se había preparado mentalmente para verlo. ¿Cuándo era la última vez que se había retocado el maquillaje? Escondió la car dentro del armario.

—¿Qué vino iría bien con el plato? —inquirió en voz alta.

—Un Viongnier o un Rioja blanco irían perfectos —oyó que decía Tom—. Y, si no tienes, un Pinot Grigio también servirá.

—Pinot Grigio entonces —dijo Lacey, algo avergonzada por lo poco sofisticada que era su colección de vino.

Sacó la botella en cuestión del botellero y la metió en la nevera para que se enfriase; tenía el conocimiento suficiente como para saber que se suponía que el vino blanco debía servirse como mínimo un poco frío.

Tom ya había empezado a dejar los ingredientes que había traído en la cesta sobre la encimera, y entre ellos se encontraba una enorme bola de masa de hojaldre preparada presumiblemente aquel mismo día en la pastelería y envuelta en un paño de muselina como si se tratase de una

gema preciosa. Después sacó un filete gigantesco de salmón que logró que a Lacey se le llenase la boca de saliva con solo verlo. Ésta se percató de que había estado tan concentrada en el misterio del asesinato que se había olvidado de comer algo aparte de la barrita de cereales y, antes de eso, lo más cerca que había estado de «comer un plato decente» había sido durante la cena de anoche con el pastel de carne de Gina. Aunque aquella cena no habría podido considerarse jamás como «decente»; a pesar de lo genial que era Gina en general, resultaba que era una cocinera nefasta.

Lacey ocupó uno de los taburetes de la isleta de la cocina y observó cómo Tom investigaba los armarios en busca de las ollas y sartenes adecuados, considerándolos uno a uno antes de darles la vuelta y golpear con los nudillos la parte inferior. En cuanto tuvo todo lo que iba a necesitar preparado, se puso manos a la obra con el coulibiac de salmón.

Lacey apoyó la barbilla sobre el puño.

—¿Y dónde has aprendido a cocinar *coolifiac* ruso? —preguntó.

Tom se rió por lo bajo ante lo malo que lo había pronunciado.

—Coulibiac —la corrigió—. Y aprendí en Moscú.

Lacey se quedó con la boca abierta.

—¡Venga ya! ¿Has estado en *Rusia*?

—He estado en muchos países distintos —repuso Tom—. Si quieres aprender a cocinar un plato como es debido, lo mejor que puedes hacer es visitar su país de origen. Puedo preparar un curry espectacular gracias a la semana de entrenamiento que pasé en Deli, y pollo jerk para chuparse los dedos gracias a Jamaica. Pero supongo que ya habrás adivinado que, como pastelero, donde he pasado más tiempo formándome ha sido en Austria y Francia.

—Y de ahí esos macaron tan famosos —dijo Lacey con voz casi soñadora.

La experiencia vital de Tom la había dejado asombrada, especialmente considerando que ella casi nunca había salido de los Estados Unidos y que, incluso cuando lo había hecho, había sido principalmente por viajes de trabajo que habían conllevado que fuese directa del aeropuerto a la casa de subastas, a la sala de exposición o a una conferencia sin la más mínima oportunidad de disfrutar de ningún aspecto cultural.

—Precisamente. De postre tendremos kouign amann, originaria de Bretaña.

Tom pronunció el nombre de la región francesa con un acento perfecto que hizo que a Lacey le fallasen las piernas.

—Nunca había oído hablar de eso —dijo—. Me refiero del *coin-amal*, no de Bretaña. Sí que he oído hablar de Bretaña.

Pero únicamente porque Francia era el país en que el David y ella habían pasado la luna de miel, se recordó a sí misma.

Aun así, no notaba aquella sensación de intimidación que solía embargarla cuando trataba con gente con más experiencia que ella. Las fiestas de trabajo anuales a las que David solía arrastrarla siempre le resultaban mortificantes; se trataban conversaciones que no comprendía, el jefe de David estaba obsesionado con que Lacey era una simple «auxiliar de tapicería», y alguien siempre acababa preguntándole si su vestido era de un diseñador del que Lacey nunca había oído hablar, obligándola a revelar que en realidad lo había comprado en unos grandes almacenes. Hablar con Tom resultaba un soplo de aire fresco. Incluso si había hecho más cosas que ella y había visto más mundo, no lo usaba para burlarse. No hablaba de manera arrogante. Ni siquiera había la más mínima señal de que lo estuviese usando para hacer lucir su personalidad. Todo aquello hizo que Lacey se sintiera capaz de bajar la guardia de una manera que no acostumbraba a hacer.

—El kouign amann es básicamente un cruasán —contestó Tom, riéndose—. La gran diferencia es que se dobla como un cuadrado de origami y se hornea poco a poco para que todas las capas suban a la perfección.

Su pasión por la cocina se le reflejaba a los ojos, y Lacey sonrió.

—Me muero de ganas de probarlo —dijo, teniendo la vaga sensación de estar adentrándose en un sueño.

Tom hasta había traído todas las especias necesarias, y Lacey lo miró mientras echaba cardamomo, clavo y chile en la sartén. Lo hacía todo con los mismos gestos teatrales que usaba cuando decoraba las tartas o preparaba té cremoso y bollitos. Lacey adoraba observarlo. Cuando ella cocinaba, algo que no era muy frecuente, siempre intentaba ir lo más rápido posible, pero Tom cuidaba todos y cada uno de los pasos necesarios, desde filetear el pescado hasta el modo en que colocó con suavidad el hojaldre en el plato.

—Oh, el vino seguramente ya esté frío —dijo Lacey, poniéndose en pie de un salto y sacándolo de la nevera.

Sirvió una copa para cada uno.

—Salud —dijo Tom, alzando su copa en su dirección. Lacey brindó con él, recordando la broma que había hecho Tom con los bollitos cortados en cuartos cuando se habían conocido. Parecía que hubiese pasado toda una vida desde entonces—. Bueno, ¿y a qué has dedicado tu día libre? —preguntó Tom, dejando su copa de vino en la encimera y continuando con la tarea que tenía entre manos—. ¿Algo divertido? ¿O simplemente necesitabas un poco de distancia con los cotillas del pueblo?

Lacey dudó. No estaba segura de si quería contarle a Tom lo que había estado haciendo en realidad. Seguro que parecería un bicho raro si lo hacía. Pero después recordó lo interesado que había parecido en el misterio de los dueños muertos de Chester; quizás también le interesase aquel misterio.

Decidió que se arriesgaría.

—Lo he dedicado a hablar con Clarissa Archer. La hija de Iris.

Tom se detuvo en seco, con el cuchillo pausado en el aire mientras la miraba por encima del hombro.

—¿*En serio*?

Lacey no logró interpretar por completo lo que reflejaban tanto su expresión como su tono de sorpresa. O bien Tom había pensado que estaba completamente loca, o sentía de verdad curiosidad por saber qué había descubierto. Continuó con cautela, asumiendo que la segunda posibilidad era mucho más probable que la primera.

—Al superintendente Turner se le ha escapado que estaba en la comisaría, así que me he acercado para hablar con ella. Espero reunir algo de información que quizás me ayude a limpiar mi nombre.

—¿Estás jugando a ser detective amateur?

Tom dejó el cuchillo y volvió a coger su copa, girándose y apoyando el culo contra la encimera. Aquella postura tan informal le sugirió a Lacey que sí que estaba más bien intrigado, y eso le hizo sentir una oleada de confianza.

—Sí, eso hago. No voy a quedarme de brazos cruzados y a dejar que destrocen mi reputación.

—¡Bien dicho! —exclamó Tom—. Cuéntamelo todo. ¿Qué has averiguado?

Le dedicó a Lacey una sonrisa de ánimo y ésta, aceptando por fin que no la estaba juzgando, decidió abrirse a él por completo.

—He descubierto que Iris le dejó la haciendo a su ayudante en lugar de a sus hijos.

—Oh, sí, recuerdo haber leído un artículo al respecto hace tiempo. Siempre decía que su responsabilidad como madre era darle a sus hijos todas las herramientas necesarias para triunfar en la vida, no servírselo todo en bandeja de plata. —Tom se encogió de hombros—. Me parece un poco prepotente que lo diga una mujer que ha vivido toda su vida de lo que heredó.

—Creo que ésa es precisamente la razón —explicó Lacey—. A Iris no le alegraba haber heredado la hacienda. Su hija ha dicho que fue la primera persona en beneficiarse de un cambio en la ley que estipulaba que los herederos debían ser hombres, y que eso causó una disputa entre su hermana y ella ya que, de no haberse cambiado la ley, el heredero habría sido su sobrino. Supongo que quería evitar que a sus hijos les ocurriese lo mismo.

—Tiene sentido —comentó Tom—. No lo había pensado. ¿Pero dejar la hacienda a su ayudante? Está claro que eso va a levantar ampollas.

—Cuando he hablado con él, me ha dicho que Iris lo trataba como si fuese uno más de la familia. Ha sido raro.

—¿También has hablado con él? —exclamó Tom.

Lacey se percató entonces de que Tom estaba algo más que interesado; estaba fascinado. Y su tono de voz parecía reflejar cierto aire de admiración.

—Así es —contestó. Sintió cómo, por una vez, las mejillas se le enrojecían por el orgullo en lugar de por la vergüenza.

Tom de repente pareció recordar el coulibiac que había dejado sobre la encimera y volvió a darse la vuelta.

—Estoy de lo más impresionado por tu fortaleza, Lacey —dijo mientras metía el plato en el horno de la cocina Arga. Después volvió a coger su copa y se sentó en el taburete opuesto al de Lacey, en la isleta de la cocina—. ¿Crees que la mataron por dinero?

Tom la miró a los ojos con curiosidad y contemplación.

Lacey no estaba acostumbrada a que nadie le prestase tanta atención. David desde luego no lo había hecho, al menos no pasados los primeros meses como recién casados, una vez que se desvaneció la novedad del matrimonio. Con Naomi nunca lograba pronunciar ni una frase sin que su hermana la interrumpiese, y su madre tenía tendencia a los ataques de

nervios cuando se hablaba de cualquier cosa más seria que el clima. Y después estaba Saskia, por supuesto, que podía pasarse un día entero ladrándole órdenes sin pararse a mirarla a los ojos ni un instante. Los años que había pasado interactuando con ellos debían de haberle hecho absorber sin darse cuenta la creencia de que nada de lo que decía valía la pena, así que el hecho de tener ahora a alguien mirándola fijamente a los ojos, y además a alguien *tan guapo*… Bueno, hacía que experimentase toda una serie de sensaciones nuevas.

Tamborileó con los dedos sobre la encimera.

—Quiero decir, sería la explicación más evidente. Pero su ayudante parecía afectado de verdad; tendría que ser muy buen actor para fingir todo ese dolor.

—¿Entonces ha sido uno de los hijos? —sugirió Tom.

Lacey sacudió la cabeza.

—Tú mismo has dicho que todo el mundo sabía que Iris no pensaba dejarles nada en el testamento, así que no saldrían ganando nada de su muerte.

—Pero puede que tuviese un buen seguro de vida. ¿Un mujer tan rica como ella?

—Puede —dijo Lacey, considerando sus palabras.

—O quizás alguien estuviese intentando hacerle cambiar su testamento —añadió Tom—. Es algo que se oye constantemente. Una persona que traba amistad con un anciano con el único objetivo de que les dejen todo el dinero en herencia.

—Eso es horrible —contestó Lacey.

—Hay gente que es horrible —dijo Tom.

Lacey reflexionó sobre lo que Tom acababa de decir. ¿Era posible que alguien hubiese ido aquella mañana a casa de Iris para hacerle cambiar su

testamento? ¿O para robarle? Quizás Lacey los hubiese interrumpido en pleno robo. Tenían que haber más factores en aquella historia.

Ya agotadas todas las teorías, Tom sacó el coulibiac de salmón especiado de la cocina Arga, metiendo en el horno el postre para que se hiciera mientras ellos comían, y lo dejó en la mesa frente a ambos.

Toda conversación sobre Iris Archer se dejó de lado mientras Lacey atacaba el pescado envuelto en hojaldre y arroz y especiado con cardamomo, clavo y chile. Estaba divino. El salmón estaba hecho a la perfección, y su sutil sabor combinada a la perfección con aquella combinación tan poco habitual de especias. El hojaldre tenía una riqueza parecida, con un toque a mantequilla que también tenían sus bollitos pero en versión salada. Todo el plato quedaba redondeado con la cantidad perfecta de un chile que hacía a Lacey le cosquillease la boca pero no que le llorasen los ojos ni le gotease la nariz.

Una vez consumido el plato principal, Tom sacó el kouign amann de la cocina Arga y presentó las humeantes raciones individuales de aquella excelencia sobre la mesa. El hojaldre había subido, formando varias capas, y Lacey notó cómo se estremecían sus papilas gustativas de pura anticipación. Hasta Chester había levantado la cabeza al notar el olor.

—Tienen una pinta genial —dijo Lacey.

Cogió uno de ellos y tomó un bocado, notando cómo las capas de hojaldre crujían al morder.

El sabor del azúcar caramelizado le inundó la boca y Lacey supo al instante que no era la primera vez que probaba aquel postre. Se vio sacudida por un recuerdo; esta vez no se trataba de su padre, sino de algo mucho más reciente en su vida. De su luna de miel con David hacía catorce años. Habían pasado dos semanas en Francia durante una gloriosa ola de calor durante la cual ni una sola nube había cruzado el cielo inmaculado. Debían de haber probado aquel plato en algún momento de aquellos maravillosos catorce días de recién casados.

De repente se vio superada por la emoción.

—¿Estás bien? —preguntó Tom, preocupado.

Lacey dejó la pasta en el plato, sintiéndose como una tonta.

—Lo siento, es que me ha venido un recuerdo a la cabeza. De mi… —Hizo una pausa, sin saber si quería sacar el tema de su ex con la persona por la que sentía interés. Pero se trataba de *Tom*, de la persona que parecía interesado en todo lo que decía. Tom no era capaz de juzgar a nadie en lo más mínimo—. De mi exmarido —dijo al fin.

Tom asintió lentamente con la cabeza, dando un sorbo a su copa de vino como para ganar algo de tiempo.

—Ya estaba preguntándome cómo podías estar soltera.

Lacey se sonrojó y se encogió de hombro.

—Pues ya lo sabes.

—Bueno. Yo también estoy divorciado.

—¿Cuándo te divorciaste? —preguntó Lacey—. Si no te importa que te lo pregunte.

—En absoluto. Fue el año pasado. ¿Y tú?

Lacey contó mentalmente.

—Hace dos semanas.

Tom estuvo a punto de escupir el vino.

—¿Dos *semanas*? ¿Cómo eres capaz de funcionar? Yo fui poco más que un fantasma durante el primer mes.

—Quizás porque separarme de David era justo lo que necesitaba hacer, incluso si no me había dado cuenta.

Lacey se quedó asombrada ante la seguridad con la que acababa de decir aquello. Había creído desde el principio que el divorcio era algo por lo que le estaban obligando a pasar y que aquel viaje a Inglaterra no era más que un intento de aprovechar al máximo una mala situación, pero ahora se percataba de que el divorcio en realidad había sido una bendición. Si no la hubiesen forzado a ello, nunca se habría ido al extranjero, ¡y mira qué vida había logrado forjarse ya!

Así que Naomi había tenido razón; no había sido el ultimátum de David lo que había puesto fin a las cosas entre ambos… Resultaba que Lacey sí que había tomado aquella decisión.

Tom alzó su copa hacia ella.

—Amén. Brindemos por eso.

Lacey chocó su copa contra la de él y sonrió, ya sin percibir los sentimientos que aquel recuerdo intrusivo de su luna de miel había despertado en ella. En aquel momento se sentía como si no hubiese nada en el mundo a lo que no pudiese hacer frente.

Incluso si se trataba del misterio de un asesinato en el centro del cual se había encontrado de repente.

CAPÍTULO DIECISIETE

Lacey decidió ir caminando a trabajar a la mañana siguiente, tomando el camino de la playa que había descubierto en su primer día en *Cottage Crag*. Necesitaba aclararse la mente, y un largo paseo con Chester era la manera perfecta de hacerlo.

Puesto que el camino la llevaba en una dirección distinta de lo que lo hacía la ruta que seguía cuando iba en coche, aquella mañana pasó por delante de la cafetería donde se había tomado su primer café americano y decidió comprar uno, dejándose llevar por la nostalgia.

Tras el mostrador estaba la misma camarera que la había atendido aquel primer día. Lacey le dirigió una sonrisa amistosa al unirse a la breve cola que había. La mujer entrecerró los ojos.

«No debe de acordarse de mí», razonó Lacey.

Pero, cuando le llegó el turno de pedir, se quedó de piedra al oír las palabras que salieron de los labios de la mujer.

—¿Qué haces *tú* aquí?

Lo dijo con tanta hostilidad que Lacey no supo cómo reaccionar.

—Sólo quería un café —musitó.

La mujer negó con la cabeza.

—No pienso servirte.

—Perdona, ¿qué? —tartamudeó Lacey, completamente sobrecogida.

—He oído lo que has hecho —añadió la mujer, bajando la voz hasta hablar en un siseo—. Mataste a Iris Archer. —Después su mirada se posó sobre Chester—. ¡*Y además* has robado el perro de la tienda de jardinería y hogar!

Lacey se había quedado helada ante lo que había oído y ante de lo que la habían acusado, pero en aquel momento corregir a la mujer y explicarle que los dueños de Chester habían muerto parecía una idea horrible. ¡Seguro que encontraba la forma de echarle también la culpa!

—Ya no eres bienvenida aquí —finalizó la mujer—. Así que largo.

Lacey salió de la tienda trastabillando y con el corazón yéndole a cien por hora. Era horrible. ¿Cómo podía aquella gente acusarla en serio de un crimen tan espantoso? Era terrible.

Se escabulló de la tienda, deprimida y seguida por Chester, y se apresuró en cruzar la calle adoquinada en dirección a la seguridad de su tienda mientras sentía como si todos la estuviesen mirando.

Para cuando llegó al local, el corazón le latía de manera salvaje. Entró y cerró la puerta con firmeza a su espalda.

Una vez en su interior empezó a sentirse algo más tranquila, pero no tenía prisa alguna en levantar la persiana ni en darle la vuelta al cartel de cerrado para que mostrase la palabra abierto. Así que, en lugar de eso, se asomó a uno de los huecos de la persiana metálica, comprobando la calle para ver si el superintendente Turner había enviado a más agentes vestidos de paisano a vigilarla. No logró ver nada sospechoso.

Ya con el ritmo cardíaco normalizado una vez más, Lacey decidió que era hora de abrir la tienda por completo, así que levantó la persiana y mantuvo la puerta abierta con un pisapapeles bastante pesado. Chester, claramente satisfecho de que las cosas estuviesen yendo como siempre, ocupó su lugar junto al mostrador.

Lacey se quedó junto a la puerta, mirando la calle. Los turistas matutinos se paseaban por la zona, al igual que mucha gente del pueblo. Muchos de

ellos parecían no dejar de girar la cabeza y susurrarse los unos a los otros cuando pasaban junto a su tienda.

La pastelería de Tom, al otro lado de la calle, estaba tan llena de clientes como de costumbre, y en la tienda de Taryn entraban una cantidad habitual de personas. El único local que estaba siendo ignorado era el de Lacey.

Ésta comprendió, en una oleada horrible y apabullante, lo dañinos que estaban siendo todos aquellos rumores para su negocio. Ya no se trataba únicamente de Taryn susurrándole cosas a un puñado de gente en *The Coach House*, sino todo un pueblo que ya no confiaba en la mujer extranjera. ¡La gente creía de verdad que era una asesina! ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que sacaran las horcas y la obligasen a marcharse corriendo? Iba a tener que poner más esfuerzo en su investigación si quería que existiese la más mínima posibilidad no sólo de mantener el negocio a flote, sino quizás incluso de evitar que le prendiesen fuego a la tienda.

Empezaba a sentir cómo el pánico resonaba dentro de su cuerpo cuando oyó sonar el móvil. Lo sacó del bolsillo y distinguió un número desconocido en la pantalla.

El hecho de no reconocer a quien fuera que le estaba llamando avivó todavía más el pánico. ¿Se trataba de la misma persona que había bombardeado el teléfono de la tienda con sus acusaciones de asesinato? ¿Habría logrado hacerse también con su número personal? Lacey ya estaba agitada; lo último que necesitaba es que volviesen a escupirle una acusación en la cara.

Tocó con cautela el icono verde y respondió a la llamada, conteniendo el aliento.

—¿Lacey? —dijo una voz masculina.

El acento le resultaba familiar, pero Lacey no lograba situarlo del todo. ¿Dónde había oído antes aquella voz?

Frunció el ceño y el pánico cedió ante la curiosidad.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Soy Nigel. Nigel King.

Lacey jadeó. ¿El ayudante de Iris? ¿El hombre que en aquel momento ocupaba la tercera posición en su lista de sospechosos? ¿Por qué la estaba llamando?

Pero Nigel se le adelantó antes incluso de que pudiese pronunciar aquella pregunta en voz alta.

—¿Podrías venir a la hacienda? Creo que tenemos que hablar.

*

Lacey no lograba concretar si estaba loca o simplemente desesperada, pero acabó accediendo a reunirse con Nigel aquella misma tarde en la mansión Penrose.

Colgó la llamada y miró a Chester; el perro le dirigió una mirada alerta y contemplativa.

—¿Tú qué opinas, chico? —le preguntó Lacey—. ¿Estoy loca o desesperada?

Chester ladeó la cabeza hacia un lado, arqueó una ceja y gimoteó.

—Yo pensaba justo lo mismo —contestó Lacey.

Una vez llegado el fin de aquel día carente de clientes, Lacey cerró la tienda, recogió el coche en *Cottage Crag* y condujo hasta la hacienda Penrose. Era la tercera vez que visitaba la mansión y, a diferencia del asombro que había inspirado en ella el edificio al verlo por primera vez, ahora el lugar se le antojaba un mal presagio y nada amistoso. Lacey se estremeció.

—Venga, Chester —dijo mientras salía del coche.

El pastor inglés bajó de un salto tras ella y caminó a su lado con una sincronía perfecta a lo largo del camino bordeado de rosales que llevaba a la puerta principal. La última vez que había estado allí, Nigel la había acusado de matar a Iris Archer. Volver parecía un movimiento de lo más estúpido, ¿pero qué otra opción le quedaba cuando toda su vida en Inglaterra estaba en juego?

Lacey cuadró los hombros y levantó el puño para llamar a la puerta. Para su sorpresa, ésta se abrió sola y Lacey trastabilló hacia delante, chocando de lleno contra alguien. Contra Nigel.

—¡Oh! —exclamó.

—Lo siento —dijo Nigel, sujetándola por los codos—. He oído el coche acercándose.

Lacey miró su viejo Volvo por encima del hombro.

—Supongo que el motor hace bastante ruido —concedió, sacudiéndose la ropa.

Nigel se apartó de la puerta y le hizo un gesto para que entrase.

Lacey obedeció, tragando saliva con nerviosismo.

Caminaron juntos hasta una salita.

—Por favor, siéntate —dijo Nigel.

Lacey lo hizo, situándose de manera incómoda en el borde de un elegante sofá. Se sentía completamente fuera de lugar sentándose en los muebles de una mujer muerta para tener una charla con alguien que bien podría ser el asesino.

—¿Por qué me has llamado? —preguntó, yendo directa al grano en un intento de acabar lo antes posible.

—Me he dado cuenta de que lo me dijiste es cierto —le dijo Nigel—. La colección de objetos que Iris quería tasar estaba justo donde la había dejado. Si la mataste en un intento de robarle esa colección tan cara, bueno, debiste de haber hecho fatal, porque no te llevaste nada de nada.

—Gracias —dijo Lacey, sintiéndose aliviada. ¡Al menos por fin había alguien que veía la luz!

—No puedo hacer más que disculparme —continuó Nigel—. Por desconfiar tanto de ti. Supongo que me dejé engañar por todos esos rumores.

Lacey se agitó, inquieta. Después de todo, ella también desconfiaba de Nigel y lo había clasificado como sospechoso.

—¿Podrías echarle un vistazo a la colección? —preguntó Nigel—. Iris quería que los tasaras. En cierto modo, fue su último deseo. Creo que deberíamos cumplirlo.

Aun a pesar de su desconfianza, Lacey sintió una oleada de humildad. Y también de curiosidad.

—Por supuesto.

Nigel la hizo subir por unas escaleras enormes y curvas hasta llegar a una habitación que había en la parte delantera del edificio. Se trataba de un estudio de lo más regio donde había un gran escritorio con una lámpara de banquero en una esquina y una montaña de papeles y cartas encima. También había una amplia estantería llena de libros encuadernados con cuero ojo junto a un arco que seguramente llevase a una zona más privada de la habitación, y bajo las grandes ventanas había un diván con una mesita. Lacey casi pudo ver a Iris allí sentada, leyendo el periódico matutino bajo la luz del día que se filtraba por la ventana.

—Están aquí —dijo Nigel, abriendo uno de los cajones de una cómoda a juego con el escritorio situada tras éste—. Las he guardado todas para tenerlas a salvo, pero esto es todo lo que Iris tenía preparar para enseñarte.

Lacey jadeó cuando el contenido del cajón destelló bajo la luz. Parecía haber *muchas* cosas, y también muchas cosas brillantes.

Nigel empezó a sacar cada uno de los objetos y sus cajas con cuidado, dejándolos en la mesa unos junto a otros. Había relojes, anillos y colgantes… y muchas otras cosas de las que Lacey en realidad no sabía mucho; ella se había especializado en muebles y decoraciones. No tenía ningún conocimiento práctico en cuanto a tasación de joyería se trataba.

—No puedo tasar nada de todo esto —confesó, sintiendo un nudo en el estómago al comprender lo enormemente grande que le quedaba la tarea que le habían puesto delante—. No sé si Iris era consciente, pero yo taso objetos decorativos, no joyería.

—Estoy seguro de que lo sabía —la tranquilizó Nigel—. Pero quería que lo hicieras tú. Insistió mucho en ello. Ni siquiera quería que fuese a verte a tu tienda para hablar contigo; quería ser ella quien lo hiciese. Quería verte con sus propios ojos. Iris creía mucho en los presentimientos, sabes, y confiaba en ti para el trabajo. No quiero ir en contra de su último deseo y buscar a otra persona. Por favor, tienes que ser tú.

Lacey recordó el modo en que Iris se había plantado en su tienda y le había dicho que le recordaba su padre. Notó un nudo en la garganta; aunque no lo entendía, una oleada de determinación la embargó. Lo haría. Por su padre. Por Iris.

—¿Y bien? —preguntó Nigel—. ¿Lo harás?

Lacey asintió con la cabeza.

—Lo haré.

El alivio de Nigel fue claramente visible.

—Pero me llevará un rato —aclaró Lacey, pensando en todos sus contactos de vendedores de antigüedades a los que tendría que molestar—. Voy a tener que hacer muchas llamadas.

—En ese caso, te serviré un tentempié —contestó Nigel, adoptando un humor bastante más animado al instante—. ¿Té? ¿Café? ¿Tarta? ¿O un poco de zumo de manzana recién exprimido del huerto de la hacienda?

—¿Qué tal todo? —preguntó Lacey con una enorme sonrisa—. Como he dicho, esto me llevará su tiempo.

—Tómate todo el que necesites —le dijo Nigel—. Vuelvo enseguida.

Y, tras aquello, salió de la habitación y Lacey se dejó caer en la silla del escritorio, perdiéndose en la más que bienvenida distracción del trabajo.

*

La voz de Percy Johnson, el contacto de Lacey de Mayfair, chasqueó al otro lado del auricular.

—Diez. Puede que incluso quince si lo vendiese la casa de subastas adecuadas. Hablo en miles de libras, por supuesto.

Lacey sujetó con fuerza el teléfono, quedándose con la boca abierta mientras escribía el precio del anillo en la lista de objetos.

Para sorpresa de absolutamente nadie, los objetos de Iris habían resultado ser extremadamente valiosos. Lacey había encontrado, entre los diversos tesoros, relojes de bolsillo suizos con cristal artesanal, algo que alcanzaba las decenas de miles de dólares en las salas de subasta de Nuevas York, algo que incluso alguien sin ninguna formación sabía que era valioso. El asesino no se había llevado nada (la lista numerada con la que Lacey estaba trabajando tenía apuntados todos los elementos de la colección) a pesar de que todo había estado expuesto y a plena vista. Y, puesto que ninguno de los objetos era extremadamente raro y la única manera de identificarlos hubiese sido a través de sus números de serie que podían



borrarse en cualquier tienda de empeños con mala fama, estaba claro que el motivo del asesinato no podía haber sido el dinero. Era de lo más extraño.

—Dime, Lacey —dijo Percy con su habitual manera de hablar casi senil y un acento tan cercano al de un rey británico como Lacey lograba imaginárselo—. ¿Dónde te has encontrado una montaña de tesoros como ésa?

—Es una larga historia —contestó ésta, frotándose el ceño fruncido—. Y una un pelín demasiado complicada como para explicarla ahora mismo.

—Es comprensible —replicó Percy con amabilidad—. Pero, si planeas subastar todo eso, estaré más que interesado en comprar varias de las piezas. ¡Algunas de ellas son ventas realmente fáciles que alcanzarán un precio bastante alto!

—Oh, no, no voy a subastarlas —explicó Lacey—. Sólo las estoy tasando. Pero, una vez que esté decidido, puedo decirte qué casa de subastas se encargará.

—Gracias, querida. Eres de lo más amable y detallista. Esperaré tu mensaje con impaciencia.

Lacey contestó al carácter extremadamente inglés de Percy con su personalidad americana.

—¡Tú tranquilo!

Después cortó la llamada y se enderezó en la silla del escritorio. Le dolía hasta el último centímetro del cuerpo tras la hora que había pasada encorvada sobre la mesa, completamente concentrada en las tasaciones. De hecho, lo había disfrutado tanto que ni siquiera había notado cómo pasaba el tiempo. Había estado «en la zona», en ese estado creativo casi zen donde el tiempo perdía todo su significado. Quizás sí que te poseía cierto don natural para la tasación. Quizás lo llevase en la sangre y fuese algo que había heredado de su padre. Aquel pensamiento la reconfortó.

Se puso en pie, necesitando desesperadamente estirarse hasta que le crujió la espalda, pero no sirvió de nada; seguía doliéndole. Tendría que sacar el armamento pesado: las posiciones de yoga. Naomi se las había enseñado tras su viaje «transformativo» a la India. Bueno, puede que enseñar no fuese el término más adecuado. Más bien la había *obligado*. Se había pasado todo un mes arrastrando a Lacey hasta el parque cada mañana para hacer los saludos al sol y las afirmaciones positivas, y todo ello para dejar de lado todo el tema espiritual después de que un evento del trabajo especialmente repleto de ginebra le recordarse lo mucho que adoraba el alcohol. Pero Lacey había sacado mucho provecho de aquellas sesiones en secreto, y a menudo se encontraba volviendo a practicar aquel deporte con el objetivo de calmar su mente frenética.

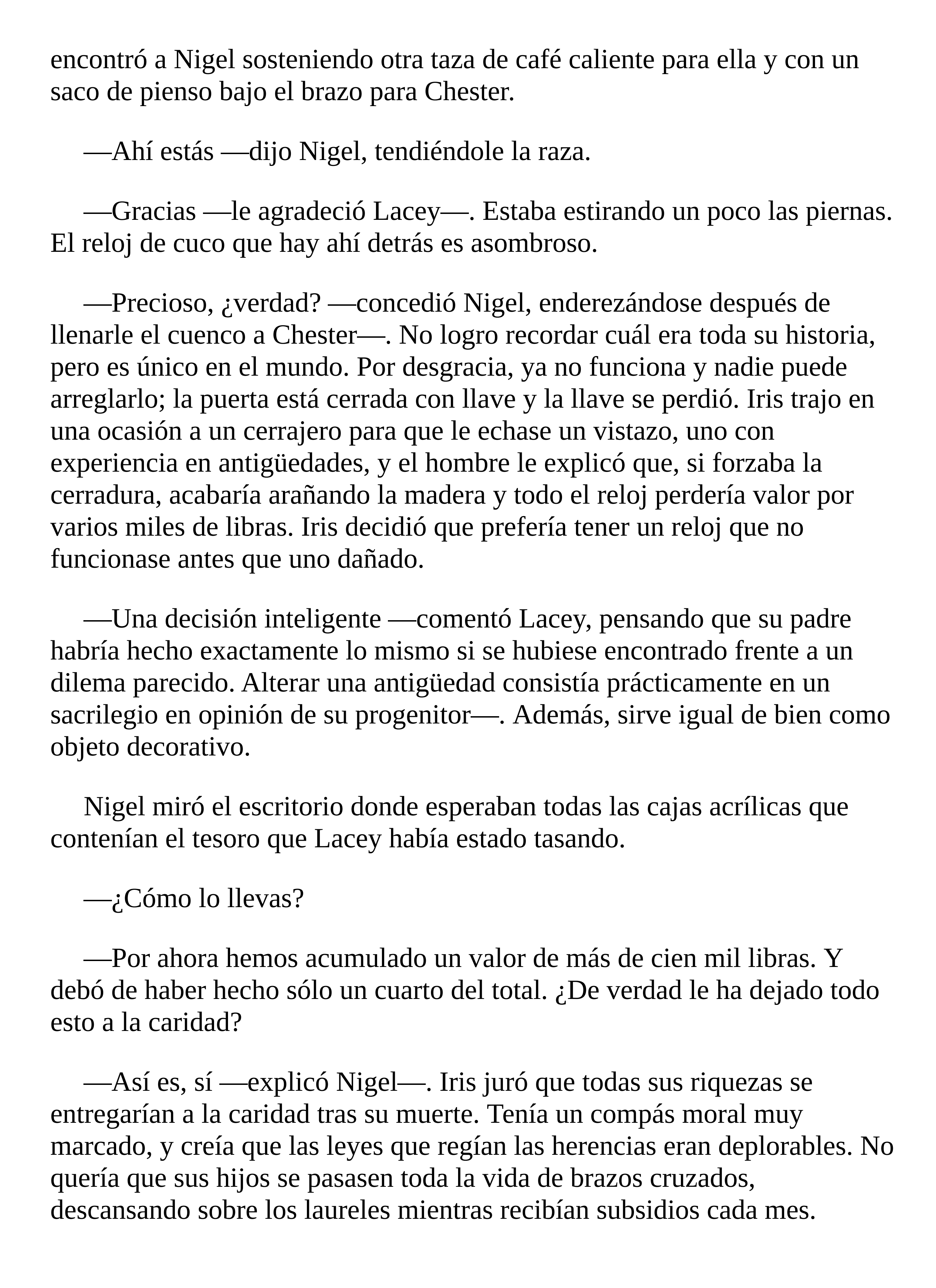
Repasó algunas de las posturas, igualando su respiración con los movimientos de aquel modo que tan tranquilizador le resultaba. Asumió la posición del perro cabeza abajo y, al hacerlo, pudo ver por el hueco de sus piernas la arcada que había en la pared. Sentía curiosidad por lo que habría al otro lado, así que se enderezó y se acercó para asomarse.

La pequeña habitación que había al otro lado de la arcada estaba a oscuras, con la ventana cubierta por una cortina de terciopelo rojo tan gruesa que casi hacía las funciones de una persiana cerrada. Había un sofá y un sillón individual situados de tal modo que a Lacey le recordaron a la consulta de un terapeuta, un aire que acababa de redondear la mesita de café, las plantas y los jarrones. Una de las paredes estaba ocupada por una gran chimenea y, chocando bastante con el resto de la decoración serena de la sala, también había un gran reloj de cuco tallado en madera de nogal.

Lacey se sintió automáticamente atraída por el reloj. Su padre había adorado los relojes, así que se acercó para poder verlo mejor.

Era precioso. Estaba claro que había sido tallado a mano por un carpintero habilidoso y con buen ojo para el arte, a juzgar por el motivo de rosas entrelazadas que se veía sobre la oscura madera. El péndulo era de bronce y colgaba inmóvil tras la puerta de cristal.

El sonido de la puerta del estudio abriéndose hizo que Lacey se diera vuelta y, al cruzar la arcada para volver a la parte principal del estudio, se



encontró a Nigel sosteniendo otra taza de café caliente para ella y con un saco de pienso bajo el brazo para Chester.

—Ahí estás —dijo Nigel, tendiéndole la raza.

—Gracias —le agradeció Lacey—. Estaba estirando un poco las piernas. El reloj de cuco que hay ahí detrás es asombroso.

—Precioso, ¿verdad? —concedió Nigel, enderezándose después de llenarle el cuenco a Chester—. No logro recordar cuál era toda su historia, pero es único en el mundo. Por desgracia, ya no funciona y nadie puede arreglarlo; la puerta está cerrada con llave y la llave se perdió. Iris trajo en una ocasión a un cerrajero para que le echase un vistazo, uno con experiencia en antigüedades, y el hombre le explicó que, si forzaba la cerradura, acabaría arañando la madera y todo el reloj perdería valor por varios miles de libras. Iris decidió que prefería tener un reloj que no funcionase antes que uno dañado.

—Una decisión inteligente —comentó Lacey, pensando que su padre habría hecho exactamente lo mismo si se hubiese encontrado frente a un dilema parecido. Alterar una antigüedad consistía prácticamente en un sacrilegio en opinión de su progenitor—. Además, sirve igual de bien como objeto decorativo.

Nigel miró el escritorio donde esperaban todas las cajas acrílicas que contenían el tesoro que Lacey había estado tasando.

—¿Cómo lo llevas?

—Por ahora hemos acumulado un valor de más de cien mil libras. Y debó de haber hecho sólo un cuarto del total. ¿De verdad le ha dejado todo esto a la caridad?

—Así es, sí —explicó Nigel—. Iris juró que todas sus riquezas se entregarían a la caridad tras su muerte. Tenía un compás moral muy marcado, y creía que las leyes que regían las herencias eran deplorables. No quería que sus hijos se pasasen toda la vida de brazos cruzados, descansando sobre los laureles mientras recibían subsidios cada mes.

Algunos de sus primos y sobrinos vivieron así, malgastando el dinero en el juego, y algunos incluso arruinaron por completo sus vidas por ello. Hay una fuerte tendencia en la familia a caer en las garras del juego y volverse adictos, y no quería promover esos comportamientos entre sus hijos. Así que nada de pagas mensuales ni de herencia. Sus hijos ya sabían que no recibirían nada tras su muerte. Si querían convertirse en neurocirujanos, astronautas o lo que fuesen que deseasen ser, Iris se ocupaba de cubrir las facturas de las mejores universidades para que se formasen. Pagaba todos los tutores y equipo necesario, todo, e incluso si al final cambiaban de ideas, ella nunca se quejaba. Clarissa pasó años recibiendo clases de piano por uno de los mejores profesores que se puede conseguir con dinero, ¡y todo para que al final decidiese que se había cansado de la músicas y que quería ser escultora! Así que recibió más cursos y formación de los mejores, ¿y qué decidió hacer en la universidad? ¡Estudiar dirección de empresas! —Nigel suspiró—. Pero Iris nunca se quejó. Siempre y cuando sus hijos pudieran demostrarle que sentían pasión, que estaban motivados y que contaban con una fuerte ética laboral, ella hacía todo lo posible para apoyarlos. ¿Pero darles dinero? Ni hablar. Era una mujer de principios. —La voz le falló por el dolor.

Lacey sintió pena por él.

—¿Y qué pensaban sus hijos de todo eso?

—Sinceramente, creo que nunca se lo creyeron del todo. Benjamin en concreto parecía convencido de que la ley protegería su derecho como heredero primogénito; estoy seguro de que debe de estar de lo más sorprendido tras haber visto por sí mismo el testamento y que sabe el detalle con el que se estipuló todo para evitar que las palabras de Iris puedan ser malinterpretadas en modo alguno.

—¿Los conoces? —preguntó Lacey—. A los hijos.

Nigel negó con la cabeza.

—No mucho. La hija, Clarissa, vive en Londres, así que la he visto algunas veces cuando ha venido a visitar a Iris. No puedo decir que me caigas muy bien. Parecía que todas sus visitas terminaban siempre del

mismo modo: se ponía furiosa cuando su madre se negaba a comprar acciones de su negocio fracasado o a ayudarle con sus deudas. A los hijos no los he visto nunca; los dos viven en el extranjero.

—¿Hijos? ¿En plural? ¿Quieres decir que Iris tenía tres hijos? —Lacey estaba sorprendida. La investigación que había hecho a través de los periódicos se había limitado a hablar siempre de dos, un hijo y una hija.

—Sí, así es. El hijo mayor gestiona un negocio en Sudáfrica. Es un pez gordo ejecutivo con una mujer modelo y tres niños perfectos, y la familia que tiene en Inglaterra no podría importarle menos. Lo único que le importa es el dinero y las mujeres hermosas. El más joven vive en Australia y, por lo que sé, ha heredado la adicción al juego. Iris no lo invita nunca a venir a la casa por el mal carácter que tiene. En una ocasión le dio un puñetazo al chef por derramarle la sopa en el regazo.

Lacey lo escuchó con atención.

—¿Por qué no menciona ningún artículo al tercer hijo?

—Ah —musitó Nigel, asintiendo con la cabeza como si lo comprendiera—. Eso tiene su historia. Verás, hay bastante diferencia de edad entre Clarissa y el hijo pequeño. Unos ocho años, diría. Para cuando nació el niño, Iris ya había conseguido varias órdenes judiciales contra la prensa después de que ésta publicase varios artículos de los niños. Por una parte hubo el horrible escándalo que supuso que el director de la escuela le otorgase a Benjamin notas infladas para asegurarse de seguir recibiendo los enormes pagos de las cuotas escolares, y por la otra algunos paparazzi se dedicaban a acosar a Clarissa. Iris era especialmente protectora con Henry, así que su nacimiento nunca fue anunciado ni impreso en ningún medio periodístico, y su nombre no se llegó a extender entre el público. Asistió a una escuela distinta respecto a sus hermanos y, por lo que sé, nunca se llegó a descubrir quién era.

Lacey cada vez se sentía más intrigada por aquel misterioso tercer hijo.

—¿Y qué le parecía todo eso a Henry?

Nigel soltó una carcajada triste.

—Bueno, digamos que por algo decidió irse a vivir a la otra punta del mundo. —Suspiró—. Pobre Iris. Qué pérdida de energía. Estaba intentando hacer lo mejor para todos, pero los tres acabaron siendo unos amargados. Y además los chicos eran horribles con su hermana con la excusa de que «no era más que una chica». Ben debió de ver lo retorcido que podía llegar a ser Henry al instante, porque lo usaba como su recadero personal. Henry hacía *cualquier cosa* que le pidiese Ben: destrozar las cosas de Clarissa, esparcir rumores sobre ella, toda clase de cosas horribles. Clarissa se vio muy afectada por todo aquello, y a día de hoy todavía recibe terapia para tratar la ansiedad. Si Henry es así por naturaleza o por crianza, nunca lo sabré, pero nunca ha dejado atrás ese lado maquiavélico. Al menos acabó canalizándolo en su trabajo. Cuando tenía veinte años no hacía más que malgastar todo su tiempo yendo de fiesta en fiesta, pero al final acabó sentando un poco la cabeza y creo que en la actualidad su cadena de tiendas para surfistas obtiene bastantes beneficios.

—¿Crees que los hijos vendrán al funeral? —le preguntó Lacey—. Los vuelos desde Australia y Sudáfrica a Inglaterra deben de ser eternos y valer un riñón. Según lo que me has dicho, parece que ninguno de ellos quería lo bastante a su madre como para visitarla cuando estaba viva, mucho menos como para venir a su funeral.

—Pues resulta que los tres ya estaban en Inglaterra —contestó Nigel.

Lacey hizo una pausa, arqueando lentamente una ceja. ¡Vaya, eso *sí* que parecía sospechoso! ¿Así que los tres hijos de una rica heredera muerta estaban por pura coincidencia en el país en el que vivía su madre el día en que ésta había muerto?

Nigel debió de ver su expresión, porque empezó a negar con la cabeza.

—No han sido ellos. Yo he pensado lo mismo, pero créeme, no ha sido así. Según el informe del forense, cuando Iris murió Henry estaba en Londres, visitando a Clarissa a dos horas en coche de aquí. Benjamin estaba en Devon en una conferencia de negocios. Clarissa le ha dado a Henry una coartada, aunque de mala gana y sospecho que se ha sentido tentada de no

hacerlo simplemente para verlo entre rejas, y la tarjeta llave de Benjamin muestra que estaba en su habitación de hotel a la hora de la muerte.

—Así que los tres tienen coartadas —dijo Lacey—. ¿Y la policía han comprobado que sean coartadas firmes?

—Asumo que sí —replicó Nigel, encogiéndose ligeramente de hombros—. En serio, quizás sean gente horrible, pero no me los imagino haciendo daño a propósito a su madre. Clarissa es tan frágil mentalmente que necesitó terapia durante un año después de que tuviesen que sacrificar al perro de la familia, y se desmaya en cuanto ve una gota de sangre. ¡Si hasta cierra los ojos cuando aparece un cadáver en la televisión! Dudo que fuese capaz de ver uno en persona, y mucho menos provocar la muerte de alguien. Y Benjamin tampoco le haría nunca nada a su madre. Es manipulador y es de los que siempre usan la frase de «no te dejes llevar por la ira y mejor planifica la venganza». Si tuviese alguna razón para hacer daño a su madre, lo haría a través de juicios y de palabras crueles, no del daño físico. Y Henry… —Nigel hizo una pausa—. Bueno, a juzgar por lo que me dijo Iris, Henry *sí* que ha sido violento en el pasado, pero Iris lo consideraba producto del estrés de su adicción al juego. En cuanto Henry se casó, sentó al cabeza y abrió su negocio de surf, se volvió mucho más tranquilo. Si Henry se hubiese enfadado con su madre, lo más seguro es que simplemente se hubiese distanciado de ella, y eso es justo lo que ha hecho. —Volvió a encogerse de hombros—. Sus hijos no son sospechosos; no salen ganando nada de la muerte de su madre.

Lacey se dio un momento para absorber toda aquella información, memorizando los detalles que Nigel acababa de ofrecerle y sumándolos a la imagen que le habían ofrecido los periódicos. Así que, además de Nigel y ella mismo, los tres hijos estarían en los primeros puestos de los sospechosos de la policía. Y parecía que ya habían encontrado pruebas suficientes para descartarlos a los tres.

Justo en ese momento oyó el sonido de unos neumáticos acercándose por el camino de grava. Miró a Nigel y frunció el ceño.

—Parece que tenemos invitados —comentó éste, acercándose con curiosidad a la ventana para asomarse. Jadeó de sorpresa y miró a Lacey—.

No te lo vas a creer. ¡Son ellos! ¡Los hijos!

Lacey se apresuró a la ventana y se asomó justo a tiempo de ver cómo dos vehículos aparcaban en la entrada. De su interior salieron los tres hijos de la ya fallecida Iris Archer.

«Vaya, vaya, vaya», pensó. «Las cosas están a punto de ponerse interesantes».

CAPÍTULO DIECIOCHO

Los hermanos ya estaban aporreando la puerta para cuando Lacey y Nigel se acercaron a toda prisa por el pasillo. El ayudante abrió; estaba claro que los visitantes estaban de mal humor, y los tres exhibían ceños fruncidos casi a juego.

Irrumpieron en la casa, apartando a Nigel y sin esperar a que los invitaran.

Lacey se quedó algo más atrás, con Chester gruñendo en voz baja junto a sus tobillos, pero Clarissa la vio de todas formas.

—¿Qué hace *ella* aquí? —exigió.

Los hijos también se giraron hacia Lacey.

—¿Quién es? —preguntó el más joven. Tenía la piel bronceada, una prueba clara de que había llegado hacía muy poco a Inglaterra desde Australia.

—¡La vendedora de antigüedades! —exclamó Clarissa, indignada—. ¡La que la policía cree que mató a madre!

Lacey dio un paso atrás, pero Nigel se interpuso entre ella y el grupo como para protegerla.

—La policía está siguiendo varias pistas —explicó con calma—. Vuestra madre contrató a Lacey en persona. Confiaba en ella, y yo también lo hago.

Los hijos la fulminaron con la mirada. Era una situación muy tensa, y Lacey hubiese preferido estar en cualquier otro lugar del mundo menos allí.

—Por favor —tartamudeó Nigel—. Sabéis que ya no podéis venir aquí. No es vuestra casa, sino mi propiedad, y estáis entrando sin permiso.

—Todavía no —dijo Ben, agitando varios papeles frente a la cara de Nigel—. Está claro que no has leído el testamento como es debido. ¡Hay una cláusula justo aquí! Se nos permite llevarnos cualquier cosa que nos perteneciera cuando éramos niños, y tenemos derecho a entrar en la casa para hacerlo. No puedes bloquearnos el acceso a las cosas que nos pertenecen por derecho.

Lacey se preguntó qué clase de personalidad tenían aquellos tres como para irrumpir de aquel modo y exigir unos juguetes viejos. No parecían ser precisamente sentimentales, así que tuvo que preguntarse por qué insistían tanto en hacerse con sus antiguas pertenencias. Sí, existía la posibilidad de que *algunas* de esas cosas tuviesen valor, como por ejemplo los anuales vintage que le había gustado leer en la vieja tienda de su padre, pero ni siquiera algo así alcanzaría un precio muy alto. ¿Acaso estaban tan decididos a sacar beneficios de la hacienda de la propiedad de su madre muerta que se conformarían con cualquier *migaja* antes que con nada?

Nigel le dirigió a Lacey una mirada que le indicaba que era muy consciente de la cláusula que incluía el testamento, y soltó un suspiro agotado.

—Has leído el testamento con mucha atención —dijo, apretando los labios—. Así que supongo que eres consciente de que también hay un registro de objetos y que debe de haber abogados presentes para preparar los documentos que indiquen quién se está llevando qué.

Lacey pensó en el cuidadoso registro con el que había estado trabajando hasta hacía un rato.

Ben se plantó justo delante de Nigel y Chester empezó a gruñir.

—En ese caso simplemente echaremos un vistazo —dijo Ben entre dientes.

A pesar de su carácter amenazante, Nigel se mantuvo firme.

—Por supuesto —contestó.

Los tres descendientes Archer pasaron de largo con un resoplido, subiendo las escaleras a zancadas.

Lacey intercambió una mirada con Nigel y ambos fueron tras ellos.

—No les quites la vista de encima —le susurró Nigel sin casi mover los labios mientras subían las escaleras—. Tenemos que asegurarnos de que no se llevan a escondidas algo que no les corresponda. Conociéndolos, intentarán llevarse algo y después me denunciarán por robo.

Lacey asintió con la cabeza.

Entraron en la sala de juegos. Los hijos ya estaban paseándose de un lado al otro, examinándolo todo.

—¿Dónde está el reloj de cuco? —exigió Ben—. ¡Solía estar justo aquí!

Hizo un gesto hacia una zona del suelo donde las tablas de madera eran de un color distinto; el área encajaba a la perfección en tamaño y forma con la base del reloj que Lacey había admirado hacía tan solo unos minutos.

¡Así que por eso habían venido! Aquel reloj tan exclusivo desde luego valía una fortuna, incluso a pesar de no funcionar. Uno de ellos debía de haber llegado a la conclusión de que era su mejor apuesta si querían conseguir parte del dinero de su madre.

—Iris lo trasladó al estudio —explicó Nigel con calma—. Estaba entre los objetos que quería que Lacey tasara y vendiese.

Sus palabras hicieron que a Lacey la abrumase una oleada de confusión. Había tenido la impresión de que Iris la había contratado para tasar exclusivamente un cajón lleno de joyas, y no un raro reloj de cuco. ¿De verdad había planeado Iris que se ocupase de un trabajo bastante más extenso que el que le había hecho creer Nigel?

Se mordió la lengua en un intento de no avivar todavía más las llamas de su falta de información, y en lugar de eso eligió presentar un frente unido

con Nigel contra aquellas personas enfurecidas.

—Enséñame dónde está —exigió Benjamin—. Es nuestro.

Parecía bastante agitado. Lacey se preguntó por qué era aquel reloj tan importante para él, aparte de porque era claramente bastante más valioso que cualquier otra cosa que hubiese en la sala de juegos.

«Necesita el dinero», dedujo. «Es adicto a ganar dinero, casi tanto como lo fue Henry a apostarlo en una ocasión».

Nigel permaneció estoico frente a la furia cada vez mayor de Benjamin.

—No puedes llevarte el reloj —dijo.

—¿Por qué no? —intervino Henry.

Era la primera vez que hablaba, se fijó Lacey. A diferencia de sus hermanos, él parecía tranquilo a primera vista. No había la más mínima señal de aquel antiguo mal carácter que Nigel había mencionado. De hecho, si Lacey hubiese tenido que adivinar cuál de los hermanos había tenido un pasado tormentoso, habría escogido a Benjamin, cuyo enfado estaba grabado en cada arruga de su ceño fruncido. Henry, por otro lado, simplemente parecía agotado. Su piel dorada se había quedado pálida durante el tenso altercado dentro de la mansión, haciendo que pareciese enfermo. Parecía el único en duelo de los tres.

Lacey volvió a concentrarse en la conversación.

—Las palabras usadas en el testamento son muy precisas —le estaba diciendo Nigel a Benjamin—. Tenéis derecho a *cualquier cosa que haya dentro* de la sala de juegos.

—Te equivocas —escupió Ben—. Tenemos derecho a cualquier cosa que nos perteneciera de niños.

Aquel era un punto muerto de lo más incómodo.

—Iris cambió la redacción de esa cláusula —finalizó Nigel.

El silencio se adueñó de la habitación.

—¿Qué? —preguntó Clarissa con una voz que resultaba tímida en comparación con la dominancia de su hermano.

Parecía la cáscara de la mujer a la que Lacey había visto en la calle. Estaba pálida, igual que Henry, y la expresión angustiada de su rostro iba a juego con la de él. Henry se mostraba reservado, dejando ver muy pocas señales de la ira que al parecer había poseído en una ocasión, algo que chocaba de lleno con la actitud de acoso y derribo del hermano mayor, que no mostraba rastro alguno de pena. Lacey guardó todos sus pensamientos y sospechas en el fondo de su mente.

—¿Se cambió la redacción? —preguntó Henry, como si no hubiese comprendido del todo lo que podía significar aquello.

Nigel asintió con la cabeza.

—Sí. Su abogado vino a verla el día antes de su muerte. Cambió la cláusula para asegurarse de que no pudiese malinterpretarse de ningún modo.

«¿Malinterpretarse?», pensó Lacey con tristeza. «Más bien para que no la retorcieran a placer…».

Los tres hijos cayeron en un silencio sobrecogido.

—Así que de verdad pensaba tan mal de nosotros —dijo al fin Clarissa. Se cruzó de brazos con expresión amarga.

«Y con razón», pensó Lacey, sarcástica, «considerando cómo os estáis comportando…».

—No te creo —acusó Ben a Nigel—. Apuesto a que madre cambió el testamento y después fuiste tú quien movió el reloj para que no estuviese dentro de la habitación y así poder quedártelo y venderlo.

Nigel negó con la cabeza.

—Te aseguro que no tengo la más mínima intención de beneficiarme de la venta de ninguno de los objetos de Iris. El dinero se destinará a la caridad. Hasta el último centavo.

Lacey no sabía qué creer. El reloj de cuco era demasiado grande para la pequeña salita estudio, y eso sin mencionar que ni siquiera daba la hora. Tanto si había sido Iris quien lo había puesto allí como si lo había hecho Nigel tras su muerte, estaba claro que se había hecho con un único objetivo: evitar que sus hijos le pusiesen las manos encima.

¿Pero por qué? ¿Por qué había ido aquella mujer tan lejos para evitar que sus hijos obtuviesen beneficio alguno de su muerte? ¿Porque temía que le hicieran daño con tal de hacerse con el dinero? ¿O porque estaba intentando evitar las mismas peleas y drama que había desgarrado a su familia?

Dejando de lado las intenciones de Iris, Lacey se sintió repentinamente aliviada de provenir de una familia humilde. Lo único por lo que Naomi y ella podrían pelearse si su madre llegaba a morir era el televisión de plasma y la nevera doble.

Clarissa y Henry bajaron la vista, pero Benjamin mantuvo la barbilla alta y siguió fulminando a Nigel con la mirada.

—Volveremos —dijo al fin—. Y traeremos a nuestro abogado.

—Creo que eso será lo mejor —contestó Nigel.

Los tres salieron de la habitación y Nigel y Lacey los siguieron mientras bajaban las escaleras pisando con fuerza y salían por la puerta, cerrándola tras ellos con un portazo.

Todo aquel asunto había dejado a Lacey asombrada. Se sentía como si acabase de ser testigo de un huracán.

—Son gente de lo más *encantadora* —dijo.

Nigel se giró hacia ella.

—Siento muchísimo todo eso, Lacey. No deberías haber tenido que ser testigo de esa clase de comportamiento. Lamento que te hayas visto metida en esto.

Lacey se cruzó de brazos.

—¿Decías en serio lo de tasar el reloj de cuco?

Nigel asintió con la cabeza.

—He sido quien lo ha movido, siguiendo las instrucciones de Iris, debo añadir. Y está claro que lo he hecho justo a tiempo. —Sacudió la cabeza—. Debería haber sido sincero desde el principio al decir qué quería Iris de ti. Quería que se tasara *todo* lo de la casa, y que después se subastase para poder entregar el dinero a la beneficencia. Verás, las joyas tenían que ser una prueba para valorar si de verdad eres la persona adecuada para el trabajo, pero sé que Iris te habría contratado sin dudar para que hicieras también todo lo demás. Así que, ¿qué me dices? ¿Tasarás el resto de los muebles?

—Bueno —dijo Lacey, pensando en todas las puertas que había visto y en cómo cada una de ellas daba a una habitación que debía de estar llena hasta el techo de tesoros—. Será mucho trabajo si quiero gestionarlo al mismo tiempo que mi tienda.

—Por favor —añadió Nigel—. Ya has visto cómo son los hijos. Son unos buitres; no tengo la menor duda de que intentarán encontrar cualquier vacío legal posible para reclamar como suyas cosas que en realidad no les pertenecieron en su infancia. ¡Por amor de Dios, ya has visto cómo se han puesto con el reloj! Creía que Iris estaba exagerando cuando me indicó que lo pusiera en el estudio, pero ahora comprendo por qué lo hizo.

Lacey se sintió embargada por la compasión. La pena de Nigel era de verdad, mucho más real que la de Benjamin y Clarissa incluso a pesar de que éstos eran los hijos de Iris. Ellos parecían estar lidiando con su muerte con ira y hostilidad.

—Sí, de acuerdo, lo haré —le dijo.

Nigel dejó caer los hombros con un alivio visible.

—¿Y también lo subastarás todo?

—¿Subastarlo? —repitió Lacey.

Abrió la boca antes de volver a cerrarla, demasiado asombrada como para hablar. ¡Había estado soñando con celebrar una subasta y ahora, de repente, se le presentaba la oportunidad!

—¿Yo? —dijo con timidez, sintiéndose súbitamente intimidada.

—tú —confirmó Nigel, asintiendo con la cabeza—. No hay tiempo que perder. Los hijos seguramente ya estén llamando a sus abogados en busca de cualquier vacío que les permita exprimir la hacienda incluso a pesar de ir en contra de los deseos expresos de Iris. Tengo el teléfono del abogado de la hacienda en el móvil; deja que le llame y compruebe si puede gestionar la entrega de todo.

—¿Ahora? —graznó Lacey.

Aquello estaba yendo muy deprisa. Por un lado, estaba haciendo frente a la oportunidad más excitante de su nuevo trabajo, pero las circunstancias que rodeaban aquella situación eran horripilantes como poco, y lo súbito de todo el asunto la intimidaba.

—Quizás debería tomarme un día para considerarlo —dijo—. La mansión tiene un sistema de seguridad, ¿verdad? Puedes mantener a los hijos fuera de la casa por una noche.

Nigel sacudió la cabeza, hablando con firmeza.

—Lo único que les haría falta para entrar sería llamar a un cerrajero; no hay ni una sola persona en todo Wilfordshire que pusiese en duda su derecho a entrar a la hacienda. E, incluso si lo hicieran, ¿quién en su sano juicio se enfrentaría a Benjamin? Ya lo has visto. —Nigel pareció frenético—. Lacey, *tenemos* que llevarlo todo a tu tienda para asegurarnos de que esté a salvo. Aquí no es seguro.

Lacey tuvo que admitir que en eso tenía razón. Ella contaba con un seguro de especialista que le permitía tener antigüedades, y además se moría de ganas de tasarlo todo, casi como si fuese Golum con su precioso anillo. ¿Pero se estaría pintando una diana en la espalda si transportaba los objetos de Iris a su tienda? Nigel parecía creer que los hijos eran capaces de llegar al robo, y por ahora ninguno de ellos sabía dónde trabajaba Lacey. ¿Cuánto tardaría en cambiar ese detalle?

Pero la expresión de angustia de Nigel acabó decidiendo por ella.

—De acuerdo. Lo guardaré todo. Y aprenderé todo lo que pueda sobre cómo celebrar una subasta.

Nigel le cogió la mano, sacudiéndosela con gratitud.

—Gracias, Lacey. Quedo eternamente agradecido.

Lacey aceptó su gratitud con educación, aunque no se sentía precisamente cómoda con la parte que le había tocado asumir en aquel plan.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Más tarde aquella noche, Lacey estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo de la amplia habitación trasera de su tienda. Aquel espacio ya no estaba vacío, sino repleto hasta arriba de los objetos más valiosos de la mansión Penrose.

Todo había pasado tan rápido; Nigel llamando al abogado, gestionar el transporte especializado, firmar los papeles, seguir al enorme camión de transporte desde la mansión a su tienda. Lacey tenía sensación de que haber parpadeado tan solo un segundo y haberse encontrado de golpe su habitación trasera llena por completo.

No había sido capaz de hacer una lista de todo lo recibido hasta que el torbellino de actividad había llegado a su fin. Algunos de los objetos de Iris no quedaban cubiertos por su seguro especializado en antigüedades, como por ejemplo el arpa griega de oro. Lacey sabía, gracias a su contacto de instrumentos raros en Suffolk, que sólo había un puñado de compañías especializadas que ofreciesen seguros para algo tan raro y magnífico.

Y después estaba el reloj de cuco artesanal, completamente único en el mundo. Ni siquiera sabía por dónde empezar para conseguir un seguro para el reloj.

Se quedó sentada en el suelo, mirando fijamente todas las cajas acrílicas llenas de joyas, y después desvió la vista hacia Chester, tumbado a su lado con el costado pegado a su rodilla izquierda de tal modo que notaba el ritmo estable de su respiración. Era un compañero de lo más paciente, pensó, considerando cómo los días de Lacey no lograban seguir agenda alguna.

Volvió a mirar las gemas que tenía frente a ella, recordando a la mujer a la que habían pertenecido. Iris Archer. Se preguntó si, después de todo, los hijos sí que habían tenido un motivo para matarla. Incluso si todo el mundo sabía que no iban a heredar nada, Nigel había dicho que Benjamin estaba

convencido de que la ley iría en su favor como heredero. Como mínimo *creía* que podía beneficiarse de la muerte de Iris, y también había parecido el instigador del asalto a la sala de juegos. Pero, si de verdad había asesinado a su madre por su dinero, ¿de verdad sería un registro de objetos suficiente para evitar que se hiciese con el tesoro de Iris? Debía de haber confiado mucho en que la ley se inclinaría a su favor como para arriesgarse a marcharse sin coger nada tras el asesinato. ¿Acaso no hubiese sido más fácil robar lo que le interesase y corregir el registro en lugar de dejarlo todo allí bajo la suposición de que esa cláusula del testamento podía reinterpretarse a placer?

Y, además, ¿de verdad valía la pena asesinar *a su propia madre* por unos miles de libras? Benjamin era un hombre de negocios de éxito por derecho propio. Seguramente ganaba cantidades de seis dígitos a diario. Aunque Lacey comprendía el poder de las adicciones, algo que Nigel había dicho que reinaba en los genes de los Archer, allí había algo que no encajaba.

—Supongo que quedarme mirándolas toda la noche no me ofrecerá respuestas —dijo con un suspiro, pasando la mirada sobre las gemas preciosas.

Había llamado a Percy Johnson, su contacto en Mayfair, para comentar lo de la subasta, y éste había accedido a ayudarla a tasar adecuadamente todos los objetos a través de una videollamada. Lacey estaba tan entusiasmada con aquello que le hubiese gustado que la llamada hubiese sido aquella misma noche, pero no podía ir exigiendo algo así del anciano. Le tocaría tener paciencia.

Chester gimoteó en respuesta a sus palabras y empezó a agitar la cola con fuerza. Lacey no pudo contener una risita.

—de acuerdo, de acuerdo. Dejaré de mirarlo todo y lo guardaré.

Recogió las cajas y las metió en la caja fuerte, tras lo cual comprobó que la puerta trasera estuviese bien cerrada y salió de la tienda por la puerta principal, cerrando y bajando la persiana.

En la boutique de Taryn todavía había luz, pero la pastelería de Tom estaba sumida en la oscuridad. Lacey recordó vagamente algún comentario de que los jueves iba a jugar a bádminton.

Fue en dirección a su coche y, de repente, oyó gruñir a Chester.

Se dio la vuelta. Chester seguía junto a la tienda, justo donde Lacey había estado hacía un momento, y gruñía mientras miraba la persiana.

Lacey se acercó a toda prisa, frunciendo el ceño.

—¿Qué ocurre, Chester? —preguntó.

Éste ladró, con fuerza y sin dejar de insistir, y Lacey oyó un sonido proveniente de dentro de la tienda. Algo cayéndose. El ruido de cristal roto.

—Si es Taryn tirándome otra vez los cubos de basura… —dijo Lacey en voz alta, desviando la mirada hacia la boutique llena de luz—, va a descubrir que ha agotado mi paciencia.

Luchó por desbloquear las persianas y levantarlas, tras lo cual abrió la puerta y entró corriendo. Chester pasó corriendo junto a ella, sin dejar de ladrar.

Lacey notó una fuerte ráfaga de viento en la cara nada más entrar en la sala de subastas. El suelo estaba cubierto de trozos de cristal que reflejaban la luz de la luna.

Jadeó al ver que la puerta trasera estaba entreabierta y que la madera estaba astillada, como si alguien hubiese usado una palanca para forzarla. Aquello no había sido Taryn… ¡No podía haberlo sido!

De repente, distinguió un movimiento. Una figura enmascarada emergió de detrás de la caja fuerte y cruzó la habitación a la carrera en dirección a la puerta trasera. Parecía algo salido de una película de terror, y Lacey sintió cómo se quedaba paralizada donde estaba. Pero Chester entró en acción y, moviéndose a toda velocidad, cargó tras la figura.

—¡Cuidado! —chilló Lacey.

El desconocido podía estar armado. Lo último que quería era que su perro saliese herido.

Pero Chester ignoró sus gritos.

Dio un salto, enseñando los dientes, y los clavo en el tobillo del desconocido. Lacey oyó cómo el asaltante soltaba un grito; la voz grave indicó sin lugar a dudas que se trataba de un hombre.

Empezó a agitar la pierna en un intento de librarse de Chester al mismo tiempo que Lacey veía algo alargado y de metal destellando bajo la luz de la luna. Una palanca. ¡Iba a pegar a su perro!

—¡Chester! —rugió Lacey con una voz que ya no sonaba frenética, sino autoritaria.

Esta vez, el perro obedeció y liberó la pierna del hombre de sus fauces.

El hombre trastabilló hacia atrás, dejando caer el brazo con el que sostenía la palabra, y se escabulló por la puerta rota.

—¡Quieto! —ordenó Lacey a Chester al ver que parecía a punto de salir tras el desconocido—. No vale la pena. Deja que se vaya.

Lacey notó cómo se le encogía el corazón. Así que la cacería había empezado, pero resultaba que la multitud enfurecida había decidido usar palancas en lugar de horcas.

*

Distinguió el destello de las luces azules desde el otro extremo de la calle principal. Las luces, fuertes y cegadoras, no encajaban en lo más mínimo con el pintoresco barrio histórico y sus banderines a cuadros.

Estaba claro que la caja de brujas en su contra estaba echando a perder cualquier posible sensación de estar en un lugar idílico.

Agitó los brazos por encima de la cabeza cuando el coche de policía se acercó, llamándolos, y el vehículo se detuvo junto a la acera. La puerta del conductor se abrió y de su interior emergió la detective Beth Lewis, mientras que del asiento del copiloto salió la figura robusta del superintendente Turner con tanta lentitud y relajación que parecía que nada nunca pudiese meterle prisa.

El hombre se giró y se quedó mirando a Lacey, haciendo que a ésta se le encogiese el corazón.

Había llamado a la policía para denunciar la entrada forzada, marcando por error el 911 antes de recordar, confusa y llena de pánico, que en Inglaterra se usaba el 999, y había esperado que le enviasen al personal habitual que tuviesen trabajando aquella noche. Pero los que habían acudido habían sido los dos detectives en persona, claramente con la intención de hacer patente que sospechaban que Lacey se lo había inventado todo. Ya creían que era una asesina, así que fingir un robo a su mucha tienda no exigía mucho esfuerzo imaginativo.

—Señorita Doyle —dijo el superintendente Turner con monotonía, inclinando la cabeza.

—Buenas noches —contestó Lacey, frotándose los brazos para combatir el frío de la noche y el tono helado del superintendente.

—¿Ha llamado por una puerta forzada? —preguntó el detective con la misma emoción que podría haber usado para leer la programación televisiva.

Lacey asintió con la cabeza.

—¿Qué han robado? —preguntó el superintendente.

—Nada —le dijo Lacey—. He estado trabajando hasta tarde. No había hecho más que bajar la persiana cuando le he oído forzar la puerta trasera.

Debían de estar esperando que me fuera. He vuelto a entrar corriendo y los he interrumpido antes de que pudiesen llevarse algo. Si es que *ése* era su objetivo para empezar. Hay mucha gente por aquí que me odia desde que les habéis hecho pensar que soy una criminal. Gracias, por cierto.

El superintendente ignoró su ataque, examinando con la mirada las persianas metálicas que Lacey había levantado por completo y después las ventanas y la puerta de cristal doble.

—¿Y has oído cómo entraban por la parte de atrás a través de un cristal doble y de una capa gruesa de metal? —preguntó con tono plano.

Lacey apretó la mandíbula.

—*Chester* lo ha oído. —Hizo un gesto hacia su fiel compañero, que estaba sentado obedientemente a sus pies—. Ha empezado a ladrar para avisarme.

La mirada vacía del superintendente recayó en Chester.

—¿El perro? —Sonó perplejo—. ¿El perro lo ha evitado?

—Sí. El perro —replicó Lacey de manera tensa—. Es muy listo.

—¿Y crees que Lassie podría identificar al culpable en una rueda de reconocimiento? —le devolvió el superintendente con gesto seco y sarcástico. Ni siquiera sonrió ante su propia broma.

Lacey se abrazó a sí misma con más fuerza, eligiendo no dejar que la provocase.

—¿Queréis entrar?

Esta vez la que respondió fue la detective Lewis, mirando al superintendente y a Lacey como si estuviese algo incómoda con el ambiente.

—Sí, será mejor que sí. ¿Puedes enseñarnos por dónde ha entrado?

Era la más diplomática de los dos. Lacey tampoco diría que la mujer le caía bien, pero sí que le caía mucho mejor de lo que lo hacía el superintendente Turner.

Llevó a los dos detectives a través de la parte principal de la tienda y hasta la sala de subastas, donde el viento hacía que la puerta trasera chocase contra el marco ahora que el pomo había saltado al ser forzado con la palanca. Había esquirlas de cristal por todo el suelo.

—Así que ha abierto la puerta haciendo palanca —comentó el superintendente, examinando el marco astillado—. ¿Pero también han roto la ventana?

—Asumo que la ventana debe de haberse roto cuando la puerta se ha abierto de golpe y ha chocado contra la pared —argumentó Lacey.

—Oh, ¿lo asumes? —dijo el superintendente Turner con tono desapasionado.

La detective Lewis intervino.

—Has dicho que has interrumpido al ladrón. ¿Lo has visto?

—Sólo la silueta. Ese hombre ha escondido detrás de la caja fuerte. —Hizo un gesto hacia ésta.

—¿Ese hombre? —dijo la detective.

Lacey asintió con la cabeza.

—Chester le ha mordido y le ha hecho gritar. Era un hombre, sin duda.

—Llamaré al hospital para comprobar si han recibido a alguien con una mordedura de perro —dijo la detective Lewis.

El superintendente Turner asintió con la cabeza.

—Tienes suerte de estar en Inglaterra —le dijo a Lacey—. En los Estados Unidos te demandarían por el coste médico del mordisco, ¿verdad?

Sois el país de las demandas y todo eso.

Estaba intentando provocarla. Lacey no iba a permitírselo.

—Así que ha salido de aquí detrás —continuó el superintendente, golpeando con los nudillos la parte superior de la caja fuerte—. ¿Era éste su objetivo?

—Quizás —dijo Lacey—. Tenía una palanca en la mano, así que quizás quería intentar forzarla.

—¿Qué hay dentro?

—Joyas.

—¿Es eso habitual en las tiendas de antigüedades? ¿Guardar las joyas en una caja fuerte?

—Guardar los objetos valiosos de pequeño tamaño en una caja fuerte es una práctica habitual en todas las tiendas.

—Ya. Pero a lo que quiero llegar es que esta tienda ha sido elegida como objetivo. Por alguna razón, esa persona ha elegido tu tienda. Quizás la razón sea lo que hay dentro de la caja.

Lacey no quería divulgar la verdad, completamente segura de que hacerlo haría que resultase sospechosa. Pero ocultarle información a la policía era la peor opción entre dos malas opciones.

—Son las joyas de Iris Archer —dijo con tono tenso—. Su ayudante me ha encargado tasarlas y subastarlas.

—¿De verdad? —dijo el superintendente con la misma voz plana de siempre.

La detective Beth Lewis se acercó a ambos.

—Le he enviado una alerta al hospital para que nos llame si se presenta cualquier persona con un mordisco de perro. ¿Qué hemos encontrado por

aquí?

—La señorita Doyle acaba de informarme de que tiene una caja fuerte llena de las joyas de una mujer asesinada.

La detective Lewis se giró para mirar a Lacey.

—Estaba explicando que van a subastarse —dijo ésta, a sabiendas de que ahora mismo parecía de lo más sospechosa—. El ayudante ha heredado todas las propiedades de Iris según su testamento, pero los hijos están intentando hacerse con cualquier cosa que tenga valor. Me ha pedido que me lo llevase todo para mantenerlo a salvo hasta que pueda subastarse y el dinero pueda invertirse en actos benéficos, tal y como deseaba Iris. Tengo los documentos legales que lo demuestran, todos ellos firmados por un abogado.

—Como subastadora, recibes una comisión, ¿cierto? —preguntó la detective Lewis, ignorando por completo el comentario sobre la documentación—.¿No es un porcentaje de la venta?

Tenía razón, aunque Nigel y ella todavía no habían hablado de qué porcentaje en concreto sería. Lacey era muy consciente de lo claro que debía de resultarle a los detectives; quizás no hubiese robado las joyas de Iris, pero iba a sacar provecho de ellas de todas formas.

—El ayudante sabe que están aquí —dijo el superintendente Turner—. Quizás haya sido él el que ha forzado la puerta.

Lacey negó con la cabeza.

—¿Nigel? Imposible. Si ha sido alguien relacionado con la hacienda, ha tenido que ser uno de los descendientes. Bueno, de los hijos, ya que ha sido un hombre.

—Pareces llevarte muy bien con el ayudante si ya lo llamas por su nombre. Quizás lo hayáis planeado todo juntos. La comisión por las joyas, algo de dinero extra estafando al seguro. El abogado también podría estar

metido. No sería la primera vez que nos las vemos con un abogado que no es trigo limpio, créeme.

Lacey frunció el ceño, enfureciéndose más y más con cada segundo que pasaba.

—Quizás deberías echarle un vistazo a la pierna para ver si tiene marcas de dientes. Y, ya que estás, podrías hacer lo mismo con los hijos de Iris.

—Oh, no te preocupes, lo haremos —dijo el superintendente Turner—. ¿Alguna otra sugerencia sobre cómo debería hacer mi trabajo?

Incluso la detective Lewis se enfadó ante aquel comentario.

—Creo que ya tenemos información suficiente para ponernos manos a la obra —dijo, cerrando su bloc de notas con un gesto rotundo. Le tendió una tarjeta a Lacey—. Aquí tienes el número del servicio que recomendamos para asegurar las propiedades después de una entrada forzada. Son bastante eficientes.

—Gracias —dijo Lacey, agradecida de que al menos uno de los detectives no fuese a muerte a por ella.

Volvieron a la parte principal de la tienda.

—Un consejo —le dijo el superintendente Turner mientras marchaba en dirección a la salida—. No vendas las joyas por ahora. Quizás sean pruebas tanto en este allanamiento como en el asesinato de Iris.

—Sí quizás sean pruebas, lo que deberías hacer es conseguir una orden para llevártelas y mantenerlas a salvo —replicó Lacey. De repente se sintió preocupada ante el hecho de que sus huellas debían de cubrir las cajas de plástico en las que estaban las gemas, además de que la superficie acrílica debía de haberse asegurado de que se conservasen a la perfección.

—Mira —dijo el hombre con brusquedad, recordándole a Lacey el modo en que había saltado cuando había hablado con ella por teléfono—. No

necesitas que te diga la mala impresión que daría que celebrases una subasta ahora mismo. A ojos del público, quiero decir.

—¿Te refieres al público al que le permites creer que quizás sea una criminal?

Turner dio un paso hacia ella con una actitud amenazante que la cogió por sorpresa. Chester gruñó.

—Conseguiré un mandato judicial para que no puedas subastar nada —dijo entre dientes.

—Eso no será necesario.

Turner se apartó.

—Me alegro de oírlo.

Salieron de la tienda mientras la detective Lewis le dirigía a Lacey una expresión de disculpa. El superintendente Turner no se dignó a mirar atrás.

CAPÍTULO VEINTE

—Toc toc.

Lacey alzó la vista del mostrador de la tienda y vio a Tom en la puerta, sosteniendo entre las manos su cesta de mimbre. El olor de los cruasanes recién hechos inundó la tienda, logrando que las glándulas salivales de Lacey reaccionaran al instante, cosa que era un alivio; el estrés de todo aquel tema había tenido un impacto inmenso en su apetito.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Tom, algo más animada al instante al verlo. Estaba sufriendo otro día sin clientes; ya ni siquiera recibía a los que venían a acariciar a Chester.

—Quería ver cómo estabas —dijo Tom, acercándose y dejando la cesta sobre el mostrador—. Después del allanamiento.

Lacey suspiró.

—¿Es que *nada* es privado en este pueblo?

—Me temo que no —dijo Tom. Se mordió al labio y le tendió a Lacey un papel del tamaño de una hoja de novela—. Me he encontrado esto en el buzón de la pastelería cuando he ido a abrir esta mañana. Todas las tiendas de la calle principal han recibido uno igual.

Lacey desvió la vista hacia el folleto que le había tendido, frunciendo el ceño por la curiosidad. El escudo de la policía local de Wilfordshire aparecía impreso en la esquina superior derecha en un azul oscuro que contrastaba con el blanco brillante del papel, y también había una banda amarilla y negra con la palabra ADVERTENCIA en rojo chillón.

A Lacey se le encogió el estómago.

—*Ha habido un ROBO en tu zona* —leyó en voz alta—. *POR FAVOR, mantente alerta. PROTEGE tu propiedad siguiendo estos sencillos pasos.* —Arrugó el papel sin molestarse a leer los puntos que había a continuación y volvió a alzar los ojos hacia Tom—. ¿Pero qué demonios? ¡Es casi como anunciar que no hago más que dar problemas! ¿Cómo puede hacer algo así la policía?

Tom la miró con compasión.

—Es una práctica habitual por aquí. Se supone que la víctima debe ser anónima, por supuesto, pero he tardado cinco segundos en averiguar que el objetivo ha sido tu tienda. Lo siento. Con algo de suerte, esto te ayudará un poco.

Sacó una tetera de la cesta y le dejó frente a Lacey; todavía emanaba vapor.

A pesar de su humor taciturno, Lacey no pudo evitar soltar una risita al verla.

—¿Tiene licor? —preguntó.

Tom sacó dos tazas de porcelana de la cesta y empezó a servir el té.

—No, es el English Breakfast clásico, pero te prometo que te relajará tanto como lo haría el alcohol. Y es todavía mejor; esto no provoca resaca.

Sonrió, juguetón, antes de volver a meter la mano en la cesta. Lo siguiente que emergió de ésta fue un gran plato lleno de toda clase de cruasanes y pastas danesas, todo ello envuelto en film… o *papel film*, como Lacey había descubierto que lo llamaban por allí, como si fuese un regalo de Navidad. Tom desenvolvió la mini montaña de pastas, dejó el delicado plato de porcelana, y lo deslizó por el mostrador en dirección a Lacey. El olor familiar y reconfortante de las pastas especiales de Tom le llenó la nariz.

—Tienes razón —dijo Lacey—. Es justo lo que necesito. —Aquella mañana no había logrado comer más que un plátano, y a eso no se le podía

considerar realmente un desayuno.

Pero Tom todavía no había acabado. Empezó a sacar de la cesta bote tras bote, todos ellos diminutos y todos ellos de mermeladas caseras: de fresa, de albaricoque, de moras, de cereza, de grosellas…

—No estaba seguro de qué sabor te gustaría más —explicó al ver la expresión divertida de Lacey—. Así que he traído un poco de cada.

—Yo tampoco estoy segura —dijo Lacey con una risita, eligiendo la de albaricoque por su vibrante color naranja.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —preguntó Tom mientras untaba un cruasán de mermelada de fresa—. Anoche, quiero decir.

Lacey sacudió la cabeza; se sentía agotada y superada por todo lo que había ocurrido. No quería entrar en detalles, pero después se recordó a sí misma que quien tenía delante era Tom, no su madre. Tom manejaba las situaciones difíciles con un consuelo tranquilo en lugar de con estallidos llenos de pánico.

—Acababa de cerrar, ya de noche —explicó Lacey—. Chester oyó algo, así que volví dentro y oí cómo se rompía el cristal. Alguien había forzado la puerta de atrás con una palanca. Chester le mordió cuando intentó huir.

—Eso resulta aterrador —dijo Tom con empatía—. ¿Crees que es la misma persona que te ha estado dejando mensajes amenazadores?

Lacey hizo una pausa. Sí que había pensado que había alguien ahí fuera que iba a por ella; a fin de cuentas, nadie sabía exactamente lo que había en la habitación trasera. Pero, pensándolo bien, la furgoneta Nigel que le había entregado las joyas no había sido precisamente discreta, especialmente teniendo en cuenta que, entre los objetos que habían traído, había una arpa antigua de oro de metro ochenta de alto y ochenta kilos de peso y que había habido un abogado presente. Y era más probable que, en lugar de tratarse de un ladrón local que había sido testigo de la entrega y había decidido probar suerte, el ladrón estuviese relacionado con las pertenencias de Iris.

Lacey reprodujo mentalmente el momento en que había interrumpido al intruso. El hombre había aparecido detrás de la caja fuerte, que se encontraba en la esquina contraría a la puerta por la que había entrado. Eso significaba que había cruzado toda la habitación, pasando frente a objetos claramente valiosos, para ir directo hacia la caja.

—Estaba buscando algo —dijo Lacey, viendo la luz—. Algo concreto. De haber sido un ladrón cualquiera, se habrían llevado lo que estuviese más cerca de la puerta. Y si hubiese sido un ataque contra mi persona, habrían dañado algo; después de todo, tenían una palanca y había muchos objetos frágiles alrededor que podía romper. Creo que era alguien que sabía que lo que tengo ahí atrás son las cosas *de Iris*.

—¿Pero quién?

—Uno de sus hijos.

Tom abrió mucho los ojos, intrigado.

—¿Uno de sus *hijos*?

Lacey asintió con la cabeza.

—Ayer irrumpieron en la hacienda Penrose diciendo que el testamento afirmaba que tenían derecho a llevarse cualquier cosa que quisieran de la que había sido la sala de juegos cuando eran niños, pero ahí es donde se complica. Iris cambió la redacción de su testamento para asegurarse de que no pudieran recurrir a un vacío legal y llevarse el reloj de cuco. Nigel estaba aterrorizado ante la perspectiva de que volvieran con un cerrajero en mitad de la noche y lo robasen de todos modos, así que me suplicó que guardase algunas cosas para mantenerlas a salvo.

—Uh —comentó Tom, contemplativo—. Así que quizás tuviese razón al decir que los hijos podían entrar a escondidas. Pero ha acabado haciéndote cargar a ti con el peligro.

—Estaba desesperado —explicó Lacey al oír la acusación que ocultaban las palabras de Tom—. No creíamos que los hijos de Iris supieran dónde

está mi tienda, pero supongo que hoy en día es muy fácil encontrar información en Internet.

Tom guardó silencio por un momento, reflexionando sin decir nada.

—Si los hijos son los responsables del intento de robo, y si pasaron de largo frente a muchos otros objetos valiosos, ¿qué crees que estaban buscando en concreto?

—El hombre salió de detrás de la caja fuerte, así que quizás fuesen las joyas… —Dejó de hablar al ser alcanzada por una idea repentina—. ¡Que está justo al lado del reloj de cuco! El reloj por el que todo el mundo se pelea. *Eso* es lo que quería ese hombre. Es lo único que les importaba en la mansión, y claramente lo que les interesaba en la tienda.

—No veo cómo podía robar una única persona un reloj de cuco, no de manera fácil al menos —pensó Tom en voz alta.

Lacey hizo una pausa.

—Tienes razón. Sería imposible moverlo una persona sola.

—¿Los hermanos estaban trabajando juntos?

Lacey negó con la cabeza.

—Sólo había un ladrón. Un lobo solitario.

Había llegado a un punto muerto, a un callejón sin salida. Lacey no pudo evitar soltar un suspiro de frustración.

Tom extendió el brazo sobre el mostrador y le dio una palmadita en la mano.

—Todo irá bien, Lace. Sé que ahora mismo resulta estresante, pero todo acabará arreglándose.

Lacey se quedó paralizada bajo su caricia. *Lace*. David había sido la única persona a lo largo de toda su vida que la había llamado Lace. No

estaba segura de lo que sentía al oír aquel mote en labios de Tom.

Éste debió de percatarse del modo en que se había tensado, porque apartó la mano.

Justo entonces la puerta de la tienda se abrió con fuerza. Lacey se encogió, sobresaltada; se había acostumbrado tanto a no tener clientes que oír de nuevo el tintineo de la campanita fue toda una sorpresa. Alzó la vista y vio a Taryn entrando como Pedro por su casa.

Chester levantó la cabeza al oír el sonido de los zapatos de tacón sobre el suelo de madera, y soltó un gruñido. Al igual que Lacey, él *tampoco* era precisamente fan de la dueña de la boutique aledaña. De hecho, a Lacey también le hubiese gustado gruñir a la mujer, pero las convenciones sociales significaban que tendría que conformarse con fulminarla con la mirada.

Taryn marchó directa hacia el mostrado y dejó el aviso de la policía frente a Lacey con un golpe.

—Esto es culpa tuya —dijo—. Has atraído a ladrones a la zona. Antes de que llegases éramos un pueblo tranquilo, ¡y ahora todo son asesinatos y robos! Si no eres directamente responsable, es que debes de ser realmente buena atrayendo a criminales.

Tom frunció el ceño.

—Taryn, ¿acaso has olvidado el robo que sufriste hace unos años? Nadie irrumpió en tu tienda culpándote de ello. Si no recuerdo mal, hicimos piña para apoyarte. Quizás puedas extender ahora esa misma cortesía a Lacey.

Taryn lo miró con frialdad.

—Bueno, Thomas, creo que estarás de acuerdo conmigo en que las cosas cambian.

Lacey notó el tono velado de sus palabras y la sugerencia pasiva agresiva de que las cosas entre *Tom* y ella habían cambiado. ¿Acaso tenían un pasado?, se preguntó.

Tom, por su parte, parecía no haberse dado cuenta de nada.

—Y cuando afecta a *mi* negocio, tengo todo el derecho a involucrarme —finalizó Taryn.

Después dio media vuelta y salió del local, con Chester gruñéndole hasta que desapareció de vista.

Lacey recogió su taza y miró a Tom por encima del borde.

—¿Así que todo acabará arreglándose? —preguntó con tristeza antes de tomar un sorbo.

*

La tienda se sumió en el silencio en cuanto Tom se marchó. Lacey se entretuvo investigando el tema de las tasaciones por Internet y hablando con sus contactos de antigüedades en Londres para pedirles su consejo como expertos, una tarea que la absorbió casi por completo. Aunque no lo suficiente como para distraerla del sonido de un martillo proveniente del local de al lado.

—Tienes que estar de broma —musitó, alzando la vista hacia la pared que compartía con Taryn y de la que provenían los golpes—. ¿Remodelaciones? ¿En serio?

Estaba a punto de ir a la tienda aledaña y averiguar qué estaba pasando cuando se vio interrumpida por una llamada en su teléfono.

Miró la pantalla y se llevó una primera sorpresa al ver que quien la llamaba era su madre. Su madre odiaba llamar por teléfono; decía que le ponía de los nervios. La única vez que se ponía al teléfono era cuando Naomi insistía. La segunda sorpresa fue el hecho de que, según el cálculo

que realizó Lacey con los dedos, ¡en Nueva York debían de ser las seis de la mañana!

Respondió a toda prisa, invadida por el pánico de que pudiese tratarse de alguna clase de emergencia.

—¿Mamá? ¿Está bien todo el mundo? ¿Qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? —graznó su madre—. ¡Lo que ocurre es que mi hija ha sido víctima de un crimen en el extranjero! ¡La preocupación me está volviendo loca!

—Oh. Eso. —A Lacey se le hizo un nudo en el pecho. Siempre acababa arrepintiéndose de mantener a su familia informada sobre su día a día. No se les daba muy bien apoyarla y el tema casi siempre acababa con Lacey teniendo que tranquilizarlos, algo que sospechaba que era lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡Sí, eso! —exclamó su madre—. ¿Qué demonios te ha hecho pensar que podías enviarme un par de frases a través de *una aplicación* para contarme algo así? «Me han robado. Todo está bien».

Lacey hizo una mueca al oír cómo su madre le leía las palabras que ella misma había escrito pero adoptando una voz casual que hacía que sonase como una cabeza hueca, algo que quedaba muy lejos de la realidad.

—Todo va *bien* —recalcó.

—¡No, no va bien! ¡Inglaterra es peligrosa! —gimió su madre.

Lacey miró la calle adoquinada, los banderines a cuadros y el escaparate de macaron colores pastel de Tom. *Muy* peligroso, sí…

—Simplemente he tenido mala suerte —dijo.

—¿Mala suerte? ¿Un asesinato? ¿Un intento de robo? ¡Eso no es mala suerte, Lacey, es una señal de Dios, del universo o de lo que sea en lo que creas hoy en día! Es hora de poner fin a esa fantasía tan tonta tuya. ¡Aquí tenías una buena vida! Un buen trabajo. Un marido agradable.

Lacey era capaz de soportar mucho durante los sermones de su madre, ¿pero afirmar que David había sido un marido *agradable*? Ni hablar, aquél era su límite.

—Los maridos agradables no recurren a un ultimátum para presionar a sus mujeres y que tengan hijos cuando no están listas. David me dejó, ¿recuerdas? No yo a él.

—David te quiere y quiere formar una familia contigo. ¿Qué tiene eso de malo? Lo único que tienes que hacer es decir que tendrás un bebé algún día y se olvidará al instante de todo ese desastre del divorcio.

Lacey apretó los dientes. ¿Cómo había pasado una conversación sobre el robo a convertirse en una discusión sobre David?

—Me dijo que con cuarenta años ya era demasiado mayor —contestó con amargura, oyendo cómo las duras palabras de David le resonaban en los oídos y volviendo a notar el sabor del Merlot en la lengua.

—Tienes treinta y nueve.

—No durante mucho tiempo.

—¡No sé por qué demonios te opones tanto!

Lacey arqueó las cejas. ¿Aparte de la manera tan neurótica en la que la había criado su madre? ¿Aparte del hecho de que su padre hubiese desaparecido y le hubiese dejado secuelas emocionales de por vida?

—Si no vuelves, se casará con esa mujer tan horrible, Edda —continuó su madre—. En realidad debería decir muchacha; casi ni tiene edad suficiente para ser legal.

Lacey frunció el ceño, confundida.

—¿De qué estás hablando?

Se produjo una pausa al otro lado del teléfono; era casi la primera vez que su madre tomaba aire durante toda la conversación.

—¿No lo has oído? —dijo ésta al final—. David está saliendo con alguien. La hija de un hombre con un imperio en el mundo de los salones de uñas o algo igual de tonto. Están comprometidos.

Comprometidos. La palabra alcanzó a Lacey como un puñetazo en el estómago. Hasta se quedó con la boca abierta al perder el aliento por el golpe.

Pero, antes de tener oportunidad de decir nada en respuesta, la campanita sobre la puerta tintineó. Lacey alzó la vista y vio al superintendente Turner y a la detective Lewis entrando en la tienda.

«Genial, justo lo que me hacía falta», pensó, notando cómo se le tensaba el estómago.

Habló a toda prisa al teléfono, todavía con la cabeza dándole vueltas por la noticia del compromiso de David.

—Lo siento, mamá, tengo que irme.

—Lacey, no le cuelgues a tu madre simplemente porque no te guste oír una verdad difícil…

—Te quiero. Adiós. —Lacey cortó la llamada y alzó los ojos hacia los dos detectives que se dirigían a ella—. ¿En qué puedo…?

Pero, en lugar de detenerse frente al mostrador, el superintendente Turner pasó de largo.

—Tengo que volver a echarle un vistazo a la escena del crimen —dijo antes de desaparecer por la puerta de la habitación trasera.

—¿… ayudaros? —acabó de decir Lacey al aire donde el detective había estado hacía un momento.

La detective Lewis llegó junto al mostrador.

—Lo siento —dijo—. Es un buen detective, pero su educación deja mucho que desear.

Lacey se encogió de hombros; había recibido demasiados golpes como para no haberse insensibilizado.

—No tengo nada que ocultar —musitó.

—¿Lograste que te fijasen la puerta? —pregunto la detective, apoyando los codos sobre el mostrador. Le dirigió a Lacey una pequeña y tímida sonrisa de preocupación.

Ésta asintió con la cabeza.

—Sí, el contacto que me pasaste fue muy rápido. Llegaron en cuestión de una hora con madera contrachapada para cubrir la puerta. Mañana vendrán a arreglar la ventana. Gracias por la recomendación.

—No es nada. Me alegro de haber podido ser de ayuda.

A Lacey se le ocurrió que la detective Lewis en realidad estaba intentando ser amable, y se preguntó si aquella podría ser una oportunidad de sonsacarle algo de información a la agente. A fin de cuentas, el dragón que tenía por compañero no estaba ahora mismo respirándole en la nuca, y la detective parecía estar de bastante buen humor.

Ladeó la cabeza.

—¿Habéis comprobado dónde estaban los hermanos?

La detective Lewis asintió con la cabeza.

—Sí. Anoche a la hora del allanamiento Henry y Benjamin estaban en *The Coach House*. Brenda, la camarera, ha presentado una declaración como testigo.

—¿Estaban *aquí*? ¿En la calle principal? —jadeó Lacey. Ignoró la parte del testigo (a fin de cuentas, la gente podía equivocarse muchísimo a veces), y en su lugar se concentró en el hecho de que habían estado a poco más de treinta metros de donde se había producido el intento de robo.

—Sí, pero…

—¿Y qué hay de la mordedura? —la interrumpió Lacey—. ¿Les habéis mirado las piernas?

Los labios de Beth se tensaron en una línea recta.

—Tienen una *coartada*, Lacey. No hay prueba alguna que nos permita cachearlos.

—¿Pero cómo podéis estar tan seguros de que el testimonio de Brenda es correcto?

—*Porque* —dijo la detective con una voz que sonaba cansada—, el pub transmitió anoche el partido de fútbol. Arsenal contra Wolverhampton. Los dos hermanos estuvieron allí desde el pitido de inicio hasta el del final. Tenemos la declaración de una testigo y el superintendente ha estado trabajando en todas las coartadas personalmente. Lo siento, Lacey, pero tu presentimiento se equivocaba. Los hermanos Archer no tienen nada que ver con el intento de robo.

Lacey se sentía completamente perdida. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto? ¿Quién más podía haber irrumpido en su tienda si no se trataba de uno de los hermanos?

Quizás se había estado obsesionado con la posibilidad equivocada al pensar que el intruso se dirigía hacia el reloj de cuco. Quizás sí que fuese alguien de la zona intentando hundirle el negocio. Alguien que iba *a por ella* en concreto y que quería que se marchase del pueblo.

Dejó caer los hombros. Así que, después de todo, su madre tenía razón. Quizás hubiese llegado el momento de admitir que su sueño de vivir una vida idílica junto al mar había llegado a su fin.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Lacey maniobró el portátil para que la cámara web apuntándose hacia el reposa pies alargado con las esquinas redondeadas y tapizado con una tela estampada de cachemir dorada. Percy Johnson, el tasador favorito de Lacey y también el más torpe, le sonreía de oreja a oreja en la pantalla desde Mayfair, en Londres. El hombre entrecerró los ojos tras las gafas de pasta mientras el desfase de la conexión le hacía parpadear.

—Ah, sí —dijo con un acento untuoso—. Es una pieza encantadora, en efecto. Bueno, ¿cuál es tu valoración?

—Es una otomana en la que se puede alzar la parte superior. A juzgar por la tela, diría que victoriana. Y los pies son de caoba. —Hizo una pausa—. El resto de las otomanas victorianas que hemos visto valían unas mil libras.

—Sí —dijo Percy, alargando la palabra como para indicar que sólo tenía razón a medias—. La otomana victoriana habitual suele alcanzar las mil libras en una subasta, pero la que tienes ahí es bastante más rara, desde luego. He visto algunas parecidas que se han vendido por el doble si están en buen estado.

Lacey soltó un silbido y tomó nota de la información. Después pulsó los botones de la calcular para convertir aquella cantidad a dólares, una moneda que su mente podía comprender con más facilidad al estar familiarizada con ella, y vio que equivalía a unos tres mil cien dólares.

—Guau —musitó—. Vale. Y tenemos al menos cinco.

—Esa hacienda es todo un tesoro repleto de delicias.

—Y que lo digas.

Lacey estaba en la mansión Penrose, en una de la miríada de habitaciones de invitados de la tercera planta. Había decidido, ya que la subasta se celebraría en un futuro próximo, que se mantendría ocupada tasando el resto de los objetos de los que Nigel quería que se ocupase, y Percy le estaba ofreciendo un apoyo y guía de lo más valiosos. Lacey se sentía orgullosa de lo rápido que estaba absorbiendo todo lo que le estaba enseñando; su buen ojo para los muebles victorianos era cada vez más y más exacto, todo gracias a la abundancia de piezas que contenía la mansión.

Su plan era ir de habitación en habitación, saltándose por supuesto el contenido de la sala de juegos, una puerta que había permanecido cerrado con llave desde que esos tres cerditos se habían marchado, y trabajar metódicamente en cada una de ellas. Era un trabajo muy largo, y Lacey estaba adorando hasta el último segundo. La ayudaba mucho a quitarse de la cabeza los problemas que estaba teniendo con la policía y la tienda, algo de lo más irónico al considerar que estaba en casa de la mujer muerta que había dado pie a todo aquel asunto.

—Lacey, querida, tengo que poner fin a la llamada. Karen me está llamando para tomar el té; está un poco exasperada por la cantidad de tiempo que le estoy dedicando a esto. No creo que esté llevando muy bien el que mi pasatiempo ocupe, por una vez, más tiempo que el suyo.

Lo dijo de buen humor, pero Lacey se sintió culpable de todos modos. Ni siquiera se había dado cuenta de que el cielo se había oscurecido durante el transcurso de su llamada.

—Oh, lo siento —exclamó—. Gracias por tu ayuda. Por favor, pídele perdón de mi parte a tu esposa. No te robo más tiempo.

Percy soltó una risita.

—En absoluto. Llevo perdiendo dos horas cada noche desde hace treinta años en sus prácticas de trompa. Ya iba siendo hora de que aprendiera qué se siente al estar en mi posición.

Después se rió y se despidieron el uno del otro antes de finalizar la videollamada.

Lacey se giró hacia Chester.

—Ahora sólo estamos tú y yo, chico. ¿Comprobamos si hay algo interesante en los cajones?

Se acercó a la cómoda, pero antes de tener la oportunidad de abrir el primer cajón, algo peculiar le llamó la atención. El cajón de abajo estaba medio abierto, como si alguien lo hubiese cerrado a toda prisa. Si se tratase de una habitación normal, algo así no habría despertado la curiosidad de Lacey, pero estaba en una habitación de invitados inmaculada donde todo lo demás estaba cuidadosamente organizado.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y abrió el cajón del todo.

El interior estaba vacío casi por completo; sólo había una pequeña toalla de manos doblada en la esquina. Encima de ésta había una Biblia, una edición preciosa encuadernada en cuero rojo. Lacey la sacó, preguntándose si, al igual que todo lo que había poseído Iris Archer, se trataría de una antigua reliquia que sería completamente adorada si encontraban al dueño adecuado.

Acababa de abrirla y estaba hojeando entre las páginas tan finas que parecían papel de fumar cuando algo cayó del interior, repiqueteando contra el suelo.

Lacey frunció el ceño y recogió lo que parecía un anillo hecho con alambre de cobre.

Volvió a centrarse en la Biblia, siguiendo pasando páginas hasta que vio que las del centro había sido cortadas, probablemente con un escalpelo, para formar un pequeño espacio rectangular. Dentro parecía haber todo una variedad de joyería artesanal: un collar de macarrones, brazaletes de la amistad de hilos de colores, y unos pendientes hechos con los tapones de los cartones de leche. Estaba claro que era obra de un niño.

Y entonces Lacey frunció el ceño al ver algo encajado al fondo del pequeño espacio, como si tuviese que ser una especie de fondo decorativo. ¿Era una fotografía?

Pasó las páginas cuidadosamente cortadas y la fotografía que había estado dentro quedó libre, cayendo revoloteando al suelo y aterrizando bocabajo junto a su rodilla derecha.

Chester emitió un gimoteo.

—Lo sé —le dijo Lacey, extendiendo la mano para recogerla—. Qué curioso.

Le dio la vuelta al papel y comprobó que, en efecto, era una fotografía. La calidad granulada de la imagen le hizo pensar que debía de haberse sacado en los años noventa.

—¡Oh, mira, es Iris! —le dijo a Chester, reconociendo al instante a la mujer por sus ojos tan característicos. El destello travieso e inteligente era inconfundible, incluso en unos ojos veinticinco años más jóvenes.

Iris estaba sentada en un sillón como si fuese un trono, con un vaso de Martini en la mano y una sonrisa encantada en el rostro. La fotografía la había captado en un momento cándido de risa sincera, e iba vestida con un sencillo vestido negro de satén pero que había acompañado con algunas remarcables piezas de oro, incluyendo unos pendientes tachonados en cada lóbulo y una delicada cadena alrededor del cuello en la que había un colgante con forma de llave que le alcanzaba un poco más abajo de la clavícula. El cabello, castaño pero ya con mechones grises, lo llevaba recogido en un sofisticado moño, y unos tacones lograba que sus piernas pareciesen largas y bien definidas.

—Guau —dijo Lacey en voz alta—. ¡Está claro que Iris llevó la frase «envejecer con elegancia» al extremo!

Hubiese estado encantada de tener la energía suficiente como para estar la mitad de presentable de lo que Iris parecía a esa edad, pero en el fondo sabía que era más probable que acabase como su madre y eligiese una cómoda y gruesa rebeca de lana y que se rindiese en su batalla contra las canas antes incluso de empezar.

Pasó la mirada por las otras dos personas que aparecían en la imagen; dos hombres de pie, cada uno a un lado de Iris.

Jadeó y estuvo a punto de dejar caer la fotografía. Uno de ellos le resultaba de lo más familiar. Pelo oscuro y rizado, hoyuelos… Era idéntico a su padre.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

— ¡Nigel! —exclamó, saliendo corriendo de la habitación de invitados con la fotografía sujeta con fuerza, como si fuese un bote salvavidas y ella estuviese a la deriva en mitad del océano—. ¿Nigel?

Bajó a saltos el primer tramo de las escaleras, a punto de tropezarse en su prisa por encontrar al ayudante y preguntarle si había llegado a conocer a su padre o si sabía algo sobre cómo estaban conectados Frank y Iris como acabar posando en una fotografía como amigos de toda la vida.

Chester, junto a ella, parecía haber notado la urgencia que transmitía su voz y sus movimientos, porque no dejaba de mirarla con ansiedad y se mantenía pegado a ella como si pretendiese protegerla. Pero lo que no sabía Chester era que no podía protegerla del dolor emocional. Es un escenario como aquel, no había delincuente al que morder.

Lacey llegó al descansillo y se lanzó hacia el último tramo de escaleras, que daba directamente al vestíbulo y, al hacerlo chocó de lleno con Nigel, que salía de una de las habitaciones. Nigel trastabilló varios pesos, chocándose de espaldas contra la pared con un golpe audible.

—¡Uff! —gruñó Lacey.

—¿Estás bien? —le preguntó Nigel, sujetándola por los codos para evitar que cayese al suelo—. Te he oído llamándome.

Lacey se enderezó.

—Sí, estaba… —Hizo una pausa al fijarse por primera vez en la expresión de Nigel; tenía las mejillas húmedas por las lágrimas. Todo pensamiento sobre la fotografía desapareció de su mente—. Oh, Nigel. ¿Qué ocurre?

—Acabo de darme cuenta de que *sí* que falta algo. *Sí* que se llevaron algo.

Lacey jadeó.

—¿De verdad? ¿El qué?

Nigel le hizo un gesto para que entrase en la habitación en la que él había estado. Se trataba de un dormitorio, uno más grande que el antiguo apartamento de Lacey, con una zona para maquillarse y vestirse, un baño privado, un vestidor y una chimenea con un sillón al lado. La pared opuesta al sillón estaba llena de pequeñas obras de arte enmarcadas, principalmente imágenes de mujeres vestidas con distintos atuendos a lo largo de la historia, como una especia de carta de amor a la evolución del arte de la moda.

—Ahí —dijo Nigel, señalando un hueco donde el papel de pared se veía de un color más vibrante.

Era un cuadrado pequeño alrededor del cual años de recibir la luz del sol había desteñido el papel. Allí antes había habido algo colgado, un cuadro más entre la multitud que lo rodeaban, y lo habían quitado.

—Guau, ¿cómo has podido distinguirlo? —preguntó Lacey. Habría hecho falta una vista muy aguda para verlo entre el mar de pinturas.

—Porque era un cuadro valioso. Un original muy raro de Lady Isabelle Wiccomb Defante. Era antepasada de Iris. Pintaba a mujeres en muchas poses naturales, como por ejemplo acunando a sus bebés, peinándose, esa clase de cosas, algo que en su época se consideraba extremadamente atrevido. Algunos afirmaban que era casi pornográfico, así que su marido puso fin a sus pinturas. Lady Isabelle siguió pintando miniaturas en secreto, pero cuando su marido se enteró, las hizo quemar todas. Se dice que Lady Isabelle perdió la cordura tras aquello, y corría el rumor de que una de las miniaturas sobrevivió al fuego.

Señaló el pequeño hueco en la pared.

Lacey, hechizada por la historia de la rebelde Lady Isabelle, abrió mucho los ojos.

—¿Iris ha tenido esa miniatura desde el principio?

Nigel sonrió, como si estuviese recordando el lado travieso de su antigua jefa.

—Así es. Lady Isabelle era su heroína. Quería tenerla expuesta en su honor, pero al mismo tiempo no quería llamar mucha atención sobre el hecho de que poseía una obra de arte tan poco habitual. No está en el registro de objetos, sino que la escondía a plena vista en mitad de su pared dedicada a la moda.

Lacey sacudió la cabeza, asombrada.

—Está claro que heredó la rebeldía de Isabelle.

—Sí, y también su cabezonería. —La sonrisa de Nigel se esfumó, siendo sustituida por la pena—. Muchos consideran ahora a Isabelle Wiccomb como una maestra, una pionera entre las artistas femeninas. El descubrimiento de la miniatura perdida sacudiría el mundo del arte, eso te lo aseguro.

—¿Lo sabía alguien más? —preguntó Lacey.

Nigel se encogió de hombros.

—Sinceramente, no tengo ni idea. Puede que se lo contase a sus hijos, pero que ellos estuviesen lo bastante interesados en la historia como para acordarse es otro tema. Nunca le prestaron atención alguna a la pasión de Iris por la moda, así que dudo que el arte les importase. Su hermana quizás lo sabía pero, como ya sabes, sufre de Alzheimer. Puede que también se lo contase a su marido, pero por desgracia ya ha fallecido. En cuanto he visto que el cuadro ya no estaba aquí, he comprobado si acaso lo había guardado en la caja fuerte. Ya sabes que cambió varias cosas de lugar antes de su muerte. Pero no. Ha desparecido. Alguien debió de comprender lo que se trataba… y… Oh, Lacey, ¿crees que la mataron por *un cuadro*?

Nigel se dejó caer en el sofá y estalló en lágrimas.

Aquella imagen hizo que a Lacey se le encogiese el corazón; le frotó la espalda en un intento de consolarlo.

Lo repasó todo mentalmente mientras Nigel lloraba. La persona que se había llevado el cuadro debía de estar al tanto de la historia que había tras él, o no habría ido a por él en concreto. Y debía de haber sabido que estaba colgado en aquella pared.

Examinó el espacio que había ocupado aquella pieza tan excepcional. Y entonces algo en el papel desteñido le hizo tener una revelación.

—¡Oculto a plena vista! —espetó—. Sea quien sea la persona que se lo ha llevado, lo ha hecho porque es básicamente imposible de rastrear. La existencia del cuadro sigue siendo poco más que un rumor. Estaba escondido entre todos los demás y su falta no sería algo que le resultase obvio de inmediato a la policía cuando comprobaron la casa en busca de señales de robo tras el asesinato. Iris ni siquiera lo tenía listado en el registro de la propiedad por lo mucho que quería protegerlo. Lo único que necesitaba hacer el ladrón era esperar el tiempo suficiente para que el sol destiñese también ese hueco y ya nadie podría haber afirmado que el cuadro había llegado a estar aquí alguna vez. ¡Sea quien sea el culpable, tiene guardada literalmente una mina de oro!

A pesar de su entusiasmo al dar con aquella pista, Lacey era muy consciente de la realidad que se ocultaba tras ésta. Una anciana había muerto, seguramente por un cuadro. Le habían arrebatado la vida de manera brutal. Era demasiado horrible como para pensar en ello mucho tiempo; la maldad de aquel plan hizo que sintiese un escalofrío.

Nigel alzó la vista cuando el ataque de llanto cedió un poco.

—Me habías llamado —dijo.

Lacey dio un salto, recordando de repente la fotografía que todavía tenía en la mano. Había quedado tan absorbida por la historia de Lady Isabelle y la pista del cuadro robado, que se había olvidado por completo de ella.

Se la tendió a Nigel y éste la cogió, frunciendo el ceño en un gesto de curiosidad.

—¿Qué es?

—La he encontrado dentro de una Biblia. Alguien había cortado un hueco en las páginas para crear un compartimento y la había colocado dentro.

Nigel pareció confundido.

—¿En qué habitación? —Le quitó al fotografía por completo de la mano a Lacey.

—Una de las de invitados del tercer piso. También había algunas joyas que parecían hechas a mano.

—Suena a algo que haría Clarissa. Por lo que Iris me contó de ella, Clarissa siempre había admirado sus joyas y de niña intentaba hacerse las suyas propias, pero los chicos acostumbraban a destrozar todas sus creaciones, así que empezó a esconderlas. Debes de haber dado con uno de sus antiguos escondites.

Lacey frunció el ceño. Esconder sus creaciones de los monstruos que tenía por hermanos desde luego tenía sentido, ¿pero por qué iba a poner también la fotografía? ¡Y una fotografía de un hombre que parecía su padre!

—¿Conoces a algunos de los hombres de la foto? —preguntó, manteniendo su pregunta vaga a propósito para no darle ninguna información a Nigel que pudiese llevarlo a un recuerdo falso.

Nigel estudió la imagen durante un rato antes de encogerse de hombros.

—No, lo siento, no los conozco. Parece que esta imagen se hizo hará unos veinte o treinta años, mucho antes de que yo llegase a la mansión Penrose. ¿Por qué lo preguntas? —Le devolvió la fotografía.

Lacey sintió cómo la decepción se asentaba en su pecho.

—Creía que podía ser una pista, pero supongo que no. En fin, el cuadro desaparecido es una pista lo bastante buena como seguir con ella.

Nigel asintió con la cabeza. La conversación sobre el robo parecía haberlo entristecido, y Lacey decidió que lo mejor sería darle algo de intimidad para lidiar con su pena.

—Chester y yo tendríamos que irnos ya —dijo.

—Te acompaño a la puerta —contestó el ayudante.

Nigel había empezado a cerrar con llave y cerrojo todas las puertas desde que aquellos tres detestables hijos habían irrumpido en la casa. El único modo que tenía Lacey de salir era si la acompañaba.

Nigel se puso en pie, provocando que las rodillas le crujiesen con fuerza, y, tan educado como siempre, le hizo un gesto a Lacey para que saliese primero del dormitorio y él pudiese seguirla.

Empezaron a bajar por las escaleras, momento en el que Lacey lo oyó quejarse en voz baja.

—¿Te molestan las rodillas? —preguntó, mirándolo por encima del hombro.

—En absoluto —contestó Nigel, quitándole importancia a su preocupación. Mantuvo la mirada desviada, pero la mueca de dolor resultaba evidente en su rostro.

—Oh, no —dijo Lacey—. He sido yo, ¿Verdad? Te he hecho daño cuando he chocado contigo en el pasillo. Lo siento muchísimo.

Qué típico de aquel ayudante tan educado el no querer admitirlo; era casi la personificación humana de la típico compostura británica.

—no, no, no —dijo Nigel, pareciendo cada vez más incómodo—. No es nada.

Lacey quiso reconfortarlo, pero estaba claro que Nigel no quería que siguiese fijándose en su dolor. Pero resultaba evidente que le dolía lo suyo, y habían chocado con bastante fuerza en el descansillo. Lacey no podía evitar sentirse responsable, y eso, a su vez, hacía que quisiese solucionar el problema de algún modo.

Estaba a punto de preguntarle a Nigel si le dejaría irle a buscar al menos un analgésico cuando se le ocurrió una idea distinta. Nigel hacia una mueca de dolor con cada paso que daba, y cojeaba como si el dolor fuese producto de apoyar su peso en la pierna y no fruto de un golpe o una inflamación.

Lacey sintió como si un terrible torbellino le pasase por la cabeza al comprenderlo de repente. Se aferró a la barandilla con fuerza; de repente parecía que aquel trozo de madera era lo único que evitaba que se desplomase escaleras abajo.

¿Acaso Nigel estaba dolorido… por el mordisco de un perro?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

A Lacey le temblaban las manos, aferradas alrededor del volante mientras recorría las carreteras serpenteantes de la campiña. En el asiento del copiloto estaba Chester, sentado y alerta. La ventanilla estaba abierta un par de dedos y el viento se colaba en el vehículo, agitándole el pelaje.

—Lo siento —dijo Lacey, inclinándose frente al animal y subiendo la ventanilla.

Chester gimoteó.

—¿Qué opinas de todo esto? —le preguntó—. Quiero decir, conocemos a Nigel. Lo conocemos bien. No haría nada que pudiese hacer daño a Iris, ¿verdad?

A pesar de lo poco que quería considerar la idea de que Nigel podría estar involucrado, se encontró repasando de todos modos las pruebas que había reunido hasta el momento para ver si alguna de ellas podía encajar con su teoría de que Nigel fuese el culpable.

—Empecemos con el intento de robo en mi tienda y retrocedamos a partir de ahí —le dijo a Chester, saliendo de la calle principal del pueblo y adentrándose en un callejón más oscuro iluminado únicamente por unas pocas farolas—. Asumamos que la persona que intentó robarme iba en concreto a por las cosas de Iris. ¿Quién sabía que estaban allí? Nigel, por supuesto, porque organizó el transporte. El abogado. La empresa de transportes. Oh, y la aseguradora especializada en música, porque tuve que hablar con ellos para conseguir el seguro del arpa griega. Bueno, a esos podemos descartarlos directamente; ¡su negocio ya estaría en bancarrota si fuesen por ahí robando todas las arpas para las que contratan su seguro! Y lo mismo podemos decir de la empresa de transportes. Eran especialistas; las empresas como ésa sólo sobreviven si tienen una reputación magnífica.

Si hubiese el más mínimo rumor de un escándalo, tendrían que cerrar al día siguiente. Quiero decir, mi tienda es un ejemplo bastante bueno.

Lacey resopló y después hizo una pausa. Estaba hablando con su perro, y no se trataba de un par de frases aquí y allá que Chester quizás comprendiese, sino un monólogo al completo. Le estaba lanzando teorías como si fuese su compañero detective. La idea era tan absurda que le arrancó una carcajada incluso a pesar de la gravedad de la situación.

Pero, aunque Lacey no estaba lo bastante loca como para creer que Chester pudiese comprender pensamientos tan complicados, hablar en voz alta le estaba resultando de ayuda. Así que continuó.

—Eso nos lleva de vuelta a Nigel. Es la única persona que sabía del cierto que los objetos de Iris estaban en mi tienda.

El estómago se le agrió al apuntar la primera marca contra Nigel.

—Pero eso siempre y cuando asumamos que el robo *era* el objetivo. Tom ha creído que quizás fuese alguien de la zona intentando asustarme, como la persona que me ha estado dejando mensajes amenazadores.

Pero después recordó que, durante su charla acompañada de cruasanes rellenos de mermelada, ambos habían llegado a la conclusión de que el culpable había ido en concreto a por el reloj de cuco.

Fue entonces cuando Lacey tuvo un momento *eureka*, y no era para nada como se lo había imaginado. No sintió alivio, sino un golpe horrible y doloroso en el pecho. No resultaba agradable, sino directamente detestable. No había llegado a una respuesta que desease encontrar, incluso si resultaba ser cierta. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar, formando una imagen que, sencillamente, no quería creerse. Pero ver, tal y como dicen, es creer, y la imagen que cobraba forma en su mente era clara como el agua.

—El ladrón no intentaba llevarse el reloj de cuco —dijo en voz alta, con el corazón hecho un nudo al comprenderlo—. Estaban intentando abrirlo. Abrir la puerta que está cerrada con llave. La puerta cuya llave se perdió. Esa lo bastante pequeña como para ocultar una miniatura dentro. El ladrón

llevaba una palanca, pero no para forzar la caja fuerte, que hubiese sido imposible, sino para forzar el reloj y coger algo que había dentro.

Tomó la última curva para llegar a *Cottage Crag* y aparcó frente a la casa, apagando el motor. Los hombros se le hundieron y musitó las siguientes palabras en mitad del silencio.

—Benjamin acusó a Nigel de sacar el reloj de cuco de la sala de juegos para sacar provecho de la redacción del testamento, la redacción que Iris hizo cambiar justo antes de su asesinato, un cambio del que sólo Nigel estaba al tanto.

La luz de la luna entraba a través del parabrisas. Lacey miró a Chester y éste le devolvió una mirada tan atenta como siempre.

—¿Por qué haría algo así? —le preguntó al perro—. ¿Por qué?

Nigel sabía que, según el testamento de Iris, heredaría la hacienda… y pronto, puesto que la mujer era mayor y estaba enferma. Pero no recibiría ni un centavo de la venta de todos los objetos, que se entregaría a actos caritativos. ¿Cómo se suponía que iba a pagar todos los gastos que conllevaba tener una hacienda tan enorme? Básicamente, la casa se convertiría para él en un albatros si no tenía ningún modo de conseguir ingresos. Una mujer rica como Iris seguramente no fuese consciente de lo imposible que resultaría a un hombre normal como Nigel pagar por el mantenimiento. Le había dejado en herencia lo que venía a ser un cubo de podredumbre por valor de varios millones de libras.

—¡Pero podría haberse negado a aceptar la hacienda! —exclamó Lacey en voz alta, golpeando el volante con los puños al ser dominada por el enfado—. Pero debió de dejarse llevar por la avaricia. Rechazar el regalo de una mansión famosa y valorada en varios millones de libras exigiría una voluntad de hierro. Y si supieras que sería posible conseguir el dinero que necesitas para mantenerla con la venta de un único cuadro… Uno del que nadie sabe nada, uno que se rumorea que fue destruido. —Lacey suspiró—. De entre toda la gente en la vida de Iris a quien les contó la historia de esa excepcional obra de arte, fue *Nigel*. Y ese objeto tan pequeño y fácil de

esconder podría pagar las facturas, impuestos y el mantenimiento de la mansión durante años.

Salió del coche y Chester se puso de un salto junto a ella, marchando ambos hacia la casita. La mente de Lacey parecía ir a mil por hora. Fue directa hacia la cocina, le llenó el cuenco a Chester con algo de pienso, y se sirvió un vaso de vino para ella. Después se sentó en el taburete de la isleta de la cocina, donde la esperaba su libreta con todas las anotaciones de los artículos relacionados con el asesinato de Iris. Su lista de sospechosos le devolvió la mirada desde las páginas.

Benjamin.

Henry.

Con un suspiro entristecido, Lacey cogió el bolígrafo y dibujó un círculo alrededor del último nombre de la lista.

Nigel.

Después hizo una flecha que salía del círculo y escribió la palabra *avaricia*.

—Nigel se volvió avaricioso —dijo—. Iris le dijo que heredaría la hacienda pero nada de dinero para mantenerla, y Nigel debió de pensar que había un modo de poder pagar por todo. Vender el cuadro. No podía llevárselo mientras Iris estuviese viva, porque hubiese notado su desaparición al instante. Tenía que morir para que pudiese hacerse con él. ¿Pero por qué no esperar a que Iris muriese de causas naturales y después coger el cuadro? ¿Por qué matarla? Debía de haber algo urgente. Quizás Nigel no tuviese mucho tiempo, quizás se le acumulasen las facturas por alguna razón. Algo le obligó a dar el paso.

Añadió otra palabra junto a *avaricia*: *urgente.* Y después otra más: *¿esconder?*

Porque, ¿por qué iba a esconder Nigel el cuadro dentro del reloj? ¿Por qué no sacarlo sin más de la casa? Podría haberlo metido en su coche, por

ejemplo, durante lo que había dicho que había sido su viaje en busca de la medicación. ¿Es que tenía miedo de que la policía registrase también su coche? ¿O quizás era que el cuadro era tan delicado y preciado que no quería arriesgarse a que resultase dañado?

—¡Sí, eso es! —dijo Lacey, añadiendo *seguro* a su lista de palabras.

¡Nigel sabía que había seguros especiales que cubrían las antigüedades porque lo habían hablado! Sabía muy bien que todo lo que había en el interior de la casa estaba protegido, y que también lo estaba todo lo que estaba en la tienda de Lacey. Si el cuadro estuviese *en cualquier otro sitio* que no fuese la mansión o la tienda, y se producía algún daño, aquella obra de arte pasaría a ser completamente inútil. Y, puesto que temía que los hijos de Iris pudiesen irrumpir en la casa, el único lugar en el que el cuadro estaría cien por cien seguro era la tienda de Lacey.

—Por eso estaba tan desesperado —dijo Lacey, sintiendo cómo se le revolvían las tripas—. Me ha usado. Ha hecho ver que era aliada suya y me ha metido en sus planes bajo el pretexto de ser amigos. Me contó todo ese cuento de que el último deseo de Iris fue que fuese yo quien lo tasase todo y ha sido amistoso conmigo para que no sospechara de él. Para desviar la atención. Ha estado… escondiéndose a plena vista.

Dejó el bolígrafo y apoyó la cabeza entre las manos.

Toda aquella estratagema tan elaborada había sido planificada con tanto detalle que le hacía sentir escalofríos. Nigel había sacado el reloj de la sala de juegos para poder usarlo como escondite para el cuadro, afirmando que la llave había desaparecido para que nadie pudiese echar un vistazo dentro, y después había entregado el reloj a Lacey, que no era más que una principiante en el mundillo, para que lo mantuviese a salvo. Debía de haber sabido que el sol no tardaría mucho en desteñir la pared y ocultar su crimen para siempre.

Por supuesto, no habría sido capaz de vender el cuadro enseguida debido al claro vínculo que se hubiese establecido entre él y las propiedades de Iris. Debía de haber un intermediario, alguna clase de tratante de los bajos

fondos que sería quien se llevaría toda la fama y la gloria de haber encontrado la infame miniatura perdida de Lady Isabelle Wiccomb Defante.

Lacey había oído hablar de ellos; había todo un mercado negro de gente que vendía y compraba obras de arte robadas por los nazis, después de todo, a pesar de lo enormemente ilegal y reprensible de ese hecho.

Estaba claro que Nigel no tenía mucha paciencia. Fuese cual fuese la urgencia que le había llevado a matar a Iris, también lo había llevado a forzar la puerta de la tienda e intentar robar el cuadro.

—Oh, Chester. —Lacey miró a su perro—. ¿Fue a Nigel a quien mordiste esa noche? ¿Ha sido Nigel quien lo ha hecho todo?

Chester parecía juzgar bastante bien a la gente en su mayor parte, pero claro, Lacey también había creído que era buena juzgando a la gente, y aun así Nigel parecía haberla engañado por completo. ¿Los había engañado a los dos? ¿Es que sólo hacía falta un poco de zumo de naranja casero y pienso para perros para manipularlos a ambos?

Se sentía fatal. Ansiaba desesperadamente que Nigel no fuese el culpable.

Se quedó mirando fijamente el papel, las palabras que había escrito y conectado con flechas y las que había rodeado de un círculo y subrayado, suplicándoles que le dijesen algo diferente. Urgió a su mente a encontrar otra fórmula donde todo encajase de manera diferente, que hiciese un giro de ciento ochenta grados y contrarrestase esa teoría.

Fue entonces cuando su mirada se posó en la palabra *palanca*.

—¡La palanca! ¡Eso es! Nigel hubiese necesitado la llave para esconder el cuadro. ¡De haber tenido la llave, no habría usado la palanca para forzar el reloj!

Pero, nada más ser alcanzada por esa revelación, Lacey sacudió la cabeza al venirle a la mente un contraargumento.

—Excepto que no sabemos si la palanca era para forzar el reloj. Quizás fuese simplemente forzar la puerta trasera. Bien podría haber tenido la llave en el bolsillo todo el tiempo.

Aquello no exoneraba a Nigel en lo más mínimo.

Lacey sacudió la cabeza con tristeza, apesadumbrada; le parecía que Nigel quizás la hubiese estado engañando desde el principio. Ocultándose a plena vista. Dejando que jugase a los detectives y pensase que era aliado suyo mientras la usaba.

Pero, para estar completamente segura, Lacey primero tenía que poner a prueba su teoría. Y sólo había un modo de hacerlo.

Tendría que forzar la puerta del reloj.

*

Era medianoche, pero el reloj que Lacey tenía delante se había parado a las cuatro y media. ¿Cuántos hacía que no daba la hora? ¿Cuánto tiempo había pasado el antiguo péndulo inmóvil?

Lacey sujetó con más fuerza la palanca que tenía entre las manos. El metal se le hacía pesado, y su fuerza destructiva era casi palpable. Lo alzó por encima de la cabeza.

Y se detuvo en seco.

No podía, sencillamente no podía hacerlo. ¡Si su padre la viese en aquel momento, a punto de destrozar un reloj antiguo! No, no podía. Era una pieza exclusiva, única en todo el mundo. El intrincado diseño y el cuidado que se había dedicado a su construcción hacía que tuviese todavía más valor del que podía llegar a tener a nivel de dinero.

Lacey suspiró y se arrodilló para estar cara a cara con Chester, que estaba sentado pacientemente junto a sus piernas, y le sujetó la cabeza entre las manos.

—Tiene que haber otro modo —dijo mientras le revolvía el pelaje—. Bueno, supongo que *sí* que hay otra opción… Si subasto el reloj de cuco, el asesino intentará comprarlo para poder hacerse con el cuadro que hay dentro.

Chester ladró como para indicar que estaba de acuerdo.

—Pero no es tan sencillo —le dijo Lacey—. El superintendente Turner ha dejado muy claro que, si celebro la subasta, me llevará a juicio.

Esta vez, Chester contestó con un gruñido.

—Tienes razón —dijo Lacey, sintiendo como una oleada de determinación la recorría—. ¡No podemos permitir que ese matón del superintendente nos diga qué hacer! —Volvió a revolverle el pelaje a Chester—. Tenemos que hacerlo. Tenemos que celebrar la subasta, con o sin amenaza. Porque, si Nigel *es* el asesino, no le quedará otra opción que venir e intentare pujar por el reloj. Es una trampa. Una en la que el asesino se verá obligado a caer.

Chester empezó a ladrar.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Ivan Parry dejó el rotulador negro sobre la mesa de la cocina de Lacey, junto a la montaña de carteles escritos a mano para su subasta.

—Se acabó —dijo—. Estoy agotado.

Gina alzó la vista del cartel en el que estaba trabajando. Tenía manchas de rotulador en la cara.

—Te saco cinco años y todavía me quedan fuerzas. ¡Venga, Parry, dobla el lomo!

Tom movió las cejas con aire travieso, mirando a Ivan.

—Eso me ha sonado a reto.

Ivan volvió a coger el rotulador.

—Acepto el reto. Unos cuantos más no me harán daño.

Lacey miró por encima de su portátil al extraño equipo con una sonrisa en los labios.

—Aprecio mucho que estéis haciendo todo esto —les dijo con una gratitud sincera.

—Y yo también —se oyó la voz de Percy Johnson a través de la cámara web.

Llevaban toda la mañana organizando la subasta. Ivan se había pasado por *Cottage Crag* antes del desayuno para rebajar una puerta hinchada que ya no cerraba como debía y había pillado a Lacey en mitad de una llamada de emergencia con Percy en relación a los preparativos de una subasta

súbita. Ivan se había sentido tan intrigado por la venta de los bienes de Iris Archer que había querido ayudar al instante.

Y después Gina se había pasado para ver si Chester quería unirse a Boudicca y a ella en su paseo por la playa ya que ambos perros se llevaban de maravilla últimamente, y se había sumado de inmediato a la refriega.

—¿El superintendente Turner lo ha prohibido? —había exclamado, frotándose las manos con alegría—. ¡Estoy desde luego que me apunto.

Y un poco más tarde Tom había llegado a la casa para ver si Lacey quería compartir los cruasanes que no se habían vendido el día anterior antes de ir a trabajar, y se había sorprendido al descubrir una especie de rebelión contra el pueblo teniendo lugar en la cocina de ésta. Pero se lo había tomado con buen humor y se había unido a los preparativos, compartiendo sus pastas con las tropas hambrientas.

Habían decidido entre los cuatro publicar un anuncio en la página web del consejo y habían creado un montón de carteles para colgarlos en las tiendas de la calle principal. Los trípticos estaban inspirados en el aviso que la policía había dejado en todos los buzones tras el intento de robo, y Lacey se sentía especialmente orgullosa de sí misma por usarlos como inspiración creativa. Como dice el refrán, cuando al vida te da limones…

Tom se miró el reloj tras una hora.

—Será mejor que nos vayamos. ¡Si no he abierto para los ocho y media, tendré que enfrentarme a toda una cola de gente furiosa por el hambre!

Gina recogió la montaña de trípticos y enrolló los carteles.

—Me ocuparé de la mitad de la calle.

Ivan se puso en pie.

—En ese caso, te acerco al pueblo. Así podrás empezar pronto.

Gina asintió con la cabeza y Boudicca y ella salieron de la casa tras Ivan.

Lacey miró a Tom.

—Supongo que voy a hacerlo de verdad —dijo.

Éste le dirigió una sonrisa de ánimos.

—La Nancy Drew de Wilfordshire. ¿Cómo te sientes?

Lacey se mordió el labio con inquietud.

—Como si estuviese a punto de atrapar a un asesino.

*

Ya en la tienda, Lacey colgó el cartel en un lugar resaltado del escaparate; la posición era casi paralela a la que Tom había usado para colgar el suyo. Se sonrieron el uno al otro a través de las ventanas de sus respectivas tiendas, y Lacey sintió un cosquilleo en el estómago.

Pero la sonrisa se le borró de la cada en cuanto vio cómo el coche de policía del superintendente Turner se detenía frente a su tienda.

Estaba claro que estaba furioso; su rostro enrojecido lo anunció mientras marchaba en dirección a la tienda. Abrió la puerta con tanta fuerza que la campanita salió volando y chocó contra el suelo, despertando a Chester. El perro se puso al instante junto a Lacey, gruñendo por lo bajo y adoptando una posición defensiva.

—Te dije que no celebrases la subasta —espetó el superintendente Turner—. Que te llevaría a juicio de ser necesario.

—Entonces consigue esa orden —replicó Lacey con frialdad.

El superintendente pasó junto a ella apartándola de una codazo.

—¡Eh! —exclamó Lacey, trastabillando hacia atrás, sorprendida por su brusquedad.

Chester chasqueó los dientes en el aire, pero Lacey lo mandó callar; lo último que necesitaba era que añadir una mordedura a su preocupaciones.

El superintendente arrancó el cartel del escaparate.

—¡Eh! —exclamó Lacey—. ¿Qué estás haciendo?

El hombre arrugó el papel hasta hacer una bola y lo tiró al suelo.

—Sólo estoy jugando a atrapar con el perrete —dijo con una inocencia fingida, señalando a Chester.

Lacey se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Acaso no tienes cosas mejores que hacer con tu tiempo que evitar que anticuarias inocentes celebren subastas? Como por ejemplo, no sé, ¿atrapar a un asesino?

Estaba claro que el superintendente Turner no tenía nada de paciencia para sus sarcasmos aquel día. El detective resopló con desprecio.

—Allá vas otra vez, diciéndome cómo hacer mi trabajo. Si tan buena detective eres, ¿por qué no atrapas *tú* al asesino?

—Eso es exactamente lo que estoy intentando hacer. Estoy bastante segura de que, sea quien sea el asesino, vendrá a mi subasta. Estoy intentando hacerlo venir.

—Ridículo —resopló el detective.

Justo en ese momento, Tom entró en la tienda. Debía de haber visto cómo se producía el altercado desde la ventana de la pastelería, y no había quedado para nada impresionado con el espectáculo.

—¿Qué mosca te ha picado? —dijo, marchando directo hacia el detective.

Karl Turner fulminó a Tom con la mirada.

—¡Ha colgado carteles! ¡Sin un permiso! De un extremo de la calle al otro. Podría ponerle una multa de ochenta libras por cada cartel si quisiera. —E hizo un gesto como para sacar el bloc de las multas.

—Karl, eso es una gilipollez y los dos lo sabemos —le espetó Tom—. Incluso si mi madre no fuese abogado, sabría de todas formas que se puede exhibir un cartel en la ventana de una propiedad privada sin necesidad alguna de una licencia. ¡Eso no es para nada colgar carteles en la calle! No tienes ningún derecho a plantarte aquí y arrancarlo.

El detective se mantuvo firme por un momento, con las mejillas hinchadas, pero el rojo de la furia que le había teñido el rostro empezaba a desvanecerse. Sacó lentamente la mano del bolsillo del que había estado a punto de sacar el bloc de multas, pareciendo recuperar la cordura.

Pero estaba claro que necesitaba salvar las apariencias, porque alzó un dedo en dirección a Lacey como si fuese una colegiala que hubiese hecho algo malo.

—Te estoy observando —le advirtió.

Y después se marchó.

En cuanto Turner hubo desaparecido, Tom se giró hacia Lacey con expresión preocupada. Ésta nunca lo había visto tan serio, ni tampoco tan tenso.

—¿Estás bien? —le preguntó Tom con una preocupación tierna.

—Sólo algo afectada —le dijo ésta, recogiendo la campanita rota del suelo—. Nunca he visto al superintendente Turner comportarse de ese modo. Estoy acostumbrada a que sea como un vulcano, así que ese temperamento me ha cogido por sorpresa.

El asomo de una sonrisa cruzó el rostro de Tom ante su referencia a Star Trek, pero se desvaneció rápidamente y volvió a adoptar un gesto

preocupado.

—Sí, bueno, si quieres saber mi opinión, se ha pasado de la raya —dijo con voz tensa—. Pero, según mi experiencia, Karl Turner es todo cháchara pero sin pantalones.

Lacey arqueó una ceja, divertida ante aquella expresión desconocida.

—¿Que es el qué?

—Todo cháchara pero sin pantalones —repitió Tom, igual de serio que antes.

Lacey empezó a reírse por lo bajo.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—¡Oh! —exclamó Tom, soltando una risita al comprenderlo por fin—. Eso no lo decís al otro lado del charco, ¿verdad? Quiere decir que habla mucho, pero al final nunca hace nada. Y ahora que me fijo, veo lo *tonto* que suena esa frase.

La tensión por fin había desaparecido y el ceño que había dominado la frente de Tom se suavizó. Siempre se podía confiar en Tom para acercarse y suavizar la situación, y además añadirle un toque de humor de lo más necesitado. Se le daba de fábula animar a Lacey.

Ésta recogió la bola arrugada que era ahora el cartel y la extendió, empezando a alisarlo sobre el mostrador.

—¿Entonces no crees que pida una orden para bloquear la subasta? —le preguntó a Tom.

—No. Si las cosas de Iris tuvieran valor alguno como prueba, ya se las habrían llevado. Pero puedo llamar a mi madre y pedirle consejo a nivel legal si quieres quedarte más tranquila. No me he inventado lo de que es abogada simplemente para asustar al superintendente Turner.

—¿No crees que es un poco pronto para presentarme a tus padres? —bromeó Lacey, ya bastante más alegre gracias a Tom.

—Vas a tener que conocerla bastante pronto —replicó Tom—. Después de todo, estamos casados.

Lacey se echó a reír, pero el sonido de su risa se vio ahogado por los golpes provenientes de la pared que compartía con la boutique aledaña.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Tom.

Lacey puso los ojos en blanco. ¡Justo lo que le faltaba aquel día!

—Taryn. Ha estado haciendo «renovaciones» toda la semana. —Puso unas comillas alrededor de esa palabras»—. La amenacé con presentar una queja por ruido por poner siempre la música justo contra la pared, y funcionó. Dejó de poner la música, pero casi de inmediato empezó con el martillo. —Soltó una risa sarcástica—. Es de lo más conveniente que no se pueda presentar una queja por ruido cuando se trata de una renovación.

Tom chasqueó la lengua.

—Guau, sí que le gusta jugar sucio. ¿Le has dicho algo desde que empezó con la renovación?

—Esta vez no. El obrero que tiene ocupándose de todo parece que acabe de salir de prisión. Esperaba que a Taryn le acabase dando migraña y lo dejase, pero está claro que tiene acceso a analgésicos potentes.

Tom cogió a Lacey de la mano, interrumpiendo su comentario sarcástico.

—Vamos a hablar con ella —dijo.

Lacey miró la mano que tenía entrelazada con la suya. Parecía tan perfecto, tan reconfortante. No quería soltarlo por nada en el mundo.

Dudó.

—Creo que no deberíamos. No bromeaba al decir que el obrero para un expresidiario.

Tom sonrió con suficiencia.

—¿Es que no me has visto hace un momento con el agente de policía? Puedo arreglármelas.

A pesar de su sentido común, Lacey se encontró asintiendo con la cabeza. Tom le tiró suavemente de la mano y cruzaron la tienda en dirección a la salida, seguidos por el chasquido de las uñas de Chester contra el suelo cuando los siguió.

Tom le soltó la mano para abrir la puerta.

«Seguramente sea lo mejor», pensó Lacey a pesar de la decepción. «Taryn quizás tenga un aneurisma si nos ve cogidos de la mano».

Entraron en la boutique y, en efecto, el obrero contratado por Taryn estaba clavando clavos al azar en la pared que compartían ambas tiendas. Ya debía de haber unos cien destrozando la pared antes de un blanco prístino. O bien Taryn iba a colgar su stock de collares absurdamente caros, delicados y únicos *directamente de los clavos*, o iba a colgar un centenar de pequeños cuadros unos junto a otros. *O bien* estaba dañando literalmente su pared con el único objetivo de cabrear a Lacey. Estaba claro que Taryn no conocía límites a lo bajo que podía caer.

La susodicha estaba de pie junto al mostrador, sujetándose la cabeza entre las manos. Así que el ruido *sí* que la estaba afectando, comprendió Lacey, pero era tan cabezota que seguía haciéndolo de todos modos.

Chester empezó a emitir un gruñido bajo, al igual que hacía siempre que veía a aquella bruja. Taryn era como su propia Cruella de Vil.

Taryn levantó bruscamente la cabeza al oírlo, y un ceño furioso le cruzó la mirada. Pero entonces vio que Tom también estaba allí y se enderezó de un salto, alisándose el pelo con la mano. Un pelo que se había cortado hacia

poco, se fijó Lacey con una mueca, y ahora lo llevaba exactamente igual que ella…

—Tom Forrester —dijo Taryn, sonriendo con dulzura y sacudiendo el cabello corto para hacerlo llamar todavía más la atención—. El extraordinario chef de pastas. ¿A qué debo el placer?

Taryn ignoró a Lacey por complete; estaba claro que, a sus ojos, no era digna ni de saludarla.

El obrero dejó de clavar clavos y los miró de mal humor por encima del hombro; su mirada pasó de Tom a Lacey con una expresión que parecía saltar entre el odio y la envidia. Genial, otra persona de la zona que la detestaba.

—Lace y yo nos hemos pensado en pasarnos y ver cómo van las renovaciones —dijo Tom con aire completamente inocente—. Parecen estar alargándose bastante. —Echó un vistazo a la pared llena de clavos—. Y no avanzan mucho.

El ceño del obrero se volvió todavía más marcado. El martillo que tenía en la mano de repente casi parecía un arma.

—¿Qué has dicho? —dijo con voz ronca.

Lacey se encogió. Aquello era una mala idea, y ahora Tom estaba atrapado en el fuego cruzado.

—Ya casi está acabado —intervino Taryn con voz animada, como en un intento de disimular la clara amenaza que pendía en el aire—. ¿Verdad, Keith? ¿Qué me has dicho, que sólo te llevaría otro día? —Su tono hizo patente que era todo una farsa; había contratado a aquel hombre para que hiciese muchísimo ruido y se marchase en cuanto alguien les plantase cara.

Keith, el obrero, hizo una pausa, y dejó caer el brazo con el que sujetaba el martillo.

—Sí. Acabaré hoy.

—Ves —dijo Taryn como si nada, volviendo a posar una mirada amable de lo más falsa en Lacey—. Dentro de nada todo volverá a ser tranquilo y sin ruido. Y lamento *tantísimo* si te he molestado, pero así son las cosas, ¿verdad? Tú renuevas tu tienda durante una semana y haces ruido, y después yo renuevo la mía. —Soltó una carcajada forzada, la que siempre emitía cuando decía algo frío e intentaba hacerlo pasar por una broma entre amigos.

Lacey puso los ojos en blanco y Tom y ella volvieron a su tienda.

Gina los esperaba dentro, vestida con una rebeca de lana marrón que encajaba a la perfección con la esquina nórdica de la tienda. Llevaba una bolsa de tela colgada al hombro, y de ella asomaban los cárteles que habían hecho la noche anterior. Boudicca estaba olisqueando el hueco junto a la caja registradora donde Chester acostumbraba a dormir, agitando la cola con entusiasmo al percibir el olor de su amigo perruno.

Gina se giró hacia la puerta cuando Lacey entró, y los ojos le brillaron con una expresión traviesa al ver que la acompañaba Tom.

—¡Lacey! —exclamó de aquel modo tan animado suyo—. He acabado de colgar los carteles en la mitad de arriba de la calle. Me preguntaba si podías encargarte tú de la otra mitad y yo me ocupo de cubrir la tienda durante una hora o así. Estoy segura de que a Chester le encantaría salir de paseo.

Pero Lacey negó con la cabeza.

—Ya sabes que eso no es una buena idea. Te hemos elegido a ti para hacerlo porque tienes una lengua de plata mágica y eres muy buena persuadiendo a la gente. Yo soy la paria del pueblo; si la gente me ve repartiendo los carteles, se negarán de lleno a colgarlos.

Aquella era precisamente la razón por la que habían omitido el nombre de Lacey de los carteles, eligiendo anunciar la subasta bajo el nombre de

Percy Johnson usando la frase de «¡El mayor anticuario de Mayfair viene al pueblo!».

—Cuanto menos involucrada parezca con todo, mejor —finalizó Lacey.

—Llévate a Tom —dijo Gina sin la más mínima sutilidad—. Él también tiene mucho pensó en el pueblo. Más que yo, en realidad; él tiene lo de ser tan guapo.

Lacey se sonrojó. Gina estaba dejando muy claro que estaba intentando que salieran a dar una vuelta juntos, y Lacey se sentía como si volviese a ser una adolescente a la que una tía intentaba emparejar o algo.

—Tom está demasiado ocupado —dijo.

—Paul está hoy en la tienda —dijo éste rápidamente, señalando por la ventana al joven aprendiz de chef al que daba trabajo de vez en cuando—. Puede cubrirme.

Lacey sabía muy bien que Tom sólo llamaba a Paul cuando planeaba cambiar el escaparate. Estaba claro que, para él, ayudarla era más importante que sus famosas esculturas de macaron. Pensar en ello le hizo sentir calidez por dentro.

—Además, me he hecho daño en el tobillo —continuó Gina, fingiendo una mueca mientras se frotaba la pierna.

—¡Vale, vale! —dijo Lacey, cediendo. Ya había tenido más que suficiente de la persuasión de Gina y de sus exageraciones.

Quería pasar tiempo con Tom, pero no le apetecía para nada sufrir el abuso de la gente del pueblo aquel día. La interacción con Taryn y el obrero Keith le había dejado mal sabor de boca, y no estaba segura de cuánta más amargura podría soportar.

Aceptó la bolsa llena de carteles que le tendió Gina, dirigiéndola una mirada discreta de *sé lo que estás haciendo*, ante la cual Gina sonrió de oreja a oreja, y después Tom y ella salieron a la calle.

Sólo entraron en las tiendas que no habían sido abiertamente hostiles con Lacey, y ésta se sorprendió al ver que la gente todavía mostraba cierto interés por la subasta a pesar de que era evidente que ella estaba involucrada. «Tom tiene un efecto tranquilizador en toda la gente con la que habla», pensó.

Entraron en la juguetería. La mujer detrás del mostrador, corpulenta, de unos treinta y tantos y con cierto aire de profesora divertida había sido bastante amable con Lacey a su llegada a Wilfordshire, aunque sus caminos no habían vuelto a cruzarse desde la muerte de Iris, pero ahora su sonrisa alentadora se convirtió en una mueca ansiosa al verla.

—Oh —dijo antes de controlarse—. Quiero decir, ¡hola!

Lacey notó cómo se le hacía un nudo en el estómago. Aquella mujer no estaba siendo hostil con ella; lo que estaba era *asustada*. Era una sensación horrible; casi prefería la agresividad de la camarera de la cafetería antes que aquellos temblores de miedo. Podía lidiar con los típicos matones de patio de colegio, pero no con el que creyeran que ella era uno de ellos.

Tom le tendió un cartel a la dependienta, sonriendo con fuerza.

—Hola, Jane. ¿Podrías colgar esto en el escaparate? Es para la primera subasta de antigüedades de Wilfordshire, y todo el mundo está invitado.

Jane miró a Lacey con expresión tímida.

—¿La celebras tú?

—Será en mi tienda, sí —contestó Lacey de manera algo evasiva. Percy, el mejor anticuario de Mayfair, iba a estar presente en la subasta, pero sería ella quien la llevaría.

—Me lo pensaré —contestó Jane, aceptando el cartel.

—Todos los demás ya lo han colgado —añadió Tom—. No cuesta nada.

Jane pareció tensarse todavía más.

—No acostumbro a poner nada en el escaparate…

Aquello era mentira; cuando Lacey había llegado al pueblo, se había fijado en un cartel que todavía había tenido expuesto sobre la feria del verano pasado.

Tom estaba a punto de añadir algo más, pero Lacey le puso la mano en el brazo y le habló en voz baja.

—Venga, vámonos.

Tom obedeció. Lacey miró tras de sí durante un instante al salir por la puerta, justo a tiempo para ver cómo Jane tiraba el cartel a la basura.

—Esto ha sido mala idea —dijo, notando cómo se le retorcía el estómago por la decepción.

—En absoluto —le dijo Tom—. Hemos colgado muchos. ¿Te has quedado preocupada por Jane?

—Estaba *asustada* —suspiró Lacey—. Me tenía miedo *a mí*. Es una sensación horrible.

Tom hizo una pausa y la sujetó por los hombros, anclándola en el momento con el peso y la calidez de sus manos.

—Jace le tiene miedo a todo. A las arañas. A las polillas. A los fuegos artificiales. A las sandalias que dejan los dedos al descubierto…

Lacey se rió.

—¿Crees que bromeo? —dijo Tom, sonriendo de oreja a oreja—. Te prometo que es verdad. En una ocasión entré en su tienda con unos zapatos con los que se me veían los dedos y estuvo a punto de desmayarse. Lo que quiero decir es que el modo en que te perciban los demás no tiene nada que ver con quién eres, sino con quién son ellos. Algunos ven el mundo a través de unas lentes de lo más retorcidas. —Se encogió de hombros.

—Uh —comentó Lacey—. Ése es un consejo bastante bueno. Aunque las sandalias con los dedos al aire *sí* que son un crimen contra la moda cuando se trata de hombres. Lo sabes, ¿verdad?

Tom soltó una carcajada.

Lacey se sentía con energía renovada tras aquellas palabras de ánimo, y mantuvo la cabeza bien alta mientras seguían avanzando por la calle distribuyendo los carteles. Alguna gente se mostró receptiva, y otra no, pero Lacey no dejó que sus opiniones la afectasen. Era como si Tom le hubiese dado un chaleco antibalas y ahora pudiese rechazar cualquier golpe que le lanzasen. Además, estaba a punto de cumplir su sueño; ¡celebrar su propia subasta! ¡Y no era únicamente *su* sueño, sino también el de su padre! Estaba a punto de lograr algo para ambos a pesar de las dificultades y problemas a los que había tenido que hacer frente por el camino. Era algo de lo que se sentía extremadamente orgullosa.

Llegaron a la posada *The Coach House*, al final de la calle, y entraron en el bar. Todo estaba muy tranquilo. Brenda, la camarera con cara de niña, parecía increíblemente aburrida al tener que trabajar durante las horas muertas con la única compañía del borracho habitual que dormía con la cabeza apoyada en la barra.

—Buenos días —dijo Lacey, acercándose a ella.

Brenda le dirigió una mirada escéptica, pero siempre parecía recelosa. Seguramente el hecho de trabajar en un bar la hubiese vuelto cautelosa con todo el mundo.

—¿Sí?

Lacey rebuscó en la bolsa en busca de un cartel.

—Nos preguntábamos si podríamos colgar esto —preguntó, desenrollándolo para enseñárselo a Brenda.

La chica se encogió de hombros, desinteresada y sin siquiera leerlo. Hizo un gesto hacia una pared atestada de carteles.

—Adelante —dijo sin efusividad alguna, chasqueando los labios con fuerza por el chicle que tenía en la boca—. Podéis quitar cualquier cosa que sea vieja.

Lacey y Tom intercambiaron una mirada divertida antes de acercarse a la pared atestada. Estaba claro que su cartel no llamaría nada la atención entre todo aquel caos.

Uno de los carteles le llamó la atención a Lacey mientras buscaba anuncios antiguos que pudiese quitar. Las palabras *ARSENAL vs WOLVERHAMPTON* habían sido tachadas con una gruesa línea de rotulador permanente. Debajo, alguien había escrito con caligrafía torpe: *¡No se transmitirá! ¡Pub cerrado! ¡Perdón por las molestias!*

—¡Tom! —exclamó Lacey, arrancándolo de la pared y enseñándoselo—. ¡Mira!

El corazón se le aceleró al ver cómo Tom examinaba el aviso. Éste conectó todos los puntos y alzo la vista hacia ella con los ojos muy abiertos.

—No me lo puedo creer. El pub estaba cerrado…

—… cuando intentaron robar en la tienda. —Lacey asintió con fuerza.

—Pero Brenda fue la testigo que le dio coartada a…

—¡… Ben y Henry! ¡Exacto!

Se quedaron mirándose el uno al otro, buscando en sus respectivas miradas mientras intentaban calibrar aquel nuevo retazo de información. Si Ben y Henry no habían estado en el pub y Brenda no los había visto la noche en la que habían intentado robar en la tienda, ¡entonces significaba que todavía quedaba esperanza de que Nigel no fuese le culpable!

—Vamos a preguntárselo a Brenda —dijo Tom—. A ver de qué va todo esto.

Aquella pista parecía haberlo energizado, y se acercó a paso rápido a la barra. Brenda estaba limpiando las mesas de mollas con gestos vagos y un

paño seco.

—Brenda, ¿qué es este aviso de que el pub cerró un día? —preguntó Lacey, mostrándole el cartel.

—Es de la semana pasada —contestó la camarera con cierta irritación—. Puedes tirarlo.

—¿Pero qué pasó? —insistió Lacey—. ¿Por qué cerró el pub? ¿Por qué no transmitisteis el partido?

Brenda frunció el ceño.

—Una bomba de cerveza se averió e inundó el sótano, así que todos estábamos ocupados intentando solucionarlo. —Sonó a la defensiva, como si sintiera que la estaban acusando de algo—. ¿Por qué?

—Porque el superintendente Turner dijo que declaraste haber visto a dos hombres aquí ese mismo día —dijo Tom.

—¿Eh? Si ni siquiera he visto al superintendente Turner. No se le permite entrar al pub.

Lacey abrió muchos los ojos.

—Disculpa, ¿qué has dicho? ¿Por qué?

—Se le prohibió la entrada. Un matón le rompió las dos rodillas y se convirtió en uno de esos. —Señaló al borracho que dormía en la barra—. Consiguió dejarlo y recibió terapia por el estrés postraumático, y ahora ha vuelto. Mejor que nunca.

Mejor que nunca parecía ser algo exagerado, pero Lacey se alegraba de que el detective hubiese podido hacer frente a sus demonios. Ahora que comprendía por lo que había pasado sentía un poco más de simpatía por él. Aquello no lo excusaba por romper la campanita y arrancar el cartel, pero al menos sí explicaba por qué perdía tan fácilmente la calma.

«Nunca se sabe por lo que puede haber pasado una persona», se recordó a sí misma.

—¿Entonces no ha venido nadie para que prestes declaración sobre la presencia de dos hombres aquel día en el bar? —preguntó Tom.

Brenda se tiró ligeramente del gran moño que se asentaba en la parte alta de su cabeza en un intento de que pareciese *todavía más despeinado* de lo que ya lo parecía, un estilo que, a pesar de ser inexplicable a ojos de Lacey, era de lo más popular entre la juventud inglesa.

—Tal y como he dicho, el pub estaba cerrado. Creo que también transmitieron el partido en el bar de Carol, así que quizás fue allí donde los vieron. Pero os prometo que no fui yo la que los vio; estaba demasiado ocupada arrodillada en el sótano empapándome en cerveza.

Tom y Lacey intercambiaron una mirada. Sus sospechas habían sido confirmadas directamente de labios de la implicada. Benjamin y Henry no tenían coartada para el robo. Cualquiera de ellos podría haber entrado en la tienda. Los hermanos volvían a estar entre los sospechosos.

Salieron del pub, sobrecogidos por lo que acababan de descubrir.

—El superintendente Turner me mintió —dijo Lacey en cuanto volvieron a estar en la acera adoquinada que había frente al pub. El mar se veía de lo más gris aquel día, y el clima había dado un giro durante la hora de comer, volviéndose más frío.

Tom no pareció preocupado por aquella acusación.

—Estaba usando el engaño para intentar arrancarte una confesión espontánea.

Lacey arqueó una ceja.

—Eso suena a abogado.

Tom sonrió, avergonzado.

—Supongo que soy hijo de mi madre.

Pero Lacey se vio de repente perdida en sus pensamientos. ¿Le había mentido el detective, o lo habían engañado los hermanos? ¿Le habían presentado esa coartada y él no la había comprobado, quizás por vergüenza al no poder entrar en *The Coach House* para preguntar?

—¿Qué pasa? —preguntó Tom, presumiblemente en respuesta al repentino silencio de Lacey.

Ésta levantó un dedo para detenerlo. Rebuscó entre sus recuerdas con la mente yendo a mil por hora en intento de recordar qué le había dicho la detective Lewis sobre la supuesta declaración de Brenda, una que ahora sabía que nunca había existido.

Los dos hermanos estuvieron allí desde el pitido de inicio hasta el del final. Tenemos la declaración de una testigo. El superintendente ha estado trabajando en todas las coartadas personalmente.

—¡Eso es! —exclamó, chasqueando los dedos.

Tom frunció el ceño con aspecto perplejo.

—¿Quieres compartir conmigo ese momento iluminador?

—El superintendente Turner se ha estado ocupando *personalmente* de *todas* las comprobaciones de coartadas —explicó Lacey, repitiendo lo que le había dicho la detective Lewis—. No sólo las relacionadas con el robo, sino también las del asesinato.

—¿Y?

—No estaba recurriendo al engaño para conseguir una confesión espontánea. ¡Lo que ha hecho es meter la pata!

Tom parecía cada vez más y más confuso.

—Me he perdido. ¿A dónde quieres llegar?

—Lo que digo es que no deberíamos considerar cierta *ninguna* coartada. El superintendente Turner ha estado haciendo su trabajo a medias. —Lacey bajó la voz, consciente de que estaba en un sitio público criticando a un agente al que en general todo el mundo respetaba—. Piénsalo. Clarissa ha sido la coartada de Henry durante el asesinato. Y él la de ella. Bueno, ¿y si estuvieran mintiendo? ¿Y si estuviesen protegiendo el uno al otro? Y el superintendente Turner, por la razón que sea, no comprobó como es debido sus declaraciones. ¿Qué pasaría si no las hubiesen analizado adecuadamente?

—Que volverían a estar en la lista de sospechosos. —Tom hizo una pausa, como contemplando las ramificaciones de aquellas palabras—. Espera. ¿Por qué eran siquiera Henry y Clarissa la coartada el uno del otro? Creía que se odiaban.

Lacey recordó lo que Nigel le había contado sobre la relación que había entre los tres descendientes Archer. Henry y Ben habían sido un equipo, *no* Henry y Clarissa. Hasta había dicho que Clarissa había confirmado su coartada de mala gana.

—Tienes razón. Pero, aun así, se suponía que estaban juntos en la casa que tiene Clarissa en Londres en el momento del asesinato. Clarissa no podía odiar tanto a Henry si lo dejó entrar en su hogar.

—Quizás por fin han crecido lo suficiente como para dejar el pasado en el pasado —sugirió Tom—. La gente cambia. Las peleas se arreglan.

Lacey consideró sus palabras. Quizás estuviese siguiendo un presentimiento equivocado, pero desde luego resultaba de lo más extraño. Y, fuese cual fuese la verdad al respecto, la revelación de que el superintendente Turner no había conseguido declaración alguna por parte de Brenda hacía que su lista de sospechosos volviese a ampliarse. Nigel quizás no fuese el culpable después de todo. Y los descendientes Archer volvían a quedar entre las posibilidades. Aquel pequeño destello de esperanza le dio fuerzas; cualquier cosa que insinuase que Nigel podía no ser el responsable le resultaba todo un alivio. Lo echaba de menos, y quería recuperar a su amigo.

—Tenemos que conseguir que los hijos de Iris vengan a la subasta —dijo—. Es la única manera en la que podremos comprobar si alguno de los dos hermanos tiene un mordisco de perro.

Hasta ahora habían mantenido en secreto el hecho de que la subasta giraría en torno a las pertenencias de Iris, ya que nada hacía que Lacey se sintiese culpable como el hecho de estar vendiendo los objetos valiosos de una mujer a la que todo el mundo creía que había asesinado, pero ahora se daba cuenta de que, si no lo dejaban claro de manera pública, ninguno de los hijos de Iris acudiría a la cita.

Sacó el teléfono móvil.

—¿A quién llamas? —preguntó Tom.

—A Nigel —contestó Lacey—. Voy a pedirle que le diga a los hijos de Iris lo de la subasta.

Sintió cómo le temblaba todo el cuerpo por los nervios mientras la llamada la conectaba con su antiguo amigo ahora convertido en sospechoso. Pero en fin, ¿a quién conocía de verdad a aquellas alturas? Lo único a lo que podía aferrarse era a la esperanza de que Nigel fuese inocente. Pero el albergar esperanza por Nigel significaba que el péndulo volvía a dirigirse hacia una realidad todavía más cruel: que Iris Archer hubiese sido asesinada por uno de sus propios hijos.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Un taxi negro se detuvo frente a la tienda de Lacey y de su interior emergió un rostro conocido. Lacey salió a toda prisa de detrás del mostrador, con Chester poniéndose en pie de un salto al imitarla, y corrió hacia la puerta.

La abrió con fuerza y saludó animada a Percy Johnson. El anciano tenía un aspecto de lo más profesional aquel día, vestido con una elegante chaqueta de tweed marrón y un sombrero de fieltro gris que alzó ligeramente para saludar a Lacey. Pagó al taxi a través de la ventanilla, se colocó el periódico doblado bajo el brazo, y recorrió los adoquines desiguales en dirección a ella.

Lacey se sentía llena de entusiasmo. Había pasado tanto tiempo en videollamadas con Percy mientras él le impartía su amplio conocimiento con aquella voz relajante de presentador de la BBC que habían formado algo así como un vínculo familiar. Percy se había convertido en algo más que su contacto en Mayfair durante todo el debacle de los muebles de Iris; se había convertido en su mentor y confidente. Volver a verlo en carne y hueso en lugar de a través de una cámara borrosa y con problemas de conexión era como volver a reunirse con un abuelo amable.

Lo abrazó.

—Hola, querida —dijo Percy, dándole palmadas en la espalda y con aquella voz afectada rompiéndose en los bordes—. ¿Cómo estás?

Lacey se apartó.

—Aliviada de tenerte aquí. Estoy hecha un saco de nervios.

—Es tu primera subasta —dijo Percy, asintiendo con la cabeza—. No me sorprende.

Lacey sonrió en respuesta a sus cálidas palabras de ánimo.

—Entra, Tom ha preparado un pastel Victoria.

—¡Mi preferido! —contestó el anciano.

—Lo sé —replicó Lacey con una enorme sonrisa.

Entraron en la tienda, donde Lacey había preparado una mesa con las pastas más deliciosas de Tom. Éste también le había prestado alguna de sus mejores piezas de porcelana English Blue para la ocasión, y el pastel Victoria estaba en un plato precioso que no hubiese estado fuera de lugar entre los estantes de la tienda. Lacey se sentía extremadamente agradecida por toda la ayuda que le había ofrecido Tom; su continua participación en todo lo que pasaba en su vida dejaba claro que le gustaba mantenerse firme a su lado, pero que era lo bastante caballeroso como para dejar la pelota en el tejado de Lacey cuando se trataba de cruzar la línea y llegar al ámbito romántico. Aquello sólo hacía que le gustase todavía más, pero todavía tenía el divorcio tan fresco en la cabeza que empezar una relación se le antojaba incomprensible. Y eso sin mencionar el hecho de que se estaba esforzando por solucionar un asesinato. Decir que estaba distraída sería quedarse corto.

Percy soltó un silbido al examinar la tienda a su alrededor.

—Muy bonito. Resulta bastante profesional, sí.

Chester trotó hacia el hombre, que se inclinó para acariciarlo como si ya fuesen amigos de siempre.

Lacey le sirvió a Percy una taza de té, algo de lo que no era ninguna experta pero a lo que empezaba a cogerle el truco, colocó un pedazo de tarta en un bonito plato foral con un tenedor de plata, y llevó a su invitado a la habitación de subastas.

Prepararla había sido todo un reto, pero Lacey lo había disfrutado. Le recordaba mucho al trabajo que había hecho con Saskia; cómo organizar una habitación para conseguir la máxima utilidad sin comprometer el valor

estético. Se sentía orgullosa de lo que había hecho, de las sillas de terciopelo rojo que había alquilado de la sala de actos y de cómo había usado los bimbos japoneses shōji de Iris, formados por un enrejado de bambú, para ocultar detrás los diversos objetos en venta. La habitación era una mezcla de cosas modernas y vintage, tal y como a Lacey le gustaba, y estaba complacida con el modo en que le había insuflado algo de personalidad en lugar de seguir sin más lo que se consideraba estándar en el mundo de las subastas.

—Oh, me gusta mucho —dijo Percy con tono de orgullo y admiración—. Debes de esperar a mucho público.

Lacey miró la hilera de sillas. Había cogido prestadas unas cincuenta de la sala de actos, las que solían usar en las ceremonias civiles, pero no tenía ni idea de si había exagerado. Percy debía de creer que sí, y Lacey se mordió el labio, insegura.

—No estoy segura. Hemos dejado trípticos en casi todas las tiendas de calle principal, y hemos colgado carteles por todas partes. Pero todo el mundo sabe que estoy vendiendo las cosas de Iris Archer, y puesto que la mayor parte del pueblo cree que la maté por sus riquezas, bueno, tengo la sensación de que eso desanimará a muchos. —La voz le falló cuando el peso de la realidad volvió a caerle sobre los hombros.

—¿Así que el engaño se ha desvelado? —preguntó Percy. Estaba al tanto de todo lo que ocurría en la complicada vida de Lacey, y sabía bien de qué trataba aquella misión.

Lacey suspiró.

—Sí. Hemos tenido que dejar patente que venderíamos las cosas de Archer para poder atraer tanto a los hijos como al ayudante. —Se encogió de hombros—. Incluso si sólo vienen ellos, ya será suficiente para limpiar mi nombre. Estoy segura de que el asesino se encuentra entre esos cuatro.

Percy se limpió las migas de tarta de las comisuras de los labios.

—¿Qué te hace pensar que se revelarán?

—Tengo una teoría. Unas cuantas, de hecho.

—Tengo tiempo —se rió Percy, sosteniendo su taza medio llena de té.

—Vale —dijo Lacey—. Teoría número uno. Era conocimiento público que los hijos no heredarían nada tras la muerte de Iris, aunque los hombres creían que podrían esquivar ese detalle amparándose en una antigua ley sobre los herederos masculinos, pero no han podido. Lo único que Iris les dejó en su testamento fue lo que hubiese en la sala de juegos de su infancia, y una de las cosas que había dentro era el reloj de cuco. Mi teoría es que uno de ellos mató a Iris y escondió un cuadro valioso que tenía ésta dentro del reloj. Pero el reloj había sido movido de la sala de juegos al estudio, lo que significaba que no estaba entre los objetos que podían reclamar. Creo que esa persona entró en pánico y forzó la puerta de mi tienda en un intento de volver a robar el cuadro, recibiendo un mordisco de Chester en el proceso.

—Me parece completamente plausible —dijo Percy—. Nuestra historia está llena de relatos de herederos ricos librándose de sus padres con tal de hacerse con la herencia. ¿Y dices que tienes otra teoría?

Lacey asintió con la cabeza.

—Iris le dejó la mansión Penrose a Nigel, su ayudante.

—¿Su ayudante? —repitió el anciano, confundido—. Eso es… inusual como poco. ¿En qué estás pensando, en una relación ilícita que acabó en un crimen de pasión? ¿En un hijo secreto al que Iris se sentía obligada a mantener tras su muerte? ¿Un charlatán que se hizo un hueco en su vida?

A Lacey se le retorció el estómago al pensar que Nigel pudiese ser cualquiera de aquellas cosas y que las posibilidades de que estuviese metido en todo aquello era igual de grande que la de los hijos.

—Creo que seguramente se trate de algo menos escandaloso —argumentó—. El ayudante recibió la propiedad en el testamento de Iris, pero todo el dinero y lo beneficios de las ventas de sus pertenencias debía ir a la beneficencia. A Nigel no le quedaría nada con lo que mantener la casa.

—Ya veo —dijo Percy, asintiendo con la cabeza en una señal de comprensión—. Lo he oído antes, herederos viviendo en mansiones medio podridas porque no pueden permitirse lo que costaría mantener unos edificios históricos y protegidos como esos. ¡Y Dios, los impuestos! ¡Serían más que suficientes para arruinarlo!

—Exacto —contestó Lacey—. Nigel era el único que sabía que Iris había buscado protecciones legales extras contra cualquier posible vacío de su testamento que se pudiese explotar tras su muerte. Fue él quien movió el reloj de cuco de la sala de juegos para evitar que los hijos se lo llevasen. Era quien sabía que Iris tenía un cuadro excepcionalmente raro y caro cuya venta lo haría millonario.

—Tienes un caso bastante firme contra él —se fijó Percy.

—Sí —concedió Lacey con un suspiro—. Y después está la cojera… —Notó cómo se le hundían los hombros de nuevo ante todas las señales que apuntaban directamente a Nigel.

—¿La cojera? —preguntó Percy, inquisitivo. Las migas de tarta que tenía en las comisuras de los labios le hacían parecer un antiguo profesor algo despistado.

—¿Recuerdas cuando alguien entró en la tienda? —le recordó Lacey, y Percy asintió de manera afirmativa—. Creo que la persona sabía que yo tenía las cosas de Iris. Estaba buscando algo, quizás algo oculto dentro del reloj. Chester mordió al ladrón en la pierna.

Percy asintió de nuevo, comprendiendo.

—La venta del reloj atraerá al asesino. El mordisco del perro confirmará quién es el ladrón. Comprar el reloj de cuco confirmará quién es el asesino.

—Y sospecho que, detrás de todo, se oculta la misma persona.

Se hizo el silencio. Percy parecía estar perdido en una profunda contemplación, y Lacey sintió la dura carga de lo que estaba a punto de hacer.

—Qué caos más retorcido —dijo Percy al fin—. Espero que consigas tus respuestas, Lacey.

Su conversación se vio interrumpida por el sonido de la campanita de la puerta. Ivan la había arreglado para Lacey con la excusa de que, puesto que era el manitas de todo lo relacionado con la casa del acantilado, ¿por qué no serlo también de la tienda?

—¿Es posible que sea tu primer invitado? —preguntó Percy.

—Puede —contestó Lacey, poniéndose en pie—. Discúlpame.

Dejó a Percy para que sorbiera las últimas gotas de su té y salió de la habitación de subastas. Tenía el estómago revuelto por la angustia; era muy posible que acabase de entrar un asesino a su tienda.

Pero, cuando entró en la habitación proveniente de la sala posterior y vio a la persona que estaba examinando los muebles de la «esquina nórdica», se quedó con la boca abierta y tuvo que preguntarse si recibir a un asesino no hubiese sido una mejor opción.

—¿SASKIA? —exclamó.

Su antigua jefa se dio la vuelta para mirarla. Extendió los brazos no en un gesto de abrazo, sino en uno que decía *aquí estoy*.

—¿Acaso creías que iba a perdérmelo? —dijo Saskia.

El simple sonido de su voz hizo que Lacey se viese sacudida por una conocida oleada de angustia, como si acabaran de regañarle por algo que no había logrado hacer a la perfección. Se quedó sin palabras.

—¿Qué haces aquí? —logró decir por fin.

Las cosas no habían acabado exactamente bien entre ellas, aunque no es que hubiesen llegado a ir nunca bien.

Saskia agitó una mano, quitándole importancia.

—Todo eso es agua pasada, Lacey, querida. Ahora somos socias en un mismo negocio. Ya no eres mi subordinada, sino una colega en potencia.

«¿Así que *ahora* sí me merezco tu respeto?», pensó Lacey con sarcasmo.

Saskia desvió la mirada sobre el hombro de Lacey y ésta se giró para ver a Percy emergiendo de la sala de subastas y entrando en la parte principal de la tienda.

—Ah —dijo Saskia con una irritación a duras penas velada—. Había oído rumores de que el mejor anticuario de Mayfair te estaba ayudando en tu pequeña aventura. Supongo que eso explica por qué no hemos recibido mucha correspondencia durante las últimas semanas. —le tendió una mano huesuda a Percy—. Señor Johnson.

Percy pareció nervioso mientras se la estrechaba.

—Los negocios son negocios, Saskia. Lo sabes tan bien como yo.

—Por supuesto —contestó ésta, apretando los labios.

Aquello empezaba a ser demasiado tenso para Lacey.

—¡Tarta! —exclamó, dando una palmada—. Saskia, por favor, sírvete. —Hizo un gesto hacia la mesa de las pastas.

Saskia arqueó una ceja.

—¿Tienes *comida* en una subasta?

Típico de Saskia, hacer que Lacey se sintiera inferior en todas y cada una de sus decisiones. Pero Lacey descubrió que el poder que la opinión de su jefa había tenido en el pasado parecía haberse desvanecido.

—Llámalo el toque Doyle —contestó con jovialidad, moviendo las cejas con confianza.

Vio sonreír a Percy de reojo.

—Parece que te has preparado para servir a un ejército —añadió Saskia, examinando la mesa—. Me sorprende que esperes a tanta gente el día antes de Pascua. Quiero decir, según *mi* experiencia, no hay mucha gente a la que le guste asistir a esta clase de eventos antes de un día festivo.

—No sé a cuánta gente debería esperar —replicó Lacey, encogiéndose de hombros sin darle mucha importancia—. Simplemente estoy entusiasmada de estar cumpliendo otro de mis sueños.

Le sonrió a Saskia de un modo que le dejaba claro a su jefa que ya no podía hundirla. A ésta le tembló el labio superior, pero no logró devolverle la sonrisa.

Justo entonces, la puerta se abrió con un golpe que hizo que la campanita sonase con un repiqueteo casi urgente, y un grupo de gente vestida con elegancia a la que Lacey no había visto nunca entró en la tienda. No era gente de Wilfordshire, eso estaba claro, y desde luego no habían entrado por pura casualidad.

—Formamos parte de la Sociedad de Antigüedades Británicas —dijo una de las mujeres. Sonrió de oreja a oreja, entusiasmada—. Hemos venido por la subasta de la hacienda Penrose.

—Estamos encantados de estar aquí —añadió un hombre junto a ella—. He oído que la mansión tenía un diván otomano en todos los dormitorios.

—Así es —contestó Lacey. El corazón le dio un salto de orgullo—. Y hoy todos están a la venta.

Hacer correr la voz de que estaban vendiendo los objetos de la mansión había sido la decisión correcta; no sólo haría salir al asesino de entre las sombras, sino que también había atraído a vendedores de antigüedades de los alrededores de Wilfordshire. Lacey empezó a sentir cómo el nerviosismo por el evento se iba transformando en excitación.

—Por favor, sentíos libres de coger algo de comer —añadió.

—¿Comida? ¡Qué detalle!

Los miembros de la sociedad se pusieron a hablar entre ellos mientras elegían algunas pastas de la mesa y se servían té.

Lacey volvió a oír repiquetear la campanita de la puerta antes de tener la oportunidad de mostrarles la sala de subastas.

Se giró y, para su sorpresa, vio cómo entraban varias personas del pueblo. Su peluquera. Carol, del hostal. Hester, el de la librería.

La puerta no había tenido ni tiempo de cerrarse antes de que los siguieran un grupo de turistas llenos de curiosidad, y justo detrás de ellos llegó la pareja danesa que estaba en el pueblo de vacaciones y que habían sido sus primeros clientes.

La esperanza floreció en el pecho de Lacey. No había sabido qué esperar de aquel día, pero desde luego parecía que iba a poder celebrar una subasta como Dios manda.

Era un momento perfecto que el superintendente Turner aprovechó para entrar y echarle por los suelos su estado de ánimo.

Lacey se tensó. El detective iba con su compañera, la detective Beth Lewis, y Lacey se preparó para cuando le presentasen una orden judicial prohibiendo la subasta. Pero, en lugar de eso, el superintendente Turner se negó a mirarla a los ojos y fue la detective Lewis la que llevó las riendas de la conversación.

—Lacey, hemos venido a observar la subasta —dijo ésta—. Creemos que podría ser de ayuda para nuestra investigación.

—¿Ah, sí? —preguntó Lacey, frunciendo el ceño y mirando a Karl Turner con desconfianza. Estaba claro que había cambiado de opinión por completo en cuanto a aquel tema.

La detective Lewis miró a su superior mientras hablaba en un extraño intercambio de papeles.

—El superintendente Turner quiere disculparse. Al fin ha aceptado que celebrar la subasta para atraer al asesino tiene mucho sentido, y que sí que nos podría ser de ayuda en la investigación.

Éste apartó la mirada, avergonzado, como si la detective Lewis fuese su madre y lo estuviese obligando a disculparse tras alguna indiscreción. Su bravuconería y arrogancia habituales parecían haberle abandonado por completo.

—¿Karl? —dijo Lacey, decidiendo llamarlo por su nombre de pila en lugar de por aquel título que implicaba un respeto que desde luego no se había ganado. Esperó expectante con los brazos cruzados.

—Sería una gran ayuda si pudiésemos asistir a la subasta —musitó el detective.

—¿Así que no es una estupidez después de todo? —insistió Lacey.

—No. No es una estupidez.

—Fantástico —dijo Lacey, sonriendo—. En ese caso, sentíos libres de coger unas pastas.

Se quedó mirando con sensación triunfal cómo los dos detectives seleccionaban algunos bocados de la mesa y entraban en la sala de subastas para ocupar sus asientos.

Para su sorpresa, la tienda se llenó con rapidez, tanto que las cincuenta sillas que había alquilado acabaron por no ser suficientes. Debía de haberse corrido la voz de que los objetos que subastaba eran caros, y quizás también de que, al ser novata, era probable que cometiese algunos errores que pudiesen hacer que algunas personas inteligentes obtuvieran verdaderas gangas. Lacey a duras penas conseguía llevar un recuento de toda la gente que estaba entrando, y se sorprendió al ver que los tres hijos de Iris habían logrado acceder sin que los viera y se habían sentado por separado en la sala de subastas. Lacey se preguntó si se habían visto obligados a sentarse separados al estar casi todos los asientos ocupados, o si lo habían hecho por

elección propia. ¿Era aquella una señal de falta de harmonía en el trío? También se fijó en que ninguno de ellos había cogido ninguna pasta.

Justo entonces llegó Nigel cojeando. Era la primera vez que Lacey lo veía desde que había ascendido al primer puesto de su lista de sospechosos antes de volver a descender, y Lacey se sintió incómoda, sin saber muy bien qué hacer ni cómo recibirlo. No creía que pudiese mantener las apariencias si de verdad la había traicionado y había jugado con ella como si fuese tonta.

Por suerte, entre ellos se interponía un mar de gente. Nigel no tuvo otra opción que saludarla desde lejos con la mano, aunque incluso el devolverle el gesto hizo que a Lacey se le revolviese el estómago con una sensación de engaño.

Observó con atención cómo se sentaba. La cojera de Nigel era ahora más pronunciada, y Lacey torció los labios al volver a verse invadida por la sensación de que Nigel tenía que ser el ladrón. Pero si era también el asesino todavía estaba por verse.

Los gruñidos de Chester la sacaron de sus pensamientos y Lacey alzó la vista para ver cómo Cruella de Taryn entraba en su tienda.

«¿Qué está haciendo aquí?», pensó enfurecida, marchando hacia la mujer.

—Lacey —dijo ésta con una voz falsamente dulce—. He pensado en pasarme para mostrar mi apoyo.

Lacey entrecerró los ojos, escéptica. Sería más típico de Taryn interrumpir la sesión que otra cosa.

—Qué detalle —dijo.

—¿No te alegras de que mis renovaciones hayan acabado justo hoy? —continuó Taryn—. Justo a tiempo para tu subasta.

—Sí, una maravillosa coincidencia —replicó Lacey entre dientes.

—Pero espero que Keith no haga demasiado ruido en el jardín —añadió la mujer, dándole énfasis a la frase con una risita de una amabilidad completamente falsa.

Lacey entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—Oh, ¿no te lo he dicho? —dijo Taryn con dulzura—. Le he pedido a Keith que me remodele el jardín. Esos cobertizos que tengo ahí fuera hacen daño a la vista, especialmente en comparación con tu precioso jardín. Me va a construir unos bonitos cobertizos de madera para reemplazarlos.

Si Lacey apretaba más los dientes, se le romperían. ¡Por supuesto que el único día en que necesitaba hacer uso de la habitación trasera, Taryn lo organizaba todo para que el ruido se trasladase de la pared que compartían al jardín aledaño! Éste se colaría sin problemas en la sala de subastas, y desde luego que molestaría. Taryn sólo se había presentado para poder disfrutar de un asiento de primera fila y así poder ver cómo se desarrollaba todo.

—¿No quiere unirse Keith a la fiesta? —preguntó Lacey.

Taryn pareció divertirse ante su sugerencia.

—Keith no sabe nada de nada sobre antigüedades. Es todo músculo y cero cerebro. Ooh, ¿esas pastas son de Tom?

Y, con aquello, viró en dirección a la mesa de las pastas con la nariz alzada como un hueso que hubiese olisqueado un hueso.

Hablando del diablo, Tom fue el siguiente en llegar. Se acercó a Lacey con su habitual cesta de mimbre de la que irradiaban los aromas del azúcar y las pastas.

—He traído refuerzos —dijo, haciendo un gesto hacia su cesta llena de delicias—. He visto entrar a toda esa gente y he pensado que era imposible que hubiese suficiente para todos.

Su actitud animada derritió al instante la sensación heladora que se le había filtrado a Lacey hasta los huesos gracias a la presencia de Taryn.

—No hace falta que prepares comida *para todos* —le recordó Lacey.

Tom la miró como si estuviese loca.

—¿Qué clase de amigo sería si no te apoyase en tu primera subasta?

«Amigo», pensó Lacey. ¿Acaso se había rendido Tom ante sus titubeos y había decidido que permanecieran como amigos? Esperaba que no.

Tom empezó a volver a llenar la mesa con las pastas recién horneadas, llenando la tienda de los olores de la mantequilla y el azúcar, y Lacey miró el reloj. Había llegado la hora de la subasta. Se tragó los nervios que sentía y entró en la habitación.

*

Una multitud de ojos se posaron sobre ella en cuanto ocupó su puesto, y Lacey no pudo evitar sentirse nerviosa. Entre los presentes estaban su antigua y horrible jefa, su archienemiga, y un asesino. Pero revisar el público y ver a Tom, además de Gina, Ivan, Stephen y Martha, le ayudó a mantenerse firme. Sus aliados superaban en número a sus enemigos. Y, por supuesto, también tenía a Percy Johnson como apoyo moral.

Empezó presentando la colección de jarrones victorianos de Iris. Se alzó un murmullo complacido de entre los miembros de la Sociedad de Antigüedades Británicas, y Lacey no pudo contener una sonrisa.

La subasta empezó con la participación principal de ese grupo, que parecía absurdamente jovial y no dejaban de felicitarse los unos a los otros. Aquello era muy distinto a las subastas de Nueva York a las que Lacey estaba acostumbrada, que solían ser mucho más brutales y frenéticas. De hecho, su subasta tenía un aire bastante más amable.

Una vez vendidos los jarrones, Lacey pasó a los divanes, apartando la pantalla shoji tras la que estaban expuestos.

Una vez más, los miembros de la sociedad soltaron *oohs* y *aahs* de aprecio. Resultaba encantador, e incluso los demás miembros del público parecían encantados con sus rarezas.

Pero, justo cuando las pujas empezaban a subir y subir a medida que avanzaban por la colección, empezaron a oírse golpes provenientes del jardín.

Lacey se puso nerviosa al instante y empezó a tartamudear.

Taryn sonrió con suficiencia. Saskia se miró el reloj y bostezó. El superintendente Turner se puso en pie y sacó una lata de tabaco del bolsillo.

—No puedes fumar aquí —dijo Lacey, deteniendo la subasta.

El detective se encogió de hombros, se puso un cigarrillo entre los labios, y cruzó la sala en dirección al jardín, pasando justo por delante de Lacey al hacerlo sin importarle en lo más mínimo lo maleducado que resultaba.

Lacey frunció el ceño. Estaba decidida a no permitir que nada ni nadie la desconcentrase, así que acabó la subasta de los distintos divanes.

Después tocaba el turno de las joyas, en concreto los objetos de las cajas acrílicas que había tasado en primer lugar. ¡Pero no había hecho más que empezar cuando los golpes del jardín se detuvieron para ser sustituidos por el sonido de una sierra mecánica! Y, para acabar de redondearlo, oyó a Chester ladrando con furia.

—Perdón —le dijo al público, acabando por ceder—. Tengo que ver qué ocurre.

Percy se puso en pie.

—No te preocupes, Lacey. Yo me ocupo de esto.

Lacey dejó la subasta en aquellas manos extremadamente capacitadas y salió corriendo al jardín.

Una vez allí, vio al superintendente Turner fumando con la espalda apoyada contra el invernadero. Al otro lado de la valla, en el jardín de Taryn, Keith estaba trabajando con una sierra circular, cortando pedazos de madera.

Y, entre los dos, estaba Chester, ladrando con fuerza.

Lacey nunca lo había visto tan agitado. No era habitual que ladrase, y de hecho sólo lo había visto tan agitado en una ocasión: cuando habían entrado a robar en la tienda.

Fue entonces cuando comprendió qué era lo que estaba pasando. Chester estaba intentando decirle algo. Algo importante.

Miró por encima de la valla y vio a Keith con la pernera de los pantalones algo arremangada- Y, sobre la pálida carne del tobillo, contrastando con un tono rojizo, encarnado y claro como el día, había las marcas de unos dientes.

Lacey soltó un jadeo. Keith era el ladrón.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Lacey sujetó a Chester por el collar para calmarlo y alzó la vista hacia el superintendente Turner.

—¡Es él! —le dijo, limitándose a mover los labios pero sin emitir ningún sonido.

El detective al principio frunció el ceño, pero abrió mucho los ojos cuando miró para ver qué estaba señalando Lacey de manera tan frenética, comprendiéndolo todo. Lanzó la colilla de su cigarro sobre la hierba y se acercó a la valla.

—Disculpa —dijo.

Keith apagó la sierra; parecía un poco sorprendido al tener a un policía delante.

—¿Qué? No estoy haciendo nada malo.

—Me preguntaba si tendrías un minuto. Para hablar.

—No hablo con la policía, no sin un abogado.

—En ese caso será mejor que llames al tuyo, y rápido —dijo el detective—. Porque, si no respondes mis preguntas por las buenas, te arrestaré.

Keith pareció ponerse furioso al instante.

—¡¿Arrestarme por qué?!

—Intento de robo.

—¿Qué? —rugió Keith.

La situación empezaba a ponerse tensa, y Lacey esperó que el altercado no pudiese oírse desde el interior de la sala de subastas, aunque sospechaba que el tono enfurecido de las voces sí que podría oírse.

—Karl, ¿podrías hacerlo en otro sitio? —le suplicó al superintendente Turner.

—Claro —dijo el detective. Se encogió de hombros como si nada, pasando por encima de la valla para llegar al jardín de Taryn y yendo directo hacia Keith—. Venga, amigo. Hablemos dentro.

Lacey vio como el asombrado manitas era llevado dentro de la boutique.

Se sentía la cabeza hecha un caos. Taryn debía de haberle dicho a Keith que entrase en la tienda. Pero, en ese caso, eso significaría que el intento de robo y el asesinato no estaban conectados. ¿Se había equivocado Lacey por completo en su teoría?

Aunque su mente era en aquel momento un torbellino, sabía que no tenía tiempo que perder reflexionando. Todavía tenía una subasta en marcha dentro de la tienda.

Volvió a entrar a toda prisa, descubriendo que Percy había finalizado la venta de todas las joyas y que ya habían llegado al último objeto. ¡El reloj de cuco!

Lacey volvió a ocupar su puesto tras el podio, pero la confianza que había poseído de que estaba a punto de atrapar a un asesino se había visto afectada ante la revelación de que Keith era el ladrón. Quizás el momento de claridad que esperaba que se produjese con la venta del reloj no llegase a tener lugar.

—Es hora del último objeto —anunció, oyendo el tono robótico de su voz mientras su mente lo repasaba todo a mil por hora en un intento desesperado de darle sentido.

Apartó el biombo para dejar al a vista el reloj de cuco y un murmullo de apreciación se alzó entre el público.

—Es un reloj de cuco único en su clase, artesanal y del siglo dieciocho —dijo en modo automático—. Tallado a partir de corteza de nogal de calidad. La llave ha desaparecido, así que el reloj no puede arreglarse, pero sigue siendo una preciosa pieza decorativa.

Repasó al público con la mirada, moviendo los ojos entre los t res hermanos. Antes había estado segura de que el que pujase por el reloj sería el asesino, pero ahora ya no sabía qué creer.

—Empezaremos la puja en diez mil libras.

La primera puja fue inmediata, y fue nada más y nada menos que Henry Archer.

Lacey miró al más joven del trío, esforzándose en no parecer desconfiada.

—Diez mil —dijo, señalándolo con un asentimiento de cabeza—. ¿Quién da diez mil quinientas?

—¡Aquí!

La voz pertenecía a Benjamin Archer.

Lacey desvió la mirada bruscamente hacia él. Así que dos de los tres sospechosos estaban pujando, pero el tercero, Nigel, permaneció en silencio. Lo observaba todo plácidamente, sin emitir el menor ruido. Si la marca del mordisco en la piernas de Keith no había sido prueba suficiente para exonerar a Nigel, bueno, su silencio actual desde luego sí lo era. Nigel no era el culpable, ni del intento de robo ni del asesinato.

¿Pero lo era uno de los dos hermanos? Ambos parecían decididos a superar la puja del otro y hacerse con el reloj.

A medida que el precio subía más y más y la batalla saltaba de un hermano al otro, Lacey distinguió algo muy curioso. Entre cada pausa que se producía después de que Henry hiciese su puja y Benjamin la contrarrestase, el más joven de los hermanos miraba a Clarissa. A Lacey

casi le pareció que estaba buscando alguna clase de confirmación de su parte. Quizás incluso instrucciones.

Y entonces, mientras se suponía que su concentración debía de estar fija en Benjamin durante la puja de éste, Lacey vio cómo Clarissa asentía ligeramente con la cabeza.

—Treinta mil —anunció Henry.

Lacey a duras penas consiguió evitar fruncir el ceño. Henry y Clarissa estaban trabajando *juntos*. Debían de haber juntado todo su dinero para superar las pujas del hermano mayor.

Benjamin aumentó la puja con confianza a treinta y cinco mil quinientas libras, levantando la mano como el rayo en el aire y haciendo que su anillo de bodas de oro destellase bajo las luces. Lacey aceptó la puja y se giró hacia Henry, pero todo empezaba a antojársele irreal, como si tuviese la cabeza llena melaza. Le empezaba a resultar difícil concentrarse en los pasos a seguir de lo rápido que le iba la cabeza.

La mano de Henry se alzó, anunciando la siguiente cantidad. Ningún anillo de bodas resplandeció en sus dedos. No había anillo. Las palabras de Nigel le resonaron en la cabeza. *Desde que encontró a su esposa, sentó la cabeza y abrió su negocio de surf, ha estado mucho más tranquilo.*

«¡Se está divorciando!», pensó Lacey. «Por eso había ido a visitar a Clarissa a Londres. ¿Han unido fuerzas? ¿Están metidos en esto juntos?».

Pero, justo cuando Lacey creía que podía haber encontrado la respuesta, Clarissa negó suavemente con la cabeza en dirección a Henry. Y, cuando llegó el turno de éste de volver a pujar, guardó silencio. Se había retirado de la competición.

Con aquel pequeño gesto, la teoría de Lacey quedaba hecha trizas a su alrededor.

Lacey hizo una pausa. Se tambaleó. Oyó el abrumador silencio que se produjo cuando toda la sala pareció contener el aliento. Todos los ojos

estaban fijos en ella, mirándola fijamente, parpadeando, esperando.

Lacey se enderezó y desvió la vista hacia Benjamin.

—A la una, a las dos, a las tres. Vendido por treinta y cinco mil quinientas libras a Benjamin Archer —anunció con voz firme y decidida.

Golpeó el podio con el mazo. El sonido se le antojó como una explosión.

Clarissa y Henry habían aunado fuerzas, pero no para matar a su madre, sino por la rivalidad entre los hermanos. Por el negocio fallido de Clarissa. Por el matrimonio fallido de Henry. Y por un hermano mayor que lo tenía todo y que no dejaba de restregárselo por la cara, que había triunfado allí donde ellos habían fracasado. Habían pujado por el reloj no porque quisieran lo que había en su interior, sino para vengarse de su hermano mayor.

Un hermano mayor que, al comprar el reloj de cuco, volvía a ocupar el primer puesto en su lista de sospechosos.

¿Era Benjamin Archer el asesino?

*

Lacey necesitaba un poco de aire. La cabeza le daba vueltas. Salió trastabillando al jardín, con Chester empujándola con la nariz cuando Lacey se inclinó e intentó recuperar el aliento.

De repente, Nigel estaba a su lado.

—¡Lacey! —exclamó el hombre—. ¿Qué ocurre?

—Oh, Nigel —dijo Lacey, abrazándolo—. Te debo una disculpa.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Nigel, dándole unas palmaditas amables en la espalda.

—Creía… Creía que eras tú quien irrumpió en mi tienda —soltó Lacey—. Que habías robado el cuadro de Iris y lo habías escondido en el reloj, y que después habías vuelto a intentar robarlo, pero ahora sé que me equivocaba. ¿Podrás perdonarme?

Se produjo una larga pausa. Lacey pensó que Nigel debía de haberse quedado sorprendido ante su acusación; seguramente estuviese tan herido de que pudiese podido acusarlo de algo así que no podía ni mirarla.

—No hay nada que perdonar —dijo Nigel—. Porque tienes razón.

Esta vez fue el turno de Lacey de llevarse tal sorpresa que no le salían las palabras.

—¿Qué? ¿Entraste en… mi tienda? ¿Por qué?

—Por el cuadro de Lady Isabelle. No había entrado en la habitación de Iris desde su muerte. No podía; me resultaba demasiado doloroso. Pero aquella noche, después de trasladar todas las cosas a tu tienda, decidí hacerlo. Y vi al instante que el cuadro no estaba. Aparte de mí, sólo había otras tres personas que pudiesen saber de su existencia: Benjamin, Clarissa y Henry. Eso hizo que estuviese seguro de que el asesino era uno de sus hijos y que había matado a su propia madre, a mi mejor amiga, por un cuadro. —La voz se le rompió mientras hablaba—. Me puse furioso. Estaba dominado por el dolor. Me pasé una hora caminando de un lado al otro intentando pensar en qué podía haber pasado, y entonces me vino a la cabeza el reloj y lo enfadados que habían estado al respecto al irrumpir en la mansión. Se me ocurrió que quizás la llave no hubiese llegado a perderse nunca, que quizás habían escondido el cuadro dentro asumiendo que el reloj estaba entre el puñado de objetos que iban a heredar. Tenía que estar seguro. La pérdida me había enloquecido. Lo siento mucho. Muchísimo.

Lacey hizo una pausa, dejando que sus palabras se abriesen paso en su mente. Había tenido razón desde el principio con Nigel, pero por los motivos equivocados. Había actuado movido por la pena, por la devastación

de que su mejor amiga hubiese sido asesinada por un cuadro. ¿Y acaso no había estado ella misma de pie delante de ese mismo reloj de cuco con una palanca entre las manos y alzada por encima de la cabeza, lista para destrozarlo y averiguar si *su teoría* era correcta? Quizás no había llegado tan lejos como para dañar el reloj, pero desde luego había estado muy cerca. Podía simpatizar con Nigel.

—¿Pero por qué no has pujado por el reloj? —preguntó—. Si creías que el cuadro estaba dentro.

—No tengo dinero —contestó Nigel.

—Pero sabes que ese cuadro vale millones. Podrías haber ganado fácilmente el dinero necesario para pagar por el reloj en cuanto lo hubieses vendido.

—¿Venderlo? —exclamó Nigel—. No quiero venderlo. Iris quería que el mundo conociese la historia de Lady Isabelle. Quería que el cuadro se donase a un museo tras su muerte; es una de las razones por las que estaba tan alterado cuando chocamos en las escaleras. Había estado sentado en el dormitorio de Iris, dándome cuenta de que nunca podría cumplir su deseo. —Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas—. Y entonces me enseñaste esa fotografía. No sé si te fijaste, pero Iris llevaba la llave del reloj a modo de colgante. Eso hizo que estuviese todavía más convencido de que la llave no se había perdido, sino que la tenían los hijos. En ese momento quise sincerarme contigo y contarte mis sospechas, pero no logré encontrar las palabras. —Miró a Lacey con los ojos brillantes—. Por favor, te suplico que no me entregues a la policía.

Lacey recordó de repente a Keith, que en aquel preciso instante estaba siendo interrogado. Debía de haber recibido el mordisco de perro que tenía en la pierna en otro sitio y, en un momento de estrés, Lacey había cometido un error de novata y había conectado dos hechos que no estaban relacionados, creando una perspectiva para nada exacta.

—No lo haré —le dijo a Nigel—. De todos modos ahora mismo están muy ocupados con el hombre equivocado…

Nigel pareció confundido, pero Lacey le dio una palmadita en el brazo.

—Comprendo por lo que estabas pasando y por qué hiciste lo que hiciste. Simplemente desearía que hubieses confiado lo suficiente en mí como para contarme tu teoría.

—Lo siento. Pero yo también tenía mis sospechas contigo.

—¿Conmigo?

—Sí. Apareciste de la nada. Al principio no estaba seguro de qué pensar.

—Uh —dijo Lacey, algo dolida—. Bueno, creía que eras *tú* el que había escondido el cuadro.

—¿Yo? —exclamó Nigel—. Pero si… ¡pero si *fui yo* quien te habló de él!

Lacey se sonrojó.

—Creía que te estabas ocultando a plena vista. Que me estabas usando por mi candidez. Lamento haber sospechado de ti.

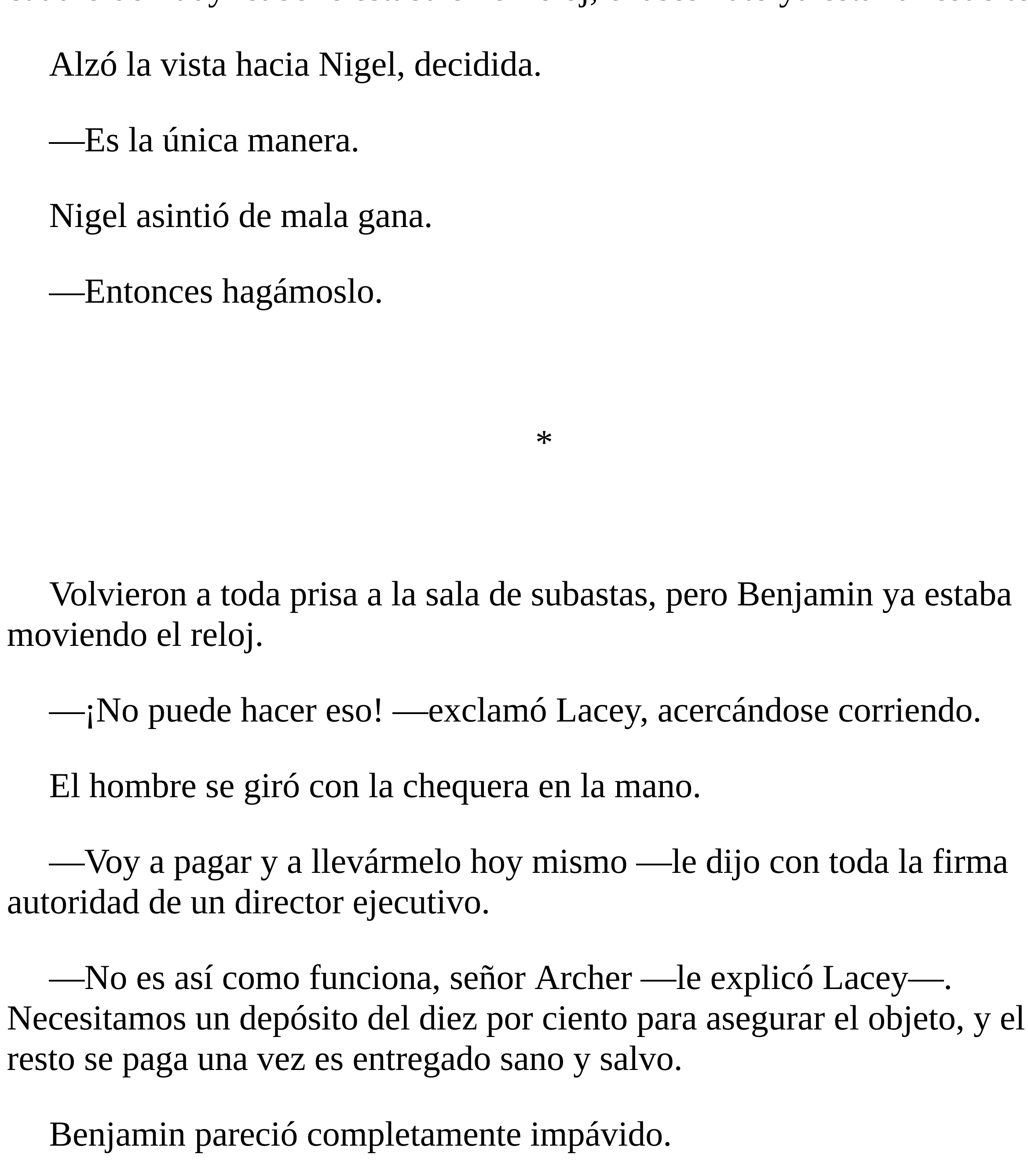
Nigel chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Ahora veo que hice cosas que me hacían parecer sospechoso. Por favor, dejemos atrás todo este debacle.

Lacey asintió con la cabeza.

Con la situación del robo resuelta y separada del asesinado de una vez por todas, la mente de Lacey volvió a la teoría a la que tanto ella como Nigel habían llegado de manera independiente: que el cuadro estaba dentro del reloj y que, por lo tanto, Benjamin era el asesino.

—Tenemos que resolver esto de una vez por todas —dijo con decisión—. Tenemos que romper el reloj.



¡Ojalá hubiese tenido las agallas necesarias para hacerlo desde el principio! Ojalá no hubiese interrumpido a Nigel aquella noche cuando él había intentado hacer precisamente lo mismo. Si alguno de ellos hubiese llegado hasta el final con su plan y hubiese conseguido confirmar que el cuadro de Lady Isabelle estaba en el reloj, el asesinato ya estaría resuelto.

Alzó la vista hacia Nigel, decidida.

—Es la única manera.

Nigel asintió de mala gana.

—Entonces hagámoslo.

*

Volvieron a toda prisa a la sala de subastas, pero Benjamin ya estaba moviendo el reloj.

—¡No puede hacer eso! —exclamó Lacey, acercándose corriendo.

El hombre se giró con la chequera en la mano.

—Voy a pagar y a llevármelo hoy mismo —le dijo con toda la firma autoridad de un director ejecutivo.

—No es así como funciona, señor Archer —le explicó Lacey—. Necesitamos un depósito del diez por ciento para asegurar el objeto, y el resto se paga una vez es entregado sano y salvo.

Benjamin pareció completamente impávido.

—Me lo llevaré hoy tanto si aceptas mi pago como si no.

—Es un tema del seguro —intentó explicar Lacey, pero notaba cómo le temblaba la voz. Estaba hablando *con un asesino*—. Es para protegernos tanto a mí como a usted. Usamos transportistas especiales que cuentan con su propia protección, pero cualquier otra cosa nos pone a ambos en un peligro legal.

—No me importa un pimiento el cenagal en el que puedas meterte, jovencita. Dame el nombre y el teléfono de ese transportista y lo organizaré yo mismo.

Estaba decidido y no iba a ceder, y Lacey sintió cómo empezaba a flaquear frente a su ademán dominante. Un hombre que mataba a su madre a golpes no era alguien con quien quisiera tener un altercado, ni siquiera si la detective Lewis estaba presente, observando su interacción con una mirada penetrante y curiosa.

Lacey le echó una mirada a Nigel y éste negó de manera casi imperceptible con la cabeza; Lacey comprendió de inmediato lo que estaba diciéndole. Tenían que dejarlo ir. No iban a conseguir sus respuestas, al menos no ahora.

Cedió. Le dio a Ben todos los detalles necesarios y éste salió de la tienda sin darle las gracias para hacer la llamada y organizar la recogida de la principal prueba del caso.

Lacey dejó caer los hombros, decepcionada. Había dado dos pasos hacia delante y otro hacia atrás y, al menos por ahora, el misterio seguiría sin resolverse. Pero no iba a rendirse. Ya se le ocurriría algo, algún modo de exponer a Benjamin de una vez por todas por el crimen que había cometido.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Nigel y Lacey estaban sentados en la mesa de la cocina. El cielo era negro al otro lado de la ventana, y una densa niebla se había alzado desde el océano. Habían pasado horas desde que habían visto cómo Benjamin se llevaba la única prueba que tenían, y a ninguno se les había ocurrido todavía un plan para atraparlo.

Los separaba una botella de vino abierta, algo con lo que ahogar sus penas.

Justo entonces, Lacey oyó cómo llamaban a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Nigel.

Lacey negó con la cabeza. Dejó a Nigel en compañía de Chester y de otro vaso de Shiraz y, llena de curiosidad, recorrió el pasillo a oscuras en dirección a la puerta principal. Al abrirla se encontró a Gina de pie en las escaleras de entrada con una regadera en la mano.

—¡Buenas noticias, Lacey! —exclamó su vecina, entrando en la casa sin esperar a ser invitada—. Acabó de colgar el teléfono después de hablar con la policía. Han arrestado al merodeador. ¡No te imaginas quién era!

Lacey frunció el ceño, completamente perdida. Miró a su vecina, arropada con su rebeca de rigor y goteando agua en la alfombra con la regadera; estaba claro que estaba sufriendo un momento de senilidad.

—Lo siento, Gina, ¿pero de qué estás hablando?

—¡Del hombre! —exclamó ésta, abriendo mucho los ojos por el entusiasmo—. ¡Del hombre que vi merodeando por aquí la otra noche! —Y entonces hizo una pausa, llevándose un dedo a los labios en un gesto de contemplación—. Espera. ¿Te lo conté? Sé que lo conté *a alguien*. ¿A quién

fue? Sinceramente, a veces creo que estoy perdiendo la cabeza. —Soltó una risita—. Oh, ya me acuerdo. ¡Fue a Ivan! ¡Eso es! Él iba a pasarte el mensaje, pero supongo que era mejor no preocuparte.

Lacey sacudió la cabeza, completamente sorprendida. Estaba más que un poco asustada por lo que Gina le estaba diciendo, y la actitud distraída de la mujer no hacía más que empeorarlo.

—Empieza por el principio —le insistió Lacey—. ¿Alguien ha estado merodeando alrededor de la casa?

Gina asintió con la cabeza.

—Fue la otra noche. Había salido a regar las plantas, ya sabes que prefieren que se las riegue bajo la luz de la luna. —Agitó la regadera como demostrarlo—. En fin, que vi a un hombre. Un tipo grande y robusto que subía por el sendero de la casa. A las ovejas no les gustó *nada* verlo por allí, ¡porque se lanzaron balando como locas tras él! —Gina se echó a reír—. ¡Nunca he visto a un hombre tan grande como ese correr tan rápido en toda mi vida! ¡Hasta tropezó y se llevó un par de mordiscos de las ovejas! En fin, se lo conté todo a la policía, y acaban de llamarme para decirme que lo han detenido. Es…

—… Keith —acabó Lacey por ella, invocando el recuerdo de Keith en el jardín de Taryn con la pernera subida y mostrando las marcas de mordiscos en el tobillo. Pero no eran marcas producidas por un perro, ¡sino por las ovejas!

Gina se la quedó mirando, perpleja.

—Exacto. ¿Pero cómo sabes quién es el rufián local de Wilfordshire?

—*Porque* —empezó a decir Lacey—, Keith ha estado trabajando como manitas para Taryn.

Gina jadeó, como si las piezas acabasen de encajar en su mente.

—No creerás que Taryn lo envío hasta aquí, ¿verdad? Para asustarte. ¡Dios mío! ¿Qué crees que quería que hiciera?

Lacey se encogió de hombros.

—Me da miedo pensarlo.

—Esa mujer —musitó Gina, sacudiendo la cabeza—. Bueno, al menos la policía lo ha pillado. Lo ha identificado por las marcas de los mordiscos. —Se echó a reír—. ¿Y qué andas haciendo?

—Nigel y yo estamos hablando para ver qué hacemos ahora que sabemos quién mató a Iris.

Gina asintió con solemnidad.

—¿Queréis un poco de ayuda?

—Si estás dispuesta a ofrecerla —dijo Lacey—. Tres cabezas son mejores que dos.

—Entonces cuenta conmigo.

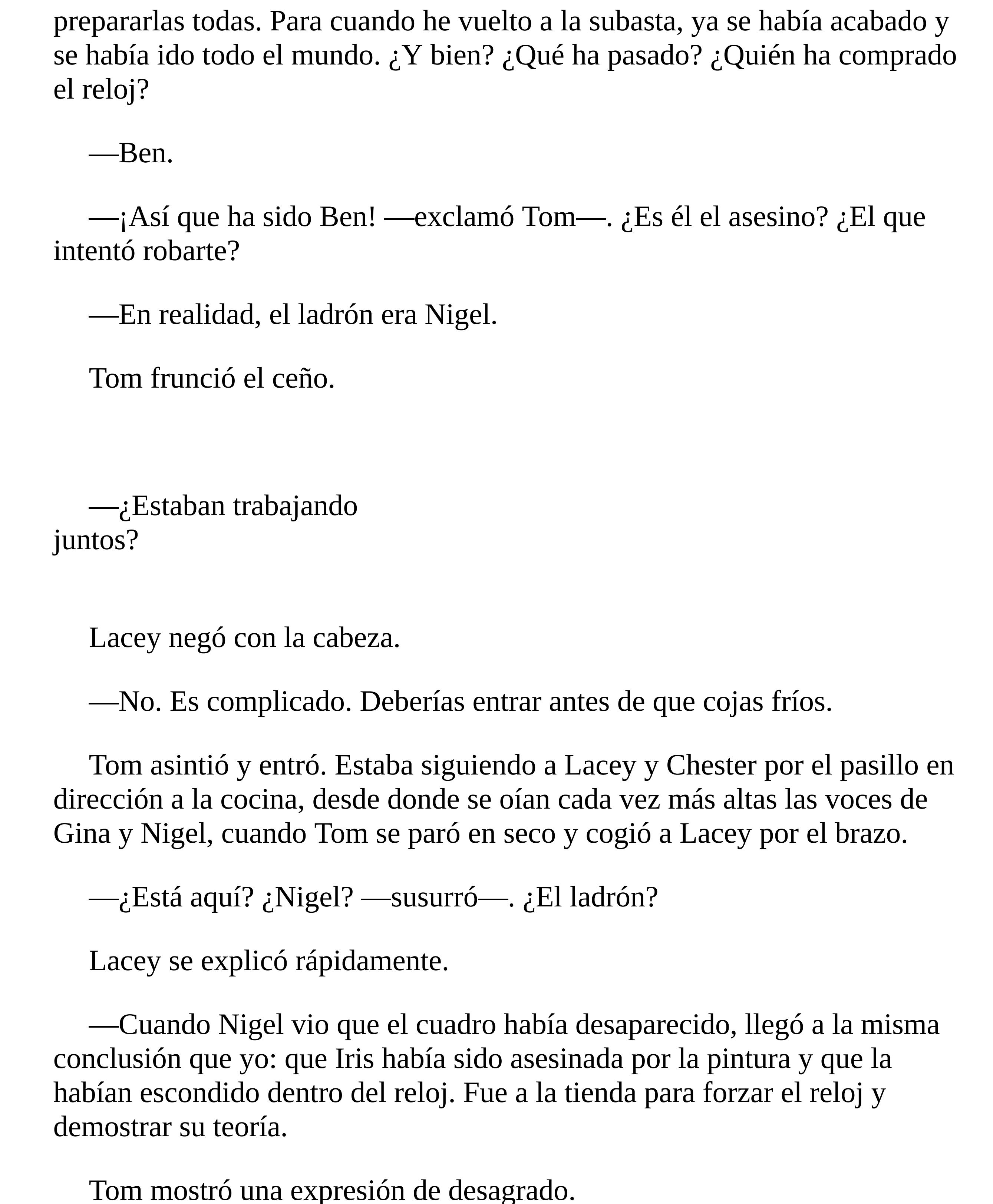
Lacey estaba a punto de cerrar la puerta tras Gina cuando oyó cómo la llamaba una voz proveniente de la oscuridad.

—¡Lace! ¡Lace!

Volvió a girarse, entrecerrando los ojos para ver mejor. Tom estaba subiendo a toda prisa por la colina, y no fue hasta entonces que Lacey se percató de que se había perdido la subasta; no había vuelto a la tienda después de ir a su pastelería para hornear más cruasanes.

—¿Tom? —preguntó sorprendida—. ¿Qué te ha pasado?

—Es una larga historia —dijo éste, jadeando por la subida—. Cuando he vuelto a la pastelería, he descubierto que Paul había usado levadura en polvo en lugar de bicarbonato en las pastas de mañana. He tenido que ir hasta la tienda Cash ’n’ Carry a comprar más, y después volver a



prepararlas todas. Para cuando he vuelto a la subasta, ya se había acabado y se había ido todo el mundo. ¿Y bien? ¿Qué ha pasado? ¿Quién ha comprado el reloj?

—Ben.

—¡Así que ha sido Ben! —exclamó Tom—. ¿Es él el asesino? ¿El que intentó robarte?

—En realidad, el ladrón era Nigel.

Tom frunció el ceño.

—¿Estaban trabajando juntos?

Lacey negó con la cabeza.

—No. Es complicado. Deberías entrar antes de que cojas fríos.

Tom asintió y entró. Estaba siguiendo a Lacey y Chester por el pasillo en dirección a la cocina, desde donde se oían cada vez más altas las voces de Gina y Nigel, cuando Tom se paró en seco y cogió a Lacey por el brazo.

—¿Está aquí? ¿Nigel? —susurró—. ¿El ladrón?

Lacey se explicó rápidamente.

—Cuando Nigel vio que el cuadro había desaparecido, llegó a la misma conclusión que yo: que Iris había sido asesinada por la pintura y que la habían escondido dentro del reloj. Fue a la tienda para forzar el reloj y demostrar su teoría.

Tom mostró una expresión de desagrado.

—¿Acaso no podía haber llamado y preguntado? ¡En lugar de irrumpir en tu tienda con una palanca y darle un susto de muerte a todo el mundo!

—La pena te hace perder la cabeza —dijo Lacey—. Y ha aprendido la lección.

Le dio una palmadita en la cabeza a Chester, que gimoteó.

Pero Tom seguía sin parecer convencido. Inclinó la cabeza mirar dentro de la cocina, donde Nigel le estaba sirviendo una copa de vino a Gina. Después volvió a mirar a Lacey con gesto serio.

—Perdonas con más facilidad de lo que lo hago yo, Lace, si has invitado a un ladrón confeso a tu casa. Afectado o no por la pena, lo que te hizo fue horrible.

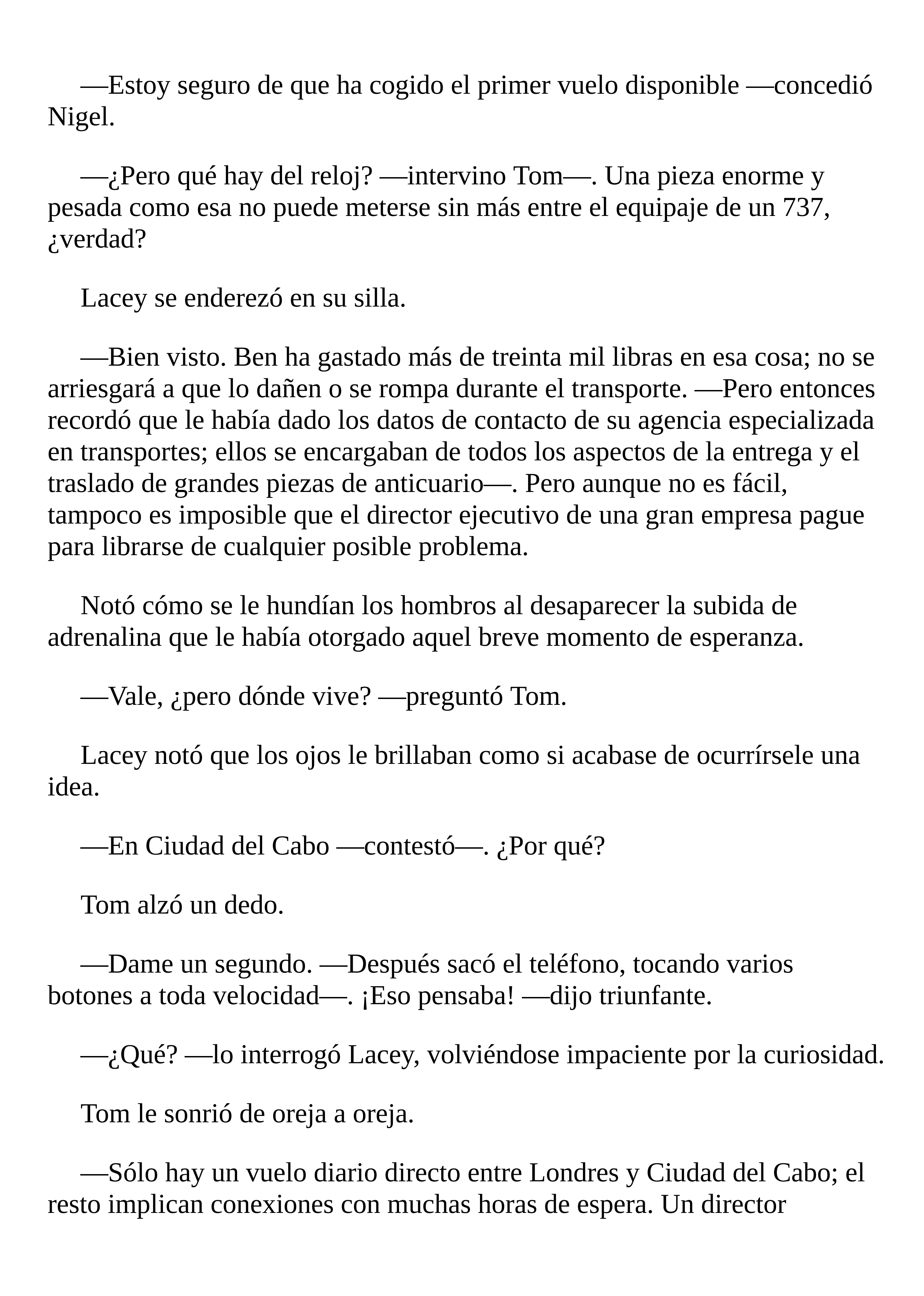
Lacey hizo una pausa. Ya había notado el tono protector de Tom; estaba cuidando de ella, y aquello hizo que una sensación de calidez la embargara. Tom siempre había sido su luz durante la oscuridad del asesinato de Iris.

Entraron en la cocina y Tom le dirigió a Nigel una mirada algo reticente antes de aceptar el vaso de vino que éste le sirvió, recibiéndolo con un «gracias» tenso.

Empezaron a organizar una estrategia juntos para ver cómo podían exponer a Benjamin. Hablaron de todo, desde el cuadro de Lady Isabelle dentro del reloj, hasta el vacío legal del testamento, la historia de los herederos masculinos y los últimos deseos de Iris.

—Ojalá hubiese un modo de convencer a la policía para que mirasen dentro del reloj —dijo Lacey—. En cuanto vieran que el cuadro está dentro, lo tendrían con las manos en la masa.

—Ya debe de estar de camino a Sudáfrica, ¿no? —dijo Gina—. Ahora que ha conseguido lo que quería, no me imagino que quiera quedarse cerca de la escena del crimen por más tiempo.



—Estoy seguro de que ha cogido el primer vuelo disponible —concedió Nigel.

—¿Pero qué hay del reloj? —intervino Tom—. Una pieza enorme y pesada como esa no puede meterse sin más entre el equipaje de un 737, ¿verdad?

Lacey se enderezó en su silla.

—Bien visto. Ben ha gastado más de treinta mil libras en esa cosa; no se arriesgará a que lo dañen o se rompa durante el transporte. —Pero entonces recordó que le había dado los datos de contacto de su agencia especializada en transportes; ellos se encargaban de todos los aspectos de la entrega y el traslado de grandes piezas de anticuario—. Pero aunque no es fácil, tampoco es imposible que el director ejecutivo de una gran empresa pague para librarse de cualquier posible problema.

Notó cómo se le hundían los hombros al desaparecer la subida de adrenalina que le había otorgado aquel breve momento de esperanza.

—Vale, ¿pero dónde vive? —preguntó Tom.

Lacey notó que los ojos le brillaban como si acabase de ocurrírsele una idea.

—En Ciudad del Cabo —contestó—. ¿Por qué?

Tom alzó un dedo.

—Dame un segundo. —Después sacó el teléfono, tocando varios botones a toda velocidad—. ¡Eso pensaba! —dijo triunfante.

—¿Qué? —lo interrogó Lacey, volviéndose impaciente por la curiosidad.

Tom le sonrió de oreja a oreja.

—Sólo hay un vuelo diario directo entre Londres y Ciudad del Cabo; el resto implican conexiones con muchas horas de espera. Un director

ejecutivo rico no va a malgastar medio día en un aeropuerto de Marruecos esperando a que llegue su vuelo; cogerá el vuelo directo, sin duda.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Lacey.

—Se ha perdido el vuelo de hoy —continuó Tom—. Era a las cuatro de la tarde, y la subasta no ha acabado hasta las tres. A menos que haya cogido un cohete que lo llevase directo a Heathrow, es imposible que haya llegado a tiempo. Tenemos hasta las cuatro de la tarde de mañana para convencer al superintendente Turner de que tu teoría es correcta.

La esperanza volvió a florecer en el pecho de Lacey. Quizás todavía hubiese una oportunidad de atrapar al asesino.

—Ey, chicos, mirad —dijo Tom, señalando el reloj de la pared. Era medianoche; llevaban horas hablando—. Ya ha llegado la Pascua.

—Tienes razón —comentó Nigel. De repente pareció más deprimido que nunca—. Iris adoraba la Pascua. Era su fiesta preferida. Me contó que todos los años escondía huevos pintados para que los niños los encontrasen, y por la tarde comían juntos y hacían turnos para leer versículos de la Biblia. —Se secó una lágrima—. ¿Alguien se opone a un pequeño rezo? En recuerdo a Iris.

Lacey le dirigió a Nigel una mirada de empatía. A veces se olvidaba de que en el centro de todo aquello había una mujer muerta. Pero Nigel había sido su amigo, su confidente, y ahora tendría que vivir el resto de sus días sabiendo que le habían arrebatado a alguien que le importaba muchísimo antes de tiempo.

Gina le dio una palmadita en la mano desde el otro lado de la mesa.

—En absoluto, tesoro. Creo que sería encantador.

Tom y Lacey también asintieron y todos agacharon la cabeza mientras escuchaban la conmovedora oración de gratitud y perdón de Nigel.

Todos musitaron un suave «amén» cuando acabó.

Pero, nada más abrir los ojos y separar las manos, algo encajó de repente en la mente de Lacey.

«Pascua… leer la Biblia…».

Se puso en pie de un salto y golpeó la mesa con ambos puños, haciendo que todo el mundo saltara en sus asientos y se girasen hacia ella, confundidos.

—¿Lacey? —preguntó Gina.

—¿Qué ocurre? —añadió Tom.

—¡Tenemos al asesino equivocado! —exclamó Lacey.

—¿Qué? —jadeó Nigel—. Pero Ben ha comprado el reloj. Tiene que ser él.

Lacey sacudió la cabeza con fuerza.

—Confía en mí; no ha sido él. Pero sé quién ha sido. Y sé exactamente cómo vamos a destapar el pastel.

Todos los reunidos a la mesa intercambiaron expresiones desconcertadas mientras Lacey sacaba el teléfono.

—¿A quién estás llamado? —inquirió Tom.

—Al superintendente Turner. Querrá estar presente cuando atrape al asesino.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Lacey pasó de largo junto al convoy de relucientes coches negros que había aparcados frente a la mansión Penrose y subió las escaleras de entrada al trote. Rodeó con los dedos la aldaba y no pudo evitar recordar aquel momento de hacía tantos días, cuando la puerta se había abierto al llamar y había empezado toda aquella pesadilla. Ahora el círculo se cerraba y estaba allí para poner fin, de una vez por todas, a aquella terrible mañana en la que había encontrado a Iris muerta.

Aunque el sol brillaba a su espalda, Lacey sintió como si una nube oscura pendiese sobre su cabeza. El aire parecía atascársele en los pulmones de lo nerviosa que estaba ante lo que iba a hacer.

Bajó la vista hacia Chester, su fiel compañero, y éste agitó la cola en el equivalente perruno de una palmadita en la espalda.

Justo entonces la puerta se abrió y Nigel apareció en el marco.

—Están aquí —dijo Lacey, señalando con la cabeza los coches que había en la entrada.

—Están aquí —confirmó Nigel con un asentimiento tenso.

«Parece tan estresado como me siento yo», pensó Lacey mientras la dejaba entrar.

Olió la comida al instante y fue directa a la cocina. Dentro estaba Tom, de pie frente a los fogones y trabajando en la comida de Pascua. Le dirigió una sonrisa tensa cuando entró Lacey; hasta el imperturbable Tom Forrester estaba nervioso con el plan.

—¿Cómo va todo por aquí? —le preguntó Lacey.

Tom desvió la vista hacia el reloj de pared.

—Todo según lo previsto.

—Genial. —Lacey le lanzó una sonrisa, una que sabía que traicionaría su nerviosismo, pero no tenía por qué fingir algo que no era frente a Tom. Después de todo, estaba a punto de plantarle cara a un asesino.

Justo entonces se oyó el sonido de una discusión al otro lado de la puerta que daba al comedor. Eran tres voces bien diferencias: la de Benjamin, la de Clarissa y la de Henry. Oírlas hizo que a Lacey se le revolviese todavía más el estómago. La lengua pareció pegársele de golpe al paladar, como si aquel pico de ansiedad hubiese evaporado toda el agua de su cuerpo.

—Llevan así desde que han llegado —explicó Tom mientras Lacey se acercaba al fregadero y se servía un vaso de agua.

—No esperaba menos —comentó ésta.

Se bebió el agua y volvió a mirar el reloj. Era hora de que empezase el espectáculo.

—Vamos allá —dijo.

—Buena suerte —le deseó Tom.

Lacey inspiró profundamente para tranquilizarse y después abrió la puerta del comedor.

*

La escena a la que entró era tal y como se la había imaginado mientras repasaba los detalles del plan con Gina, Nigel y Tom la noche anterior. Sobre las cómodas que delimitaban el comedor estaban todos los objetos de la sala de juegos, ya fuesen juguetes rotos, muñecas, libros o figuritas que

habían visto días mejores, y cada uno de esos objetos había sido etiquetado y apuntado en un registro siguiendo las instrucciones ofrecidas. A Lacey le recordó un poco a un museo.

Caminando por el perímetro de la habitación y examinando los objetos estaban los tres hermanos, empujándose los unos a los otros para poder ver mejor o para declararse dueños de lo que fuese que estuviesen mirando. Y, junto a cada uno de los malcriados hijos de Iris Archer y de sus idénticas expresiones de tiburón, había un abogado. Cada uno de ellos se había traído al suyo para supervisar el procedimiento. Todo aquello hizo que Lacey pensase en una bandada de urracas robándose las unas a las otras los objetos brillantes del nido.

—¡No puedes quedarte mis muñecas! —estaba lloriqueando Clarissa a Ben—. ¿Para qué las quieres siquiera?

—A mis hijas les encantarán —dijo el hermano mayor con arrogancia.

—¡Pero son *mías*! —Clarissa miró a su abogado, con los ojos muy abiertos en una muestra de indignación infantil—. ¿No es evidente?

—Las apuntaré en la lista como objetos que consideráis vuestros, señorita Archer —dijo su abogado con voz desapasionada.

Estaba claro que los abogados detestaban hasta el último segundo de aquello. Si no hubiese habido una mujer muerta de por medio, Lacey hasta le habría visto el lado divertido.

—Esto es tan injusto —siseó Clarissa—. ¡Él ya se ha llevado el reloj!

—He pagado por eso limpiamente —replicó Ben con prepotencia—. Con dinero que he *ganado* de mi negocio, debo añadir. ¡A diferencia del tuyo, el mío no ha quebrado!

Lacey se tensó. Empezaban a enseñar las garras, pero no le sorprendía. Puede que los hijos hubiesen presentado un frente unido hasta aquel momento, pero el repartir sus pertenencias siempre provocaría que se

volviesen los unos contra los ojos. Y aquel era el estado en el que necesitaba que estuviesen si quería obtener la confesión que buscaba.

Justo entonces, la puerta se cerró a su espalda con un ruido sordo y todas las miradas se posaron sobre ella. Lacey se sintió retroceder ante la furia que expresaban.

—¿Qué hace ella aquí? —exigió Clarissa, fulminando a Lacey con una mirada tan intensa que ésta se sintió alcanzada por un rayo láser.

Nigel contestó con frialdad y calma.

—Ya sabéis que fue elegida para gestionar los objetos de la hacienda.

—¡Pero éstos no están a la venta! —resopló Henry antes de que Nigel tuviese oportunidad de terminar.

Éste apretó los labios con irritación, pero consiguió mantenerse impávido mientras seguía explicándose.

—Quiere estar presente cuando los objetos se retiren de la casa. Así quedará protegida legalmente de cualquier *acusación* de robo que pueda hacerse en su contra.

Clarissa arqueó una ceja delgada, dejando claro que había entendido la insinuación de Nigel de que uno de ellos podría acusarla más tarde de haberse llevado algo de la casa que no debía haberse llevado.

Henry miró a su abogado; parecía como un niño perdido en comparación con Benjamin y su traje negro hecho a medida. El abogado asintió una única vez con la cabeza a modo afirmativo.

—De acuerdo —contestó Henry, cruzándose de brazos como un niño malcriado.

Clarissa parecía perpleja.

—¿Podemos acabar de una vez con esta comida de Pascua? —le preguntó Benjamin a Nigel de manera brusca—. Tengo una reunión en

Johannesburg mañana por la mañana. Si pierdo mi vuelo, pediré una compensación judicial. —Después miró a Lacey—. De los dos.

Nigel señaló la mesa, ya preparada con una buena vajilla de porcelana que algún día Lacey tendría que subastar.

—Entonces, por favor, sentaos.

Su tono cortante le dejó claro a Lacey lo mucho que le estaba costando mantener la compostura frente al asesino de Iris, y no lo culpaba. Ella también estaba más tensa con cada segundo que pasaba.

Ben fue directo hacia la silla que presidía la mesa, y Henry fulminó a su hermano con la mirada al verse superado en su carrera por el puesto.

—De todas formas no sé por qué tenemos que celebrar esta estúpida comida —musitó.

—Es nuestra última oportunidad de despedirnos de madre —siseó Clarissa, sentándose—. Ya sabes lo mucho que le gustaba Pascua. Siempre escondía huevos pintados para nosotros.

Henry se encogió de hombros.

—No recuerdo nada de huevos pintados; seguramente ya no lo hacía para cuando yo tuve edad de empezar a participar.

Se dejó caer en su silla como un adolescente malhumorado. Lacey se fijó una vez más en el desaparecido anillo de bodas y en la franja de piel pálida que tanto contrastaba con su piel bronceada y que indicaba que hacía poco que se lo había quitado. Su teoría ganó todavía más solidez en su mente y su confianza aumentó.

—Tanto si te acuerdas como si no —le dijo Benjamin a su hermano con tono afilado—, éste es nuestro hogar, y es nuestra última oportunidad de despedirnos de él antes de que nos prohíban la entrada para siempre.

Le echó una mirada fría a Nigel, y Lacey notó un escalofrío. Aunque ya había deducido que Ben no era el asesino, seguía detestando a aquel hombre

y a su horrible actitud. Se sentó rápidamente al otro extremo de la mesa, en el lado opuesto a Ben. Los hermanos habían elegido sentarse todos juntos en un extremo y. a pesar de la extensión de madera de nogal que había entre su grupo y Lacey, ésta se sentía demasiado cerca de ellos como para estar cómoda.

Miró a Nigel y éste asintió ligeramente, tras lo cual se abrió la puerta de la cocina y entró Tom empujando un carrito de metal. En él había varios platos cubiertos con tapas de plata, y debajo la vajilla que necesitarían para comer. Y, junto a todo ello, estaba la Biblia encuadernada en cuero rojo que Lacey había encontrado en la habitación de invitados, la que tenía el compartimento entre las páginas y donde había encontrado la fotografía de su padre.

Tom empezó a colocar los platos en la mesa, tras lo cual le pasó la Biblia a Lacey y se marchó.

—¿Estoy en lo correcto al decir que solíais leer pasajes de la Biblia juntos en Pascua? —preguntó Lacey—. Quizás deberíamos leer unos cuantos en memoria de vuestra madre. He encontrado esta Biblia entre sus cosas.

La sostuvo en alto y, tal y como había predicho, Clarissa levantó la vista bruscamente, abriendo muchos los ojos. Se quedó completamente pálida.

—Por supuesto, debería contarse entre el resto de los objetos de vuestra madre que se subastarán —continuó Lacey con voz cantarina—. Es una edición preciosa, pero por desgracia está dañada. —La abrió para enseñarle a todo el mundo las páginas recortadas.

—¿Pero qué está diciendo? —preguntó Benjamin con el ceño fruncido.

Pero Lacey seguía con la mirada fija en Clarissa, que parecía estar temblando. Consiguió mantener la voz firme a pesar de los nervios.

—Hay un pasaje encantador que me gustaría leer —dijo con calma—. Oh, a menos que quieras hacerlo *tú*, Clarissa. Puesto que es tu Biblia. Tu escondite especial. El escondite donde guardabas la llave del reloj de cuco.

Henry y Ben se giraron hacia Clarissa, que empezaba a parecer claramente estresada al sufrir el escrutinio de todos los presentes. Se tiró del cuello del jersey de aspecto caro.

—¿Qué le pasa a esa mujer? —repitió Ben, cogiendo su tenedor, demasiado impaciente para esperar la lectura—. ¡Es una lunática! —Y empezó a engullir su comida.

—¿Quieres decírselo, o se lo digo yo? —dijo Lacey sin apartar los ojos de Clarissa ni un instante.

Clarissa se retorció en su silla.

—No sé de qué estás hablando.

—Sí que lo sabes —replicó Lacey sin perder un segundo. Tenía que aumentar la presión, echar más leña al fuego—. Veras, hay otra razón por la que le he pedido a Nigel que os reunirá a todos hoy aquí, aparte de finalizar el testamento. Y es porque ya sé quién mató a vuestra madre. Y el asesino está sentado ahora mismo en esta mesa. —Volvió a mirar a Clarissa—. ¿Por qué no les dices cómo mataste a tu madre, Clarissa?

Ben escupió el trozo de cordero que tenía en la boca y su tenedor cayó sobre la mesa con un tintineó. Miró a su hermana antes de echar la cabeza hacia atrás y estallar en carcajadas.

Volvió a coger el tenedor y señaló a Clarissa con un pedazo de cordero clavado en la punta mientras miraba a Lacey.

—¿Ella? ¿Es que estás loca? ¡Clarissa no podría ni pensar en hacerle daño a una mosca sin echarse a llorar! —Se metió el cordero en la boca y habló con la boca llena—. No sabía que la comida de Pascua iba a incluir un espectáculo de comedia.

Pero Lacey se mantuvo firme, todavía mirando a Clarissa. La mujer parecía incómoda, y Lacey decidió presionarla todavía más para arrancarle una confesión.

—Por supuesto, no fuiste tú en persona —dijo—. No eres capaz de algo así. Pero quizás si contabas con la colaboración de alguien con mal temperamento, alguien que pudiese hacerlo por ti… alguien como tu hermano pequeño, Henry.

Los hombros de Ben empezaron a sacudirse con una risa burlona.

—Oh, esto no deja de mejorar. —Resopló con desdén en dirección a Lacey—. Deja que lo adivine, alguien te ha contado el incidente con la sopa y toda esa historia de cómo Henry atacó al chef. Bueno, quizás si hubieses sido más diligente en tu investigación habrías averiguado que hace años que Henry no tiene un ataque de rabia. Eso sólo era debido al estrés de su adicción al juego, pero desde que se casó con Sheila y abrió su propio negocio en auge, se ha convertido en un ciudadano modelo.

Ben hizo el gesto de volver a concentrarse en su comida, pero Lacey estaba muy lejos de haber terminado. No culpaba a Benjamin por no querer hacer frente a la verdad, pero tenía que mantenerse firme frente a su desagradable condescendencia.

—¿Así que Henry no te ha dicho lo de su divorcio? —le preguntó a Benjamin—. ¿Ni sobre cómo ha quebrado su negocio?

Ben volvió a dejar el tenedor, esta vez con más fuerza y claramente irritado. En la punta todavía había clavado un pedazo de brócoli que no había tenido oportunidad de llevarse a la boca.

Lanzó su servilleta sobre la mesa y miró a Henry.

—Por favor, dile a esta americana entrometida que está completamente equivocada con esas tonterías —espetó, sonando como si se le hubiese agotado la paciencia—. Dile que tú y Sheila tenéis un matrimonio sólido como la roca y que tu negocio va viento en popa.

Pero Henry no dijo nada, y Lacey vio cómo Ben bajaba la mirada a la mano izquierda de su hermano, donde debería haber llevado el anillo de bodas.

—¿Henry? —preguntó con un tono que empezaba a cambiar.

Su determinación desaparecía, y Lacey aprovechó la oportunidad.

—Me temo que he de decirte que tu hermano ha estado bajo mucho estrés últimamente. Su matrimonio ha llegado a su fin. Volvió a Londres y se plantó en la puerta de Clarissa, y fue entonces cuando ésta pensó en ese plan tan retorcido. Vio que el estrés del divorcio había despertado algo en Henry que llevaba dormido durante años, ese lado salvaje y volátil que había emergido en el pasado durante los años en que había sido adicto al juego. Sabía que podía hacer que perdiese los papeles al menos una vez más. Contra tu madre. Clarissa lo preparó todo y…

—¡BASTA! —rugió Benjamin de repente, golpeando la mesa con los puños. La jarra de salsa salió por los aires, manchando el mantén de grandes gotas marrones—. Que alguien saque a esta imbécil de nuestra casa. No es bienvenida, ni ella ni sus falsas acusaciones.

Pero nadie se movió.

—Lacey puede quedarse —dijo Nigel con voz baja y solemne. Miró a Ben con empatía—. Y creo que deberías escucharla.

Ben sacudió la cabeza con furia. Se puso de pie tan de golpe que estuvo a punto de tirar la silla.

—Si no se va, me iré yo.

Se dirigió hacia la puerta del comedor, fuera de sí, pero justo en ese momento la puerta se abrió de golpe y Tom entró acompañado por el superintendente Turner y la detective Beth Lewis. Tras ellos varios agentes de policía llevaban un gran carrito sobre el que iba el antiguo reloj de cuco.

—¿Qué hace eso aquí? —tartamudeó Ben. Su furia se transformó en confusión e incredulidad—. ¡Se supone que debería estar volando en dirección a Sudáfrica!

—Me temo que hemos tenido que confiscar el reloj como prueba en el asesinato de Iris Archer —dijo el superintendente. Después miró a Clarissa y Henry; ambos tenían la mirada fija en sus platos todavía intactos—. Y estamos listos para hacer los arrestos necesarios.

Ben frenó en seco. Miró a su hermano y hermana.

—¿Qué está pasando aquí? —les exigió.

Pero ninguno de los dos dijo nada. Se quedaron allí sentados, mirando el mantel como si éste pudiese ofrecerles respuestas.

Algo cambió en Ben, como si la realidad empezase a abrirse paso en su mente. Su rostro fue perdiendo lentamente todo el color y volvió a su silla, sentándose como un globo que hubiese perdido todo el aire. Había perdido todo el espíritu de lucha.

Pasó la mirada de su hermano a su hermana.

—¿Es verdad?

Ninguno habló.

Benjamin alzó los ojos hacia Lacey con expresión agónica.

—Dime qué pasó. Necesito saberlo.

Lacey tomó aire y empezó a hablar.

—Durante toda vuestra vida, siempre habéis sido Ben y Henry contra Clarissa. Incluso a pesar de que vuestra madre había dicho que ninguno heredaría nada, vosotros dos estabais seguros de que lo haríais. Así que Clarissa estaba sola. Siempre sola. Intentando conectar con su madre a través de la moda, haciendo joyas a partir de trastos. Los chicos siempre rompían tus creaciones, ¿verdad?, así que empezaste a esconderlas. La Biblia era un lugar más en el que mantenías tus joyas a salvo… aunque no importaba mucho, porque nunca lograste establecer ese vínculo que querías con Iris, ¿no? Incluso cuando estudiaste empresariales en la universidad y abriste tu propia marca de moda, ésta quebró. Estoy segura de que creías

que tu madre te ayudaría a mantener la empresa a flote con un rescate financiero, pero se negó. Se mantuvo firme en su decisión de no serviros nada en bandeja de plata. La empresa tuvo que cerrar y tu resentimiento aumentó.

Lacey desvió la vista hacia Henry.

—¿Y cómo encajas tú en todo eso, Henry? Has estado toda la vida en el mismo equipo que Ben, los dos chicos unidos contra su hermana. Pero, en mi subasta, os vi a los dos trabajando juntos en un intento de superar las pujas de Ben por el reloj. Fue entonces cuando comprendí que habías cambiado de aliado. Ya no era Ben y Henry contra Clarissa, sino Clarissa y Henry contra Ben. ¿Qué era lo que había cambiado?

Apoyó las manos sobre la mesa y respondió a su propia pregunta:

—Veréis, ya me había parecido de lo más interesante que los dos estuvieseis casualmente en Londres cuando vuestra madre murió. Pero no era una coincidencia, ¿verdad? Habías venido a propósito, Henry, porque no te quedaba dinero. *Tu negocio* había quebrado y te habías jugado los beneficios. No podías soportar la idea de hacer frente a Ben y pedirle ayuda, porque sabías que te lo restregaría por la cara, pero Clarissa había pasado exactamente por lo mismo, ¿verdad? Quizás ella pudiese ayudarte. Te plantaste en su puerta y le preguntaste que había hecho cuando se había visto frente a la posible indigencia. Y fue entonces cuando Clarissa lo planeó todo.

Volvió a mirar a la mujer.

—Mentiste a Henry, ¿verdad? Le dijiste que vuestra madre te había ayudado. Que te había dado dinero en tu momento de crisis y que, si ibais juntos a la casa, podrías persuadirla para que también ayudase a Henry. Pero sabías desde el principio que se negaría, porque también se negó a ayudarte a ti. Y sabías que, en cuanto Henry oyese cómo su madre le negaba dinero en su momento de mayor desesperación, perdería el control. Sabías que atacaría. Y sabías que tu madre estaba demasiado frágil como para sobrevivir un caída, así que no haría falta mucho para matarla. Así que,

¿por qué necesitabas que muriese, si no ibas a heredar nada de ella? Por el cuadro.

Lacey hizo una pausa, dándole a todo el mundo un momento para que sus palabras calasen.

—Habías pasado tiempo suficiente sentada en el sofá del dormitorio de tu madre como para fijarte en el cuadro de Lady Isabelle, oculto entre los demás. Conocías su historia y que su venta te daría dinero para toda una vida. Y sabías que no podías robarlo, no mientras vuestra madre siguiese con vida. Pero, si moría, se añadiría al registro de la hacienda y se vendería para dar los beneficios a actos de caridad. La única manera de evitar que se incluyese en la venta a nivel legal era esconderlo. Llevas años escondiendo cosas para mantenerlas a salvo de tus hermanos, como esa Biblia que estaba en una de las habitaciones de invitados del tercer piso en la que escondías tus joyas artesanales. Pero parecía demasiado arriesgado, y fue entonces cuando te acordaste de la llave «perdida» del reloj de cuco, ésa que habías convertido en un colgante igual que el que habías visto llevar a tu madre.

Sostuvo en algo la fotografía de Iris que había encontrado en la Biblia. Clarissa debía de haberse sentido tan inspirada por el glamour de su madre que había decidido guardarla y crear su propio collar en un intento de ser como ella.

—El reloj de cuco era perfecto —continuó Lacey—. Estaba en la sala de juegos, lo que significaba que uno de vosotros lo conseguiría en herencia. Y entonces, una vez que saliese de esta casa, sólo te haría falta un breve momento a solas con él para abrir la puerta y recuperar el cuadro. Ya con el plan organizado, sólo te quedaba ponerlo en marcha. Pero había un problema: eras demasiado cobarde como para matar tu misma a vuestra madre. Después de todo, la admirabas. Incluso la querías, aunque ella nunca te hizo sentir que también te quisiese. No eres una persona violenta, y ahí es donde entra Henry en escena. Lo manipulaste hasta tenerlo donde lo querías y lo preparaste todo, persuadiendo a tu hermano desesperado y volátil para que pidiese dinero aun a pesar de saber que recibiría una negación, a sabiendas de que eso le haría perder el control y atacar a tu madre tal y como ya lo habías visto pasar años antes. Sabías que ella estaba demasiado frágil como para sobrevivir a una caída. En tu mente casi no era ni un

asesinato, ¿verdad? Simplemente un pequeño empujón de consecuencias fatales. Y una vez hecho saliste de la habitación, supongo que usando la excusa de estar en shock, recuperaste la llave y escondiste el cuadro en el reloj. Os disteis una coartada el uno al otro para la hora del asesinato. ¿Y la llave? Bueno, eso se fue de la casa contigo, Clarissa, en una de las cadenas que llevas al cuello.

El superintendente Turner dio un paso adelante.

—No lo hagamos más difícil de lo necesario —le dijo a Clarissa, extendiendo la mano—. La llave.

Clarissa hizo una pausa y, por un momento, pareció que iba a negarse. Lacey se tensó, sin querer ver la desagradable escena que se produciría si la policía tenía que forcejear con la mujer, pero debía de haber hecho un trabajo bastante bueno descubriendo a Clarissa, porque ésta al final soltó un largo suspiro y se llevó las manos a la nuca para quitarse uno de los collares.

—Señorita Archer —dijo su abogado—. Le aconsejo que no haga nada en este momento.

—Oh, déjalo ya, Gus —le espetó ésta—. Se acabó.

Se quitó la cadena, apartando el collar en cuestión de la multitud que llevaba, y la alzó en el aire. Allí, a modo de colgante, había una pequeña llave de plata. La dejó caer en la mano extendida del superintendente Turner.

El detective le lanzó a Lacey una mirada que decía: «Más te vale tener razón».

Se acercó al reloj e introdujo la llave en el compartimento de la base, haciendo que la pequeña puerta se abriese. Y allí, en el pequeño hueco que había junto a todos los engranajes y mecanismos inmóviles, estaba la famosa miniatura de Lady Isabelle.

Pareció que la sala se quedase sin aire.

Ben miró con ojos doloridos a sus hermanos.

—¿Cómo habéis podido? —tartamudeó.

Henry estalló.

—¡Nunca he tenido ninguna fama en la que apoyarme al abrir mi negocio, a diferencia de VOSOTROS DOS! Madre me mantenía escondido frente a la prensa. ¡Nadie sabía que existía! ¿Sabéis lo mucho que me ha frenado eso? ¡Hizo *todo* lo que se le ocurrió para que fracasase!

Ben apretó los dientes.

—¡No fue madre quien te hizo gastar todo tu dinero en las máquinas tragaperras! Tuviste tantas oportunidades como Clarissa y yo.

El superintendente se acercó a Henry y lo esposó, mientras que la detective Lewis hizo otro tanto con Clarissa.

Nigel fue incapaz de seguir controlándose cuando llevaron a ambos hermanos hacia la puerta y sacudió la cabeza.

—Iris te mantuvo lejos de los focos por tu protección —le dijo a Henry—. Tenía una cuenta bancaria lista para pagar por tu rehabilitación cuando estuvieses listo.

Henry pareció asombrado.

El superintendente Turner se giró para mirar a Lacey por encima del hombro mientras se marchaban.

—Excelente trabajo, señorita Doyle. Haré público que no has tenido nada que ver con el asesinato de Iris.

Lacey asintió con la cabeza, aliviada.

Se había acabado.

Ben, sentado a la mesa, se echó a llorar.

Aquel hombre le había caído mal desde el primer momento que lo había visto, pero ahora mismo lo único que le inspiraba era compasión. Sus hermanos lo habían traicionado. Había perdido a su madre. Se le rompía el corazón al verle.

Volvió a mirar el cuadro que había en el compartimento secreto.

—¿Qué vas a hacer con el cuadro? —le preguntó a Ben—. Ahora es tuyo. Lo has comprado de manera limpia.

Éste alzó la vista, con los ojos anegados de lágrimas.

—Se lo daré al museo. Era lo que madre quería.

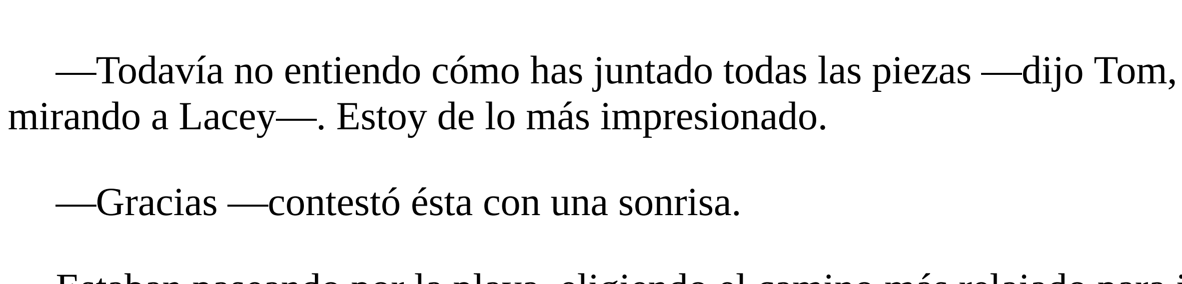
Nigel pareció perplejo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque madre me lo contó todo sobre Lady Isabelle como cuento para irme a dormir. No solía leerme cuentos, y eran las únicas ocasiones en las que sentí que me quería de verdad. Saboreaba hasta el último detalle de aquellas historias. Me contó cómo su marido le había prohibido pintar y cómo eso la condujo a la locura, y que todo su arte había sido pasto de las llamas. Creía que no era más que un cuento, especialmente cuando al final madre me dijo que había encontrado la única miniatura que sobrevivió al fuego y que el mundo del arte cambiaría para siempre cuando la donase a un museo tras su muerte. —La voz le falló—. Esos cuentos eran mi tesoro más valioso. Madre tenía una imaginación maravillosa… —Volvieron a saltársele las lágrimas.

Lacey miró a Nigel, sintiendo las punzadas de empatía en el pecho. Éste parecía tan abatido como ella. Quizás hubiesen solucionado el caso, pero no había nada que celebrar.

EPÍLOGO



—Todavía no entiendo cómo has juntado todas las piezas —dijo Tom, mirando a Lacey—. Estoy de lo más impresionado.

—Gracias —contestó ésta con una sonrisa.

Estaban paseando por la playa, eligiendo el camino más relajado para ir a sus respectivas tiendas a la mañana siguiente a la revelación. Era tan temprano que el sol a duras penas se había alzado sobre el océano y todo el mundo parecía bañado en tonos azules.

Chester saltaba por la arena frente a ellos, encantado cuando Lacey lo había despertado especialmente temprano con la noticia de que tocaba salir de paseo.

La taza de café que Lacey llevaba entre las manos la calentaba frente al aire fresco de primera hora de la mañana.

—Quizás deberías cambiar de trabajo —sugirió Tom con su habitual tono jovial—. Convertirte en detective.

—Creo que seguiré con las antigüedades —contestó Lacey—. Eso si es que mi tienda consigue recuperarse.

Notó un nudo en el pecho. Estaba en tiempo prestado. Si aquel día no había señales de que la tienda empezaba a recuperarse, tendría que aceptar que había llegado el momento de abandonar su sueño.

—¿Es que no has ganado lo suficiente con la comisión de la subasta como para mantenerla abierta? —preguntó Tom, sonando tenso.

—Eso ha sido una ocasión única —dijo Lacey—. El banco necesita ver ingresos constantes. Necesito clientes. Si las ventas no se recuperan hoy,

supongo que para finales de semana estaré en un avión de vuelta a Nueva York.

Se hizo el silencio entre ellos. Y entonces Tom dejó de andar.

—No puedes irte —dijo, y Lacey notó cómo se le aceleraba el corazón ante la expresión ansiosa de su mirada—. No sé qué haría si te fueras de Wilfordshire. Sé que sólo han pasado unas semanas, pero tengo la sensación de que ya formas parte de mi vida. Y sólo he estado esperando por todo el tema de Iris, pero ahora que se ha acabado, creo que es hora de que te diga que creo que hay algo muy especial formándose entre nosotros. Me gustaría tener una cita de verdad. Una como Dios manda, y no una broma en el veterinario ni un tentempié en tu mostrador con una tetera. Lo entiendo si es demasiado pronto tras tu divorcio, pero tenía que…

Lacey extendió el brazo para ponerle un dedo sobre los labios.

—Shh. No es demasiado pronto. Y a mí también me gustaría.

Y lo besó con suavidad.

*

Distinguieron la multitud desde el final de la calle principal del pueblo.

—Veo que ya has acabado tu nuevo escaparate de macaron —dijo Lacey con una risita.

Pero Tom negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho, me pasé toda la noche haciendo otra tanda de pastas. Esa gente no está ahí por mi escaparate. ¡Están por tu tienda!

Lacey volvió a mirar; Tom tenía razón. La multitud se había congregado principalmente alrededor de su puerta.

Apretaron el paso sobre los adoquines para ver qué era lo que pasaba.

Al acercarse a la tienda de antigüedades, Lacey vio que había un gran cartel pegado a la persiana. En la esquina había la insignia de la policía, y su rostro aparecía justo en el centro.

La policía de Wilfordshire quiere extender su enorme y más sentido agradecimiento a Lacey Doyle, quien ha ofrecido su tiempo y esfuerzos en ayudarnos a resolver dos casos recientes. Gracias a su perseverancia, tenemos a los sospechosos en prisión y los residentes de Wilfordshire podrán dormir tranquilos a sabiendas de que su pueblo es un lugar más seguro.

Lacey leyó el cartel con incredulidad, sintiendo cómo se le enrojecían las mejillas.

La gente a su alrededor empezó a darle palmadas en la espalda y a felicitarla.

—Venga, abre —dijo Jane, de la juguetería.

Lacey la miró, perpleja. El terror que había visto en los ojos de aquella mujer en una ocasión había desaparecido por completo.

—Hace días que tengo el ojo puesto en una lámpara —explicó Jane.

—Yo también quería venir —dijo otra habitante del pueblo—. Es que había oído los rumores. Lo siento.

Lacey no necesitaba oír disculpas; lo único que le importaba era la montaña de clientes ansiosos por entrar en su tienda.

El entusiasmo hizo que le temblaran los dedos mientras forcejaba por levantar las persianas y abrir la puerta.

—Adelante, adelante —exclamó, manteniéndola abierta con el pesado tope.

La gente pasó a su lado a toda prisa, apresurando hacia las estanterías para encontrar los objetos que llevaban tanto tiempo ansiando comprar.

Lacey tuvo que correr para atenderlos a todos, pero los clientes mostraron paciencia y amabilidad con ella, y todos y cada uno de ellos se disculpó mientras le tendían billetes desde el otro lado del mostrador por dejarse engañar por los rumores. Para cuando la primera oleada de gente por fin llegó a su fin, la caja registradora estaba a reventar de dinero.

Justo entonces se oyó la campanita de la puerta y Lacey alzó la vista. Era Taryn.

Estaba a punto de decirle que se fuese, nada dispuesta a que alguien arruinase su buen humor, pero Taryn se lanzó a un monólogo antes de que pudiese hacer nada.

—Sobre Keith. Sólo quería que supieras que no le dije que fuese a tu casa ni nada parecido. Es un antiguo amigo del colegio que acaba de salir de la cárcel, y estaba intentando ayudarlo a recuperar el control de su vida pagándole para que hiciese algunos apaños. Y, bueno, supongo que no debería haber sido tan generosa, porque ha llevado las cosas demasiado lejos. —Se encogió de hombros como si nada, sin casi mirar a Lacey—. Debió de oír los rumores sobre ti y decidió ocuparse del asunto personalmente.

Lacey se cruzó de brazos, nada impresionada por el exagerado intento de Taryn de salvarse el culo.

—¿Te refieres a los rumores que tú creaste?

—Yo no encendí la hoguera, Lacey. Simplemente…

—¿… echaste leña al fuego?

Los labios de Taryn se apretaron en una fina línea.

—Simplemente transmití lo que ya andaba diciendo toda la gente del pueblo.

Lacey contestó con una ceja arqueada.

—Ya sabes que eso se puede decir de otro modo. Cotillear.

Taryn resopló.

—Mira, estoy intentando disculparme. —Su tono era brusco y quedaba muy lejos de cualquier posible disculpa.

—¿Eso es lo que estás haciendo? —dijo Lacey—. ¿Las disculpas no suelen incluir las palabras «lo siento»?

—Lo siento, ¿vale? —espetó Taryn—. ¿Eso es lo que querías?

—Es un comienzo.

La dependienta de la boutique entrecerró los ojos antes de dar media vuelta y marcharse.

Lacey miró cómo se alejaba con la sensación de que la guerra entre ellas estaba muy lejos de terminar, aunque quizás hubiesen avanzado un poco.

La campanita de la puerta tintineó y un grupo de turistas se adentró en la tienda, haciendo que Lacey dejase de lado cualquier pensamiento sobre Taryn.

Estaba ayudando a los clientes cuando sintió cómo la invadía una oleada de orgullo por su tienda, por aquel negocio que había creado ella sola. Ir a Wilfordshire había sido la mejor decisión de su vida. Quizás no hubiese logrado muy lejos en su intento de descubrir qué le había pasado a su padre, pero estaba más cerca que antes. A aquel pueblo todavía le quedaban pistas que ofrecerle; no pensaba marcharse de allí.

Aprovechó un momento de calma para coger el teléfono y llamar a Ivan.

—Ivan, quiero comprar *Cottage Crag* —anunció en cuanto éste respondió a la llamada.

Se produjo un momento de duda al otro lado de la línea.

—¿En serio?

—Sí. —Lacey se tensó. Ivan no sonaba seguro, pero en el instante siguiente el hombre soltó una enorme exhalación.

—Oh, gracias a Dios. Me estaba costando tanto mantenerme al día con todo que estaba a punto de vender la casa, pero no quería echarte. Puedo ofrecerte un descuento y…

—Ivan, deja que te interrumpa. He conseguido una comisión por la subasta, y habrá muchas más en el futuro. Vuelvo a tener la tienda llena de clientes. Haremos que tasen la casa de manera justa y pagaré el precio del mercado, ¿vale?

Se hizo otra pausa.

—Oh, gracias, Lacey —dijo Ivan al fin—. Estoy tal aliviado. En serio, me excedí al hacerme con ella.

Lacey terminó la llamada con una enorme sonrisa.

Sólo le quedaba otro asunto al que ponerle fin antes de quedar satisfecha.

Marcó el número de la RSPCA, la sociedad protectora de animales.

—Me llamo Lacey —dijo cuando una mujer con voz de anciana contestó al otro lado—. Llamo por mi perro de acogida, Chester. Lo acogí hace un par de semanas y me gustaría adoptarlo.

—Por supuesto —dijo la señora con tono amable—. Podemos ocuparnos de eso. Dame un segundo para que busque los datos. ¿Lacey, has dicho? Es un nombre bastante poco habitual, pero noto por tu acento que no eres inglesa. ¿Americana, tal vez?

—Así es —dijo Lacey, oyendo el sonido del teclado del ordenador a través del auricular. Miró a Chester con dulzura.

—Vale, aquí estás. Lacey Doyle. ¿Es correcto?

—Sí, es correcto.

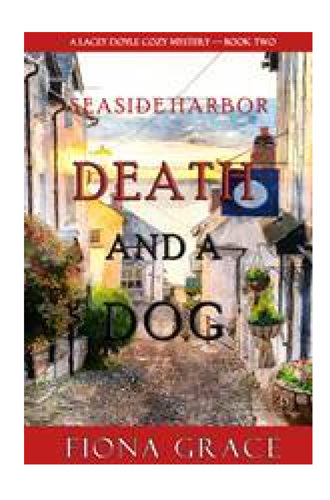
De repente, el tono de la mujer cambió.

—Oh —musitó.

—¿Qué pasa? —preguntó Lacey. Su mente empezó a ir a mil por hora. Quizás los dueños de Chester no estuviesen muertos después de todo. Quizás querían recuperarlo—. ¿Ha pasado algo? ¿Es que no puedo adoptar a Chester?

—No, querida, no es eso —dijo la mujer—. Es que… Bueno, esto puede parecer una pregunta extraña, ¿pero no serás familia por casualidad de Frank Doyle, no?

¡YA DISPONIBLE PARA RESERVA!



MUERTE Y UN PERRO
(Un misterio cozy de Lacey Doyle – Libro 2)

MUERTE Y UN PERRO (UN MISTERIO COZY DE LACEY DOYLE – LIBRO 2) es el segundo libro de una encantadora nueva serie de misterio cozy escrita por Fiona Grace.

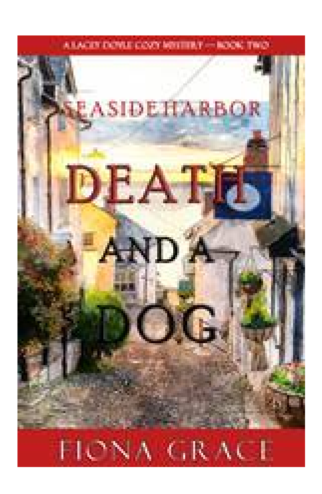
Lacey Doyle, de 39 años y recién divorciada, ha llevado a cabo un cambio drástico: ha dejado atrás su vida acelerada en Nueva York y se ha asentado en el pintoresco pueblo costero inglés de Wilfordshire.

La primera está en el aire. Con el misterioso asesinato del mes pasado por fin dejado atrás, un nuevo mejor amigo bajo la forma de su pastor inglés y una creciente relación con el chef del otro lado de la calle, parece que todo empieza a encajar por fin. Lacey está tan entusiasmada con su primera gran subasta, especialmente cuando un valioso artefacto de lo más misterioso se añade a su catálogo.

Todo parece marchar sin problemas hasta que dos misteriosos postores llegan al pueblo… y uno de ellos acaba aparece muerto.

Con el pequeño pueblo sumido en el caos y la reputación de su negocio en juego, ¿podrá Lacey y su fiel compañero perruno resolver este crimen y salvar su buen nombre?

¡El tercer libro de la serie, CRIMEN EN LA CAFETERÍA, también está disponible para reserva!



MUERTE Y UN PERRO
(Un misterio cozy de Lacey Doyle – Libro 2)

Fiona Grace

La escritora debutante Fiona Grace es la autora de la serie UN MISTERIO COZY DE LACEY DOYLE, que incluye ASESINATO EN LA MANSIÓN (Libro uno), MUERTE Y UN PERRO (Libro dos) y CRIMEN EN LA CAFETERÍA (Libro tres). A Fiona le encantaría saber tu opinión, así que por favor visita www.fionagraceauthor.com para recibir ebooks gratis, oír las últimas noticias y permanecer en contacto.



LIBROS ESCRITOS POR FIONA GRACE

MISTERIOS COZY DE LACEY DOYLE
ASESINATO EN LA MANSIÓN (Libro #1)
MUERTE Y UN PERRO (Libro #2)
CRIMEN EN LA CAFETERÍA (Libro #3)